

AUTORA FINALISTA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2022

MARIE J. CISA

LA SOSPECHA DE NORA



TODOS TIENEN ALGO QUE CONTAR.
TODOS TIENEN ALGO QUE ESCONDER.

LA SOSPECHA DE NORA

MARIE J. CISA

Copyright © 2023 by Marie J. Cisa

©2023 La sospecha de Nora

Safe creative. Código de registro: 2308175073682

Todos los derechos reservados

Corrección: Sandra García @correccionessandrag

Diseño de cubierta: H. Kramer

Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, incluidos la reprografía el tratamiento informático, así como el alquiler, préstamo público o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con una persona, viva o muerta, es coincidencia.

*Para todas las madres y padres
que no se rinden y buscan la verdad,
sin importar las consecuencias.*

ÍNDICE

<u>Prólogo</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Capítulo 28</u>
<u>Capítulo 29</u>
<u>Capítulo 30</u>
<u>Capítulo 31</u>
<u>Capítulo 32</u>
<u>Capítulo 33</u>
<u>Capítulo 34</u>
<u>Capítulo 35</u>
<u>Capítulo 36</u>
<u>Capítulo 37</u>
<u>Capítulo 38</u>
<u>Capítulo 39</u>
<u>Capítulo 40</u>
<u>Capítulo 41</u>
<u>Capítulo 42</u>
<u>Epílogo</u>

[Nota de la autora](#)

[Otras Obras de Marie J. Cisa](#)

PRÓLOGO

Solo habían pasado unas horas desde que recibió el mensaje que podía acabar con todo lo construido por años. No tenía más opción que acudir al lugar pactado. Caminó por el sendero que tantas veces había recorrido, pero al llegar no vio nadie.

Rodeó las ramas que dificultaban su camino y fue en ese momento en el que pudo vislumbrar una silueta tras los árboles. Sin embargo, la figura que iba tomando forma no era de quien esperaba. Su corazón comenzó a latir de prisa, pues no se imaginó que todo era parte de un engaño.

—¿Te sorprende verme?

—No puedo decir que no, ¿qué haces aquí? ¿Por qué me pediste que viniera? —preguntó manteniendo la distancia. Por primera vez sintió algo de temor.

—Solo quería dejar todo en orden antes de irme. Sabes, abandonaré todo esto y comenzaré de cero, sin ninguno de ustedes —dijo mirando a su alrededor, tenía las manos en la espalda—. Por eso quería darte un regalo antes de partir.

No le tenía miedo, sin embargo, algo le decía que no confiara, pero ¿qué podría hacerle?, era la persona más inofensiva que conocía... o quizá había subestimado su forma de ser tan inocente.

—Termina de una vez y entrégame lo que tengas. Tampoco quiero saber más de ti. Solo has sido alguien que nunca debió estar entre los nuestros —pidió con urgencia. Quería largarse, pues no entendía por qué se hizo pasar por otra persona en el mensaje.

—Tampoco quiero perder el tiempo contigo. Toma —dijo mientras le lanzaba el contenido de una pequeña botella en la cara—. Es lo que mereces, por todo lo que has hecho.

Antes de que el líquido comenzara a caer por su rostro, pudo ver que llevaba guantes de látex, y ahí comprendió todo. Había cometido un error.

—Supongo que sabes lo que va a pasar ahora —dijo mientras se alejaba, debía ganar tiempo. Su víctima trató de correr hacia donde estaba, pero era claro que sus extremidades comenzaban a perder fuerza. Tenía la ventaja y la iba a aprovechar. Se alejó aún más y pudo ver cómo, en su agonía, se desplomaba golpeándose contra el suelo.

—¿Cómo has podido hacerlo? —preguntó haciendo acopio de sus últimas fuerzas. Tenía frío y calor al mismo tiempo.

—Lo he querido hacer desde hace mucho tiempo, pero me faltaba valor —respondió ladeando la cabeza para ver cómo su plan había funcionado—. Se acabó, pero esto quedará aquí. Será nuestro secreto.

Su cuerpo se estremeció por el dolor y por el odio, el primero creciendo a costa del segundo.

—Ganaste... ya lograste lo que querías. ¿Por qué no te vas? —Un terrible espasmo acompañó sus palabras—. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Quiero estar hasta el final —contestó—. Quiero asegurarme de que se haga justicia.

Un grito de dolor atravesó el bosque. El principio de la agonía ya era insoportable y el sistema nervioso comenzaba a fallar. El ritmo de los latidos de su corazón se incrementaba de manera exponencial; eran golpes secos que parecían tener eco en su interior.

—Todos lo sabrán. ¡Todos sabrán lo que has hecho! —gritó—. El barro le cubría parte del rostro, destacando el blanco de sus ojos y la mueca tensa de dolor.

—No lo creo, aquí no hay nadie más. Y tampoco creo que te encuentren en bastante tiempo. ¿Quién denunciará tu desaparición? No te queda nada. Además, jamás pensarán que fui yo. ¿Tú lo hubieses creído?

Desde el suelo, incapaz de moverse, gimió de dolor. El sufrimiento no dejaba que se incorporase, ni tampoco hablar. Incluso respirar era todo un desafío. Miró a quien tenía en frente, incapaz de creérselo, la rabia inundó todos sus sentidos. Estiró el brazo y procuró arrastrarse. En un intento desesperado de huir hacia ninguna parte, de encontrar un sitio mejor donde morir.

29 de marzo de 2016

El invierno había llegado a su fin. El frío se diluía en jornadas soleadas que mermaban las últimas nieves; la primavera asomaba por el horizonte, ocasionando un tiempo convulso, mezclado y sin patrón alguno.

La caída de la noche arrastraba consigo una brisa traviesa y húmeda, proveniente de los bosques que lindaban con la ciudad. Aún había que esperar varias semanas para que el ocaso diera lugar a noches apacibles, en la que la vida de los vecinos se trasladaba a los jardines, a los parques y los restaurantes. El turismo crecía año tras año, aunque el momento álgido comenzaba a finales de mayo, cuando las buenas temperaturas permitían disfrutar de las aguas del río Santo, que descendía embravecido por el deshielo. Hasta entonces, la vida nocturna en Oak Valley era prácticamente inexistente.

El capitán Stephen Crew, jefe de Policía de la ciudad, estaba al tanto de ello y por eso se empeñó en esperar a que el sol se ocultase tras las montañas. Sabía perfectamente que, entonces, a partir de las siete y media, las calles del barrio de Newsand solo estarían transitadas por algún vecino que paseara a su perro.

—Media hora más —dijo sin levantar la mirada de su reloj—. O quizás cuarenta minutos. No quiero curiosos.

Los oficiales que lo acompañaban asintieron solemnes, aunque poco les importaba unos minutos más o menos. Eran tres los que estaban junto a él, los más experimentados de la estación y en los que podía confiar para una tarea tan delicada como la que estaban a punto de emprender. Esperaban en absoluto silencio a que su superior diera la orden.

Uno de ellos sostenía en la mano una hoja gruesa, hinchada por la humedad. Se trataba de un cartel que lucía la fotografía de una joven y un titular en el que se podía leer «DESAPARECIDA».

—¿A dónde vas con eso? —preguntó Stephen Crew.

John Ramsey, el agente que sostenía el papel, encogió los hombros quitándole importancia al asunto. Tantos años sirviendo en el cuerpo de policía, eran suficientes para perder toda sensibilidad y, la veteranía de John, le permitía decir las cosas tal y como eran, sin rodeos.

—Estaba pegado a una farola. Lo cogí cuando venía de camino; ya no sirve de mucho.

El jefe dibujó una mueca forzada, a medio camino entre el disgusto y la tristeza, aunque también sabía que Ramsey tenía razón. La chica de la fotografía, o más bien lo que quedaba de ella, descansaba en ese momento en el depósito del hospital, esperando ser trasladada a San Diego, donde le realizarían una autopsia completa. Lamentaba el final de la joven, pues la

conocía desde que era una niña y los carteles que inundaban la ciudad eran, como bien dijo Ramsey, papeles inútiles, vestigios de una esperanza hecha pedazos.

—Pues tíralo a la basura —dijo el capitán, observando con decepción cómo las agujas de su reloj apenas habían avanzado. El tiempo se había detenido desde que descubrieron los restos de la joven enganchados a unas ramas del río Santo. El primer deshielo del año había dejado el cuerpo al aire libre para que las alimañas terminaran el trabajo: la identificaron por la ropa. Desde entonces, todo se había convertido en una carrera por descubrir qué había ocurrido y cómo había sido su desgraciado final.

El caso de Ruby Morris lo pilló por sorpresa. Jamás, entre las hipótesis que manejó, había valorado la posibilidad de que apareciera sin vida, comunicándoselo así, con ciega insistencia, a su padre. De hecho, no hubo dispositivo de búsqueda hasta una semana después de que se denunciara la desaparición.

—¿Están en casa, señor? —preguntó otro de los agentes, trayendo a Stephen de vuelta a la realidad.

—He enviado una patrulla de reconocimiento hace unos diez minutos. Me han confirmado que hay luces encendidas. No tendremos problemas. Por lo que tengo entendido, el chico no es de trasnochar. Debería estar en casa.

John Ramsey, que había transformado el cartel en una pequeña bolita, reflexionó tras las palabras de su jefe, mientras movía el papel de una mano a otra.

—¿Vamos a arrestarlo? Su familia puede darnos duro si metemos la pata.

Stephen Crew sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

—Solo si se niega a colaborar. Pero quiero mucha cautela en el asunto. Como muy bien has dicho, todos conocemos a la familia Price y no podemos juzgar hasta que tengamos más pruebas. Que nadie pierda la calma, ¿entendido?

Las farolas se encendieron en el barrio de Newsand. La oscuridad de la noche terminó de cubrir el cielo. Era el momento. Dos autos de la policía salieron en ese preciso instante de la comisaría. La familia Price desconocía que sus vidas estaban a punto de cambiar para siempre.

Nora Price, al igual que su hijo y su marido, era ajena a todo esto. La cena estaba en el horno, cocinándose mientras ella acababa con las últimas páginas de la novela que tenía entre manos. Estaba inmersa en la lectura y solo la campana del horno tenía el poder para sacarla del trance literario en el que se encontraba. No se dio cuenta de cómo los vehículos se detuvieron frente al jardín de su casa: eran agentes de policía. Tres de ellos, encabezados por Stephen Crew, avanzaron hacia la puerta; otro se quedó junto a los autos, expectante.

Stephen se detuvo ante la puerta de los Price y suspiró. Un vaho blanquecino abandonó sus labios. Era plenamente consciente de la tormenta que se iba a desatar en pocos segundos, en cuanto les comunicara que debía interrogar al único hijo adolescente de la familia, por su posible relación con la muerte de Ruby Morris.

Con un aspaviento, como si el brazo se negara a obedecerle, tocó el timbre. Hubo unos instantes de confusión debido al silencio que se escuchaba al otro lado de la puerta. Pero, de repente, sonó la cadena y el mecanismo metálico de la cerradura. La puerta se abrió dejando escapar una cálida luz anaranjada.

—¿Qué ocurre? —Era Matt Price el que había abierto la puerta. El padre de familia. Su rostro pálido y el temblor de su voz indicaba su desconcierto. La urgencia devoraba cualquier

protocolo y los saludos quedaron en un segundo plano.

—Buenas noches, señor Price —saludó Stephen con autoridad, dejando claro que él llevaría las riendas de la conversación. Tenía que hacerlo; era su trabajo—. Lamentamos las molestias, pero tenemos que hablar de un asunto delicado. ¿Podemos pasar?

Sin embargo, Matt cerró ligeramente la puerta de tal forma que su cuerpo ocultaba lo que había tras él. Pero el policía no le dio más importancia; sabía que se trataba de un gesto innato e irrelevante.

—¿De qué asunto? —Matt echó una ojeada rápida al resto de agentes que acompañaban al capitán. Pero antes de que pudiera contestar sonaron pasos tras la puerta. Nora hizo acto de presencia, luciendo un rostro que expresaba la misma estupefacción que el de su marido.

—Es complicado —contestó Stephen.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nora mientras abría la puerta de par en par. Matt levantó las manos para pedirle que se calmara.

—Solo queremos hablar —insistió el capitán—. Pero será mejor que lo hagamos dentro. Ya sabe, para no atraer la atención de los curiosos.

Matt y Nora no opusieron resistencia. Estaban siendo devorados por la preocupación y el temor de tener a tres agentes en la puerta de su casa. Además, la misma presencia de estos era más que suficiente para comprender que no tenían otra opción que dejarlos pasar. El último de los oficiales, John Ramsey, cerró la puerta al entrar y se colgó las manos del cinturón.

—¿Se encuentra su hijo en casa? —Stephen tenía claro que iba a ir al grano. Los Price eran una de las familias más ricas de Oak Valley, con amigos y contactos en todas partes, pero no podía dejarse amedrentar. No cuando había una joven sin vida esperando la autopsia en el depósito.

—¿Pueden decirme de una vez qué está ocurriendo? —reclamó Matt. La improvisada reunión estaba teniendo lugar en el recibidor, como si los Price quisieran dejar claro de esa manera que aquello era algo momentáneo y que no iba a tener más repercusión en sus vidas.

—Conteste primero, señor Price —dijo el capitán recalcando su autoridad.

Nora miró a su marido antes de sucumbir. No podía soportar la presión de que los agentes estuvieran preguntando por su hijo.

—Está arriba —afirmó ella con un hilo de voz.

Las miradas de los oficiales se centraron en la escalera, lo que provocó que Matt se alterara más todavía. John Ramsey hizo un gesto con la cabeza al capitán para darle cuenta de que el límite de aquel hombre estaba muy cerca y que no les convenía sobrepasarlo.

—Se ha encontrado el cuerpo sin vida de Ruby Morris —explicó Stephen Crew esperando que sus palabras dieran sentido a su presencia en casa de los Price. Pero no fue así. Originó más confusión.

La joven había desaparecido hacía casi tres meses. La noticia causó conmoción en Oak Valley, aunque toda esa expectación se difuminó rápidamente. La gente se acostumbró a ver los carteles con sus fotografías colgados por todas partes o en el suelo, como si se tratara de las hojas del otoño.

—¿Y qué tiene que ver eso con Jasper? —preguntó Matt. Stephen no se vio sorprendido por su nula empatía. Los Price eran la aristocracia rancia de la ciudad, que mantenían el precepto decimonónico de su superioridad respecto al resto, algo que el capitán detestaba profundamente.

—Tenemos que hacerle unas preguntas, señor Price. Será más fácil para todos si colabora, ¿lo comprende? Iremos a la estación de policía y hablaremos un rato. Su hijo es un buen chico. Pronto se aclarará todo y volverá a casa.

Matt no se tragó el discurso conciliador del capitán. Había captado el mensaje oculto en sus diplomáticas palabras.

—¿Quieres arrestar a mi hijo?

—¡Dios mío! —exclamó Nora mientras se ocultaba el rostro con las manos. Uno de los agentes dio un paso hacia la escalera.

—Solo queremos aclarar las cosas, ¿de acuerdo? —insistió el capitán.

—No lo van a esposar —exigió Matt como si el orgullo fuera lo único que pudiera salvaguardar. A Stephen le pareció una condición razonable siempre que el joven se mostrara tranquilo.

—No tenemos por qué hacerlo, jefe —dijo John Ramsey recalcando las palabras de Matt—. Que los padres hablen con el chico para que colabore; será más fácil para todos.

Stephen miró al agente Ramsey y después a Matt Price.

—Estoy de acuerdo. Haremos una excepción y nos saltaremos el protocolo. Les prometo que solo será una conversación. Aclararemos todo y regresarán a casa.

Matt asintió, no muy convencido, y se giró hacia su esposa. Nora se negó en un primer momento, pero su marido terminó por convencerla. Después se volvió hacia los agentes.

—Mi esposa irá a avisarle. Denos solo unos minutos. Será mejor así.

El capitán cedió de nuevo, sintiéndose satisfecho. De momento, había conseguido que el chico los acompañara a la estación sin abogados ni pleitos de por medio.

Jasper bajó las escaleras despacio, como si los peldaños bailaran bajo sus pies. Vestía una sudadera ancha con unos vaqueros y llevaba el pelo alborotado. Era evidente que se había vestido deprisa. El corazón le latía con fuerza y a una velocidad desmesurada. Nora iba justo tras él. Sus manos descansaban en los hombros del joven. Su madre le había dicho que la policía quería hacerle unas preguntas, que era una simple cuestión rutinaria. No tenía más información de lo que estaba ocurriendo.

Poco a poco, a medida que bajaba, vislumbró la figura de los oficiales. Cuerpos que se iban formando in situ desde los pies hasta la cabeza. Sin embargo, no fue hasta cuando vio sus rostros que sintió como un escalofrío le congelaba la sangre. Habían venido a por él.

—Hijo —dijo Matt acercándose a él—, no te preocupes por nada. Es un malentendido que se aclarará pronto.

Pero Jasper no reaccionó a las palabras de su padre. Su atención estaba fija en los hombres que lo miraban con desdén y frialdad. A algunos los reconocía, debía de haberlos visto patrullando anteriormente.

—Yo no he hecho nada —musitó Jasper. Nora rompió en sollozos tras escuchar esas palabras en los labios de su hijo. Una parte de ella no se creía lo que estaba ocurriendo. Su instinto de madre la instigaba a revolverse y protegerlo a toda costa, pero su parte más racional sabía que aquello no valdría para nada.

—Lo sé, lo sé y eso es precisamente lo que le tienes que demostrar a estos señores, ¿de acuerdo? Eres un chico muy inteligente, confía en ti —pidió Matt con una sonrisa forzada.

Nora abrazó a Jasper con todas sus fuerzas, momento que el capitán consideró oportuno para poner fin a aquella escena. Había ciertas cosas que era mejor cortar de raíz. Se acercó al joven mientras lo analizaba con la mirada. Lo conocía de oídas y tan solo por ser el hijo único de los Price, no porque fuera problemático ni nada por el estilo. De hecho, tras un vistazo, consideró que Jasper podía ser muchas cosas, pero desde luego no tenía madera de asesino.

—Soy el capitán Stephen Crew. Tú eres Jasper, ¿verdad?

El joven asintió en silencio. El temor brotaba de sus ojos.

—Bien. Será mejor que nos pongamos en marcha. No tardaremos mucho tiempo. En apenas un rato estarás de nuevo en casa. Fuera hace frío, no te vendría mal un abrigo.

Nora reaccionó a las palabras del capitán y fue a buscarle una chaqueta a su hijo. Durante ese intervalo de tiempo, todos se observaban en silencio.

Cuando al fin apareció la madre del joven, el capitán extendió un brazo para darle a entender al chico que tenía que irse con ellos. Justo en ese momento, el agente Ramsey abrió la puerta y Jasper pudo ver en la calle los vehículos policiales aparcados junto a la acera. El miedo que experimentó fue tan intenso que las piernas se le bloquearon.

—Vamos, hijo —Le animó Stephen a la vez que le daba un sutil empujón.

—¿Por qué no podemos llevarlo nosotros a la comisaría? —preguntó Nora desesperada. Matt, que se había quedado absorto unos segundos, dio un paso adelante.

—Suficientes protocolos nos hemos saltado ya —susurró. El matrimonio sabía que el capitán tenía razón y no insistieron más.

Jasper, que había atisbado un hilo de esperanza, retomó la marcha cuando comprendió que el intento de su madre había fracasado.

—Si todos colaboramos, todo será mucho más sencillo —dijo Stephen. Jasper cruzaba el umbral de la puerta en ese instante, custodiado por dos agentes que le seguían el ritmo de sus pasos torpes, arrítmicos y nerviosos.

Nora se derrumbó al ver a su hijo salir de casa acompañado de los agentes, los mismos que, segundos después, le abrieron la puerta del vehículo para que se subiera lo antes posible. Matt intentó sostenerla en un primer momento, pero los hombros de su esposa se le escaparon de las manos.

—Tenemos que ir a comisaría —indicó Matt con la voz rota, encogida por el llanto contenido—. Ahora mismo, sin perder ni un segundo más.

—Pero...

—¡No podemos dejarlo solo!

Nora asintió sin ser capaz de procesar más información. Hacía tan solo unos minutos se encontraba leyendo tranquilamente, recreándose en el final de la novela y tomando los últimos apuntes. Tenía pensado preparar esa misma noche la publicación del día siguiente, pero todo eso, incluso su vida misma, se había desvanecido.

—Matt... Nuestro pequeño...

—¡Ya lo sé! —gritó Matt. Sus ojos brillosos y su tez enrojecida revelaban su agitación. Sin criterio ni cuidado alguno comenzó a buscar las llaves del auto en una mesita que había pegado a la pared, al lado de la puerta. Estaba tan alterado que no recordaba que las había dejado en el abrigo y acabó por arrojarlo todo al suelo. Solo entonces recordó dónde las había dejado—. ¡Maldita sea! ¡Aquí están! ¡Vamos, Nora!

Ella se incorporó como pudo y cogió su bolso. Después siguió a su marido a través del jardín. Los vehículos de la policía habían alcanzado ya el final de la calle, convirtiéndose en lejanos puntos rojos. Matt subió al coche y sacó su teléfono móvil antes de arrancar el motor.

—Landon, tienes que ir a la estación de policía ahora mismo. Se han llevado a Jasper.

Nora observó el rostro tenso de su marido. La carótida le palpitaba acelerada bajo la fina piel del cuello. Pensó en los últimos segundos de la cuenta atrás de una bomba.

—Nosotros vamos de camino. Estaremos allí en cinco minutos.

Colgó el teléfono y lo arrojó sin cuidado al salpicadero. Después apretó las manos sobre el volante y pisó el acelerador a fondo con la intención de volver a tener a vista los autos de la policía.

—¿Qué ha dicho tu hermano? —preguntó a su marido

—¿Qué va a decir? Es incapaz de creérselo. También va de camino a la comisaría.

Nora guardó silencio. A todo el cúmulo de sensaciones que experimentaba se añadió la conducción brusca de Matt. Quería saber por qué Landon no preguntó por qué se lo llevaron, pero algo en su interior se lo impedía, pues temía una reacción desmesurada que implicara que tuvieran un accidente de tráfico. Además, Matt continuaba maldiciendo y asegurando que eso no se iba a quedar así y que se iba a solucionar de inmediato, lo que le generaba más confusión.

—Contrataremos a los mejores abogados si es necesario. No voy a permitir que carguen a mi hijo lo que sea que le haya pasado a la chica Morris.

Nora le dio la razón, dejándose llevar por la energía de su marido e interiorizando que todo aquello no había sido más que un desafortunado error. Sin embargo, la pregunta permaneció en su cabeza como una voz sibilina que no cesó de atormentarle.

Stephen Crew se alegró de haber retrasado lo máximo posible la visita a casa de los Price. Tal y como había previsto, no hubo curiosos ni nadie por las aceras que hicieran correr la noticia en pocos minutos. Era una noche fría, un destello del invierno que quedaba atrás. Una simple fotografía tomada con un teléfono móvil podría echarlo todo por la borda. Pero eso no significaba que fuera estúpido. Era inevitable que la noticia saliera a la luz, pero cuanto más se retrasara, mucho mejor para todos. Hasta el momento, el caso permanecía entre bambalinas y así tendría que ser el mayor tiempo posible.

La presión mediática no era muy intensa en Oak Valley, pero la desaparición de Ruby Morris había calado hondo en los vecinos. Pese al difuso estilo de vida de la joven, no dejaba de ser una menor de edad que había desaparecido, una chica que podía haber sido víctima de cualquier desquiciado. Por ello, estaba seguro de que el drama del asesinato se convertiría en la comidilla de todos y añadiría el dramatismo necesario para que el caso ocupara portadas y titulares.

Chasqueó los labios. Estaban llegando a la comisaría. Tendría que dejar sus pensamientos para más adelante. Además, había visto por el espejo retrovisor al auto de los padres del chico, el cual se les había acercado en relativamente poco tiempo. Quedaba confirmado que los Price no eran una buena pareja de baile y que pronto comenzarían a contratar abogados y todo lo que pudieran costear con sus abultadas billeteras. Precisamente por eso quería solucionar todo cuanto antes y para ello, el joven tenía que explicarle porqué Ruby Morris, lo llamó por teléfono la noche en la que desapareció. ¿Acaso le estaba pidiendo ayuda?

El teléfono estaba en el bolsillo trasero de su pantalón. Aun así, la humedad había dejado el dispositivo dañado y con poca información que extraer de él. Sin embargo, rescataron las llamadas que realizó antes de desaparecer: la última fue a Jasper Price.

Por suerte, estaba seguro de que el joven iba a contarle todo lo que quisiera. Lo había estado observando de camino a la comisaría y la conclusión que había obtenido era que le faltaba poco para mearse en los pantalones.

Entraron al aparcamiento, aunque el agente condujo el vehículo hasta la misma puerta.

—No corramos riesgos —dijo Stephen. Sus palabras parecían exageradas en aquella noche fría de aceras vacías.

Se bajaron del auto con la misma tranquilidad que les había precedido. Sin embargo, el capitán quería imprimir cierto ritmo a la situación para que el joven comprendiera lo antes posible que debía colaborar.

De camino a la sala de interrogatorio, Jasper observó cómo los agentes que estaban en el vestíbulo lo observaban con interés. Una vez en el interior, le dijo que se sentara y le ofreció algo de beber, pero Jasper rechazó la invitación.

—Voy por unos papeles. Sé que eres buen chico y que no harás ninguna tontería, ¿verdad? No creo que sea necesario tomar medidas de seguridad más exhaustivas.

Jasper asintió sin levantar la mirada del suelo. El capitán lo observó con atención: «O está muy arrepentido o hemos metido la pata hasta el fondo», pensó. Salió del despacho y cerró la puerta con un mal presentimiento. Lo mencionado acerca de los papeles era una argucia, un pequeño truco para dejar solas al joven. A veces, el silencio de una habitación tenía más capacidad intimidatoria que una decena de agentes.

—Dejar hablar a la conciencia —susurró. Un par de minutos eran suficientes para que la moral del joven acabara de derrumbarse.

—¿Qué opinas? —preguntó John Ramsey, que observaba al muchacho a través de la cortinilla metálica.

—Me extrañaría mucho. No tiene nada, ni un simple gesto, que me haya hecho pensar que ha estado involucrado en la muerte de la joven —dijo el capitán—. Pero los hechos son los que son y tenemos que asegurarnos.

—Solo tenemos la llamada, ¿no es así?

Stephen asintió.

—Al menos hasta que le realicen la autopsia. Aunque decir eso teniendo en cuenta el estado del cuerpo es absurdo. Tú mismo lo has visto.

Ramsey asintió.

En ese momento irrumpieron Matt y Nora Price en el vestíbulo de la comisaría. Llevaban la angustia grabada en el rostro y con la mirada trataban de averiguar qué había sido de su hijo. En cuanto vieron al capitán, se encaminaron hacia él apresurados, de tal manera que varios agentes se interpusieron para evitar que ocurriera ningún accidente.

—¿Dónde está Jasper? —preguntó casi gritando Matt.

—No alce la voz o me verá obligado a pedirle que se vaya, ¿me ha comprendido? —dijo uno de los agentes. Stephen, sin embargo, se acercó a ellos para añadir un poco de calma a la situación. Las cosas iban medianamente bien y no quería que se echara todo a perder.

—Les pido calma. Jasper está en la sala de interrogatorio y está bien. Le hemos ofrecido algo de beber, pero lo ha rechazado. Ahora, por favor, si quieren quedarse aquí, la única exigencia es que aguarden en las sillas que tenemos junto a la entrada del vestíbulo.

Las palabras del capitán calmaron el ímpetu de Matt. Tenía los brazos en jarra y miraba continuamente hacia el lugar donde se encontraba su hijo. Cada gesto reflejaba la impotencia que sentía en ese momento. No era un hombre acostumbrado a recibir órdenes. Nora, en cambio, lloraba continuamente y estaba amedrentada. No concebía la idea de que su hijo estuviera esperando en una sala para ser interrogado.

El capitán regresó a la sala decidido a acabar de una vez con el asunto. Cruzó el umbral de la puerta en silencio y se dejó caer en un sillón desgastado que había junto a la mesa. Pretendía dar la sensación de que se trataba de una conversación normal y corriente, de que podía serle sincero; que él estaba de su parte. No obstante, el muchacho no reaccionó ni empatizó con la intención de Stephen. Permanecía sentado y con la mirada fija en el suelo.

—¿Necesitas algo, Jasper? —Insistió para ganarse su confianza. Sabía que era la manera más sencilla de que hablara. Los gritos y los golpes en la mesa no eran siempre la manera de conseguir una buena declaración.

—Solo quiero irme a casa.

—No tardaremos mucho, te lo prometo. Sabes por qué estás aquí, ¿verdad?

Jasper levantó tímidamente el rostro y encogió los hombros.

—Sé que eres un buen chico, Jasper, y quiero ayudarte, pero necesito que colabores. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Bien, pues empecemos por el principio. Hace cerca de tres meses desapareció una compañera tuya de la secundaria: Ruby Morris, eso ya lo sabes. Hasta el momento no hemos encontrado ningún indicio que nos conduzca a su paradero. ¿Qué puedes decirme de ella?

Stephen Crew afinó los ojos para observar el mínimo gesto del joven, estudiándolo con detenimiento. Confiaba en su experiencia para averiguar si había estado involucrado.

—No hablamos mucho. Está en mi clase, pero apenas nos relacionamos —Jasper lo dijo despacio, arrastrando las palabras a través de sus labios. El capitán cogió aire y espiró con fuerza. Se percató de que el chico mencionaba a Ruby como si todavía estuviese con vida.

—Voy a ser sincero contigo, Jasper. Tal vez eso te ayude. Hemos encontrado el cuerpo sin vida de Ruby en el río Santo. Su cuerpo estaba atascado entre unas ramas, en un lugar de difícil acceso. El deshielo ha facilitado las cosas.

El capitán guardó silencio tras dejar caer la terrible noticia. Era el turno del chico, cuyos ojos se tornaron vidriosos.

—¿Está muerta? —preguntó. El capitán asintió con solemnidad.

—Debió fallecer hace unos dos meses, como mínimo. Puedes imaginarte que el estado de su cuerpo dificulta mucho la investigación —explicó Stephen.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —pronunció la pregunta sin mirar al capitán, diluyendo el tono de desafío de sus palabras en su propia expresión.

Stephen suspiró con pesar. Después, situó varias fotografías sobre la mesa.

—¿Reconoces este teléfono? —preguntó.

—Nunca lo había visto.

—Una de las primeras cosas que hacemos cuando se produce una desaparición es localizar y pedir el registro de llamadas del teléfono de la víctima. Normalmente, las compañías colaboran y en cuestión de horas accedemos a todos los datos. Con Ruby pasó lo mismo.

Jasper miró de reojo al capitán, sin levantar la mirada del todo de las imágenes.

—Sin embargo, no había nada relevante. La sorpresa fue que encontramos otro teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón; uno de prepago y curiosamente, la única y última llamada iba dirigida a ti. ¿Sabes lo que significa? —El joven cabeceó en silencio—. Te refrescaré un poco la memoria. La noche en que desapareció Ruby te llamó a eso de las tres de la madrugada. ¿No tienes nada que decir a esto?

Jasper tragó saliva.

—Ruby solía irse de fiesta muchas veces, hacía siempre lo que quería. A veces, cuando bebía más de la cuenta, llamaba por teléfono, a mí o a otros compañeros. Sin embargo, cuando vi la llamada a la mañana siguiente, no conocía el número. Pensé que se habrían equivocado y no le di más vueltas.

Stephen se levantó y comenzó a caminar por el despacho con las manos metidas en los bolsillos. El joven lo observaba expectante y con temor al mismo tiempo.

—Todos en Oak Valley sabemos cómo era Ruby Morris. Soy consciente de que era una joven problemática que solía abusar de todo tipo de sustancias. Una mala influencia. De hecho, tenía abiertos varios expedientes en comisaría y eso que ni siquiera había cumplido los dieciocho años. Pero, aun así, entenderás que no podemos pasar por alto una llamada la noche de su desaparición, la misma noche en la que pudo morir. ¿Seguro que no hay ningún otro motivo?

Las palabras del capitán impresionaron a Jasper. Su cuerpo temblaba.

—Ya le he dicho que a veces solía hacer cosas así. Ruby es... era impredecible. No tenía límites.

El capitán se acercó a la mesa y cogió una carpeta que miró con atención. Se trataba de un informe preliminar del caso; un montón de documentos de los que no se podía sacar nada en claro. El padre de la joven, Aaron Morris, denunció la desaparición dos días después de esa llamada, aunque la búsqueda oficial no comenzó hasta varias jornadas más tarde. «Ya conoces a tu hija, Aaron», le había dicho cuando este acudió a poner la denuncia, quitándole importancia. Fueron pasando los días y la teoría de que estuviera en casa de algún amigo fue desmoronándose hasta que el capitán montó el dispositivo de búsqueda y algunos vecinos de Oak Valley comenzaron a movilizarse. Sin embargo, el escaso interés de la comunidad que siempre apoyaba estas búsquedas fue uno de los motivos por los que no pudieron abarcar más terreno. Sumado a eso, era invierno, por lo que era muy difícil adentrarse en el bosque. La nieve había estado presente desde el mes de diciembre.

Se enfocaron en los sectores más bajos del bosque, que era el único lugar donde podría haber desaparecido. No había registro suyo en ninguno de los pueblos aledaños.

La búsqueda se redujo a dos semanas y luego la cancelaron. Los agentes estaban obligados a continuar, pero recibieron poca ayuda de los vecinos. Estos insistían que ya aparecería en cualquier momento, que estaría de fiesta o que quizás se hubiese marchado con alguien para no volver a ver a su padre.

El único que insistía en que creía que algo malo había sucedido era Aaron, su padre, quien apenas dormía. Se pasaba casi todo el día yendo de un lado a otro en el auto, trabajando o bebiendo en un bar de mala muerte de las afueras.

Stephen dejó la carpeta sobre la mesa y torció el gesto.

—¿Hablaste con ella esa noche?

Jasper cabeceó.

—Estaba dormido. Vi la llamada al día siguiente.

—¿No te pareció extraño? —insistió.

—Ya le he dicho que Ruby hacía lo que le daba la gana. Por eso no le di más importancia. Además, no reconocí ese número.

El capitán asintió y concluyó que, por el momento, no conseguiría nada más del muchacho. Se levantó y se acercó hasta la puerta.

—Creo que hemos terminado, Jasper. Puedes volver a casa —dijo el capitán.

Nora y Matt se incorporaron de repente al ver que Jasper estaba saliendo del despacho seguido por Stephen, quien apoyaba una de sus manos en el hombro del joven. Nora interpretó el gesto como que todo no había sido más que un malentendido. Sin embargo, la realidad era bien distinta, o al menos, no tan positiva como ella pensaba.

—¡Jasper! —exclamó Nora.

—Pueden estar tranquilos —adelantó el capitán con un gesto conciliador.

No obstante, Matt continuaba alterado.

—¿Puede decirnos de una vez qué está ocurriendo?

Stephen se esforzó por mantener una sonrisa agradable en el rostro.

—Esa era precisamente mi intención. Pasen a mi despacho, por favor.

—¿Y Jasper? —preguntó Nora.

El capitán miró al joven. Prefería hablar a solas con los padres, ya que así le sería más fácil obtener y contrastar información. Con el chico de por medio, actuarían a la defensiva de una manera encarnizada o no hablarían con toda la confianza que él necesitaba.

—Si les parece bien, puede quedarse en la sala de espera. Pueden tener la certeza de que no será molestado por ninguno de mis hombres.

Matt no estaba convencido, pero no le quedó más remedio. De igual manera, su hermano Landon debía de estar a punto de llegar y lo acompañaría. Nora, que ya había tomado la decisión, besó a su hijo en la mejilla y lo acompañó al mismo asiento que ella había ocupado antes.

—No tardaremos. Pronto estaremos en casa.

Jasper se acurrucó en el asiento y bajó de nuevo la mirada. A lo lejos podía escuchar el murmullo de los agentes. Estaba seguro de que hablaban de él, de cómo pudo o no pudo acabar con Ruby. «Soy inocente», pensó.

Stephen leyó con suma delicadeza los pormenores que habían averiguado hasta el momento acerca de la muerte de Ruby Morris. No obstante, ocultó información relevante o que él no consideraba necesaria que los padres del joven conocieran. En términos generales, les contó que la joven había desaparecido hacía casi tres meses, aunque por su personalidad y estilo de vida no lo habían tenido en cuenta hasta una semana después. También les relató el motivo de la presencia de su hijo en comisaría: la última llamada que salió del teléfono de Ruby estaba dirigida a Jasper y tuvo lugar la misma noche de su desaparición, aunque en la compañía telefónica le aseguraron que su hijo no había respondido la llamada.

Las palabras de Stephen dejaron a Nora petrificada. Matt continuaba ofuscado y movía la cabeza de un lado a otro como si no terminara de creérselo.

—¿Quizás, para qué lo llamó? Creo que todos en Oak Valley conocemos a los Morris —dijo Matt—. Esa joven tenía malas costumbres.

El capitán encogió los hombros. Había parte de verdad en sus palabras, aunque no dejó de sorprenderle la frialdad de Matt. Tal y como él esperaba, estaba dispuesto a defender a su hijo ciegamente y no tenía problema alguno en desprestigiar a quien sea pese a que no fuera necesario.

—Eso es precisamente lo que nos gustaría averiguar. Estamos hablando de la última llamada que hizo la noche en que desapareció. No es ninguna trivialidad y requiere toda nuestra atención.

—Pero eso no quiere decir que Jasper esté relacionado con su muerte —insistió Matt. No lo advertía, pero poco a poco iba incrementando su tono de voz, hasta tal punto que Stephen tuvo que pedirle que se calmara antes de continuar.

—No hemos afirmado tal cosa. Puede incluso que se trate de un hecho meramente circunstancial, pero también puede aportarnos información acerca de lo ocurrido con la joven. ¿Lo comprenden? Que quede claro que no estamos señalando a Jasper, simplemente creemos que puede aportar información. Las circunstancias del caso requieren aferrarnos a cualquier evidencia.

—Entonces, ¿no está arrestado? —preguntó Nora. Stephen procuró no mostrar su hartazgo. El egoísmo de los Price era exagerado. Solo tenían una cosa en la cabeza: que su hijo no se viera salpicado por la muerte de la joven.

El capitán lo veía comprensible, en parte: si el nombre de Jasper se relacionaba con la muerte de la chica, adiós a las mejores universidades y a todo ese círculo de exclusividad en el que se movían los Price desde el principio de los tiempos. Eran una de las viejas familias del lugar, venida a menos como la gran mayoría, pero que aún conservaban cierto prestigio entre los dirigentes y grandes empresarios del condado de San Diego. No obstante, los Price no eran ni la

sombra de lo que fueron. Vivían de la renta de las generaciones pasadas y pese a que tanto Matt como Landon Price eran profesionales reputados, su influencia iba a menos con los años.

—No, no será arrestado. —Stephen tuvo el impulso de añadir «por el momento», pero decidió con buen ojo no emplearlo. Eso no haría otra cosa que provocar a Matt.

—En ese caso, creo que poco hacemos aquí. No veo motivo alguno para no marcharnos a casa en este preciso momento. Siento mucho lo de esa chica, pero no es asunto nuestro.

El capitán regaló de nuevo una sonrisa tensa mientras pensaba en las posibilidades que le quedaban. Estaba casi seguro de que el joven no estaba involucrado en la muerte, pero la llamada era un hecho demasiado importante como para dejarlo pasar. No obstante, no tuvo tiempo para contestar. Estaba sucediendo algo en el vestíbulo. Alguien estaba gritando.

Eva Guzmán sacó las llaves del contacto y apoyó la cabeza contra el volante. Su turno en la comisaría de Oak Valley estaba a punto de comenzar, aunque todavía disponía de unos minutos. Cerró los ojos y respiró hondo, expulsando el aire muy lentamente. Se trataba de uno de los ejercicios de autocontrol que le había recomendado la psicóloga a la que acudía desde hacía poco más de dos meses, justo cuando tuvo que dejar la oficina central en Los Ángeles y la trasladaron allí.

«Inspira, espira».

Pero no sentía nada parecido al sosiego en su interior. Su vida, sus planes, todo se había visto alterado por su impulsividad, o más bien por el error que cometió y la llevó a un callejón sin salida.

«Inspira, espira».

Levantó la cara y observó la inquebrantable tranquilidad de Oak Valley. Solo el último canto de unos pájaros rompía el silencio. Aquella pausa revocó en su interior y le hizo sufrir un acceso de ira que terminó con ella golpeando el volante como si fuera el culpable de todas sus desgracias. Una vez consiguió calmarse, salió del coche. Pensó que con suerte el capitán la mandaría a patrullar las carreteras de acceso a la ciudad, donde podría vérselas con algún borracho o un infractor del límite de velocidad. Todo un derroche de adrenalina en aquel rincón del mundo. En Los Ángeles era detective e intervenía en alijos de asesinatos, secuestros... Estaba acostumbrada a las emociones fuertes, por lo que la calma de aquella ciudad, era para ella como sacar un pez del agua y regalarle una cruel e innecesaria agonía.

Se ajustó una cola que recogió su melena mientras subía las escaleras que daban a la puerta principal y entró al vestíbulo de la comisaría. La furia descargada contra el volante le había arrugado un poco la chaqueta, pero nada grave. En cambio, la funda de la pistola sí que se le clavaba en la cintura, por lo que tiró de ella hacia abajo.

—Buenas noches, Roy —dijo al oficial que se encontraba tras el mostrador principal.

—Buenas noches, inspectora —contestó este sin levantar la mirada del crucigrama que le tenía ocupado gran parte de las neuronas. Eva se detuvo junto al mostrador, pero pronto su instinto le hizo fijarse en un joven que estaba sentado en una de las esquinas del vestíbulo. No estaba esposado ni custodiado por ningún agente, lo que le resultó extraño.

—¿Quién es? —preguntó Eva. Roy gruñó al tener que dejar el crucigrama para otro momento.

—Jasper Price. Puede que esté involucrado en la muerte de Ruby Morris. —Eva frunció el ceño: «¿Ha dicho muerte?». Pronto sus pensamientos se transformaron en gestos—. Han encontrado el cuerpo este mediodía. Aún no ha trascendido a la prensa, pero no faltará mucho.

—¿El cuerpo de la joven? —dijo la inspectora como si todavía no hubiera procesado la información.

La insistencia de Eva hizo refunfuñar a Roy. Lo único que deseaba era poder acabar su crucigrama tranquilamente.

—Así es, inspectora. ¿No tenía noticias al respecto? —Eva captó el tono irónico de su compañero. Todos sabían que la relación entre el capitán y la inspectora no era especialmente fluida. Stephen no confiaba en ella, la consideraba demasiado inestable; una bomba de relojería capaz de explotar en cualquier momento.

—Llevo casi una semana con el turno de noche. Por el día apenas hago otra cosa que no sea dormir —acabó su frase con un leve golpe en el mostrador y se alejó en dirección al joven. La idea de encontrarse en ese momento ante un sospechoso de asesinato se le hacía irresistible. Mientras tanto, Roy la observaba de reojo. La inspectora vino de Los Ángeles con el cartel de irreverente colgado del cuello.

—El capitán ha pedido que le dejemos tranquilo. Sus padres están reunidos con él en el despacho —dijo Roy—. Son peces gordos de la ciudad. ¿Lo entiendes? No quiere problemas.

Eva asintió y apretó los puños con todas sus fuerzas.

«Inspira, espira».

Sabía que, si Stephen Crew había dado esa orden, ella no tenía ningún pretexto para infringirla, pese a que su impulso natural fuese el de meter las narices en el asunto. Con mucho esfuerzo consiguió controlarse y dirigirse a su mesa.

—No es asunto tuyo —se repetía una y otra vez.

El agente Ramsey, desde su mesa, la observaba como si se tratase de un bicho raro.

Pasados unos minutos, Eva miró hacia la puerta cerrada del despacho del capitán y después volvió a centrarse en el joven. Ya había podido averiguar por internet que el muchacho pertenecía a una de las familias más ricas de Oak Valley, lo que le daba unas prerrogativas que otro ciudadano corriente no tendría jamás. Eva sabía que eso ocurría, no importaba que fuera en una gran ciudad o en un pequeño pueblo. El dinero siempre era un potente aliado.

Carraspeó hasta tres veces seguidas, esperando llamar la atención de Jasper, que no levantaba la mirada del suelo, sin reaccionar. Eva interpretó su expresión abatida como arrepentimiento: pensó que quizás el joven ya conocía el fatal destino de su amiga, pero que, por algún motivo, decidió guardar el secreto. Las cavilaciones anegaron su mente, que cada vez se sentía más inclinada a acercarse a él y preguntarle qué demonios había hecho.

«El capitán ha pedido que lo dejemos en paz».

El recuerdo de las palabras de Roy le hizo desestimar la idea durante unos segundos, pero cuando apenas estaba valorando las posibles repercusiones de saltarse las indicaciones de su superior, se encontraba ya a pocos pasos del joven.

Sin embargo, su atención se centró por completo en la puerta principal de la comisaría. Allí acababa de irrumpir un hombre de tamaño considerable, que se tambaleaba y apestaba a alcohol. No tuvo tiempo para nada más antes de que el recién llegado mirara al joven con odio y se dirigiera hacia él.

—¡Asesino de mierda! —gritó.

Afortunadamente, Eva estaba en medio y aprovechando la embriaguez del agresor, le puso la zancadilla y le hizo caer al suelo con un movimiento ágil. Aprovechó esos segundos para agarrar

al joven del brazo y sacarlo de allí. El hombre intentó incorporarse, pero un certero golpe de Eva en la parte superior del brazo derecho, lo evitó. La inspectora había conseguido el tiempo necesario para que varios agentes terminasen de reducir al agresor.

—¡Suéltense! ¡Él es el asesino! ¡Vayan por él!

Eva miró a sus espaldas, observando cómo el joven estaba custodiado por varios agentes. Justo en ese momento salieron del despacho los padres del chico, que corrieron hacia él sin pensarlo. Matt miró a Aaron con desprecio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el capitán, aunque un simple vistazo le fue suficiente para comprender la escena que había tenido lugar.

John Ramsey, que había sido testigo de todo lo ocurrido, señaló hacia la inspectora.

—Estaba en el momento justo y en el lugar exacto. Si no es por ella, Aaron podía haber hecho mucho daño al chico.

El capitán la miró y asintió en silencio. Ese era todo el reconocimiento que iba a obtener de su superior. Eva no era ni mucho menos ingenua y era consciente de que sus formas de trabajar eran radicalmente distintas, lo que se traducían en una relación de frialdad e incompreensión. Su historial tampoco jugaba a su favor. Stephen Crew estaba acostumbrado a agentes más dóciles que cumplían con su labor y se marchaban a casa, dejando sus obligaciones policiales en la estación. Eva Guzmán era precisamente todo lo contrario. Su principal error era que se tomaba por lo personal los casos en los que se adentraba, lo que causaba problemas tarde o temprano; tal y como ocurrió en Los Ángeles.

Aaron Morris se encontraba inmovilizado en el piso. La caída le había aclarado un poco la cabeza y enseguida los sentimientos adormecidos por el alcohol le hicieron estremecerse de rabia. Sin embargo, tenía a varios agentes encima, oprimiendo su pecho y permitiéndole respirar lo mínimo para no asfixiarse. Estaban sentados sobre su torso y forcejeaban para esposarlo.

—Vamos, Aaron. Esto ha sido una estupidez.

—¿Qué esperabas hacer? —le recriminaban los agentes.

Aaron giró la cabeza hacia donde se habían llevado al muchacho, pero uno de los agentes le obligó a retirar la mirada, aunque había tenido el tiempo suficiente para ver a los Price consolar al joven; el único sospechoso hasta el momento del asesinato de su hija.

Finalmente, relajó los brazos y los agentes consiguieron cerrar las esposas. El efecto estimulante del alcohol mostró su otra cara y, en cuestión de segundos, Aaron Morris comenzó a llorar sin consuelo.

—¡Llévenlo a mi despacho! —dijo el capitán. La situación se había complicado. Por si no tuviera ya suficientes problemas, otro Price llegó a comisaría: el hermano de Matt, Landon. Nunca había hablado con él, pero su aspecto revelaba una personalidad estirada hasta el exceso.

—¡Esto es una vergüenza! —dijo Matt. Landon, tras pedirle que se calmara, señaló a Aaron Morris, que estaba siendo llevado hacia el despacho del capitán.

—Es muy probable que ese hombre se encuentre bajo el efecto de drogas duras: cocaína, heroína... Lo he visto aparcar el auto y subir las escaleras como un energúmeno. —Las palabras de Landon no ayudaron a rebajar el ambiente. Aaron reaccionó de inmediato.

—¡Cerdo asqueroso! ¡Ese mocoso va a pagar por lo que le ha hecho a mi hija!

—¡Métenlo en el despacho de una puta vez! —gritó Stephen. Sin embargo, pese a estar esposado, la fuerza de Aaron complicaba el asunto a los agentes, teniendo que acudir dos más para reducirlo. A la fuerza consiguieron introducirlo en el despacho y cerrar las puertas. Matt y Landon señalaron hacia allí con la satisfacción en el rostro y una sonrisa que no cabía en tal situación.

—¿Y ese animal no es sospechoso? A saber cómo trataba a su hija —dijo Matt—. No es más que un borracho y de la chica Morris no quiero decir nada por respeto, aunque no dudaría que quisiera escapar de él.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Nora a media voz.

—Tu esposa tiene razón. Es lo más conveniente para Jasper —declaró Landon.

A Stephen le hubiera gustado hablar de nuevo con el joven, pero había perdido el control de la situación. Los dos hermanos Price no tenían pelos en la lengua y eso, junto con Aaron Morris, era una mezcla explosiva. Que se marcharan no era desde luego la peor opción. Así es que no se opuso.

—Ya ha pasado. Todo esto se ha terminado —dijo Landon pasándole la mano por la cabeza de manera cariñosa a su sobrino.

El joven asintió una vez más en silencio.

—Supongo que mandará una patrulla a que monte guardia frente a mi casa por si ese animal vuelve a perder los papeles —insistió Matt. El capitán trató de recuperar su sonrisa predefinida.

—No se preocupe, señor Price. Está todo bajo control.

—Ya lo veo, capitán. Si no es por la inspectora, hubiera ocurrido una desgracia.

Stephen Crew salió de la comisaría y esperó con las manos en los bolsillos a que los Price se marchasen de una vez. Solo entonces iría a su despacho y aclararía todo con Aaron Morris: conducción ebria, intento de agresión, resistencia a la autoridad... Tenía suficiente para empaparlo y dejarlo en el calabozo un par de días, aunque no pensaba llegar a tanto. Ese hombre era una herida lacerante con piernas, no se merecía más desgracias.

Una vez los autos desaparecieron de su vista, regresó al vestíbulo.

—¿Está más calmado? —preguntó.

John Ramsey, que se encontraba junto a la puerta del despacho, levantó el pulgar de la mano derecha para indicarle que Aaron evolucionaba favorablemente. En el interior, dos agentes lo custodiaban, se encontraba sentado cabizbajo, arrepentido de la escena de la que se había erigido como protagonista. Su silueta destacaba a través de la cortina metálica. Sus hombros se alzaban con su respiración. La combinación de musculatura recia y sobrepeso le procuraban una estampa intimidante, casi de luchador profesional.

Todos creían que el capitán se iba a dirigir a su despacho, sin embargo, pasó de largo y se encaminó hacia la mesa de Eva Guzmán. La inspectora soltó el bolígrafo y lo miró con atención.

—Quiero agradecerte el haber protegido al joven —dijo el capitán—. Quién sabe lo que hubiera ocurrido si no hubiese estado... justo ahí.

—No hay de qué.

—Por otra parte, quiero dejarte muy claro que soy yo quien se encarga del caso. ¿Lo entiendes? Tú y yo sabemos por qué te trasladaron aquí, pero no estoy dispuesto a aceptar intromisiones ni a que te dejes llevar por tu instinto, ¿queda claro? ¿Me he explicado bien? Creo que eres consciente de lo que ocurrirá si pido que te abran un expediente.

Sin esperar respuesta, Stephen se dio la vuelta y se dirigió a su despacho. Sabía que la inspectora Guzmán era de hacer primero y pedir permiso o disculpas, después. Eso significaba que había de ser duro con ella si no quería que le causara más problemas. Había evitado que agredieran al chico, pero seguro que pudo hacerlo porque quería hablar con él o algo por el estilo. El joven no se encontraba en un sitio de paso ni lo suficientemente cerca de su mesa.

Abrió la puerta del despacho y pidió a los agentes que le dejaran solo con Aaron. En cuanto salieron, se acercó a él, le quitó las esposas y las arrojó a la mesa convencido de que era inofensivo. Después comenzó a caminar de un lado hacia otro mientras se quitaba el sudor de la

frente con las manos.

—Sé que esto no es fácil, Aaron, pero te has pasado de la raya. Lo sabes, ¿verdad?

Aaron movió la cabeza de arriba abajo. Sus ojos vidriosos expresaban su dolor de manera explícita.

—¿Quieres un café? Te conviene que estés despejado. Lo último que quiero es tener que arrestarte dentro de un par de horas porque has hecho alguna estupidez.

—Solo han sido un par de copas. Estoy bien.

—Como quieras. Ahora cuéntame cómo sabías que Jasper Price estaba aquí. Se supone que nadie sabe nada de esto.

Aaron se introdujo la mano en el bolsillo del pantalón vaquero y sacó el móvil.

—Lo vi en internet. Les hicieron unas fotografías cuando fuiste a por él. No ocurren muchas cosas en Oak Valley, así que até cabos.

Stephen no daba crédito. Las fotografías habían sido tomadas desde una de las casas de la calle de los Price y publicadas en las redes sociales: el resto era historia. La desaparición de Ruby Morris era de lo único que se hablaba en la ciudad, y ahora ya se había filtrado la aparición del cuerpo, por lo que no tardaron mucho en relacionar una cosa con otra. Incluso ya se había formado una especie de debate en torno a la inocencia o culpabilidad de Jasper Price. Clamaban por lo segundo.

—Cuando lo vi —continuó Aaron— solo quería saber si ese mocoso había matado a mi hija. No fue nada premeditado. Un arrebato, nada más. ¿Qué querías que hiciese?

El capitán asintió al mismo tiempo que pensaba que debía renovar a parte de su plantilla, todos eran mayores y para ellos las redes sociales no tenían valor alguno. Sin embargo, le resultaba insultante que nadie supiera nada de la filtración y de la maldita fotografía.

Cuando se centró de nuevo en Aaron, este lo miraba fijamente, como si fuera él el que tuviera que recibir explicaciones. Stephen ganó unos segundos mientras fingía acomodarse en su silla. La noche en la que puso la denuncia de la desaparición de su hija, Stephen le quitó importancia al asunto, no se lo tomó en serio; le aseguró, que Ruby estaría en una fiesta o en casa de algún amigo. Este, que conocía a su hija, no tuvo argumentos para negarse y confió en que el capitán acertara en su teoría.

—¿Qué tiene que ver Jasper Price con la muerte de mi hija? —Aaron se adelantó de nuevo al capitán. Los efectos del alcohol casi habían desaparecido y su concentración se había agudizado.

Stephen encogió los hombros.

—Se trata de una investigación abierta. No puedo darte información al respecto. Lo que sí puedo decirte es que se trata de un proceso común. Jasper estaba en la misma clase que Ruby, por lo que no es para nada extraño que quisiéramos hablar con él.

Aaron soltó una risa irónica.

—¿Ha traído a comisaría a todos los compañeros de Ruby, capitán? Una especie de jornadas de puertas abiertas en la comisaría de Oak Valley —preguntó Morris con sorna.

Stephen, aunque no estaba dispuesto a dejarse avasallar, comprendió su desesperación.

—Encontramos un teléfono de prepago junto al cuerpo de Ruby y hay una llamada que se hizo al teléfono de Jasper esa noche. A eso de las tres de la madrugada. No tenemos nada más.

—¿De qué está hablando? —preguntó Aaron.

—Eso, que al parecer tenía otro móvil, y desde ahí se hizo una llamada a Jasper Price. —Aaron recordó que en esos días su hija estaba enojada porque la compañía casi no tenía cobertura en el pueblo. Habían discutido porque ella le pidió que le comprara otro y él no quiso.

—Supongo que lo compró ella, esos días estaba muy enojada porque no conseguía señal con

su actual compañía —explicó, dándose cuenta de que su hija obtenía lo que se proponía, incluso sin su ayuda—. Cuando fui a reconocer el cuerpo, me dijeron que no traía nada consigo. Ni siquiera el collar que su madre le regaló. No se lo quitaba en ningún momento. ¿Cuándo me entregarán sus cosas? ¿Cuándo me entregará a mi hija?

—Encontramos solo ese móvil, Aaron. No podemos garantizar que perteneciera a ella, pero todo apunta a que sí. El otro teléfono, del que sí teníamos conocimiento, estaba sin registro de llamadas o mensajes desde el día anterior a su desaparición. ¿Recuerdas que pedimos la información a la compañía? —Aaron movió la cabeza afirmando los dichos del capitán—. Ese móvil dejó de funcionar en esos días. Quizás lo traía consigo y lo arrastró la corriente, nadie lo encontró, toda la información la obtuvimos de la compañía telefónica.

A Aaron le costaba respirar, sentía que todo había sido una seguidilla de malas decisiones y falta de comunicación, que él como padre debería haber conocido. Si él le hubiese comprado el nuevo móvil, habría tenido información de su hija mucho antes.

—En cuanto al collar, ni rastro. Probablemente, se perdió en el río —dijo el capitán serio—. Tú sabes que el cuerpo estaba sumergido desde la cintura hasta la cabeza. Lo viste, nada se podría sostener ahí. Por suerte el teléfono en cuestión estaba en el bolsillo trasero de su pantalón.

Aaron cerró los ojos y comenzó a llorar. La imagen de su hija muerta sería algo que no olvidaría fácilmente. De pronto un golpe en la mesa lo hizo reaccionar.

—¿Por qué tardaste dos días en presentar la denuncia? —preguntó Stephen.

Este abrió los ojos de par en par. No entendía bien lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué significa esto? ¿Ahora soy sospechoso? ¿De la muerte de mi hija?

—Hasta hace unas cuantas horas investigábamos una desaparición, pero ahora, lamentablemente, investigamos un posible asesinato. Por tanto, todo ha cambiado. Límitate a contestar. ¿Por qué no denunciaste la desaparición al día siguiente?

—La última noche que la vi, discutimos. Pensé que estaría un par de días fuera. Pero incluso cuando lo hacía me escribía un mensaje o me llamaba para decirme que se encontraba bien. Era una buena chica, pese a lo que digan todos. Sin embargo, cuando no me avisó el segundo día, supe que sucedía algo. ¿Lo recuerda? Vine aquí y usted me convenció de que no había de qué preocuparse. ¿Por qué no inició la búsqueda ese día, capitán?

Matt trataba de consolar a su hijo, sin embargo, todavía estaba muy alterado. Todo el miedo que había experimentado, especialmente cuando apareció Aaron Morris, se había transformado en una ansiedad que le oprimía el pecho. Incluso todavía miraba a las esquinas y a los puntos oscuros con recelo, como si alguien pudiera surgir de ellos en cualquier instante.

—Ya se ha acabado, ¿de acuerdo? Pronto se convertirá en una anécdota y nos reiremos de todo esto.

Landon, que observaba la escena, parado cerca de la ventana del salón, se fijó en que un auto de la policía se detenía a pocos metros de la fachada de la casa. Aguardó unos segundos que le resultaron eternos.

—Debe ser la patrulla. Seguramente han puesto a ese desgraciado en libertad. Esperemos que no se presente aquí.

Las palabras de Landon perturbaron al muchacho, que de inmediato se incorporó y miró hacia donde se encontraba su tío.

—No hay nada que temer con la policía. Estamos a salvo, ¿verdad? —Matt clavó los ojos en Landon, que asintió de la manera más convincente.

Mientras tanto, Nora, desde la cocina, había visto también el vehículo patrulla que se había detenido frente a la casa. La intranquilidad se instaló en su pecho. En su cabeza había quedado grabada la imagen de Aaron Morris reducido en el suelo. Estaba confusa. Quería estar junto a su hijo, apoyarlo en un momento tan complicado, pero, al mismo tiempo, sabía que tenía que darle el espacio necesario. Suficiente presión había recibido Jasper aquella noche. Además, consideraba que su presencia en el salón estaba de más. Se llevaba bien con su cuñado, pero los Price tenían algo, una especie de rechazo innato hacia todos aquellos que no llevaran su sangre. Nora estaba casada con Matt, pero eso no significaba que la familia de su esposo la aceptara por ese simple hecho. Que llevara el apellido Price no indicaba que formara parte del núcleo de la familia.

Con dudas, Nora salió de la cocina y caminó por los pasillos sin saber a ciencia cierta a dónde se dirigía. Pese a que las luces estaban encendidas, por toda la casa se extendía una pátina de oscuridad anómala, como si las paredes hubieran empatizado con todo lo acontecido en el seno de su familia las últimas horas. Finalmente, Nora llegó hasta el salón. Jasper estaba sentado en uno de los sillones, con el rostro oculto entre sus manos. Matt trataba de animarlo y Landon miraba fijamente por la ventana.

—No quiero, papá —dijo Jasper con una voz gangosa. Nora se sobresaltó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nora.

Landon dio un paso hacia delante. Llevaba las manos en los bolsillos. Una postura que solía

mantener gran parte del tiempo, como si ningún problema del mundo tuviera la importancia necesaria para preocuparle.

—Cosas de adolescentes, solo eso —apuntó.

—Jasper no quiere ir a clases —dijo Matt.

—Es comprensible —reconoció Nora—. Puede que lo mejor sea esperar un par de días hasta que todo se calme.

Pero Matt y Landon no compartían su opinión.

—¡Eso es ridículo! —gritó Matt—. ¿Qué pensarán todos si Jasper se queda encerrado en casa?

—Sería como si se culpaba él mismo. Jasper es inocente, por lo que no tiene que esconderse en ninguna parte —señaló Landon.

—Creo que necesito irme a la cama —dijo Jasper, pillándolos a todos por sorpresa. Matt le ayudó a incorporarse—. Estoy bien; estoy bien.

Pese a su insistencia, Jasper no pudo evitar que su madre lo acompañase hasta la habitación. Cuando Nora regresó al salón, la expresión de los hermanos era bien distinta. Quedaba claro que todo lo que rodeaba a Jasper no era más que un mero teatro. La conversación entre ambos se detuvo en cuanto la vieron aparecer por la puerta.

—¿Se ha quedado más tranquilo? —preguntó Matt.

—Creo que después de todos los nervios que ha pasado, ahora se ha venido abajo. Le vendrá bien dormir —contestó Nora.

—Es mejor que descanse para mañana —dijo Landon.

—¿Por qué ha de ir? No me entra en la cabeza. Lo siento.

Landon dejó escapar una sonrisa irónica como si la respuesta a su pregunta fuera evidente y no necesitara de más explicaciones.

—Porque es una manera de recalcar su inocencia —dijo Matt—. Si no seguimos con nuestra vida normal, como si nada de esto hubiera ocurrido. No podemos agachar la cabeza, precisamente porque somos inocentes.

Nora quiso replicar, pero sabía que era algo inútil. Puede que, después de todo, su marido tuviese razón. Hacer como si nada hubiese ocurrido no era más que señalar la inocencia de Jasper.

La preocupación por el estado de su hijo la tenía muy nerviosa, por lo que decidió adelantar trabajo en casa. Se dirigió a la sala del lavado cuando un recuerdo llegó como un rayo a su mente. Recordó la noche en que Ruby Morris desapareció y cómo demoró varios días en limpiar la ropa de su hijo.

9 de enero de 2016

Nora estaba en su habitación. La novela que había estado leyendo hasta que la venció el sueño, descansaba sobre su pecho, moviéndose al ritmo de su respiración.

A un lado de la cama estaba su teléfono. La pantalla lucía un negro absoluto, pero en la parte superior, en finas líneas blancas, se reflejaba la hora que era en ese momento: las dos y cuarenta de la madrugada.

Nora no reaccionó al sonido cuando Matt cerró con estrépito la puerta de casa. Abrió los ojos cuando Jasper y su marido se enzarzaron en una discusión cuando subían las escaleras. Fue un

momento tan confuso que no sabía si aquello estaba ocurriendo de verdad o era parte de un sueño. Sin embargo, la luz que entraba a través de la puerta entornada de su habitación le confirmó que aquello era real, que su marido y su hijo discutían acerca de algo que no podía comprender.

Se incorporó de inmediato y salió al pasillo. Matt y Jasper la vieron y guardaron silencio, como si hubiera aparecido un fantasma. Su marido tenía la frente perlada de sudor e incluso en su chaqueta se podía advertir las manchas oscuras de la excesiva transpiración. Pero era Jasper el que mostraba un aspecto desconcertante. Estaba cubierto completamente de barro, con la ropa arrugada y especialmente agitado.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Nora sin moverse ni un ápice.

Matt miró a Jasper.

—Este inconsciente se ha pasado la noche bebiendo con sus amigos. Cuando lo encontré apenas podía tenerse en pie.

Nora miró a su hijo. El barro le ocultaba parte de su expresión. Sin embargo, lo afirmado por su marido era tan grave que ni siquiera se planteó el que no fuera cierto.

—Oh, Dios mío, Jasper, eres menor de edad, ¿en qué estabas pensando? —gritó Nora, nunca había tenido un problema así con su hijo—. Podías acabar arrestado.

—Vete a la ducha ahora mismo. No quiero verte. ¡Ahora! —gritó Matt.

Jasper, sin abrir la boca, agachó la cabeza y se dirigió al cuarto de baño.

—¿Qué ha ocurrido, Matt? ¿Estaba Jasper contigo?

Su marido, con los brazos en jarra, guardó silencio hasta que el joven desapareció de su vista.

—Estaba tomando una copa con Landon, ya sabes. Hemos cenado con mamá. Uno de los enfermeros de la clínica de Landon lo llamó y le dijo que había creído ver a su sobrino merodeando a las afueras de la ciudad. Le dijo que parecía estar bebido. Llamé a Jasper, pero no me cogió el teléfono. Insistí, pero fue inútil. Después lo intentó Landon y por suerte sí le contestó. Casi no podía hablar. Sin más nos montamos en el coche y fuimos a buscarlo. Estaba más allá de Pennton Avenue, casi en la linde del bosque. Él y los desgraciados de sus amigos se habían bebido como diez o doce latas de cerveza, pero Jasper era el que peor estaba. Los otros salieron corriendo en cuanto nos vieron aparecer.

Matt pronunció las últimas palabras mientras se dirigía escaleras abajo.

—¿A dónde vas? —preguntó Nora.

—Landon va tras los muchachos. Queremos saber quiénes son para tener una conversación con sus padres. Voy a echarle una mano para atrapar a esos imbéciles.

—¿Quieres que llame a la policía? —ofreció Nora. Matt se detuvo en seco y se dio la vuelta.

—No es necesario. No hagamos de todo esto un problema mayor. Landon y yo lo solucionaremos.

Nora dio varios pasos hacia delante, pero enseguida se detuvo y se giró hacia donde se encontraba su hijo. Hacía tan solo un par de horas que Jasper les había dicho que iba a salir a divertirse con sus amigos. Era un adolescente y era normal que experimentara ese tipo de situaciones, pero jamás hasta ese momento se había comportado de una forma tan irresponsable.

Nora no recordaba estar tan nerviosa como la noche anterior, por lo que despertó algo agitada.

En un día normal, se levantaba con los primeros rayos de sol. Bajaba a la cocina y se preparaba un café para disfrutar después de un rato de lectura en el jardín. Era uno de sus momentos preferidos del día. El canto creciente de los pájaros y la brisa húmeda la revitalizaban de alguna manera, invitándola a soñar que aún tenía el destino en sus manos. Una bucólica idea que a veces veía carente de sentido, pero que seguía siendo igual de reconfortante.

Sin embargo, apenas había podido pegar ojo. Todavía se estremecía al recordar la llegada de los agentes a casa y después todo lo vivido en la comisaría. Matt, por su parte, no tuvo inconveniente en tomar varios tranquilizantes para poder descansar, aunque igualmente se pasó la noche en un duermevela constante.

Nora alcanzó el sueño poco antes del amanecer. Cuando abrió los ojos, sobresaltada por haber perdido la noción del tiempo, se fijó en que era mucho más tarde de lo que creía. Intrigada por saber cómo Jasper había pasado la noche, se levantó y fue a buscarlo a su habitación. Pero estaba vacía. Recordó la insistencia de Matt para que su hijo acudiera a clases, así que bajó las escaleras corriendo para ver qué había sucedido.

Para su sorpresa, no solo encontró a su hijo, sino que también vio que Landon y Evelyn Price, su suegra, estaban también allí. De hecho, era ella quien estaba preparando el desayuno con el gesto torcido, dando a entender que hacía mucho tiempo que no se rebajaba a realizar una tarea de ese estilo.

—Buenos días, Nora —dijo Evelyn estirando la piel de su rostro y mostrando una afilada sonrisa. Landon, que estaba sentado con el periódico frente a sí, la observó por encima de este y después regresó a su lectura.

—Se te han pegado las sábanas por lo que veo —señaló.

Nora asintió en silencio y se acercó a su hijo, que comía con desgana un tazón de cereales.

—¿Cómo estás, cariño?

Jasper encogió los hombros.

—Estoy bien. Solo fue un mal trago. En un par de días estará olvidado.

A Nora le sorprendió la respuesta de su hijo y pensó que tanto Matt como Landon ya habrían mantenido una conversación con él. Le parecía bien, no obstante, le hubiera gustado estar presente en un momento tan trascendental. Consideraba que todo lo que estaba ocurriendo era grave y no quería perderse ni un solo detalle.

—Eso es, Jasper. Eres inocente, así que poco debe importarte lo qué ocurrió ayer. Si el capitán vuelve a molestarte, tu padre y yo nos encargaremos de que acabe como guardia de seguridad en algún Walmart. De eso puedes estar seguro.

Evelyn Price asintió con vehemencia a la vez que retiraba la sartén con excesivo cuidado.

—Tenlo por seguro. Nadie va a manchar el nombre de los Price. Nadie —espetó Evelyn.

Matt levantó la taza de café y brindó en el aire para recalcar las palabras de su madre.

Nora sonrió sin saber bien cómo reaccionar, observando la escena como si ella no estuviera allí, como si todo formara parte de una película.

—No agaches la cabeza, Jasper. Eres un Price. Sin nosotros, Oak Valley no sería más que un pueblucho de leñadores. No lo olvides. Si tu abuelo estuviera vivo, esto no habría pasado —dijo Evelyn mirando de forma acusatoria a Matt y Landon.

—Sí, Evelyn —respondió Jasper. Era de esa forma en la que debía referirse a su abuela, por su nombre.

—Por mi parte, conozco al gobernador. Jugamos casi todos los fines de semana al golf y hasta me debe algún que otro favor. —Landon sonrió maliciosamente—. Una conversación con él y ese capitán se lo pensará dos veces antes de molestarte.

El joven sonrió con desgana y volvió a centrarse en sus cereales. Nora permaneció de pie, observándolo.

—¿Quieres café, querida? —le preguntó Evelyn.

Nora respondió afirmativamente con una sonrisa, esperando que su suegra le tendiera la taza, aunque no fue lo que sucedió.

—En la cafetera queda un poco —contestó. Landon no pudo evitar dibujar una sonrisa en el rostro, mientras que Matt no parecía haberse percatado de la respuesta de su madre.

Nora, no obstante, estaba acostumbrada. Nunca se había visto aceptada por la familia de su marido, los Price, la veían como una persona de categoría inferior.

Se conocieron cuando ella trabajaba en una cafetería y aunque vivieron una historia de amor idílica, pronto la realidad de la situación de Matt y las intromisiones, tanto de Landon como de Evelyn, provocaron que la personalidad de su marido se fuera transformando poco a poco. Meses después de la boda, Matt ya no era el mismo. Nora quería seguir trabajando para financiar sus estudios en Literatura Universal, pero Evelyn se echó las manos a la cabeza solo de pensar que una Price —aun de segunda clase— trabajara en un lugar tan vulgar como una simple cafetería. Matt la convenció para que dejara su trabajo y le ofreció costearle sus estudios a cambio de tal sacrificio, pero Nora se negó. Su sueño era terminar de estudiar y se empleó en ello los años siguientes. Sin embargo, Evelyn y Landon consideraban poco más que ridículas sus aspiraciones, dejando claro que era una pérdida de tiempo. Pero lo que le hizo desistir finalmente fue el escaso apoyo que recibió de su marido; no había nada más doloroso para ella, el saber que el Matt que conoció y que la hubiera apoyado bajo cualquier circunstancia, ya no existía.

Cuando se conocieron, Matt era un joven sonriente, locuaz y hasta en cierto punto alocado, muy diferente a cómo era su hermano Landon. Este se asimilaba más a su madre y actuaba como una extensión de ella. Matt no era sí, pero parecía que el destino no le hubiera dejado otro remedio. A su suegro, William Price, lo conoció poco, pues desde que Matt decidió casarse con ella, su familia se alejó, aunque cuando por fin nació Jasper, volvieron a aceptarlos en el seno familiar. William falleció cuando Jasper tenía unos ocho años.

En cuanto a sus ambiciones literarias, Nora las fue enterrando en la frustración y en el regocijo de la lectura, sepultándolo todo bajo miles de historias que le hacían creer que su sueño era posible, que quizás algún día podría convertirse en una escritora o dar clases de literatura. Pero la realidad era bien distinta. Todo lo que había quedado de ello era una mujer de cuarenta y cinco años que se contentaba con hacer *reviews* de las novelas que leía en un perfil de Instagram. No era ni parecido a lo que ella aspiraba, sino más como un consuelo para su sueño original. Era

lo único que le había quedado.

—¿Cómo vas con tus libros, Nora? —preguntó Landon. Ella percibió el tono irónico de sus palabras. Sentía que iba a convertirse en el centro de la conversación; en la diana en la que su cuñado y su suegra afilarían sus garras. Pero lo más insultante no era la pregunta, sino el contexto. Nora consideraba que no era el momento de suspicacias.

—Ayer no leí mucho —dijo esperando haber dejado claro su mensaje. No era el momento de hablar de sus libros.

—Oh, lo entiendo. Sin embargo, Nora, no deberías hacer esperar mucho a tus seguidores. Estarán ansiosos de saber de ti.

Nora observó la sonrisa perfecta de Landon. Físicamente, era un hombre atractivo, posiblemente el más atractivo de Oak Valley, pero su personalidad ácida y narcisista, en opinión de Nora, lo echaba toda por la borda. Eso explicaba que continuara soltero y no se le conociera una relación seria, aparte de una tal Rachel con la que estuvo hacía ya más de quince años.

—No seas así, Landon. La labor que realiza Nora es encomiable. ¿Cuántos pobres no pueden siquiera comprarse esas novelas baratas?

Nora dio un sorbo al café para no tener que contestar. Encajaba bien los golpes, la experiencia no le había dejado otra opción.

—No solo eso. Así también alguien corrige las faltas de ortografía de Jasper. Se pasa tanto tiempo con sus libros que es una experta en gramática. Es como un diccionario con piernas —dijo Matt.

Landon y Evelyn rieron a carcajadas.

—¿No te hace gracia, Jasper? —preguntó Landon. El joven permanecía inexpresivo, ajeno a la conversación.

—Las faltas de ortografía de Jasper se deben a una disortografía y no creo que esté para muchas bromas. ¿Seguro que te encuentras bien, cariño? —insistió Nora.

Jasper intentó contestar, pero Evelyn se adelantó.

—Es normal que esté conmocionado. Nunca he experimentado una cosa así, pero no debe ser agradable que le relacionen con la muerte de una persona, ni aunque sea con esa desvergonzada de Ruby Morris. No le deseo el mal a nadie, pero esa joven ha estado jugando con fuego desde hace mucho tiempo. Es por eso, Jasper, que no puedes permitir que te afecte más de lo necesario.

—No has podido explicarlo mejor, mamá —dijo Landon—. No puedes dejarte pisar, Jasper. No seas tan condescendiente contigo mismo. Eres inocente y debes hacérselo saber a los demás.

—Sigo opinando que Jasper debería quedarse en casa. Al menos por unos días. Hasta que se aclare lo que le sucedió a la joven. —Las palabras de Nora causaron un profundo e incómodo silencio.

—¿Qué pretendes conseguir con eso? O mejor aún, ¿qué quieres decir con «hasta que se aclare lo que sucedió»? —preguntó Matt.

—Quería decir... Solo me preocupa Jasper y lo que pueda sufrir frente a sus compañeros. Ya sabemos lo crueles que pueden ser los jóvenes de su edad.

Evelyn se levantó exagerando su hastío.

—Lo proteges demasiado, Nora. Eso no es bueno para él. A no ser... ¿Dudas de su inocencia?

Nora tragó saliva ante la pregunta de Evelyn. Aquel golpe no lo había visto venir.

—¿Cómo puedes pensar una cosa así? Solo pienso en lo mejor para mi hijo.

—Irás a clases. No hay más que hablar. Yo mismo hablaré con el director Taylor para asegurarme de que todo está en orden, ¿de acuerdo? —expresó Matt.

Nora apretó los labios.

—Si tú crees que es lo mejor...

—Por supuesto que creemos que es lo mejor —intervino Landon—. Es la mejor manera para Jasper de reafirmar su inocencia. En el periódico ya se han hecho eco de la aparición del cuerpo, si nos escondemos, dejaremos claro que Jasper está relacionado. Sería dar carnaza a esas alimañas.

—En cuanto a eso que has dicho de la prensa, espero no tener a esos periodistas en la puerta de casa todo el día. ¿Hay alguna manera de evitarlo? —preguntó Matt.

—Por supuesto, daré un toque al capitán. Estoy seguro de que accederá a mantener la calle en calma —dijo Landon con seguridad.

—Preferiría no ir, al menos hoy —susurró Jasper. No había pensado en los periodistas hasta ese momento. Le horrorizaba la idea de tener que enfrentarse a un grupo de fotógrafos rabiosos, a decenas de preguntas a discreción sobre su supuesta implicación en la muerte de Ruby Morris.

—Ya lo hemos hablado, Jasper. No tienes nada de lo que avergonzarte.

—Eres un Price, no lo olvides —dijo Evelyn.

Landon se levantó y se situó detrás de Jasper. Después, con un gesto paternal, puso las manos sobre los hombros de su sobrino y le dio un reconfortante apretón.

—Interioriza las palabras de tu abuela... perdón, de Evelyn, Jasper; introdúcelas en lo más profundo de tu ser y conviértelas en tu bastión. Lo único que ha ocurrido es que tuviste la mala suerte de que esa chica te llamara poco antes de desaparecer. ¿El por qué? Eso es irrelevante. No era tu amiga, sino una joven problemática que solía abusar de las drogas. Cada estilo de vida conlleva una serie de consecuencias. ¿Acaso el destino de la joven habría sido el mismo si hubiera sido una estudiante ejemplar o si tuviera tras a ella a una familia como Dios manda? Por supuesto que no. Sin embargo, todo eso lo tienes tú. No vamos a permitir que te ocurra nada malo, pero hay ciertos momentos en los que un joven debe hacer frente a lo que la vida le depara y enfrentarse a ello. —Landon se situó a un lado y se puso a su misma altura—. Yo mismo tuve que lidiar con algo parecido. Cuando tenía tu edad, todas las chicas de Oak Valley se tiraban de los pelos por estar conmigo.

—Oh, vamos, Landon —dijo Matt con una sonrisa.

—Es cierto, hermano, y lo sabes. El caso, Jasper, es que no puedes imaginarte cuántas chicas intentaron manipularme para que accediera a salir con ellas. ¿Qué hubiera ocurrido si me hubiera comportado como un pusilánime? Pues que me hubiese casado con la primera arpía que se hubiera puesto delante de mis narices. ¿Tú quieres eso? ¿Quieres acabar en manos de una cualquiera que se adueñe de tu vida y de tu futuro? La vida es mucho más que eso.

Evelyn Price levantó las cejas luego del discurso de Landon y Jasper arrugó la frente ante la extraña dirección que había tomado la conversación.

Nora tampoco comprendía cómo habían pasado de hablar de la muerte de Ruby Morris y se habían centrado en la juventud de Landon. Jasper no se parecía mucho a los Price: era apuesto, como lo eran su tío y su padre, pero era más sensible y refinado. Disfrutaba dibujando, leyendo, escuchando música o componiendo canciones en un piano que Nora le compró cuando tenía diez años. No le atraían ni los negocios, ni el fútbol, ni otras de las muchas aficiones que Landon y Matt compartían. Nora sabía que eso disgustaba a su familia política, para ellos significaba como una brecha imposible de salvar, extraño a ellos. «Tú y tus libros van a volver loco al muchacho», le había dicho Evelyn en alguna ocasión. No obstante, y como en todo, la versión de Nora era radicalmente diferente.

A Nora no le resultó fácil quedarse embarazada e incluso hubo momentos en los que

descartaron concebir un hijo. Para un Price adoptar no era una posibilidad, por lo que la llegada de Jasper fue casi un milagro que Nora interpretó como un rayo de luz en la penumbra de la familia. Era cierto que lo protegía y lo cuidaba, quizás más que una madre normal, pero ni mucho menos había hecho nada para alejar a Jasper del camino que como Price debía tomar.

—¿Qué me dices? Quieres ser dueño de tu vida, ¿verdad? —insistió Landon. Jasper asintió—. Perfecto. Pues el primer paso es ir a clases y callar la boca a todos.

—Está bien —musitó el chico. Después se levantó y se marchó a vestirse con lágrimas en los ojos. Nora hizo el amago de ir tras él, pero Matt lo evitó cogiéndola del brazo.

—Tienes que dejar que asimile lo que está ocurriendo. Él es capaz de hacerlo.

Resignada, Nora se sentó y cogió fuerzas para soportar lo que fuera que los Price le tenían reservado.

Stephen Crew repasó el informe por undécima vez. Lo leyó como si las veces anteriores no hubiera prestado la suficiente atención, enfocándose en cada palabra, analizando el significado de cada frase. En sus manos tenía un resultado preliminar de la autopsia de Ruby Morris; apenas aportaban información sobre su muerte. En otras palabras, el caso no se enfocaba hacia una dirección o un sospechoso determinado.

El guardabosque halló el cuerpo durante la mañana. Aunque los días seguían siendo frescos, el sol comenzaba a derretir la nieve caída durante el invierno, convirtiendo algunas zonas en barrizales que pronto se llenarían de mosquitos. No obstante, Ruby no apareció en uno de ellos. Su cuerpo apareció atrapado en una maraña de ramas en la ribera del río Santo, que atravesaba Oak Valley de este a oeste. El caudal era abundante a lo largo del año, aunque era en los meses de primavera cuando el río Santo bajaba embravecido por el agua de la nieve y de las montañas. Por tanto, cuando desapareció la joven, el curso era menor y el agua descendía con menos fuerza. Lo más probable era que el cuerpo sin vida cayera o lo tiraran al agua y este acabara atrapado bajo las ramas. Las últimas nevadas de febrero acumularon nieve en el bosque, por lo que el lugar era inaccesible. Ya en marzo, cuando subieron las temperaturas, la nieve comenzó a derretirse y el camino se despejó mostrando entre las ramas su macabro secreto.

La complejidad del caso inquietaba a Stephen. Sin huellas ni restos de un supuesto asesino, tan solo quedaban el cuerpo y el teléfono como foco principal de la investigación. Pero esto tampoco auguraba nada positivo. El móvil de prepago de Ruby reflejaba su última llamada a Jasper Price, confirmado por la compañía telefónica. En cuanto al otro, pudieron rescatar algunas fotografías y vídeos, pero nada relevante. Al parecer había dejado de usarlo un par de días antes. Y al momento del accidente estaba apagado.

Por otra parte, ella no se comunicó con nadie más antes de la llamada a Jasper, como si solo hubiese podido conectar una sola vez la señal. Esto indicaba que Ruby no estaba en un estado de euforia a causa del alcohol o las drogas, telefoneando a sus conocidos o queriendo llamar la atención. Llamó a Jasper por una razón concreta. Si el joven sabía o no, el motivo era la gran interrogante.

Sin embargo, hasta que no descubrieran una prueba de peso, Jasper Price sería intocable. Stephen dudaba, su certeza se tambaleaba de que el chico fuera el asesino, pero sí pensaba que podría tener información clave de lo que le sucedió a Ruby Morris.

El forense había trabajado duro tratando de extraer la máxima información de los restos que habían perdurado, los cuales no eran muchos. La cabeza y el tronco, al permanecer tanto tiempo sumergidos, habían quedado en un estado lamentable. Sin embargo, el hueso parietal del cráneo mostraba varias fracturas que llamaron la atención.

—Pudo hacérselo en vida o cuando el agua arrastró su cuerpo —le había dicho el forense—. Aun así, en sus bolsillos he encontrado pequeños envoltorios de plástico. No contienen nada, ya que el agua ha eliminado cualquier sustancia que hubiera en ellos, pero me hace pensar que la joven llevaba droga consigo.

—¿Pudo fallecer de sobredosis? Puede que se pasara de la raya y cayera al río —preguntó el capitán. Esa era una forma fácil de cerrar el caso. Si la causa era un accidente o suicidio, no necesitaban abrir una investigación que involucrara a la oficina del central en el condado de San Diego. La presencia de sustancias podía simplificarlo todo, además, así no tendría que volver a tratar con los Price ni con el inestable de Aaron Morris.

—El pésimo estado de conservación dificulta establecer una causa concluyente. Las fracturas de su cráneo podrían revelar una agresión, aunque es difícil aclararlo. Pero, desde luego, no podemos descartar las drogas sin más. Es posible que cayera de manera accidental al río, golpeándose con una piedra y falleciendo en el acto. Es una explicación viable y encajaría con lo que sabemos hasta ahora.

Con el informe todavía en las manos, Stephen Crew salió de su despacho y se encaminó lentamente hacia un pequeño corrillo formado por varios de los agentes más veteranos del cuerpo. Necesitaba consejo.

La inspectora Eva Guzmán procuró concentrarse. Se retiró la gomilla del pelo y dejó caer su melena sobre los hombros. Desde que llegara a Oak Valley no era capaz de contar las horas que se había pasado sentada en su mesa, copiando informes o realizando cualquier tarea administrativa insignificante. «Comida de becario», pensaba. Todo valía para el capitán mientras la nueva y problemática inspectora no se metiera en problemas y, sobre todo, no repercutieran en él. Aunque, quizás, lo más lamentable de todo era que no había mucho más que hacer por allí. Multas de aparcamiento, alguna infracción leve de tráfico o unos jóvenes que habían sido descubiertos bebiendo en la parte baja del parque.

Deseaba volver a las calles, donde ella pensaba que un agente de policía era realmente útil, pero siempre el capitán la mantenía al margen. Estaba resignada a que debía pasar una temporada en completa tranquilidad. Hasta que tuvo noticias de la aparición del cuerpo de una chica desaparecida el día anterior, cuando Jasper Price fue interrogado y Aaron Morris estuvo a escasos metros de hacer puré de carne con el muchacho.

Desde entonces, sabía que el capitán aguardaba los resultados de la autopsia para cerrar el caso de una vez por todas, pero por la expresión que llevaba en ese momento, Eva comprendió que los planes no se habían desarrollado como él esperaba. En sus manos llevaba el informe; reconoció el color anaranjado de la carpeta, color que solo utilizaban en el departamento forense. Se acercó a un grupo de agentes y comenzó a hablar con ellos.

Eva tragó saliva esperando que parte de su frustración desapareciera también. Le resultaba complicado amoldarse a las peculiaridades de una ciudad pequeña como Oak Valley y con una comisaría que contaba con su propia idiosincrasia. En Los Ángeles, su superior compartiría el informe con los detectives con el fin de que distintos puntos de vista generasen una conclusión con fundamento. Sin embargo, el capitán se dirigía a los agentes más veteranos de la comisaría, en quienes confiaba plenamente, como un círculo de privilegiados que gozaran de acceder a la información. Ellos eran realmente quienes encabezaban la investigación, ya que el capitán se dejaba influenciar mucho por sus opiniones; las valoraba profundamente y actuaba en

consecuencia.

—La joven no tuvo un buen final —dijo John Ramsey cuando posó sus ojos sobre el informe. Eva se concentró para escuchar hasta la última palabra de la conversación que mantenía el capitán con los agentes, aunque procurando que no pareciera demasiado evidente.

—Desde luego —dijo otro, Isaac Robster, igualmente veterano. Este tenía un grueso bigote que le ocultaba los labios y le hacía lucir una permanente expresión de enfado—. Si iba hasta arriba de drogas es posible que tropezara y cayera al río Santo, lo que explicaría la fractura del cráneo.

La inspectora observó a Stephen. Hasta el momento, lo que escuchaba tenía sentido, pero intuía que eso iba a durar muy poco. Las conclusiones a las que estaban llegando los agentes eran puras suposiciones, sin aval de pruebas, ni nada que indicara que estaban en lo cierto. No tuvo que esperar mucho para que los agentes en los que tanto confiaba el capitán comenzaran a transformar sus hipótesis en hechos concisos.

—Ha pasado demasiado tiempo como para que se puedan extraer muestras del cuerpo. En uno de sus bolsillos llevaba estas bolsitas de plástico. Así que podemos decir sin equivocarnos que la joven llevaba drogas consigo —dijo el capitán señalando hacia la fotografía en cuestión—. Sin embargo, el agua ha borrado cualquier rastro, por lo que todo son suposiciones.

—El destino se cebó con ella. Esa joven estaba sentenciada —afirmó John Ramsey—. Además, presenta una fractura en el cráneo. Lo más probable es que cayera al río, a efectos de las drogas o porque tropezara: el golpe y el agua helada haría el resto. Si hubiera habido alguien con ella, quizás podría haberse salvado, quién sabe. Es posible que estuviera sola. Un bosque no es un lugar para pasear por la noche y menos completamente drogada.

Era el momento que esperaba Eva, el preciso instante en el que los agentes enfilaban por el camino equivocado, dándose ánimos los unos a los otros, agrandando el error. Pero lo que más le sorprendía era la falta de curiosidad de aquellos hombres ante el caso: ¿qué hacía la joven en el bosque? Esta pregunta escondía tantas posibilidades que para la inspectora debía ser el punto focal de la investigación. «¿Drogarse en un bosque? No tenía sentido».

—Puede que se metiera más de lo que acostumbraba y llamara a Jasper Price para que le ayudara o la recogiera. O igual quería un poco de acción —añadió Robster guiñando el ojo.

«Inspira, espira». «¿De qué diablos están hablando?».

El capitán asintió convencido.

—Todo parece indicar muerte accidental. No creo que debamos emplear más recursos en este caso. Así no alertamos a la central.

—Tienes razón, señor —dijo John Ramsey, que le devolvió la carpeta a su superior con un gesto de satisfacción del trabajo realizado.

—Opino lo mismo —señaló Robster—. Es evidente que la joven se pasó de la raya y tuvo la mala suerte de caer al río.

Eva Guzmán apretó con fuerza sus manos alrededor del borde de la mesa, conteniendo el primer impulso de levantarse y encarar a los agentes. Sabía que Oak Valley no era comparable con Los Ángeles, pero lo que acababa de escuchar rozaba lo absurdo. Más allá de las suposiciones de aquellos tres hombres, no había nada que indicara que Ruby Morris había caído al río de manera accidental.

El capitán miró el reloj que presidía la pared del fondo del vestíbulo y torció los labios. En el fondo, sabía que el riesgo de que estuvieran cometiendo un error, era muy elevado.

—Aun así, creo que lo correcto sería valorar otras opciones —dijo el capitán buscando el beneplácito de ambos agentes.

—¿Te refieres a un asesinato? —preguntó Robster—. No merece la pena. Van a venir de la oficina central a revolverlo todo, por algo que casi no tiene error.

El agente Ramsey asintió igualmente.

—Sería una pérdida de tiempo —señaló.

—En ese caso aguardaremos un par de días, puede que todo se aclare entonces, con los resultados definitivos. Por el momento, le preguntaré a Aaron Morris si sabe algo de esos envoltorios de plástico. No estoy seguro, si supiéramos qué tipo de droga consumió la joven, podríamos suponer el estado en el que se encontraba cuando cayó al río. Quizás le sustrajo la droga a su padre.

Eva alabó en silencio la reflexión de su superior. Estaba sorprendida de que el capitán hubiera puesto un par de neuronas ante esos dos neandertales de Robster y Ramsey.

—¿Se lo tomará bien? —preguntó Ramsey.

—Si conoces a alguien que se tome bien el resultado de la autopsia de su hija, te doy cien dólares ahora mismo. Más te vale pensar un poco antes de abrir esa bocaza.

John Ramsey se rio de la ocurrencia, mientras que el bigote de Robster se movió como si se tratara de un gusano reptando. Sin embargo, las risas mermaron la capacidad de resistencia de la inspectora que se incorporó de un salto y desde su mesa, gritó:

—¿Y si Ruby Morris fue asesinada?

Su voz atravesó el vestíbulo de la comisaría y sumió en el silencio a todos los que se encontraban allí. Ramsey y Robster la miraron con el ceño fruncido, mientras que el capitán no salía de su asombro.

—¿Qué has dicho? —preguntó Stephen Crew. Estaba molesto, pero Eva percibió cierto interés en su mirada. La iba a escuchar.

La inspectora se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir; había perdido el control durante un segundo, tal vez menos, y las consecuencias no iban a tardar mucho más en caer sobre ella. Llegado a ese punto, Eva consideró que lo único que le quedaba era expresar su propia opinión sobre el caso.

—No se puede descartar el asesinato sin más.

—¿Se puede saber en qué te basas? —preguntó John Ramsey.

—He visto fotografías de donde la encontraron y del cuerpo. La fractura del cráneo... puede que no haya sido accidental.

—Esa es tu opinión —dijo Ramsey—. La inspectora urbanita es ahora experta forense. ¿Crees que no sabemos hacer nuestro trabajo?

Eva sonrió y lució su dentadura nácar. Sin embargo, no había alegría alguna, sino una tensión que estaba a punto de desbordarse. Ella percibía como el magma iba llegando a la cima. Por ello, tal y como le recomendó su psicóloga, se sentó de nuevo, cerró los ojos y respiró profundamente. Era su trabajo lo que estaba en juego.

—Así me gusta. Límate a aprender y algún día podrás hacer algo como detective. —Las palabras de Ramsey provocaron algunas sonrisas entre el resto de los compañeros, aunque el capitán se limitó a reflexionar acerca de lo que acababa de escuchar—. Te quedan unos cuantos años para ponerte a nuestro nivel —insistió el agente Ramsey.

Esas últimas palabras habían desbordado las barreras psicológicas de Eva, que se incorporó de inmediato.

—¡Vete a la mierda, Ramsey! Ni siquiera tienes cerebro suficiente para plantearte qué hacía la joven en mitad del bosque.

—¡Inspectora Guzmán! —gritó Stephen.

Eva estuvo a punto de encararse con su superior, pero pudo controlar el impulso. Por suerte, nadie advirtió como su mano derecha hacía un amago hacia la pistola. Fue apenas medio segundo, un parpadeo, un detalle que podía suponer el final de su carrera.

—Lo siento, señor.

—A mi despacho. ¡Ya!

La inspectora, cabizbaja, se dirigió hacia allí. Este iba tras ella y cuando cruzó el umbral, cerró la puerta con estrépito.

—No voy a consentir estos comportamientos en mi comisaría, ¿está claro?

Eva asintió.

—Sé que las formas no han sido las correctas y me disculpo por ello, pero mantengo lo dicho respecto a Ruby Morris, señor —insistió Eva.

—No estás asignada a ese caso —dijo Stephen más calmado, arrastrando sus palabras.

—Pues presento mi solicitud para hacerme cargo.

—Denegada. —El capitán miró a la inspectora con una mezcla de rabia y admiración. No era estúpido, sabía que las habilidades de Eva Guzmán estaban por encima de la media del resto de los agentes, pero también sabía que personalidades como las de la inspectora había que controlarlas desde el primer momento—. Mantente alejada tanto de los informes como de todos los involucrados, ¿entendido? Cuando quiera tu opinión, yo mismo te la pediré.

—No descarte el asesinato —insistió Eva como si no pudiera pensar en otra cosa.

Stephen se giró y le dio la espalda durante unos segundos. Pese a que expresara lo contrario, las posibilidades de cerrar el caso a corto plazo se esfumaban. La inspectora podía ser terca y malencarada, pero era mucho más inteligente que Ramsey y Robster juntos.

—Ya le he dicho que está fuera del caso. No tiene que dedicarle ni un segundo de su tiempo.

Fue entonces cuando al capitán se le ocurrió una idea respecto a la inspectora. Desde que asignaran a Eva Guzmán a la comisaría de Oak Valley, el capitán había intentado aplacarla con una gran carga de trabajo administrativo; prácticamente la sepultó bajo enormes pilas de documentos pertenecientes a los registros policiales de los últimos años. Sin embargo, pensó que quizás sería más conveniente tenerla ocupada con una investigación, que gastara sus energías y olvidara por completo todo lo relacionado con Ruby Morris. De esa manera no se entrometería en sus asuntos.

—No obstante, soy consciente de su situación. Viene de una gran ciudad; está acostumbrada a un nivel de trabajo que jamás encontrará en este pueblo. Dígame, ¿le gustaría encabezar la investigación de un caso?

Eva dio un respingo al escuchar las palabras del capitán.

—¿Un caso? ¿De qué se trata?

El capitán se acercó a su mesa y cogió una de las carpetas de la pila. Leyó los documentos que había en el interior y se lo ofreció a la inspectora.

—Todo suyo.

La noticia del “arresto” de Jasper Price se había extendido por todo Oak Valley a la mañana siguiente de los hechos, por lo que cuando el joven iba de camino a la secundaria, ya sabía que todos estaban al corriente de lo que le había ocurrido.

—Mantén la calma y todo irá bien. Eres inocente, ¿lo recuerdas? —dijo Matt.

—No bajes en ningún momento la mirada. Eres un Price —señaló Landon. Jasper asintió como si se tratara de un soldado a punto de saltar en paracaídas en mitad de una batalla. Había recibido mensajes de apoyo de sus compañeros, especialmente desde primera hora de la mañana, pero aun así la incertidumbre de lo que se iba a encontrar le causaba un gran desasosiego. Estaba aterrado. El mundo, antes acogedor, se había tornado hostil.

—No me dejen en la puerta, prefiero quedarme al principio de la calle —dijo con el tono de voz del que estudia con cautela su próximo movimiento.

—Bien pensado, hijo. Si llegas caminando, transmites más seguridad —alabó Matt.

Tal y como pidió Jasper, Matt detuvo el auto a unos cien metros de la entrada de la secundaria, donde se veía agolpada más gente de lo común. La mayoría de los rostros miraban hacia el auto.

—El morbo mueve a los estúpidos, Jasper. No tienes de qué preocuparte —dijo Landon.

El joven asintió mientras trataba de digerir que toda esa gente estuviera esperándolo solo a él.

—Por aquí está bien.

Sin pronunciar ni una palabra más, se bajó del coche y comenzó a caminar. Pese a que el viento soplaba frío, Jasper sentía que su piel hervía. El sudor se interpuso entre su ropa y él.

—Sé fuerte, Jasper —le dijo Matt, pero su hijo había entrado en una especie de trance en el que solo existía el mundo que tenía ante sus ojos. La multitud que comenzaba a mirarlo y a señalarlo era lo único que le preocupaba. Reconocía a muchos de los que estaban allí: amigos, compañeros de clase e incluso profesores que pretendían disimular su expectación. La forzada normalidad que reinaba en el ambiente lo asfixiaba.

Cuando se encontraba a pocos metros, se llevó un gran sobresalto. Uno de sus mejores amigos, Bryan Smitter, lo había abordado poniéndole las manos sobre los hombros.

—No pretendía asustarte.

—Maldita sea, casi me da un infarto.

—No te preocupes por nada —dijo Bryan—. Estamos todos contigo.

Acompañó sus palabras con un pequeño gesto de cabeza dirigido al grupo de personas que había delante. De repente, aquella amenazadora multitud se convirtió en una especie de grupo de apoyo que comenzó a aplaudir.

—¡Estamos contigo, Jasper!

—¡No te dejaremos solo nunca!

—¡Creemos en ti!

Jasper se sonrojó de inmediato al sentirse el protagonista, el punto donde confluían todas las miradas. Él estaba acostumbrado a pasar desapercibido, aquella sobreexposición le resultaba simplemente insoportable. Se alejó lo más rápido que pudo con la esperanza de que entrar al aula supusiera retomar la rutina, de clases soporíferas y profesores de voces monótonas. Sin embargo, las cosas no discurrieron así. Cualquiera persona ajena que hubiera entrado en el edificio principal, hubiera dicho que Lady Gaga o Beyoncé estaba en una de las clases. Se había levantado mucha expectación con su llegada; todos querían su pedacito de morbo.

—Dicen que te enseñaron el cuerpo de Ruby, ¿es cierto?

Jasper no sabía quién le preguntaba, simplemente escuchaba algunas voces sonar más fuerte que el resto. Ni aun queriendo le hubiera dado tiempo a responder a cada una de las preguntas que caían sobre él.

—¿Hablaste con el borracho de su padre?

—¿Te esposaron, Jasper?

Llegó un momento que las preguntas caían en cascada, a cada cual más morbosa y alejada de la realidad.

Finalmente, todo el grupo que lo rodeaba se desvaneció con la llegada del director Taylor. Este había mantenido una larga conversación telefónica con Matt Price, al que le había garantizado que Jasper estaría perfectamente. Por ello, cuando se percató de la multitud que lo rodeaba en torno a su mesa, entró en pánico.

—¡Quiero que todo el mundo vuelva a su clase de inmediato!

Jasper apareció sentado en el pupitre, cabizbajo y un poco alterado.

—¿Todo bien, Jasper? —preguntó el director. El joven asintió únicamente por no seguir siendo el centro de atención. Nunca en su vida había tenido tantas ganas de que comenzara la clase de matemáticas.

—Resulta evidente —continuó el director Taylor— que estamos viviendo hechos extraordinarios en Oak Valley. Estamos consternados por el fallecimiento de Ruby Morris y, por ello, en los próximos días veremos cosas a las que no estamos acostumbrados. Les pido madurez y sentido común. La actitud de Jasper es digna de admirar y refleja su deseo de olvidar este mal trago. En cuanto a Ruby Morris, todo lo que podemos hacer es rezar por su alma. Era una joven especial, con mucha personalidad, pero que no se merecía acabar así. Nadie se lo merece. Espero que su muerte sirva para que sean conscientes de las consecuencias de sus actos.

El director Taylor alargó el discurso durante más de veinte minutos, haciendo hincapié en todo momento a la inocencia de Jasper, remarcándolo cada vez que tenía ocasión. Taylor no es que sintiera especial predilección por los Price. De ascendencia afroamericana, sus pasadas generaciones habían sido explotados por las grandes familias, por lo que simpatía no era la mejor palabra para definir sus sentimientos hacia la acaudalada familia. No obstante, el aparato educativo de Oak Valley recibía donaciones de los Price, cantidades de las que no quería prescindir por nada del mundo.

—Creo que ha quedado claro lo que espero de ustedes. Muchas gracias.

Cuando sonó el timbre del recreo, Jasper esperó otra oleada de preguntas indiscretas, pero para su sorpresa todo transcurrió con absoluta normalidad a excepción, claro, de las decenas de miradas que arrastraba a su paso. Se compró un batido de chocolate en la máquina expendedora y se sentó con Bryan bajo un árbol, en un punto apartado.

—Todo esto es como una pesadilla, Bryan. No te lo puedes ni imaginar.

—Si puedo hacer algo por ayudarte...

Jasper sonrió con ironía.

—Creo que suficiente has hecho ya. Por cierto, me he metido en Twitter al salir de clase. ¿Qué es eso de *#todosconJasper*?

—Eso es cosa mía. Se me ocurrió ayer, cuando vi las fotos de tu...

—¿Detención? —dijo Jasper.

—No sé bien qué palabra es la correcta. En fin, ya sabes cuando. Algunas personas comenzaron a decir tonterías y pensé que sería buena idea que alguien pusiera las cosas claras. Comencé a utilizar el *hashtag* y rápidamente lo usaron otros. No sé, quería ayudar y funcionó.

—Te lo agradezco, Bryan.

Jasper siguió viendo las últimas novedades de sus redes sociales. El tema monocromático era la aparición del cuerpo de Ruby Morris y sus fotos con los oficiales el pasado día. Por lo general, todo el mundo creía en su inocencia y echaban la culpa de la muerte de Ruby a ella misma y al estilo de vida que llevaba. Otros, la menor parte, pedían que se rezara por su alma.

—Una cosa es defenderme y otra bien distinta afirmar una cosa así —Jasper se refería a un tweet que cargaba contra Ruby Morris acusándola de drogadicta. Utilizaba el *hashtag* que Bryan había puesto en marcha, pero era evidente que se trataba de una cuenta falsa.

—Yo no he escrito nada en contra de ella. No me caía muy bien, pero no podría caer tan bajo y mucho menos después de tener noticia de su muerte. No le des más importancia, ya sabes cómo es la gente en internet —finalizó Bryan.

Rato después de que Jasper se marchara, Nora aprovechó que se quedó a solas para recuperar la lectura perdida de la mañana. Estaba en las últimas páginas de una novela y estaba ansiosa tanto por descubrir el final como por perderse en las páginas de una nueva historia. Más que nunca necesitaba aislarse del mundo.

Sin embargo, las circunstancias que vivía le amargaron el ansiado final. La novela entera giraba en torno a un asesinato, por lo que no podía evitar extrapolar su experiencia del pasado día a cada una de las situaciones de la novela. No es que la historia fuese parecida ni nada por el estilo, era más bien algo emocional, como si el papel fuese capaz de absorber todos sus recuerdos y sentimientos al respecto y convertirlos en parte indeleble de la historia.

Así, pasó la última página y, por unos instantes, se quedó observando la contraportada, perdida en sus pensamientos. Matt había proclamado que debían seguir hacia delante, ya que todo no había sido más que un desafortunado error. Eso significaba que ella debería prepararlo todo para hacer una reseña de la novela en Instagram, como llevaba haciendo ya desde hacía más de un año.

«Recuperar la normalidad. No tenemos nada de lo que avergonzarnos», le había dicho su marido.

Reflexionó acerca de esas palabras mientras seguía observando la cara interior de la contraportada, como si no quisiera cerrar el libro para no tener que enfrentarse al siguiente paso. Pasados unos segundos, dejó el libro sobre la mesa y cogió su teléfono móvil. Podía retrasar lo de la reseña durante un par de días.

No obstante, accedió a su cuenta de Instagram y leyó los mensajes que le enviaban algunos de sus seguidores. Era algo que le daba fuerzas, le hacía sentir valorada y que había alguien más ahí fuera que compartía sus mismos intereses. Su marido, en cambio, leía más bien poco, lo que

no era impedimento para que alardeara de una cultura que en realidad no poseía. Alababa a los clásicos como Francis Scott Fitzgerald, Truman Capote o Susan Sontag, pero su única interacción con sus obras era ver cómo cogían polvo en las estanterías de su despacho. Nora, en cambio, los rechazaba directamente y optaba por obras más emocionantes o dramáticas, con mayor índice de sentimiento por página. Matt se solía referir a ellas como “comerciales” o “baratas”. A ella no le importaba, prefería que se le erizase la piel con Stephen King a dormirse con Dostoievski.

Pero en Instagram, los que se comunicaban con ella era para alabar sus reseñas o para recomendarle otros títulos que seguramente le gustarían. Le seguían todo tipo de público, desde un fontanero de Texas, una ama de casa de Wichita o una directora de colegio de Tallahassee. No era una comunidad muy extensa, en total contaba con unos mil seguidores, pero estaba orgullosa. Por ello, revivió las conversaciones hasta que se encontró con una muy especial, una iniciada por Ruby Morris semanas antes de su desaparición.

«De mayor quisiera ser como usted, señora Price», rezaba en el primer mensaje. Nora, ingenua en un primer momento, le contestó:

«¿Quieres poder leer todos estos libros?». Por unos instantes creyó que en el interior de Ruby Morris había una bella semilla esperando tiempos mejores para germinar.

«Jaja, no, vieja loca. Lo único que quiero es que mi marido me pague todos los caprichos y que aburra tanto que hasta incluso se me pase por la cabeza el leer. ¡Deje de torturarnos con sus libros!».

A estas palabras de Ruby le seguía toda una ristra de insultos que provocaron que Nora acabara llorando, avasallada por la actitud de la joven. Pero, sobre todo, dio pie a algo que jamás podía haber imaginado. Nora recordó ese frío día de diciembre. Jasper estaba en su dormitorio...

20 de diciembre de 2015

Esa tarde la nieve había cubierto por completo Oak Valley, por lo que no se podía hacer otra cosa que estar en casa, cerca de la chimenea o disfrutando del sistema de calefacción que mantenía la temperatura de la habitación en veinticinco grados. Los Price tenían ambas opciones, aunque Jasper prefería la calefacción para disfrutar de la soledad de su dormitorio. Su habitación era su mundo, donde todo funcionaba conforme a sus reglas.

Sin embargo, a media tarde bajó a la cocina. Allí se encontró a su madre con los ojos enrojecidos por el llanto, sentada junto a la mesa y mirando con cierto pavor la pantalla iluminada de su teléfono.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Jasper desde el umbral.

Nora, al advertir su presencia, bloqueó a toda velocidad el teléfono, aunque lo quiso hacer sin darle mucha importancia, dejando claro que ahí no se encontraba el motivo de sus lágrimas. Sin embargo, consiguió todo lo contrario.

—Estoy bien. Estoy leyendo una historia muy bonita y me he emocionado. Solo eso.

—¿Y qué pasa con el teléfono? —Jasper señaló hacia la mesa. Justo en ese instante, el celular sonó dando el aviso de una nueva notificación.

—No es nada. Comentaba la historia con uno de mis amigos de Facebook —dijo Nora, que volvió a llorar.

Pero Jasper no se lo tragó. Aparte de que la justificación de su madre era absurda, su llanto

no era de emoción. Estaba convencido de que estaba sucediendo algo extraño. Se acercó a la mesa y le pidió a su madre que le diera el teléfono, a lo que se negó en un primer momento. Después llegó una nueva notificación.

—No es nada, Jasper. No tienes que preocuparte. Por favor.

—Mamá, estás llorando, claro que me preocupo. Déjame echar un vistazo, no le diré nada a papá, sea lo que sea.

Esa última frase de su hijo pesó mucho en Nora, que terminó soltando el móvil sobre la mesa. A veces pensaba que los Price tenían la fórmula para convencerla de lo que sea, como si esas palabras estuvieran insertadas en su código genético. Esa tontería la pensó mientras Jasper desbloqueaba el teléfono y leía los mensajes que Ruby Morris le estaba mandando en ese momento.

—¿Qué es esto? —gritó Jasper.

Nora intentó que la cosa no fuera a mayores.

—Ya sabes cómo es esa chica. Cosas de adolescentes, nada más.

—¿Por eso te he sorprendido llorando? ¿Por qué es solo una tontería? —Alzó la voz.

—Esa chica no merece la pena, Jasper.

—¡Eso no significa que pueda insultarte! ¡Esto no se va a quedar así!

Nora se levantó de un salto.

—¡Jasper! ¿Qué vas a hacer?

—Pararle los pies. Hablaré con ella cuando la vea. Pero esto no se puede quedar así. Si la estúpida quería captar mi atención, lo ha logrado.

Nora se quedó sorprendida por la reacción de su hijo, el cual rara vez alzaba la voz. Si le había querido ocultar los mensajes de Ruby en un primer momento, era más para que no le afectase que para evitar que él tomara represalias. De nuevo, los genes Price hacían su aparición. Al igual que su padre o su tío, estos se volvían fieras cuando alguno de los suyos era atacado, era casi como un instinto irracional que les hacía dar ese paso hacia delante y enfrentarse a quien fuera. Era la única característica que Nora envidaba de ellos, la capacidad y la decisión de que nadie les pusiera el pie encima: el orgullo elevado a cotas altísimas, en cambio, ella siempre se mantenía en el silencio de sus reflexiones.

Nora no podía imaginarse que un suceso tan trivial como ese se fuera a convertir en los primeros metros de oscuridad de un abismo infinito.

«**I**nspira; espira».

Eva Guzmán nunca creyó realmente en el poder de los ejercicios de relajación de su psicóloga hasta que leyó los detalles del caso que el capitán Stephen Crew le había asignado.

«Tengo un caso para ti», le había dicho el capitán. Ignoró la sonrisa de su superior en ese momento.

Abrió la carpeta allí mismo y leyó los pormenores del caso. Esperaba algo sustancioso, incluso durante varios segundos creyó que el capitán iba a incluirla dentro de la investigación de la muerte de Ruby Morris. «Sería lo más lógico», pensó. Después de todo, ella había investigado más casos de asesinatos que todos los oficiales de la estación de Oak Valley.

No obstante, apenas leyó las primeras líneas, miró a su superior y la sonrisa que salía de sus labios. La estaba poniendo a prueba, tensando la cuerda para calcular cuál era el punto exacto de rotura.

—¿Robo de paquetes? —dijo atando en corto cada una de sus palabras. Evitando la avalancha.

El capitán cabeceó como si estuviera al mando de una crisis de carácter internacional.

—Una verdadera plaga. Regalos de cumpleaños que no llegan, aniversarios echados a perder... La gente de Oak Valley tiene derecho a disfrutar de las facilidades del mundo moderno, poder comprar en internet y que el mensajero les entregue sus paquetes sin problemas. Es más grave de lo que parece.

—¿Quiere que detenga al ladrón de paquetes? —preguntó la inspectora, aunque más bien era una reflexión en voz alta para asimilar lo próxima que estaba de tocar fondo. Era un caso de Barrio Sésamo.

No recordaba muy bien la conversación que siguió después, principalmente porque se pasó todo ese rato procurando no estallar ni cometer una estupidez. Un error más y estaría deshabilitada de por vida.

Mantuvo una tensa sonrisa todo el tiempo, le agradeció la confianza al capitán y se retiró a su mesa para leer los detalles del caso, pese a que la profundidad del mismo era asimilable a la de un charco.

—Sucio bastardo —musitó mientras abría la carpeta. Era evidente que su jefe quería dejarle claro quién mandaba y cómo funcionaban las cosas. Meses atrás hubieran tenido una discusión, sin embargo, la inspectora sabía que ese tiempo había pasado. Así que se centró en las hojas que tenía frente a sus ojos. La mayoría eran las denuncias y declaraciones de las víctimas de los robos. Con un simple vistazo descartó cualquier conexión entre ellas, salvo que eran usuales de la compra online y tenían una excesiva confianza en sus respectivas comunidades de vecinos.

Sacó un mapa de Oak Valley que guardaba en el cajón y situó con pequeñas cruces los lugares donde se habían cometido los robos: tampoco había un patrón en concreto ni una zona de trabajo específica. Quien estuviera tras los robos de los paquetes lo estaba haciendo a sus anchas.

Pese a ser más parecido a un caso práctico de la academia que a un caso real, Eva Guzmán se lo tomó como si el futuro de Oak Valley estuviera en sus manos. Apuntó en una pequeña libreta la información más relevante, guardó el mapa en el bolsillo de su chaqueta y se dirigió a la oficina de correos de la ciudad, un pequeño edificio situado en el centro y que saltaba a la vista que no había sido diseñado para recibir paquetes de Amazon, Ebay o Walmart. La puerta principal era estrecha, el almacén pequeño y sus trabajadores sexagenarios o muy cerca de alcanzar la edad de jubilación. La combinación perfecta para que algún listillo se aprovechara de la situación; al menos eso creía la inspectora.

No obstante, tras mantener una charla con los trabajadores, descartó que alguno de ellos estuviera involucrado en los robos. Para ellos aquellas cajas de cartón no tenían valor alguno, no les importaba lo que pudiera haber dentro.

—En los últimos años, todo son cajas. Compran desde el sofá de sus casas. Conozco a tres vecinos de Oak Valley que han tenido que cerrar sus negocios —le dijo una de las empleadas.

—Le he preguntado si ha visto a alguna persona especialmente atenta en los repartos de mensajería —dijo Eva.

—Oh, no, nada de eso.

La inspectora se exasperó y fue a buscar a otro empleado con el que pudiera mantener una conversación más provechosa.

Sin embargo, salió de la oficina un poco confundida. Le habían explicado que en las calles residenciales había unos pequeños contenedores metálicos donde ellos dejaban los paquetes y cartas de los vecinos. Era un servicio complementario y exclusivo que ofrecía la oficina de correos de Oak Valley y costaba unos diez dólares al mes. Cuando dejaban un paquete, enviaban un mensaje al respectivo vecino y este podía recogerlo tranquilamente en un plazo de tres días antes de que el paquete fuera enviado de nuevo a la oficina de correos, donde pasaría una semana antes de ser repartido de nuevo, aunque no solía llegar a tanto. Cada contenedor estaba cerrado con un candado y solo los vecinos suscritos tenían la llave que lo abría.

Comprobó las anotaciones que había recogido en la libreta y confirmó que ninguno de los candados estaba roto o forzado, por lo que el ladrón o bien estaba suscrito a todos los contenedores —cada uno tenía su propio candado— o tenía una llave maestra, lo que significaba que podía estar relacionado con la propia oficina de correos.

Miró el mapa que llevaba consigo y se dirigió al contenedor más afectado, en Colorado Street.

Oak Valley era una ciudad pequeña, casi en miniatura, por lo que prácticamente no se tardaba en ir de un punto a otro más de diez minutos. Mientras se dirigía hacia allí se fijó en que en algunas farolas permanecían carteles con la foto de Ruby Morris y un número de teléfono en la parte inferior que no le era familiar. Se paró frente a uno de ellos y le hizo una fotografía para investigar más tarde al respecto. Tenía muy claro que ese caso quedaba fuera de su alcance, pero aun así no podía evitarlo. El instinto de Eva se activó. Había algo extraño en la investigación, no sabía el qué, pero algo no iba bien.

A unos pasos encontró un cartel en el que rezaba: «¿Has visto a esta furcia?», señalando hacia la imagen de Ruby. La inspectora sabía que la fama de la joven no jugaba a su favor. Los prejuicios eran el cáncer de cualquier investigación, ya que hacía suponer a los investigadores cosas que podían ser erróneas.

Centrada en sus reflexiones, no advirtió la presencia del primer contenedor hasta que se encontraba a pocos metros de él.

—Aquí lo tenemos —dijo mientras lo observaba con atención.

No era más que un cubo metálico de color azul eléctrico con una pegatina del logo de la oficina de correos de Oak Valley y una pequeña puerta cerrada por un tosco candado.

—Diez dólares al mes por esto.

Eva lo manipuló un poco y se cercioró de que el candado era resistente; lo suficiente para que el sonido de la puerta metálica alertara a uno de los vecinos.

—Eh, eso es propiedad privada. ¡Márchate!

Eva se giró hacia el hombre, que estaba medio asomado a la ventana, vestido con pijama y bata, y comenzó a caminar lentamente hacia él.

—Pero ¿qué demonios te pasa? —gritó el hombre, cada vez más nervioso—. Si te sigues acercando, llamaré a la policía. ¡Fuera de mi jardín!

La inspectora hizo oídos sordos y siguió caminando sobre el cuidado césped. El hombre debía rondar los sesenta años, o quizás un poco más.

—Aquí tiene a la policía —dijo mostrándole la placa.

El rostro del hombre se transformó por completo, de lejos no había visto el uniforme de Eva. Cerró la ventana y al cabo de unos segundos apareció en la puerta.

—Discúlpeme, yo..., los vecinos estamos hartos de que nos roben en nuestras narices. Pensé que lo estaban haciendo otra vez.

Eva dejó escapar una sonrisa.

—Soy la inspectora Eva Guzmán.

—Michael Sober. De nuevo mis disculpas.

—No se preocupe. Yo hubiera hecho lo mismo. ¿Usted ha sido víctima de los robos?

El hombre asintió con vehemencia.

—Hace como un mes. Un iPad. Vi una oferta fantástica y lo compré. Como estaba suscrito al programa de envío de la oficina de correos me despreocupé. Sin embargo, cuando llegué del trabajo no estaba. Llamé a la oficina de correos y ellos me aseguraron que lo habían dejado allí. Efectivamente, el justificante de entrega estaba en mi buzón, así como un email en mi bandeja de entrada. Era un maldito iPad de setecientos dólares.

—¿Ningún vecino vio nada? —preguntó Eva.

—Nada y lo peor de todo, es que no soy el único. La mayoría de los vecinos de la calle han sufrido robos.

Eva Guzmán se sorprendió de la magnitud del caso. Comenzó a dudar de si realmente el capitán le había dado el caso por otro motivo que no fuera el de darle un correctivo.

—¿Sospecha de alguien?

—En un principio creíamos que había sido esa chica, Ruby Morris, también tenía llave y estaba todos los días abriendo el contenedor. No sería la primera vez que se ha intentado llevar lo que no es suyo, pero nunca la pillamos con las manos en la masa, así que...

La inspectora frunció el ceño.

—¿Ruby Morris?

En esa ocasión fue Michael quien ofuscó el gesto.

—¿No lo sabe? Los Morris viven al final de la calle, justo allí —dijo el hombre señalando hacia la última casa de Colorado Street. Más allá había un descampado y la linde del bosque. Oak Valley terminaba justo ahí.

—No tenía la menor idea —admitió la inspectora mientras centraba la mirada hacia aquel

lugar. El hecho de que no tuviera conocimiento de ese detalle hizo que el hombre dudara de las capacidades de la inspectora y cambiara su actitud.

—¿Quién en Oak Valley no sabe dónde viven los Morris? Maldita sea, no se caracterizan por ser muy discretos que digamos. Esa joven y su padre han tenido problemas con casi todos los vecinos de la calle, especialmente con ella. Sin embargo, no me malinterprete. Siento mucho todo lo que le ha ocurrido, pero eso no quita cómo era. No destacaba por su civismo. Incluso a veces orinaba entre los autos en plena madrugada.

Eva sabía que debía centrarse en los paquetes, en la decrepita oficina de correos de Oak Valley y los problemas de ese vecino engreído, pero no podía dejar pasar la oportunidad de conocer un poco más a los Morris.

—¿Y cómo era, señor Sober? —La inspectora empleó un tono frío que sacó al vecino de contexto.

—¿Cómo? ¿Qué? Pues ya sabe, problemática...

—Pero me ha dicho que creían que ella les había robado los paquetes y que había tenido problemas con los vecinos de la calle —dijo Eva—. No sé si está al tanto, pero Ruby Morris ha aparecido sin vida y se están investigando las causas de su muerte. Que usted me confirme que no se llevaba bien con ella puede resultar relevante en la investigación.

Michael Sober palideció.

—¿Está insinuando algo, inspectora?

—¿A qué se refiere? —dijo Eva con una sonrisa. Estaba disfrutando de la conversación.

—Oiga, lamento mucho lo que le ha ocurrido a la joven, pero no era precisamente un modelo de virtud. Eso lo sabemos todos. Sí, hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero no creo que ningún vecino de esta calle fuera capaz de llegar tan lejos por un par de paquetes. El padre, Aaron, es buena persona, pero no superó lo de su esposa y cayó en picado desde entonces.

Eva se agitó.

—¿Qué le ocurrió a su esposa, señor Sober?

Este se arrepintió de haber hablado tanto. Más información era sinónimo de más preguntas y con ello más problemas.

—Falleció en un accidente de tráfico o eso dicen. Era bastante parecida a su hija, en cuanto a filosofía de vida, ya me entiende. No puede decirse que Aaron Morris haya tenido suerte.

—Le entiendo. ¿Diría entonces que eso fue un punto de inflexión en la vida de Aaron Morris? —preguntó la inspectora.

—Por supuesto. Jamás fue el mismo. Antes, como le digo, era un hombre normal, un padre de familia, trabajador y respetuoso.

—Creo que tengo suficiente, señor Sober. Espero darle noticias muy pronto.

—Estoy a su disposición para lo que necesite —dijo más calmado.

—Por cierto, una cosa más, ¿cuál ha dicho que era la casa de los Morris?

Era un error. El capitán Crew lo había dejado muy claro. Él se encargaba de la investigación y de todo lo relacionado con la muerte de Ruby Morris. Eso excluía a Eva de cualquier elemento, testigo o sospechoso que pudiera tener un nexo de unión con la muerte de la joven. Sabía, por tanto, que Aaron Morris entraba en esa área de exclusión.

—Solo serán un par de preguntas —dijo para sí misma, justificándose—. Han robado paquetes en esta calle y Aaron Morris es uno de los vecinos; es una casualidad.

A medida que se acercaba a la casa de los Morris, contempló el pésimo estado en el que este tenía tanto el jardín como la fachada. Había una gran diferencia del vecino que colindaba con él, como si la casa de los Morris fuera en consonancia con el discurrir de sus vidas. Ruby Morris había aparecido muerta en el río Santo; la madre, de la cual la inspectora no sabía más de lo que Michael Sober le había comentado, falleció en un accidente de tráfico y Aaron se había entregado a la bebida. O la vida no tenía compasión con ellos o realmente atraían la mala fortuna con cada uno de sus actos.

La inspectora se detuvo frente a la casa y pensó una vez más lo que estaba a punto de hacer. Si llamaba a la puerta tenía que hacerse pasar por una investigadora del caso de su hija y no mencionarle nada del robo de paquetes. Era poco probable que Aaron le contara nada al capitán. Se conocían desde hace tiempo, pero la relación entre ambos no era nada del otro mundo. Todo eso sin mencionar lo mal que llevó Stephen Crew la investigación en un principio.

Además, Eva intuía que Aaron no se sentía respaldado por la policía. Él había insistido en la desaparición de su hija mientras el capitán retrasaba el inicio del dispositivo de búsqueda. Ese simple hecho reflejaba que quizás nadie había empleado el suficiente tiempo para escucharlo.

Esta última reflexión la convenció de acercarse a la puerta y tocar el timbre.

—Ya no hay vuelta atrás —susurró cuando escuchó unos pasos dirigiéndose hacia la puerta. Curiosamente, eran las mismas palabras que pronunció cuando metió la pata en Los Ángeles y decidió seguir adelante. Esa decisión le hizo terminar en Oak Valley, frente a la puerta de Aaron Morris, ¿dónde acabaría esta vez? Seguramente entregando su placa en el despacho del capitán y trasladándose a la costa este para empezar de cero. Siempre había querido vivir en Nueva York.

—¿Quién es? —dijo la voz ronca y pastosa de Aaron Morris. Se acababa de despertar.

—Soy la inspectora Eva Guzmán. Nos conocimos en comisaría.

—No conozco a ninguna inspectora.

—Yo fui quien evitó que agrediera al joven Jasper Price. Técnicamente, no nos conocemos, pero sí sabemos quiénes somos. —Eva le otorgó un cierto tiempo para que Aaron asimilara toda la información. No se fiaba de su posible reacción, prueba de ello es que su mano derecha descansaba sobre la empuñadura de la pistola.

La puerta se abrió lentamente, con el chirrido de los goznes como banda sonora. Al otro lado, vistiendo vaqueros y una camisa abierta cubierta de lamparones, estaba Aaron Morris. Era la decadencia personificada, el abandono absoluto de una persona a la que la vida había puesto contra las cuerdas por segunda vez.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Han presentado cargos por lo de ese mocoso?

—Nada de eso, señor Morris. Estoy aquí por su hija, para descubrir la verdad acerca de lo ocurrido. Por ello quisiera hacerle unas preguntas.

Las palabras de la inspectora sorprendieron a Aaron en un primer momento, tanto que incluso desconfió de sus intenciones.

—Si pretende incriminarme en la muerte de mi hija, ya puede marcharse. Tengo algo de dinero ahorrado, puedo contratar a un abogado ahora mismo.

—No, señor Morris. El motivo de mis preguntas no es otro que tener más información; solo eso, se lo prometo. Quiero averiguar qué le ocurrió a Ruby, confíe en mí.

Él no parecía muy convencido, pero no tuvo más remedio que invitarla a pasar. La inspectora entró en la casa con cierta cautela, analizando todo lo que sus ojos iban encontrando. El desorden era general, pero no se apreciaba suciedad en sí: había cierta higiene en aquel caos, lo que era una apología de cómo era Aaron realmente.

—Podemos sentarnos en el porche trasero —dijo Aaron señalando con la mano hacia aquel

lugar—. Está más decente que esto.

—Me parece genial —contestó Eva.

El exterior era una extensión más de la casa. El césped crecía a sus anchas, repleto de malas hierbas. Las hojas secas de un pino que crecía allí anegaban una piscina medio vacía de agua pestilente y verdosa donde croaban varias ranas. Algunas latas de cerveza se asomaban por el jardín como si se trataran de topes metálicos.

Se sentaron en dos sillas de pícnic completamente oxidadas.

—¿Y bien? ¿Qué quiere saber? —preguntó Aaron. En ese momento, Eva advirtió que no estaba preparada para dirigir una especie de interrogatorio. Apenas recordaba la información del caso y desconocía muchos aspectos. Sin embargo, no había vuelta atrás.

—¿Su hija solía frecuentar el bosque o sus alrededores? ¿Tiene constancia de ello?

Aaron Morris negó con la cabeza.

—Usted no lleva mucho tiempo en Oak Valley, ¿me equivoco? Una vez sales de la ciudad no hay absolutamente nada, salvo árboles y carreteras. El cruce con la interestatal está a unos kilómetros. Allí hay un par de ranchos y unos bares de mala muerte, pero poco más. Mi hija apareció en el río Santo, seguramente porque alguien la arrojó allí. Me cuesta creer que estuviera deambulando por el bosque o cerca del río por voluntad propia.

—¿Cree que la secuestraron?

—Es posible. Mi hija estaba acostumbrada a salir de noche. Maldita sea, no era ningún ángel, pero precisamente por ello sabía cuidarse muy bien. No era una niña ingenua a la que se pudiera engañar fácilmente —expuso Aaron.

—¿Por qué tardó tanto tiempo en denunciar la desaparición? —preguntó la inspectora.

—Ya se lo dije al capitán. A veces discutíamos y ella se marchaba de casa durante varios días. Por eso no vi nada extraño. Sí, la noche en la que se marchó discutimos, así que cuando me desperté y vi que no estaba, supuse que habría pasado la noche en cualquier parte. —Las últimas palabras las pronunció con desgana, algo que llamó la atención de la inspectora.

—¿Así que discutieron esa noche? —insistió Eva.

—¿A qué viene ese tono? Ya le he dicho que no tengo nada que ver en su muerte.

—No he insinuado tal cosa.

—¿Se cree que no me doy cuenta cómo me observa? Seguro que le ha mandado el capitán para hacer el trabajo sucio.

—Por favor, Aaron...

—¡No! Esta conversación se ha terminado. Estoy cansado. ¡Márchese de inmediato!

—Quiero ayudarle, Aaron, pero para ello tengo que hacer preguntas.

—¡He dicho que se vaya!

La inspectora salió de la casa de los Morris caminando apresurada. No por miedo a que Aaron le agrediera, sino por lo enfadada que estaba consigo misma. Había puesto en riesgo su carrera para nada: no había descubierto nada acerca de Ruby Morris y ella quedaba a expensas de que Aaron le comentara al capitán acerca de su visita. Quizás, después de todo, iba a estar menos tiempo del que creía en Oak Valley.

Las sospechas del capitán se hicieron realidad. El forense que llevó a cabo la autopsia le pasó un nuevo informe, más detallado, hacía apenas unos minutos. Con ellos iba adjunto un exhaustivo análisis de las fracturas de la parte posterior del cráneo.

—Esto tiene que ser una broma —dijo mientras se levantaba. Expandió las hojas del informe sobre la mesa y las leyó mientras paseaba de un lado a otro del despacho. En una de sus idas y venidas, abrió la puerta y llamó a voces al agente John Ramsey. Este conocía demasiado bien a su jefe como para intuir que había sucedido algo con lo que no contaban.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ramsey.

—Cierra la puerta antes. No quiero que esto salga de aquí por el momento.

El agente obedeció y se quedó expectante.

—Ha llegado el segundo informe de la autopsia. Una de las fracturas fue fruto de un golpe reciente.

—¿Cómo es posible que no se mencionara nada de esto en el primer informe?

El capitán encogió los hombros.

—Las pruebas no eran concluyentes, lo que no les aportaba validez alguna. Tanto les da haberlo comunicado o no. Lo importante ahora es que se ha confirmado que las probabilidades de que Ruby se fracturara el cráneo en una caída, era posible. Aunque golpearse en ese punto de manera accidental era muy complicado.

El agente Ramsey escuchó con atención y reflexionó unos segundos antes de contestar.

—Tampoco hay que precipitarnos. Si la joven iba hasta arriba de droga, es posible que perdiera el conocimiento y así toda la tensión muscular —contestó Ramsey.

—No digas tonterías. Cuando salte a los medios que Ruby pudo sufrir una agresión, cerrar el caso sería lo mismo que tirarnos al lago con una piedra atada en las pelotas.

Ramsey asintió con solemnidad. El capitán tenía razón.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó.

Stephen movió la cabeza de un lado a otro.

—No lo sé todavía. El principal problema es que no tenemos nada más para continuar. Si fue una agresión y le fracturaron el cráneo de un golpe, por el momento no se me ocurre cómo podemos saber cuál fue el arma homicida. No sé, podríamos registrar de nuevo la zona por si encontramos algo.

—Es un trabajo tedioso y han pasado casi tres meses desde que la joven desapareció. Las posibilidades de encontrar una evidencia son mínimas —interrumpió Ramsey.

—¿Qué otra opción nos queda? Organizaré una batida para mañana por la mañana. No espero resolver el caso, sino asegurarme de que no tenemos la respuesta delante de nuestras

narices. ¡Joder!

—Entonces el chico queda descartado, ¿no es así? —preguntó Ramsey.

—¿Jasper Price? Parece que sí, pero la verdad, me gustaría hablar nuevamente con él; supongo que estará más tranquilo. Fue la última llamada de Ruby, tiene que significar algo.

Matt escuchó tranquilamente las palabras del capitán. Este le dio un poco de información acerca del último giro del caso y después le pidió permiso para mantener una breve conversación con Jasper. Estaba dispuesto a citarse en su casa o donde quisiera.

—Pondría la mano en el fuego por su hijo, señor Price. Pero la pasada noche no hablamos lo suficiente. Estoy convencido de que ya ha asimilado lo que está ocurriendo y podrá ayudarme en la investigación. Al fin y al cabo, cuanto antes se acabe todo esto, mucho mejor para todos.

El capitán supo jugar bien sus cartas y dejó la pelota encima del tejado de Matt. Había puesto la llamada en manos libres para poder moverse libremente por el despacho. El agente Ramsey permanecía con él en absoluto silencio, sentado en el sillón, la cabeza en el respaldo y los ojos cerrados.

—Creía que el interrogatorio era el final, capitán. Su profesionalidad en este caso está quedando por los suelos —dijo Matt al fin.

—Señor Price, solo actúo acorde al momento actual. El análisis de los restos del cuerpo de la joven ha cambiado por completo la naturaleza del caso.

—No veo relación alguna de todo lo que usted me ha contado con mi hijo. ¿Qué demonios tiene que ver esa fractura con él? Si le llamó por teléfono significa que mi hijo no se encontraba con ella en ese momento. ¿Quiere hablar de nuevo con Jasper? Muy bien, pero necesitará una orden judicial para hacerlo, ¿lo he dejado claro?

El capitán pensó que al menos le quedaba esa opción. Con la llamada registrada en el teléfono de Ruby Morris no le sería muy complicado obtener la orden mencionada por el señor Price.

—Quiero que sepa que lo único que hago es seguir el protocolo. Sea por simple casualidad o no, el nombre de su hijo es el único que reza en la muerte de Ruby Morris, por tanto, es natural que desee mantener una conversación con él. Eso no significa que Jasper sea culpable de nada; al contrario, puede remarcar su inocencia de una vez por todas.

—Es lo mismo que me dijo hace un par de noches, cuando vino hasta mi casa para llevárselo, ¿acaso piensa que soy estúpido, capitán?

—Le aseguro que no, señor Price.

—Pues deje de relacionar a esa desgraciada con mi hijo.

La paciencia del capitán tenía un límite y Matt Price se estaba aproximando mucho a él. Era consciente de la importancia de los Price y de la influencia de estos, tanto en Oak Valley como en el condado, pero eso no significaba un amparo absoluto por parte de la ley.

—Cuide su lenguaje, señor Price. Está hablando de una menor de edad que ha podido ser asesinada; una investigación abierta. Lo mínimo que le exijo es que la respete, ¿entendido?

—Mi hijo también es menor de edad. Sin orden judicial no se atreva ni a llamarme.

Estas fueron las últimas palabras de Matt Price antes de colgar el teléfono. El capitán se apoyó con los brazos en la mesa y agachó la cabeza: necesitaba serenarse.

—Empezó la guerra —dijo el agente Ramsey, que acababa de abrir los ojos.

—Suficiente he soportado. Los tiempos han cambiado, no vivimos en los sesenta, cuando con

un puñado de dólares podías sobornar a cualquiera. Unos años atrás y los Price serían intocables, pero hoy en día no. Conseguiré la orden judicial y mantendré una charla con el pequeño Price, aquí en comisaría: les he ofrecido el camino fácil y lo han rechazado.

—La noche que detuvimos al joven me dijo que confiaba ciegamente en su inocencia —comentó Ramsey.

—Y mantengo mi palabra. Lo que le he pedido a ese engreído de Matt Price es la opción de mantener una conversación amistosa con su hijo y separarlo del caso. Pero, en vez de eso, ha preferido meter a la justicia de por medio. ¿Qué quiere que le diga? Sigo creyendo que el joven no mataría ni a una mosca, pero la actitud ciega y extrema del padre no me gusta ni un pelo.

—No están acostumbrados a vérselas con la justicia. En mi opinión, señor, están más desconcertados que otra cosa.

—¡Menuda estupidez!

—Es mi opinión —afirmó Ramsey.

—¿No tienes nada que hacer? —gritó el capitán—. Quiero que recopiles toda la información del caso de Ruby Morris. Todo lo que tengamos en esta comisaría.

John Ramsey asintió y salió del despacho, pero antes de cerrar la puerta por completo, se detuvo. La inspectora Guzmán se dirigía hacia allí.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Ramsey.

—Apártate de mi camino.

El agente se apartó riéndose por lo bajo, aunque observó de reojo cómo la inspectora entraba al despacho. El rostro del capitán se descompuso como si le dieran la peor de las noticias. Lo último que necesitaba era lidiar con la problemática Eva Guzmán.

—¿Qué ocurre? —preguntó el capitán mirando a la inspectora con cierta cautela. En el fondo, intuía que no era capaz de acallar sus instintos. Era un sabueso en estado puro, uno de esos inspectores de los que salen cada dos o tres generaciones y que con el tiempo acaba encabezando los departamentos. En Oak Valley ya tuvo a varios de esos a lo largo de sus años en la estación; jóvenes que enseguida se marcharon a una gran ciudad que satisficiera sus ansias profesionales.

—Sé que me advirtió, pero me gustaría hablarle de caso de Ruby Morris —expresó Eva.

El capitán, nada más escuchar estas palabras, suspiró. «¿Qué demonios habrá hecho y cómo nos afectará?», pensó.

—Tú dirás —dijo con hastío. Sin embargo, aquella inesperada visita podía convertirse en sus esperanzas de avanzar en el caso. Aunque su rostro expresaba todo lo contrario.

—Hace un rato he estado hablando con Aaron Morris. Antes de que me diga nada, le diré que he llegado a su casa de pura casualidad. Estaba investigando el caso de robo de paquetería cuando un vecino me comentó que vivía allí, en Colorado Street.

—Sé dónde vive Aaron Morris. Ve al grano, te lo ruego. No tengo un buen día —le interrumpió el capitán.

—Ese vecino mencionó que la esposa de Aaron Morris falleció en un accidente y que desde entonces Aaron no fue el mismo.

—Así es, ¿qué tiene que ver eso con Ruby? Han pasado muchos años desde la muerte de la esposa de Aaron. Yo mismo asistí ese accidente.

—El vecino, Michael Sober, dijo también que madre e hija eran muy parecidas —explicó Eva—. En cuanto a Aaron, intenté hablar con él, pero enseguida se puso a la defensiva. Piensa que vamos en su contra. He pensado que el origen de su desconfianza está en lo que ocurrió con su esposa. He preguntado por ahí, pero no me han contado mucho.

El capitán miró de reojo a la inspectora y asintió levemente. En su gesto había un atisbo de comprensión que Eva no supo interpretar.

Stephen se debatía en compartir información con la inspectora Guzmán o no, pero pasados unos segundos, concluyó que no perdía nada con contárselo. La muerte de la esposa de Aaron era una historia conocida en el pueblo. Además, con eso la podría dejar satisfecha, pues se daría cuenta de que ese incidente nada tenía que ver con el caso. Quizás hasta podía conseguir que la inspectora dejara de inmiscuirse en sus asuntos.

—La madre de Ruby se llamaba Stella. Su muerte fue devastadora para Aaron. Te sorprenderá saber que antes era el marido perfecto, un modelo a seguir. Era ella, su mujer, la que arrastró algunas adicciones desde la juventud, tornándose en algo imposible de controlar cuando se hizo adulta. Sin embargo, el joven matrimonio supo llevarlo y Stella combinó los días de recaídas con los meses de abstinencia.

»Por entonces, Aaron trabajaba en una de las pocas empresas de reformas que había en Oak Valley. Eran novios cuando ella se quedó embarazada, se casaron a los pocos meses. Coincidió que estábamos reformando la planta superior de la comisaría. Todavía no era el jefe de policía de Oak Valley y estaba encargado de controlar que todo fuera correctamente; me encargaba del papeleo. No puedo decir que nos hiciéramos amigos, pero sí que llegamos a mantener largas conversaciones. Todos en la ciudad sabíamos cómo era Stella, pero Aaron confiaba en que el embarazo fuera la catarsis para ella, el punto de no retorno para abandonar las drogas de una vez por todas y centrarse en la vida.

—Me imagino que no lo consiguió —interrumpió Eva. Stephen afirmó con la cabeza.

—Estuvo limpia durante el embarazo, pero apenas dio a luz, sufrió una fuerte recaída. No podía cuidar de la pequeña Ruby, se gastaba todo el dinero y apenas estaba consciente un par de horas al día, incluso desaparecía por semanas. Fueron meses muy duros para Aaron, que lo intentó todo para reconducirla.

—Pero ¿cómo podía mantener una vida así? ¿De dónde sacaba las drogas? —preguntó Eva—. Para nada es un vicio económico.

Stephen asintió con cierto gesto paternal.

—Tú que has trabajado en narcóticos deberías saber que drogas hay en todas partes —respondió el capitán—. En cuanto a Oak Valley, gran parte de los estupefacientes entran por las carreteras interestatales. Pero la cuestión aquí es que Stella se las ingeniaba para conseguir sus dosis. Siempre iba cargada.

Stephen se levantó de su silla y se acercó a la ventana. Recordaba esos días con nitidez porque fue el momento que marcó su vida, una desgracia que lo ayudó a llegar donde estaba.

—Unos años después, Stella pareció recapacitar y se esforzó por dejar atrás sus vicios. Creo que el amor que sentía por Ruby le dio las fuerzas necesarias. Todo iba más o menos bien hasta que un día Aaron y Stella discutieron. ¿El motivo? No lo sabemos. De lo que sí tenemos certeza es que Stella se montó en el auto, se llevó a Ruby y se marchó. Aaron, igualmente, subió a la furgoneta de su trabajo y salió tras ella.

—¿Se llevó a Ruby? ¿Cuántos años tenía? —preguntó Eva.

—Tendría poco más de tres años —contestó Stephen, suspirando—. Hubo testigos que la vieron circular a toda velocidad en dirección a la interestatal. Llovía mucho esa noche y el viento soplaba frío. Recibimos varias llamadas a los pocos minutos y nos alertaron por la radio. Yo estaba cerca de ahí.

Me dirigí en la patrulla hacia el lugar que indicaban y supe que todo había terminado cuando vi un auto estampado contra un árbol. Stella había sufrido un gravísimo accidente. El impacto

fue brutal, ella falleció en el acto, pero por un milagro Ruby sobrevivió. —Stephen se sentía extraño cada vez que recordaba ese hecho—. Curiosamente, ese accidente fue el que me llevó a tener el puesto de jefe de policía, pues cuando llegué, no dudé en meterme al vehículo e intentar ver si había alguien con vida. Me arriesgué sin pensarlo, incluso con la posibilidad de que todo explotara. Rescaté a Ruby y todos en el pueblo comenzaron a considerarme algo así como un héroe... algo que jamás me he considerado. El caso es que, al poco tiempo, el jefe de entonces se jubiló y me designaron a mí en el cargo.

Eva miró al capitán con otros ojos.

—Fue algo innato, ¿verdad? A veces los policías actuamos por instinto. Es parte de nuestro ADN —dijo Eva intentando sacar el policía que Crew tenía dormido—. Entonces no pensó en las consecuencias, Stephen, por eso salvó a Ruby.

El capitán sabía a donde quería llegar Eva con su discurso, y también sabía que tenía razón. Algo en él se removía cada vez que veía que había alguien en peligro. Pero los años y la costumbre lo habían adormecido. Sin embargo, no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente. Por ello continuó su relato como si los últimos segundos no hubieran existido.

—No hubo manera de consolar a Aaron, que desde entonces se dio a la bebida: repetía continuamente que no pudo hacer feliz a su esposa; se sentía culpable. Intentaron ayudarlo en muchas ocasiones, pero él lo rechazaba todo. Con el tiempo, la lástima que inspiraba se convirtió en hastío y así hasta el Aaron Morris que tú conoces: agrio, desconfiado y alcohólico. Fue un milagro que pudiera educar a la pequeña Ruby, que no tuvo culpa de nada y le tocó pagar las consecuencias. Era de esperar que se convirtiera en una joven problemática.

Eva no compartía esa opinión, creía que el destino no estaba definido por tu entorno, aunque sí muchas veces podía influenciarlo. Sin embargo, agradecía que el capitán le contara esa historia.

—A veces, las adicciones tienen una tendencia genética y otras se desarrollan en el entorno que te mueves. Es una lástima que Ruby y su madre terminaran de esta manera —señaló Eva.

—Tal como fue su madre, sí, era muy parecida a ella, lo que seguro no hizo más que torturar a Aaron hasta cotas que solo él sabrá. Pero ya hemos perdido mucho tiempo —dijo Stephen volviéndose serio—. ¿Averiguaste algo sobre los paquetes?, ¿o solo te dedicaste a investigar otros asuntos?

Matt había sufrido un ataque de furia después de colgar el teléfono. El simple hecho de que el capitán se atreviera a querer interrogar a su hijo, le parecía un gravísimo insulto.

—Esto es inaceptable. ¿Qué se creen? —gritaba.

Landon, que estaba en la casa en ese momento, hacía aspavientos con la cabeza y señalaba con su dedo índice cada vez que formulaba una frase.

—Esto pasa por ser demasiado indulgentes. Deberíamos demandarlos de inmediato. Eso les hará pensar la próxima vez que vayan contra ciudadanos inocentes y honrados que pagan sus impuestos y tratan de hacer de su comunidad un lugar mejor.

Jasper, también presente, se sentía como una pelota de tenis sacudida tanto por su padre como por su tío. Las clases habían ido mejor de lo que creía, pero la llamada del capitán acabó con sus pequeñas dosis de optimismo, causándole un gran malestar. Estaba seguro de que si la policía quería hablar con él debía haber un motivo, una razón concreta.

—No pasa nada si hablo con él. No tengo nada que ocultar —declaró Jasper a media voz. Matt y Landon se giraron hacia él como si hubiese reconocido un crimen. Nora pensaba de la misma manera, pero no quería enfrentarse a los dos hermanos Price.

—¿Qué será lo próximo, Jasper? ¿Que te arresten en plena noche? Eres un Price, ¡por el amor de Dios! —bramó Landon, cuyo cuello estaba repleto de venas azuladas.

—Si el estúpido capitán quiere hablar contigo, que consiga una orden judicial. No tienen nada contra ti, salvo esa maldita llamada —dijo Matt.

Jasper agachó la cabeza y se arrepintió de haber dado su opinión. Aparte de la muerte de Ruby, también le afectaba todo lo que originaba a su alrededor; una especie de tornado de hechos, palabras y recuerdos que lo atormentaban en todo momento.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Nora cuando vio caer las primeras lágrimas de los ojos de su hijo. Este asintió en silencio.

—No hay nada que desahogue más que el deporte, Jasper. Estás muy flaco, deberías hacer unas pesas o algo por el estilo. ¿Qué me dices? —sugirió Landon esperando un mínimo de motivación por parte del joven, pero este ni se inmutó. No le atraían ese tipo de cosas.

—Haz caso a tu tío, Jasper. Te vendrá bien —añadió su padre.

—Creo que me iré a mi cuarto. Ha sido un día muy intenso.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Nora.

—Prefiero ir solo.

Nora también necesitaba un poco de soledad y la encontró en el jardín, al amparo del silencio, con el agradable calor del sol y la humedad que provenía del bosque. Landon y Matt se quedaron hablando de abogados, demandas y querellas. No estaban dispuestos a ceder ni un

ápice frente a las pretensiones del capitán, lo que ella apoyaba hasta cierto punto.

Echó la mirada atrás y recordó la noche en la que Jasper llegó a casa repleto de barro. Había estado con sus amigos bebiendo cerveza en el bosque. No había pasado mucho tiempo desde que descubrió que esa noche fue la misma en la que Ruby Morris lo llamó por teléfono y eso le originaba una angustia inmensa. Nora estaba segura de su inocencia, pero le preocupaba que la policía viera en esa coincidencia una oportunidad para aumentar la presión sobre su hijo o quizás algo más.

También se reprochó no involucrase en los pequeños problemas que rodeaban a su familia; siempre dejaba que Matt y Landon arreglasen todo. Se arrepentía, ya que, si hubiese estado más atenta, quizás nada de esto estaría pasando. Nunca le preguntó qué había pasado ese día que Ruby la insultó por Instagram y Jasper estaba tan enojado. «¿Quizás desde ahí comenzaron a tener contacto?», pensó. Le preguntaría en cuanto todo estuviera en calma, pues veía que su hijo se iba hundiendo cada vez más.

Asimismo, recordó que tampoco había vuelto a hablar con Matt de lo que ocurrió con los amigos de Jasper que bebieron cervezas con él, ni había tenido noticias de los padres de ninguno de ellos. La cuestión pasó al olvido, empujada también por la desaparición de la joven. Pero cuando al fin Nora cayó en la cuenta de la curiosa coincidencia, todo explotó delante de sus narices. Se llevaron a Jasper a la comisaría y comenzó la pesadilla. Los hechos arrasaron cualquier reflexión. Desde entonces había querido preguntarle a su marido qué ocurrió esa noche, pero no reunía el valor para ello.

Cerró los ojos con fuerza y los mantuvo así durante unos segundos, queriéndose aislar del resto del mundo, aunque fue inútil. Sacó su móvil y trató de reconfortarse en el *hashtag* de apoyo a Jasper que había encontrado antes: los medios locales se habían hecho eco de ello, apareciendo en los diarios digitales.

Como era de esperar, había todo tipo de mensajes, no obstante, la gran mayoría abogaban por la inocencia de su hijo, lo cual era tranquilizador, como si el destino de Jasper estuviera en manos de Instagram o Twitter, de los despersonalizados perfiles que daban su opinión o pretendían imponérsela a los demás. Le llamó la atención que la inocencia de su hijo parecía ir de la mano con el estilo de vida de la joven. Ruby Morris no quedaba bien parada ni aun habiendo aparecido sin vida. Sin embargo, eso no fue lo que más le llamó la atención. Había un mensaje que se salía de la bipolaridad del discurso, que rompía cualquier esquema.

Engañaron a Ruby y nos están engañando a todos.

Así de escueto era el mensaje, el cual se podía interpretar de infinitas maneras. «¿A qué se refería con eso de “nos están engañando a todos”?», pensó.

Un escalofrío le erizó la piel, como si la temperatura hubiera descendido varios grados de golpe. Accedió al perfil y comprobó que apenas tenía información. La persona que estaba detrás quería permanecer en el anonimato.

—¿Qué es esto? —se preguntó otra vez—. ¿A quiénes se refiere?

Las opciones que pasaron por su cabeza le ocasionaron un ligero temblor en sus manos. Sin embargo, se convenció de que debía tratarse de un perfil falso o un *bot* de los que había leído en un artículo. Perfiles cuyo único objetivo era el de crear confusión. Sabía que la función de estas cuentas era desinformar, dar un pie a un debate estéril y sin sentido. Pero ¿acaso iban a emplear un *bot* en una noticia de ámbito local? Era cuanto menos extraño.

No le dio más vueltas. Arrastró el dedo por la pantalla para ver nuevos mensajes. De nuevo se encontró con palabras despectivas dirigidas a Ruby Morris, aunque en esa ocasión si conocía a la autora de esos mensajes: Stacy Crapton, una compañera de Jasper. Esta no tenía reparos en

degradar a Ruby: la llamaba borracha, drogadicta y afirmaba que tenía las rodillas desgastadas de tanto arrodillarse. Nora se preguntó qué pretendía Stacy afirmando tales cosas y cómo tenía valor para ello. Quedaba claro que pretendía proteger a Jasper de la influencia de Ruby, pero Nora consideraba que se había pasado de la raya.

Continuó leyendo más publicaciones hasta que escuchó abrirse la puerta de la casa que daba al jardín. Albergó la esperanza de que se tratara de Jasper. Deseaba mantener una conversación profunda con él, quería que su hijo se abriera y le confesara todo lo que sentía, que supurara su dolor. Estaba convencida de que le haría bien, pero no había tenido la oportunidad.

Sin embargo, no era su hijo, sino Evelyn la que había cruzado el umbral y se dirigía hacia ella con su particular sonrisa tensa en el rostro. Su piel maquillada en exceso y anormalmente tensa debido a las operaciones estéticas, era el símbolo de una mujer que pretendía luchar contra el paso del tiempo.

—Evelyn, no te esperaba por aquí —dijo Nora.

—¿Acaso tengo que avisar cada vez que venga a la casa de mi hijo?

«La casa de mi hijo». Evelyn no perdía la oportunidad de restregarle su posición dentro de la familia. Nora sabía que pronunciaba esas palabras en serio, con el recelo de una madre que piensa que todo lo que rodea a su hijo le pertenece de manera exclusiva. Discutir era inútil, por lo que guardó silencio.

—He venido porque quería hablar contigo. Sales poco de casa, así que he creído conveniente no avisarte. No te veo muy ocupada.

Las alarmas se encendieron en la cabeza de Nora. Temía la lengua sibilina de Evelyn.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Mejor dirás cómo puedo yo ayudarte. Creo que no estás llevando muy bien todo lo que está ocurriendo.

Nora no pudo ocultar su sorpresa por lo que acababa de escuchar.

—¿A qué te refieres?

—No disimules, Nora. Matt y Landon están haciendo todo lo que pueden por ayudar al chico, lo empujan para que salga adelante y plante cara a todo lo que ha causado esa bruja de Ruby Morris. En cambio, tu actitud no puede asemejarse a la de ellos.

Nora apretó los labios y asintió en silencio. No comprendía bien qué esperaba Evelyn de ella. Ese desconocimiento se traducía en una angustia insoportable. Sin saber por qué, recordó la imagen de su hijo cubierto de barro. Una sensación extraña la invadió.

—Sé que esto no es fácil, Nora. Por el amor de Dios que lo sé, por eso, precisamente, quiero asegurarme de que tienes la entereza suficiente para superar todo esto. Dime, ¿crees en la inocencia de tu hijo?

Nora tragó saliva. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Dudaba de que Evelyn hubiera pronunciado esas palabras exactas.

—Por supuesto que creo en su inocencia, ¿cómo puedes preguntarme algo así?

Evelyn levantó las manos para pedirle calma.

—Deja tu orgullo a un lado, ¿de acuerdo? Lo que te acabo de preguntar no lo he hecho como pariente, sino como mujer. Sabes muy bien de lo que estoy hablando. Ahora sé sincera. ¿Crees que tu hijo ha podido tener algo que ver con la muerte de esa desgraciada?, pues nadie mejor que una madre para saber qué le pasa a su hijo. Puedo asegurarte que esta conversación se quedará entre tú y yo.

A Nora no dejaba de sorprenderle el continuo castigo que recibía Ruby; de nada le valía estar muerta ni haber estado desaparecida durante casi tres meses, pudriéndose en las frías aguas del

río Santo; era como si estuviera en deuda con todos los vecinos de Oak Valley.

—Mi hijo es inocente, Evelyn —dijo Nora mirándola fijamente a los ojos.

La anciana dibujó una media sonrisa.

—Te sorprendería lo distante que puede ser la realidad de nuestros deseos. Los jóvenes de ahora son impulsivos, quieren lo que desean y muchas veces no les importa lo que haya que hacer para conseguirlo. Sé que Jasper es un joven excepcional, pero hay impulsos que en ocasiones no se pueden controlar. Lo sé. He vivido con tres Price durante mi vida.

—¡Es suficiente! —aseveró Nora, incorporándose bruscamente—. Debería darte vergüenza hablar así de tu nieto. Es inocente. ¡Mi hijo es inocente! Claro que como madre lo sé. No sé qué pretendes con todo esto, pero no estoy dispuesta a soportarlo.

Evelyn la miró de soslayo, comprobando el efecto de sus palabras en la débil Nora. Su nuera era lo contrario a un Price. Mantuvo la mirada fija en sus ojos sin alterarse.

—Me alegra entonces que Jasper cuente también con un apoyo total de tu parte. Ahora tengo que irme. Ya hablaremos, Nora.

Cuando Evelyn la dejó a solas de nuevo, Nora se derrumbó sobre la silla y comenzó a sollozar. La presión que tenía que aguantar tanto por el sufrimiento de su hijo, como del trato de su familia política era insoportable para ella. Durante un rato estuvo preguntándose qué demonios acababa de ocurrir, qué sentido tenían los cuestionamientos que Evelyn le había planteado.

—¿Cómo ha podido decirme algo así? —se preguntó.

En el fondo, pese a que le doliera, no le sorprendía la actitud de su suegra. Era una mujer dura en exceso e incapaz de empatizar con cualquier persona ajena a ella. Evelyn se consideraba el centro neurálgico del universo y todo lo que en él ocurría, estaba de alguna manera relacionado con su persona. Nora estaba segura de que esa personalidad era el resultado de años de querer alejarse de sus orígenes; estaba obsesionada con el apellido Price. Tal fijación la llevó a dejar de lado a su familia, con la cual se había alejado desde poco antes de su boda. Todo el contacto que mantenía con ellos era vía telefónica, apenas un par de veces al año. Su padre, un experto en fitoterapia, confió en su tiempo en que Evelyn continuara con el negocio familiar.

Michel Burber, el padre de Evelyn, era propietario de las clínicas holísticas Burber, las cuales estaban franquiciadas y se extendían por toda California. Michel esperaba que la unión con los Price repercutiera positivamente en su negocio, pero lo único que consiguió fue perder a su hija. Incluso Evelyn se había iniciado como herborista, algo que le entusiasmaba, pero que dejó de practicar por considerarlo impropio de alguien de su nivel. Por lo que solo lo mantuvo en la intimidad de su casa, como un hobby que la sacaba de los momentos de estrés.

Nora permanecía en silencio, aturdida por lo que acababa de suceder. Aun así, sus planteamientos la llenaron de dudas. «¿Acaso Evelyn sabía más que los demás?». Pensar en esa posibilidad le erizó la piel. De ser así, el poder que ella tendría sobre su hijo sería inmenso y eso no podía permitirlo.

Enseguida regresó al interior, donde coincidió con Matt.

—Te estaba buscando —dijo él—. Landon y yo vamos a ir con mamá a tomar un café. Nos vendrá bien para relajarnos un poco.

Matt no le preguntó si quería acompañarlos. Aquello era una reunión exclusiva de los Price. Su tono de voz y su expresión así lo daban a entender.

—Voy a decírselo a Jasper; quizás le apetezca —continuó Matt.

—No creo que tenga muchas ganas —dijo Nora—. Le vendrá bien un poco de tranquilidad.

—Eso tendrá que decidirlo él. —Pese a su evidente brusquedad, Matt no cambió el tono de

sus palabras—. Sé que quieres lo mejor para Jasper, pero esta sobreprotección no es lo que más le conviene. Cuanto antes lo supere, mucho mejor para él.

—Solo es un niño, Matt. Está asustado y ni siquiera es consciente de todo lo que está ocurriendo. Le vendría bien un poco de tranquilidad.

—¡Te equivocas! Ya casi es un hombre. He sido muy blando con tus ideas y te he dejado decidir sobre su crianza sin quejarme, pero al final, mi familia siempre ha tenido la razón. Desde hoy tiene que aprender a afrontar la realidad, por dura que sea. Estamos en un punto donde tiene que hacerse cargo de quién es.

Nora fue incapaz de contestar. Las palabras de su marido eran como un jeroglífico que no podía descifrar. Todo lo que hizo fue asentir en silencio y quedarse quieta hasta que Matt se marchase. Este subió a buscar a Jasper y para sorpresa de Nora, su hijo aceptó la invitación. A la dureza de las palabras de su marido, se unió el hecho de que la decisión de Jasper la dejara en evidencia. Era como si de repente ella no fuera capaz de reconocer ni a su propio hijo.

Se despidió de ellos. Iban a ir a una cafetería que se encontraba a unos veinte kilómetros de Oak Valley, donde la muerte de Ruby no había ocupado más que un par de líneas en el periódico local y nadie se fijaría en Jasper. Una vez allí, su hijo recibiría toda una lección de lo que significa ser un Price y todo el discurso rancio que su familia política pregonaba en cada ocasión. A Nora le habría encantado estar presente y actuar como un salvavidas para su hijo, pero no tenía fuerzas para ello. Además, le preocupaba que la insinuación de Evelyn tuviese su origen en Matt o en Landon; tal y como estaban las cosas, no podía descartarlo.

Desde la ventana observó cómo se alejaban en el auto de Landon, avanzando por la calle arbolada y sombría de la tarde. Todavía faltaba para que la alegría de la primavera invadiera cada rincón de Oak Valley, mientras tanto, la caída de la tarde era sinónimo de penumbra, de rincones fríos y húmedos. El agua del río Santo continuaba su rumor creciente por el deshielo, el mismo que sacó a la luz el pútrido cuerpo de Ruby Morris.

Cuando los perdió de vista, Nora se dio la vuelta y miró hacia las escaleras que conducían hacia la segunda planta de la casa, donde se encontraban las habitaciones. Un pensamiento fugaz y extraño, atípico de ella, pasó por su cabeza. De repente se sentía la protagonista de una de las novelas que había leído últimamente.

Miró a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que no había nadie más, un pensamiento estúpido pero necesario para aumentar su seguridad. No obstante, repitió aquel gesto en varias ocasiones hasta que experimentó una certeza que le hizo respirar tranquila.

«No estás haciendo nada malo», se dijo.

Sus pasos comenzaron a subir los primeros peldaños. El corazón le latía a toda velocidad. Dejó atrás la escalera y se encaminó hacia la habitación de Jasper. Este había dejado la puerta entornada al marcharse. La empujó suavemente y entró hasta detenerse justo en el centro de la habitación. Giró sobre sí misma sin saber bien qué estaba haciendo. Era consciente de que las palabras de Evelyn la habían llevado hasta ahí, pero el motivo último, la razón de estar a solas en el dormitorio de su hijo, le era totalmente desconocida. Por un momento pensó que todo se trataría de una argucia de Evelyn, que lo de ir a tomar café no era más que un engaño por parte de los Price para pillarla indagando entre las cosas de su hijo. Eso la puso más nerviosa, teniendo que mirar a través de la ventana para cerciorarse de que no eran más que paranoias fruto de su imaginación. En una de sus novelas habría ocurrido así, pero la vida real era diferente; el dramatismo dejaba paso a una realidad descorazonadora que lo barría todo a su paso.

Tras unos segundos, su mirada se posó sobre el escritorio de Jasper. Se trataba de un armatoste de madera con múltiples estanterías en su parte superior donde su hijo almacenaba

libros, revistas y papeles de manera agolpada. El orden no era una de sus muchas virtudes.

Sin ser consciente de ello, los dedos de Nora comenzaron a hurgar entre aquel amasijo de papeles, rebuscando entre los huecos.

—¿Qué estoy haciendo? —susurró. Ella misma se exigía respuestas que no podía encontrar en su cabeza. No buscaba nada en concreto.

En la parte superior del mueble encontró varias cajas de madera de pequeño tamaño. Pensó que debían tratarse de algún proyecto escolar de cuando era más pequeño. Todas estaban pintorreadas de manera aleatoria por colores muy llamativos. Una a una, Nora las fue abriendo. En la primera halló un puñado de billetes de veinte dólares; la cerró y le dejó donde estaba. La segunda albergaba toda una colección de pendrives, de distinto tamaño y capacidad, algo perfectamente normal. Sin embargo, fue la tercera caja la que reveló un contenido que la dejó sin palabras.

Había pasado poco más de una hora desde que estuviera indagando por el cuarto de Jasper, desde que abrió esa tercera caja y vio lo que su hijo guardaba en su interior. Dudó de si llevárselo consigo o, por el contrario, dejarlo allí; optó por lo segundo. Después de todo no sabía qué decirle a Jasper si este le recriminaba haber estado registrando sus cosas.

Todavía era incapaz de darse una explicación coherente de su actitud. «¿Qué me está ocurriendo?», pensó mientras se secaba las lágrimas que caían por sus mejillas. Alterada, desbloqueó su móvil y miró la hora. No iba a hablar con Jasper de su reciente descubrimiento, no era capaz, pero sí podría preguntarle a Matt si tenía conocimiento de ello. Pese a la buena relación que mantenía con su hijo, Matt también tenía afinidad con él, aunque de una forma totalmente diferente.

Se sobresaltó cuando escuchó la puerta de casa. Había estado tan ensimismada en sus pensamientos que se había abstraído de la realidad. Se levantó y se acercó al recibidor. Jasper la saludó con un gesto con la cabeza y Matt la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué has estado haciendo? —le preguntó como si sospechara de ella.

—He estado leyendo —contestó Nora.

—¿Para qué preguntaré? ¿Es el cielo azul? —dijo Matt con una sonrisa.

Nora, bloqueada por no saber cómo afrontar la cuestión, amagó varias veces antes de poder pronunciar una palabra.

—Tengo que hablar contigo, Matt —susurró.

Este se detuvo aún con la chaqueta a medio quitar. Sus ojos se afinaron y los labios se le tornaron blanquecinos por la presión que ejercía en ellos.

—¿De qué tenemos que hablar? —preguntó. La tensión se palpaba entre ambos. Parecían dos fieras midiéndose antes del duelo decisivo.

—No sé bien cómo decirlo. No quiero que pienses mal de mí.

—¿Qué has hecho, Nora? —El tono de Matt era frío y despiadado.

Ella tragó saliva.

—No he hecho nada —se excusó ella—. Simplemente... cuando se fueron, he subido al cuarto de Jasper y he visto una cosa para la que no encuentro explicación. No sé, espero que tú puedas explicármelo.

Matt no se movió ni un centímetro. Su piel comenzó a brillar por el sudor. La mandíbula en tensión le hacía temblar la parte inferior del rostro. En ese momento, Jasper cerró la puerta de su habitación y ambos miraron hacia la escalera. El camino estaba despejado.

—¿Qué demonios has visto?

Nora asintió y tragó saliva para aclararse la voz.

—Nunca he visto una de esas pastillas, pero estoy segura. Era una de esas para, ya sabes, para la erección; de color azul.

Un silencio siguió a las palabras de Nora.

—¿Dices que Jasper esconde viagra en su habitación? ¿Eso es lo que estás intentando decirme? ¿Has perdido el juicio?

Nora movió la cabeza de un lado a otro.

—No me estoy inventando nada. No entiendo para qué necesita esas cosas un muchacho de su edad, Matt. Ni siquiera tiene edad para comprarlas en la farmacia, ¿cómo ha podido conseguirlas?

Matt se pasó la mano por el rostro y se acercó a su esposa con el dedo índice de la mano derecha apuntando hacia ella.

—¿Qué hacías registrando sus cosas, Nora? ¿Es que no te fías de él?

Nora pensó en decirle que había sido Evelyn, la que le había hecho actuar de esa manera, pero creyó convenientemente que eso no haría más que empeorar la situación.

—Yo...

—¡No! ¡Te has pasado, Nora! ¿A dónde pretendías llegar? ¿Pensabas que ibas a encontrar una prueba que incriminara a tu hijo de haber asesinado a esa joven? ¿Era eso lo que querías?

Nora no pudo contestar, se limitó a negar en silencio cada una de las afirmaciones de su marido.

—No grites, por favor —dijo ella.

—Me lo pones muy difícil, Nora. No me esperaba esto de ti. Me has defraudado. Necesitamos estar unidos y remar todos en la misma dirección, sin embargo, tú te dedicas a jugar a los detectives con tu propio hijo —continuó Matt—. Yo hablaré con él. Le sacaré el tema con delicadeza. Pero tú no hagas nada más, ¿me has escuchado? Suficiente has hecho ya.

Dicho esto, Matt se alejó apresurado, dejando claro que la conversación había terminado. Nora observó cómo se alejaba por las escaleras. Las pastillas que había descubierto en la habitación de Jasper era una cuestión más por la que preocuparse, una piedra que la sumergía más y más en el pozo de dudas por el que estaba cayendo.

La situación en casa se tornó casi insoportable para Nora. Su suegra y su cuñado estaban con ellos unas diez horas al día, en una especie de vigilia en la que se realizaba todo lo relacionado con los Price y la inocencia de Jasper de manera repetitiva. A Nora le resultaba esperpéntico, una deformación completa y absurda de la realidad.

Además, desde que Evelyn le planteara abiertamente la posible culpabilidad de Jasper, no era capaz de interpretar sus palabras, le aterraba lo que pudiera estar pasando por su cabeza y, sobre todo, que esos pensamientos los compartiera con sus dos hijos.

Landon continuaba actuando como un paladín, defendiendo a su familia contra viento y marea, ensalzándose en los ejemplos y asegurando que Jasper saldría indemne de todo lo que estaba ocurriendo. Matt apoyaba su discurso, aunque solía incluir ataques a Ruby Morris que carecían de justificación alguna. Mientras tanto, Nora solía estar en silencio, asintiendo como una autómatas y procurando que todo pasara lo antes posible. Había escuchado decir a Matt que el capitán Crew se estaba moviendo para conseguir la orden judicial que le permitiera interrogar de nuevo a Jasper, lo que consideraba igualmente un atropello.

—Salvo esa llamada, no hay nada que relacione a mi hijo con esa furcia —afirmaba una y

otra vez.

Nora no discutía. La opinión de su marido era la suya. No podía hacer otra cosa. Tenían que estar juntos, justo como él había dicho.

Intentó aislarse con una de las novelas que esperaban en la estantería, pero apenas podía leer un par de líneas antes de que su cabeza comenzara a divagar por su tormentosa realidad. Las pastillas que encontró en el cuarto de Jasper seguían siendo un misterio. Investigando por internet supo que para comprar esas pastillas en concreto eran requisitos fundamentales ser mayor de edad y tener prescripción médica. Eso significaba que Jasper había conseguido las pastillas de manera ilegal o que alguien conocido se las había suministrado. Valoró la opción de que Landon, que era médico, estuviera detrás de todo aquello, que le hubiera entregado las pastillas para alguna estupidez de las suyas, pero todas sus sospechas eran estériles, ya que jamás tendría el valor de preguntarle a su cuñado.

—¡Vete a la mierda! —El grito sorprendió a Nora, que pensó en un primer momento que aquella voz provenía de una de las películas que Matt solía ver. Sin embargo, a los pocos segundos reconoció la voz de su hijo Jasper.

—¡No me hables de esa manera! ¿Es que has perdido la cabeza?

Esa última voz pertenecía a su marido; Matt y Jasper estaban discutiendo.

Nora se acercó espantada por las voces de ambos. Nunca había visto tan alterado a su hijo. Afortunadamente, ni Landon ni Evelyn se encontraban en casa, lo que significaba que podrían solucionar todo aquello como una familia más o menos normal.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nora. Sin embargo, padre e hijo la ignoraron. Ambos lucían el rostro enrojecido por la intensidad del momento. Matt, con los brazos en jarra, se movía de un lado a otro. No fue hasta que Nora insistió, que su marido le contestó.

—¡Tu hijo está perdiendo el juicio! —exclamó Matt.

Jasper, con lágrimas en los ojos, cabeceó con un gesto de angustia. Nora lo observó confusa. Pese a que estaba convencida de la inocencia de su hijo, las palabras de Evelyn cobraban protagonismo de nuevo.

—¿De qué estás hablando, Matt? —cuestionó ella.

En ese momento, Jasper y Matt se miraron con hastío, pero también con una pequeña dosis de complicidad que no pasó inadvertida para Nora.

—Me están ocultando algo. Creen que soy estúpida, pero lo acabo de ver. ¿Qué está ocurriendo? —insistió.

Los dos volvieron a mirarse. Ninguno abrió la boca, lo que hizo aumentar los nervios de Nora, que comenzó a llorar sin consuelo. Enseguida, Matt se acercó a consolarla.

—¿Esto es lo que quieres, Jasper? ¿Así nos pagas todo lo que estamos haciendo por ti?

Nora no conocía el motivo de la discusión, aunque intuía que todo estaba relacionado con la muerte de Ruby. Jasper no lo reflejaba, pero estaba sometido una gran presión y eso podía estallar en cualquier momento.

—¡Váyanse al infierno! —espetó Jasper mientras salía de la sala. Nora intentó detenerlo, pero su hijo le apartó el brazo con un mal gesto. Eso causó una honda impresión en ella, que se quedó petrificada. Matt le recriminó a Jasper su actitud, pero el joven ni siquiera se detuvo.

—¡Eso es! ¡Vete a tu habitación! ¡Es lo único que sabes hacer! ¡Esconderte del mundo! —gritó Matt.

En ese momento alguien tocó el timbre. Era Landon. La última persona que Nora querría que apareciera en un momento tan delicado como ese. Este, apenas vio los rostros de su hermano y de su cuñada, supo que estaba ocurriendo algo.

—¿Qué sucede? —preguntó. Tan solo le habían hecho falta un par de segundos para alterarse al mismo nivel que estaba Matt.

—Es Jasper —dijo Matt.

Tras pronunciar estas palabras, la seriedad invadió el rostro de Landon. Miró fijamente Nora y después volvió a mirar su hermano.

—Está arriba —indicó Matt—. Ha debido sufrir una crisis nerviosa.

—Voy a hablar con él —anunció Landon.

Nora quiso salir tras él, pero de nuevo su marido se lo impidió.

—Déjalo, Nora. Landon sabe cómo tratar con él.

Jasper cerró bruscamente la puerta de su habitación. Pese a que respiraba con grandes bocanadas, le era complicado satisfacer la necesidad de aire que emanaba de sus pulmones. Era como si los músculos que cubrían sus costillas se hubieran convertido en un hormigón pesado que lo asfixiaba poco a poco.

—Esto no tenía que suceder. No. ¡Esto no! —repetía.

Con las manos dominadas por el temblor, buscó su teléfono en el bolsillo del pantalón. Lo desbloqueó e ignoró la decena de mensajes y notificaciones de las distintas redes sociales en la que le habían mencionado. Incluso tenía un correo electrónico de un periodista del periódico de Oak Valley solicitándole una entrevista. La vorágine ocasionada por la muerte de Ruby Morris y todas las consecuencias seguían cayendo sobre él de manera inexorable.

No le quedaba más remedio que obviar todo eso para no enloquecer. Además, solo quería hablar con su amigo Bryan; lo necesitaba.

—¿Ocurre algo, Jasper? —contestó Bryan al otro lado de la línea.

Jasper continuaba respirando con dificultad.

—No puedo más, Bryan.

—¿Qué ha pasado? —insistió.

—Esto es demasiado. Ruby no tenía la culpa de nada —sollozó.

—Tranquilízate, Jasper.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? Yo estaba esa noche...

—¿De qué noche estás hablando? —preguntó Bryan.

—Esto no puede seguir así. Tengo que hacer algo.

—¡Jasper! ¡Dime qué está pasando!

Pero todo lo que escuchó Bryan fue el tono de fin de llamada. Jasper había colgado. Lo llamó otra vez, lo intentó durante seis veces más, pero Jasper no respondía. Landon acababa de entrar en la habitación.

Bryan se quedó observando el teléfono con pavor, como si este pudiera explotar en cualquier momento. No tenía la menor idea de a lo que se refería Jasper, pero pocas veces lo había visto tan alterado.

Lo que le resultaba evidente era que el caso de Ruby Morris lo estaba fagocitando poco a poco. Desde que todo estallara, cuando se lo llevaron a la estación de policía, era imposible ver a

Jasper sonreír o levantar la mirada del suelo. Era como si todo su ser estuviera oprimido por alguna fuerza que cayera sobre él. Incluso apenas prestaba atención en clase, estaba cada vez más abstraído. Todos decían que era normal, que poco a poco se recuperaría, pero Bryan lo conocía bien y sabía que había algo más.

«Así era Ruby Morris», pensó Bryan. Para él no era más que una persona tóxica destinada a corromper todo lo que estuviera junto a ella. No exageraba. Él mismo tuvo que intervenir cuando Ruby, no mucho antes de desaparecer, comenzó a acercarse a Jasper. Este le decía que no tenía de qué preocuparse, que ella no le molestaba, pero Bryan sabía lo incisiva y manipuladora que podía ser Ruby.

Bryan la consideraba una amenaza en toda regla. Él no era bueno haciendo amigos, ni le era sencillo entablar relaciones con desconocidos. Cuando no le quedaba más remedio que enfrentarse a ello sufría sudores, se le trababa la lengua o confundía las palabras. Los nervios se apoderaban de él y alejaban a la otra persona, que solía esforzarse por contener la carcajada. Por ello, su círculo de amistades incluía a Jasper y un par de compañeros con los que coincidía en clases de natación. Este diminuto y familiar bosque era el ecosistema por el que se movía; todo lo que se acercara del exterior lo consideraba como un elemento distorsionador de su realidad, de su vida. Y cuando eso ocurría no le quedaba más remedio que defenderse.

Por cómo habían transcurrido las cosas en las últimas semanas, quizás ese hecho ganó más relevancia en Bryan. Cuando se supo de la muerte de Ruby Morris, esperaba que tarde o temprano la investigación llamara a su puerta. Lo que él hizo fue una estupidez, pero lo había hecho y eso tendría sus consecuencias.

Fue un día, al terminar las clases, cuando abordó a Ruby en la salida. La joven solía marcharse andando a casa, momento en el que solía quedarse a solas. Era el momento idóneo para aclarar las cosas y convencerla de que dejara en paz a Jasper. Estaba harto de sus provocaciones y acercamientos que incomodaban a su amigo.

Era una tarde helada de principios de enero, recién habían retomado las clases del receso invernal. El cielo gris amenazaba una tormenta que no se decidía por descargar su furia sobre la ciudad. La previsión meteorológica había decretado el aviso por fuertes vientos y nevadas en zonas puntuales, pero por el momento había cierta calma. Solo el viento animaba el ambiente con irregulares ráfagas.

Con mucho disimulo la siguió, asegurándose en todo momento que pasaba desapercibido para ella. Ruby avanzaba fumándose un cigarrillo, ajena a que Bryan iba tras ella. Atravesó el desangelado parque de Consentino, en el que apenas había un par de personas y creyó que era el mejor momento. Aceleró el paso y se puso justo detrás de ella, tan cerca que el ruido de sus pasos lo delataron, llevándose Ruby un sobresalto.

—Pero ¿qué mierda te ocurre? ¿Acaso me estabas siguiendo? —masculló la joven.

—Quiero que dejes en paz a Jasper.

Bryan se había concentrado en esa frase los últimos minutos. Necesitaba hacerlo así para poder pronunciar todas las palabras y que el mensaje fuera convincente. De lo contrario, comenzaría a tartamudear, lo que provocaría que ella le tomase a broma.

—¿A Jasper? ¿Eres su novio o qué? —dijo ella con una sonrisa burlona.

Bryan se sonrojó. Las palabras abandonaron su lengua y su cabeza, como si jamás hubiesen existido. Se había centrado tanto en esa primera frase que descuidó todo lo que tendría lugar después. A diferencia de él, Ruby tenía desparpajo y no tenía ningún problema para lanzar comentarios mordaces con los que acorralar a cualquiera. De hecho, con su réplica le había sido suficiente para que Bryan sintiera que había perdido el control de la conversación.

—¿No vas a contestarme, bicho raro? —insistió Ruby.

—Yo... sabes que tengo razón.

Ruby asintió mientras daba una calada al cigarrillo. Después expulsó el humo en el rostro de Bryan y este dio varios pasos hacia atrás.

—¿Qué razón tienes tú? No te metas en mis asuntos, Bryan.

Ruby se dio la vuelta. No tenía ganas de perder más tiempo. Pero Bryan insistió. Estaba decidido a dejarle claro su mensaje.

—No hemos terminado —dijo él dándole una palmada en el hombro. Ella se dio la vuelta sin ocultar la sorpresa por su actitud y arrojó el cigarrillo a los pies de Bryan.

—¡No vuelvas a tocarme! ¿Me has escuchado? ¡Jamás! Si me vuelves a poner tus sudorosas manos encima, te las cortaré, estúpido.

—Pues deja en paz a Jasper —insistió él, incapaz de articular otras palabras que fueran más allá de su principal objetivo. Su frente estaba perlada de sudor.

—¿Otra vez con eso? ¿Es que eres imbécil? —exclamó Ruby. Lo fulminó con la mirada, provocando que el joven retrocediera, intimidado por la reacción de la chica.

—No te lo diré dos veces, Ruby. Déjalo en paz.

El tono de voz de los jóvenes llamó brevemente la atención de las pocas personas que había en el parque. Algunas estaban con sus mascotas, otras jugando con sus hijos en los columpios. No obstante, la discusión entre dos adolescentes no les entretuvo más que un par de segundos. Quizás fue ese detalle, el que no hubiera más testigos ni que fueran muy curiosos, lo que mantenía su discusión con Ruby en el olvido. Él insistió en su idea, como si su vocabulario se redujera a esas pocas palabras, lo que no causó impacto alguno en Ruby, que se alejó echándole en cara su tartamudez.

—De-de-deja a Ja-Ja-Jasper. ¡Eres patético, Bryan! No lo dejaré en paz y dile que seguiré molestando a su mamita si solo con eso viene a hablarme.

Este se quedó quieto en mitad del parque. Se sentía humillado y con ganas de plantarle cara a Ruby una vez más.

Ella se alejó riendo.

Nora, no podía tranquilizarse pese a la insistencia de su marido. Este le pedía una y otra vez que se sentara o que se tomara uno de los calmantes que él venía consumiendo desde que estallara todo días atrás, sin embargo, ella se negó.

En el silencio de su frustración, no podía comprender por qué tenía que ser Landon el que tratara de calmar a Jasper; por qué ella, que era su madre, no podía estar presente en aquel momento. Distintos pensamientos acudieron a su mente y lo hicieron todo más confuso todavía. En el fondo de su inmensa preocupación parpadeaba la noche en la que Jasper llegó a casa embarrado y supuestamente borracho. Pero ¿qué había sido de sus amigos? ¿Por qué no había vuelto a saber nada de aquel asunto?

—No entiendo nada, Matt —dijo mirando de reojo a su marido.

—¿Qué hay que entender aquí? —cuestionó él desafiante—. La muerte de esa desgraciada le está causando graves problemas a nuestro hijo, eso es todo lo que hay que entender. Somos una familia decente, pero parece que están empeñados en demostrar lo contrario.

—Pero lo llamó, Matt. Ya escuchaste al capitán. Ruby llamó a Jasper la misma noche que desapareció.

Los ojos de Matt se volvieron fríos.

—¿Qué quieres decir? —dijo él con voz profunda.

Nora suspiró y cogió aire con fuerza. No estaba segura de lo que iba a hacer.

—La noche en la que Jasper bebió cervezas con sus amigos.

—Es suficiente, Nora —interrumpió Matt.

—Sus amigos, no sé nada de sus padres ni tampoco...

—¡He dicho que es suficiente! —gritó Matt golpeando la mesa. El estruendo del golpe dio paso a un silencio helado. Nora comenzó a llorar—. ¿Qué pretendes, Nora?

—Solo quiero saber qué está ocurriendo —musitó.

—¿De verdad? ¿Acaso piensas que eres la única? Has preguntado por esa noche, ¿no es así? Esa maldita noche traje aquí a Jasper y después Landon y yo llevamos al resto de sus amigos a sus casas. Conversamos con los padres de cada uno y acordamos que eran cosas de adolescentes, que mientras no se repitiera no había nada de lo que preocuparse. ¿Ha vuelto a ocurrir? ¿Me has preguntado antes de que apareciera el cuerpo de la joven?

—Me dijiste que estaba todo controlado y que no tenía que preocuparme —contestó Nora.

—¿Y qué demonios ha cambiado ahora para que vayas haciendo suposiciones sin fundamento? ¿Es que dudas de Jasper?

—No, claro que no, no tengo ninguna duda de la inocencia de mi hijo.

—Pues ponte de nuestro lado de una maldita vez y facilita las cosas en vez de crear más

problemas.

Nora asintió en silencio, rota en lágrimas, con la lección aprendida de que había cometido un gran error planteando sus dudas a Matt.

Este, caminando muy alterado de un lado a otro, sacó un bote de pastillas del bolsillo y la abrió con nerviosismo. El temblor que dominaba sus manos le impedía deslizar la tapa. Cuando al fin lo consiguió, las pastillas salieron disparadas por toda la habitación.

—Esto es lo único que consigues. ¡Desquiciarme! —dijo Matt mientras devoraba un par de pastillas. Nora lo observó con preocupación. Era consciente de que estaba consumido por los nervios y la tensión, al igual que lo estaban siendo todos, pero veía en su marido los gestos típicos de un adicto. Su confirmación llegó cuando Matt cerró los ojos y se tragó las pastillas con la ansiedad del que las necesita. Después, se acercó al mueble, sacó un vaso y se bebió un trago de whisky. Solo entonces, se mostró calmado, casi como si nada hubiera ocurrido.

—Lo que ha ocurrido hoy entre Jasper y yo es una tontería. No piensa con claridad, le cuesta razonar por todo lo que está ocurriendo. Puede que la culpa haya sido mía por haber perdido el control.

Nora no se lo tragó. La humildad y la flagelación no entraba en el amplio ramillete de virtudes de los Price, ni mucho menos. Además, sabía que tras las palabras conciliadoras de su marido se escondía la satisfacción de haber consumido las pastillas. Fue eso precisamente que lo hizo que Nora decidiera no achantarse en esa ocasión.

—Me estás mintiendo, Matt. Me tomas por estúpida, pero sé que me estás ocultando algo. Yo soy su madre y lo sé —pronunció esas palabras mientras se acercaba a su marido. Este, sorprendido por la inédita reacción de su esposa, no le quedó más remedio que dar varios pasos hacia atrás. Fue un acto sin transcendencia, pero para Nora creó un precedente: había arrinconado a un Price.

Por fortuna para Matt, el destino le ayudó a escapar de la asfixiante presión a la que su esposa le estaba sometiendo. Había sonado el timbre de casa. Era algo que no ocurría muy a menudo. Normalmente, solía ser Nora la que se dejaba avasallar y se movía según las inclinaciones de su marido, pero la muerte de Ruby Morris les había tocado lo suficientemente cerca como para desestabilizarlo todo.

Nora aguardó en silencio mientras Matt iba a abrir la puerta. Sentía el corazón latiendo bruscamente bajo su pecho. La piel de su rostro brillaba por el sudor y tenía las mejillas sonrojadas por la tensión. Cuando se observó en el reflejo de la ventana, tardó un breve instante en reconocerse. Respiró hondo y procuró calmarse. Sin embargo, cuando se dio la vuelta, comprobó con decepción que la persona que había llamado a la puerta no era otra que Evelyn. Al parecer habían quedado para cenar todos juntos. Nora no lo recordaba, pero sabía que ella era ajena a la mayoría de las decisiones de la familia.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo aquí? —dijo Evelyn con su estridente voz nada más ver el rostro de Nora.

—Una discusión con Jasper. Nada importante —contestó Matt. Nora dibujó media sonrisa en el rostro.

—¿Por qué han discutido, Matt? —preguntó Nora, totalmente calmada. Estaba dispuesta a averiguar lo que estaba ocurriendo y Evelyn podía serle de ayuda. Su suegra, en efecto, centró su atención en Matt. Este se espoleó de nuevo ante las palabras de su esposa.

—Jasper está muy nervioso, solo eso. En cuanto se aclare todo lo ocurrido con esa joven, estoy seguro de que volverá a ser el de antes. No hay que darle más importancia.

Para desagrado de Nora, Evelyn se quedó satisfecha con la explicación de su hijo.

—Y que lo digas. Es increíble lo que esa mujercita está ocasionando en esta familia. Pero sí, Matt, en cuanto arrojen un poco de luz sobre el caso, todo se solucionará. Le haré un té con una mezcla de hierbas para los nervios, es lo mejor para que se relaje.

En ese momento, Landon apareció por las escaleras. Había pasado unos quince minutos en la habitación con Jasper. Venía con expresión satisfecha.

—¿Puedo hablar contigo, Matt? En privado —dijo Landon para desesperación de Nora.

—¿Cómo está Jasper? —preguntó.

—Está más tranquilo —contestó Landon.

—Vayamos a mi despacho —pidió Matt—. Solo serán unos minutos, mamá.

Sin perder ni un segundo, Nora se dirigió a la habitación de su hijo. Quería también estar presente en la conversación entre Landon y Matt, aunque era bastante probable que estos no le permitiesen entrar siquiera. Subió las escaleras a toda velocidad, sin darse cuenta de que su suegra iba tras ella con la taza de té, avanzando con un ritmo lento y sibilino.

Cuando entró en la habitación, se encontró a Jasper metido en la cama, tapado casi por completo y con signos de haber llorado en los últimos minutos. Su aspecto de adolescente se esfumó en su gesto encogido y tembloroso, propio de un niño asustado. Ella se acercó y le puso la mano sobre la cabeza, aunque enseguida Jasper se revolvió.

—¿Qué está pasando, Jasper? —preguntó Nora a punto de romper a llorar—. Te lo suplico, cuéntamelo. Déjame ayudarte.

—Estoy cansado, mamá. Quiero descansar. —Fue toda la respuesta que obtuvo.

—Estoy muy preocupada. Solo quiero saber qué puedo hacer.

Nora intentó retirarle el edredón para verle el rostro al menos, pero Jasper se aferró a él con fuerza.

—¡He dicho que me dejes!

—¡Jasper! —Nora insistió tirando a su vez. Sin que ninguno de los dos lo advirtiera, Evelyn alcanzó el umbral de la puerta y observó la escena en silencio.

—¡Vete! ¡Déjame en paz de una maldita vez! —dijo empujando a Nora con todas sus fuerzas. Esta no cayó al suelo, aunque sí tuvo que dar varios pasos hacia atrás para recuperar el equilibrio. Sin embargo, para Nora aquello tuvo un gran impacto. Durante unos segundos se quedó mirando a su hijo, en silencio, mientras se preguntaba cómo habían llegado hasta ese punto. Pensó que lo de Ruby Morris solo había sido el detonante, la llama que había prendido la mecha y había hecho estallar todo por los aires.

Evelyn, desde la puerta, permanecía vigilante.

—Levántate, Jasper —dijo Nora, herida en su orgullo. Él podía estar cerca de cumplir la mayoría de edad y ser un Price, pero también era su hijo y debía obedecerle—. No te lo diré otra vez.

La amenaza surtió efecto en el joven, que enseguida tiró el edredón al suelo y encaró a su madre.

—¿O qué, mamá? ¿Qué vas a hacerme? —gritó—. ¿Qué mierda quieres de mí? A veces desearía haber aparecido en el río como Ruby.

Nora no pudo evitarlo. La tensión y los nervios estaban desbocados. Sin pensarlo, lo abofeteó con todas sus fuerzas. Un simple golpe en que descargó todos los sentimientos que había acumulado hasta entonces y de los que su hijo, en su mayoría, no tenía culpa alguna. El impacto fue tal que Jasper se tambaleó y necesitó apoyarse en la cama durante unos segundos; el mismo tiempo que necesitó Nora para percatarse de lo que había hecho.

—¡Por el amor de Dios, Nora! —pronunció Evelyn con todo el dramatismo que era capaz de

imprimir a sus palabras. Su aparición la había pillado por sorpresa.

—¡Evelyn! —exclamó.

—¿Se puede saber qué le estás haciendo al pobre Jasper?

Nora quiso contestar, pero tanto la sorpresa como la reacción de Jasper, que se había tirado sobre la cama llorando, le había dejado sin capacidad de respuesta.

—¿Es que no piensas decir nada? —insistió Evelyn dejando la taza de té en la mesita.

—Me ha empujado —dijo al fin Nora, justificando así su violenta reacción.

—¿Y por eso tienes que pegarle de esa manera? Jasper, ¿estás bien?

Sin embargo, el joven volvió a ocultarse bajo el edredón.

—¿Qué está pasando aquí?

Era Matt. Los gritos habían alertado a Landon y a él.

—No ha sido nada —trató de excusarse Nora, pese a sentir los latidos de su corazón en la palma de la mano con la que había abofeteado a Jasper.

—Tu esposa le ha pegado sin motivo alguno. Bien sabes, Matt, que no me gusta entrometerme en este tipo de cosas, pero lo que he visto es inaceptable. ¿Así es como están criando a mi nieto?

Landon y Matt miraron a Nora con ojos inquisitivos. Mientras tanto, Jasper continuaba sollozando.

—Me ha empujado, Matt. Intentaba hablar con él y casi me tira al suelo —dijo Nora. Era lo único que tenía para salvarse del sumarísimo juicio al que iban a someterle los Price.

—¿Te ha empujado? Maldita sea, Nora. Te dije que lo dejaras en paz. ¿Es que no puedes hacerme caso por una vez en tu vida?

Landon cabeceó de un lado a otro esbozando una mueca.

—¿Es que no puedes quedarte quieta, Nora? ¿No ves que no haces otra cosa que causarnos problemas? —dijo Landon con un gesto de desaprobación.

—No has podido explicarlo mejor —continuó Evelyn—. Tienes suerte de que seamos una familia decente.

Nora, arrinconada, miró a su marido con la esperanza de que este le apoyara, pero este le retiró la mirada. Una vez más estaba sola.

—Será mejor que lo dejemos solo. Podemos mantener esta conversación abajo —propuso Matt.

—Tranquilo, muchacho. Ha sido un malentendido, solo eso —dijo Landon mientras ponía su mano sobre el bulto que Jasper conformaba bajo el edredón. Mientras lo hacía, observaba a Nora con desdén.

—Inaceptable, Matt. ¡Inaceptable! —repetía Evelyn mientras bajaba por la escalera. Landon iba tras su madre dándole la razón y Nora, cabizbaja, los seguía como un cordero al que conducen al matadero. Matt caminaba tras ella, serio y con la mandíbula en tensión. Su esposa lo miró nuevamente con clemencia, pidiendo un poco de empatía, pero él no cambió el gesto.

En ese momento Nora se preguntó en qué momento su vida se había transformado en esa pesadilla, en una vorágine que devoraba todo y a todos, y que no parecía tener fin.

Después de que el capitán Crew le contara lo que le ocurrió a la esposa de Aaron Morris, la curiosidad de la inspectora Guzmán no hizo más que incrementarse exponencialmente. De nada sirvió que la instara a dejar por completo cualquier línea de investigación del caso de Ruby y le prohibiera tajantemente conversar con cualquier persona relacionada con el caso. Aparte del impulso incontrolable de la inspectora por averiguar la verdad acerca de la muerte de la joven, había percibido en el capitán un cambio, una tendencia diferente a la que había mantenido hasta el momento.

No se equivocaba. Los informes del forense habían removido los pilares de investigación para Stephen Crew y por primera vez, en mucho tiempo, no sabía cuál era el siguiente paso. No estaba dispuesto a que la inspectora hiciese lo que le diera la gana, pero no le importaría si esta hacía algún descubrimiento interesante por su cuenta. Le gustase o no, ella era el mejor activo que había en la estación de Oak Valley.

En cuanto a Eva, haciendo valer su intuición, acató las órdenes, aunque a su estilo. Mientras estaba de servicio, ignoraba por completo el caso de Ruby Morris. Sin embargo, una vez salía de la comisaría, empleaba su tiempo libre en realizar un informe conciso del caso, así como en vigilar de cerca a Aaron Morris. Técnicamente, seguía las pautas del capitán, ya que lo que Eva hacía en su tiempo libre era cuestión solo suya. Un resquicio que podía salvarla del desastre en caso de que descubrieran lo que estaba haciendo.

Así, una vez salía de comisaría, paraba a comer algo, momento que aprovechaba para actualizar su informe particular del caso para después marcharse a vigilar a Aaron Morris; el principal sospechoso desde su punto de vista. Había algo en él que le llamaba la atención y que le hacía creer que tenía algo más que contar acerca de la muerte de su hija.

Con esta premisa, Eva procuraba registrar el día a día de Aaron: quería conocer todos los detalles de su vida. Le sorprendió que pese a todo lo que había sucedido con su hija, él siguiera acudiendo a su lugar de trabajo, la aserrería High Pines, que estaba ubicada en el extremo sur de Oak Valley y, por tanto, a cierta distancia de donde apareció el cuerpo de Ruby. Además, el curso del río Santo pasaba por el otro lado de la ciudad.

Sin embargo, su insistente labor no se tradujo en resultados concretos. Aaron Morris tenía una rutina más o menos establecida, que consistía en salir de su casa, ir a la aserrería y parar a la vuelta en cualquier bar de mala muerte de las afueras. En varias ocasiones pudo multarlo por conducir ebrio, aunque después de su desencuentro, la inspectora prefirió mantenerse en un segundo plano. Mostrarse, aunque fuera de una manera justificada, podía poner en alerta a Aaron, si es que realmente tenía algo que ocultar.

Transcurrieron varios días hasta que la monotonía de trabajo y alcohol se rompió sin previo

aviso. Esa noche, cuando Aaron salió de la aserrería, condujo directamente hacia su casa. Podía tratarse de un hecho circunstancial, sin importancia alguna, no obstante, la inspectora supo que iba a ocurrir algo. Su intuición pocas veces fallaba.

Amparada por la oscuridad que se cernía sobre Oak Valley, se agachó tras el volante de su viejo Chevrolet para pasar inadvertida y esperó. Estaba agotada. La investigación paralela estaba consumiendo sus horas de sueño y los efectos secundarios de ello no se habían hecho esperar: cansancio constante, dolor de cabeza, irritabilidad... Incluso estuvo cerca de arrestar a un empleado de la oficina de correos que se negó a mostrarle la identificación en un primer momento. Pero todo eso carecía de importancia: un alcohólico como Aaron Morris debía tener una razón de peso para romper su rutina. Era la regla básica e innegociable de una adicción.

—¡Mierda! —exclamó Eva. El sonido del teléfono le había pillado desprevenida. Era Stephen Crew.

—¿Inspectora Guzmán? Disculpa por llamarte a estas horas, ¿te pillo en buen momento?

Eva cerró los ojos y mantuvo la calma.

—Por supuesto, capitán. ¿Ocurre algo?

—Nada nuevo. Simplemente quería preguntarte por el caso de los robos de los paquetes. Me ha llegado a los oídos que has tenido problemas con un empleado de la oficina de correos. ¿Va todo bien?

De nuevo, la inspectora percibió un tono anómalo en las palabras del capitán: hasta podía decirse cercano, aunque no podía fiarse. La cagada de Los Ángeles continuaba volando sobre ella, salpicando de mierda sus pasos. Stephen, que estaba al tanto, no tenía muchos escrúpulos para citarle la segunda oportunidad que estaba disfrutando en Oak Valley; el último salvavidas antes de verse en la calle.

—Un simple malentendido, capitán. Nada de lo que preocuparse —dijo Eva. Las luces en casa de Aaron Morris se apagaron y la puerta principal se abrió apenas un palmo. Todo apuntaba a que el padre de Ruby iba a salir de casa de un momento a otro.

—Eso espero, inspectora. Más te vale mantener la calma. Hablaremos mañana en comisaría.

—Ok, jefe.

Eva colgó el teléfono y lo arrojó al asiento del copiloto. En efecto, Aaron Morris había salido de casa y se dirigía a su camioneta, la cual estaba aparcada enfrente. Sin embargo, la inspectora se mantuvo inmóvil. No circulaba ningún auto, todo estaba solitario y tranquilo: debía esperar si no quería delatarse.

—¿A dónde vas? —se preguntó Eva.

Incómoda por la postura que mantenía en el asiento del auto, apuntó la hora para añadir el dato posteriormente a su informe.

En cuanto Aaron Morris dejó atrás la calle, Eva arrancó el motor y giró bruscamente para no perder su rastro. Era un movimiento arriesgado, pero tenía que hacerlo de esa manera si quería mantener su anonimato. El poco tráfico que había en Oak Valley en ese momento jugaba en su contra. Debía mantener mucha distancia y eso lo complicaba todo.

Por otra parte, Aaron no parecía tener prisa alguna ni conducía de manera extraña. Cruzó el centro de la ciudad en dirección oeste, hacia la zona de reforestación que estaba próxima a ser incorporada de nuevo en el ciclo de producción de la aserrería en la que él mismo trabajaba, al otro lado del río.

A Eva le resultó extraño que se dirigiese hacia aquel lugar tan apartado y solitario. No podía perderlo de vista, pero tampoco podía seguirlo por el desvío que Aaron acababa de tomar, ya que se trataba de una carretera rural de un solo carril; la presencia de la inspectora llamaría

demasiado la atención. En sus manos estaba una vez más si volver a casa y no arriesgar su futuro o dar un paso hacia delante y asumir las consecuencias.

Frenó en seco y valoró ambas opciones:

—¿A quién quiero engañar?

Puso sus ojos de nuevo en la carretera. A lo lejos podía ver el halo de luz del auto de Aaron avanzando por el camino. La única oportunidad de seguirlo era apagar las luces y conducir con suma cautela. También tenía que confiar en que Morris no diera la vuelta de repente, ni mirara con atención hacia atrás, pero eso no estaba en sus manos.

Pisaba el acelerador lo justo para que el auto avanzara a un par de kilómetros por hora. El resplandor de las luces del auto de Aaron continuaba revelando su posición. Se dirigía a una granja abandonada, una antigua construcción de madera de la que quedaba poco más que la estructura. La ausencia total de alumbrado le aseguraba la discreción necesaria para no ser descubierta.

Una vez llegó allí, Aaron se bajó de la camioneta. La inspectora pudo ver que llevaba el móvil en la mano. En el cielo, un hilo de nubes se aliaba con la inspectora ocultando el resplandor de la luna, pero aun así el riesgo que estaba corriendo era muy alto. Aprovechó un claro junto al camino para aparcar y ocultarse tras varios árboles que la transformaron a ella y a su auto en una parte más del entorno. Agradeció que los árboles de la zona de reforestación estuvieran en una fase avanzada.

Aaron permanecía con el móvil en la mano, aunque por sus movimientos parecía agitado.

«Parece que está esperando a algo o a alguien», pensó la inspectora.

Transcurrieron quince minutos en los que la agitación de Aaron fue en aumento. Parecía impaciente, mirando hacia todos lados, pero su actitud cambió de manera radical después de observar la pantalla de su móvil por espacio de varios segundos. Debía haber recibido un mensaje o algo por el estilo, porque justo después subió al auto y se marchó por donde había venido. Llevaba la decepción en el rostro y parecía lamentarse continuamente.

La inspectora lo estuvo observando en todo momento y cuando él pasó a su lado, tuvo la sensación de que Aaron miró hacia donde se encontraba ella, como si estuviera al tanto de que lo había seguido hasta aquel lugar apartado. Todo aquello era un sinsentido para Eva, pero al mismo tiempo suponía una motivación para seguir investigando.

Aaron Morris ocultaba algo, de eso no había dudas.

La situación en casa de los Price no mejoró los días siguientes. Evelyn decidió, por sí sola, trasladarse a casa de su hijo, como decía con insistencia, hasta que todo se solucionara, afirmando que la familia necesitaba su cordura para superar aquel trance. Desde el primer momento, Nora supo que su intención no era otra que convertirse en su sombra, en una figura que le susurraba continuamente acerca de la inocencia de su hijo y que le incitaba a mostrar la verdad de sus pensamientos.

Era una presión agotadora, un control exhaustivo que la privaba de la silenciosa soledad a la que estaba acostumbrada. Si ya le resultaba complicado centrarse en sus libros, la presencia de Evelyn había acabado por desquiciarla. Cada movimiento, cada acción tenía su réplica por parte de su suegra, a la que además tenía que escuchar relatar una y otra vez su visión de los hechos del pasado día, cuando abofeteó a Jasper después de que este la empujara. La presión llegó a tal punto, que Nora decidió pasar la tarde fuera, algo anómalo en ella. Echó la novela que iba a empezar al bolso y se despidió de Matt diciendo que se marchaba a una cafetería, aunque lo cierto era que no tenía un destino predefinido: lo único que quería era escapar de la prisión en que había convertido su propio hogar.

En cuanto a Jasper, se pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su cuarto. En la parte derecha de su rostro lucía las señales que la bofetada de su madre le había dejado: cuatro filas amoratadas que reflejaban los dedos de la mano y que simbolizaban el límite al que había llegado la situación en casa. Físicamente le había dolido, pero nada comparado con lo que había sentido. Desde siempre había considerado a su madre como un bastión, un refugio donde estar a salvo de cualquier amenaza que le acechara. Sin embargo, esa garantía de protección se había puesto en su contra y le había golpeado de una manera que consideraba poco menos que cruel. Al mismo tiempo, se sentía culpable por haber llevado a su madre a ese extremo, pero desde hacía días sentía que su vida estaba fuera de control.

De repente, se veía solo. No había ya nadie en el mundo que pudiera entender cómo se sentía, las dudas que surgían de su interior y los temores que le robaban todas las horas de sueño. Desde entonces, apenas contestaba a los mensajes. Se aisló por completo de la realidad, dedicándose a amplificar los pensamientos que sobrevolaban su cabeza y a escuchar las peligrosas voces de la desesperación.

No obstante, todo cambió de repente. Desde algún punto de su interior había brotado la calma. Sin previo aviso, salió del dormitorio vestido, como si tuviera planeado ir a alguna parte. Era la misma tarde que Nora había decidido marcharse y en la que Evelyn, sin nada que hacer, decidió igualmente ir de compras. Tan solo llevaba consigo una mochila medio vacía. Pasó frente al despacho de su padre. La puerta estaba abierta y cuando Matt lo vio, no pudo evitar

sorprenderse.

—¿Jasper? ¡Qué sorpresa! ¿A dónde vas? —dijo Matt con una mezcolanza de sentimientos. Sabía que su hijo saldría tarde o temprano de aquel encierro, pero le sorprendió que lo hiciera tan pronto y de aquella manera. Una sonrisa cruzaba su rostro.

Jasper se detuvo y encaró a su padre.

—Voy a dar una vuelta —dijo.

Matt se levantó la manga de la camisa y miró la hora. Era media tarde.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó por compromiso. Sabía que su hijo rechazaría la invitación.

—No te preocupes. Solo quiero tomar un poco el aire. No tardaré mucho —contestó.

Matt asintió, aunque no estaba muy convencido. Había algo inusual en Jasper, una especie de sensación extraña que rodeaba a su ser.

—¿Estás seguro? —insistió.

—Sí, papá —respondió Jasper—. Solo quiero tomar aire.

Matt frunció el ceño, pero finalmente le dio el visto bueno y le pidió que no tardara, que quería hablar tranquilamente con él. Jasper dijo que estaría de vuelta en una media hora y se marchó. Matt regresó al trabajo, sin embargo, pasado tan solo un minuto, levantó su cara del montón de papeles que tenía sobre la mesa y se quedó mirando el lugar que antes había ocupado su hijo.

—¿A dar una vuelta? —pensó Matt en voz alta. Debía ser la primera vez que escuchaba a su hijo pronunciar aquellas palabras. Le restó importancia, pero apenas unos segundos después estaba dirigiéndose a la habitación de Jasper sin saber el porqué. En el fondo esperaba encontrar allí alguna explicación del repentino cambio de actitud de su hijo, algo que le explicara el motivo de su decisión.

Entró en la habitación y comprobó con desagrado el desorden general que reinaba. Había ropa arrugada por todas partes, la cama estaba deshecha, la pantalla del ordenador y la televisión encendidas. Nora no había entrado en la habitación desde el inoportuno hecho vivido días antes. Jasper era desordenado y el estado en el que lucía su cuarto daba fe de ello. Dio un par de pasos y descubrió un montón de bolas de papel rociadas junto al escritorio. En algunos podía apreciarse la tinta corrida o con multitud de borrones.

Sin conocer el motivo, su corazón comenzó a latir más deprisa. Algo no iba bien. Se acercó al escritorio y se percató de que sobre él había una hoja de papel que destacaba sobre el resto. La escritura era más o menos limpia y la hoja estaba perfectamente lisa. Cuando Matt la tuvo entre sus manos y la leyó, sintió que su corazón se detenía. Por unos instantes pensó que aquello era el final.

De un salto se dirigió a la puerta y bajó las escaleras a toda velocidad. A punto estuvo de tropezar y caerse en un par de ocasiones.

—Esto no puede estar pasando.

Al llegar a la planta inferior, buscó las llaves del auto, que estaba estacionado justo en frente. Atravesó el jardín como si le fuera la vida en ello. Poco le faltó para caer al suelo.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido? —dijo mientras pisaba el acelerador y las ruedas chirriaban contra el asfalto. Abrió la guantera y metió la carta escrita por Jasper. Sin embargo, una vez el auto alcanzó velocidad, advirtió que no sabía a dónde dirigirse. Las líneas escritas por su hijo relataban sus intenciones, pero no dónde las llevaría a cabo. Procurando mantener el auto en la carretera, sacó el teléfono móvil y llamó a Landon.

—¿De qué estás hablando? Iré a buscarlo ahora mismo —dijo Landon antes de colgar.

Después Matt pensó en llamar a su esposa, aunque optó por no distraerse más y poner todos sus sentidos en la carretera.

Durante varios minutos en los que circuló por Oak Valley no existieron los semáforos ni las señales de tráfico para él, tan solo un angosto y apocalíptico túnel por el que tenía que circular a la máxima velocidad posible. En un atisbo de lucidez, bajó la ventanilla y comenzó a vociferar el nombre de su hijo.

—¡Jasper! ¿Dónde estás? ¡Jasper!

La escasa gente que caminaba en ese momento por las aceras lo observaba como si se tratara de un lunático. Atravesó la ciudad por la avenida principal y después se incorporó a la carretera que formaba parte de la circunvalación y que llevaba hacia la linde de la ciudad con el bosque. No tenía certeza alguna de que ese fuera el camino correcto, pero la cabeza le iba a tal velocidad que no se le ocurrió nada mejor.

Fue en aquel momento cuando supo que había llegado tarde. A lo lejos vislumbró el puente sobre el río Santo, cuyo curso fue desviado hacía años para evitar las inundaciones en el centro de la ciudad. Desde entonces, el cauce había ganado en velocidad y bravura, especialmente en aquellos meses cuando el deshielo lo sobrealimentaba. Faltaban pocas semanas para que abrieran los puestos turísticos. Pero hasta entonces, no eran pocos los jóvenes que por las noches se acercaban a la parte baja del puente para fumar marihuana o beber alcohol.

En ese puente, prácticamente en la mitad, un grupo de gente señalaba hacia abajo y hacían gestos de haber sido testigos de una gran desgracia. Matt se dirigió hacia allí a toda velocidad y clavó los frenos en cuanto llegó al lugar. Algunos de los presentes lo reconocieron y se echaron las manos a la cabeza.

Matt se bajó del auto y avanzó hacia aquel grupo de gente que lo observaba como un ser extraño. La escasa multitud formaba una especie de pasillo que conducía hacia la barandilla del puente, desde el que había una caída de unos cinco metros hasta las frías aguas del río. Sin embargo, justo en ese punto, varias rocas que se habían desprendido del dique de contención formaban una pequeña isleta que sobresalía de la superficie.

—No debería verlo así. —Escuchó decir a una mujer.

—La ambulancia y los bomberos deberían llegar de un momento a otro.

Sin embargo, Matt no prestó atención a su alrededor. Lo único que quería era llegar hasta la maldita barandilla del puente y ver con sus propios ojos qué había ocurrido allí. Cuando al fin llegó y se asomó, una puñalada le atravesó el pecho, un dolor indescriptible que lo dobló y lo puso de rodillas sobre el pavimento. Los allí presentes intentaron auxiliarlo o evitar que cometiera alguna estupidez. A lo lejos, la sirena de la ambulancia o de los bomberos, o tal vez de ambos, comenzó a ganar intensidad.

Matt intentó coger aire, pero era como si una barrera invisible le hubiera crecido en la garganta y le impidiera respirar.

—¡Den paso a la ambulancia! —gritó un hombre que había junto a él.

—¡Es su auto el que corta la carretera! —contestó otro. Curiosamente, era el auto de Matt el que no permitía que la ambulancia pudiera llegar hasta allí.

—¡Que bajen por el otro lado! Hay un sendero al principio de la cara sur del puente.

—Necesitarán ayuda de los bomberos. ¿Dónde diablos están?

Todo lo que recordó Matt de ese momento fueron los gritos que se solaparon unos a otros y, cómo no, el cuerpo inmóvil de su hijo sobre las piedras que sobresalían de las aguas del río Santo.

Stephen Crew se había enterado de la noticia minutos después de que sucediera, en cuanto el servicio de urgencias del hospital dio parte a la comisaría.

—El hijo de los Price; se ha tirado por el McQueen. —El agente John Ramsey se lo comunicó con su acostumbrada frialdad.

En sus manos llevaba una vieja y ennegrecida pelota de beisbol que guardaba en uno de los cajones de su mesa y que a veces sacaba a pasear para entretenerse. La conservaba desde que jugó en las bases del Oakland Athletics y estuvo a punto de dar el salto al beisbol profesional. Sin embargo, en uno de los últimos partidos de la temporada se fracturó la rodilla y sus posibilidades de vivir del deporte se esfumaron. Esa pelota y las cicatrices de dos operaciones a las que tuvo que someterse eran todo lo que le quedaban de esa época.

Cuando el capitán escuchó sus palabras y las procesó lo suficiente como para saber las posibles repercusiones que tendrían, pudo contestar. Mientras tanto, se quedó en silencio observando el ir y venir de la pelota de Ramsey.

—¿Desde el puente? —preguntó. El agente Ramsey asintió mientras entraba caminando lentamente en el despacho.

—Eso hizo el chico —contestó—. Los bomberos han conseguido sacarlo del río y está siendo atendido en estos momentos. Por lo que he podido saber la cosa no pinta bien.

—Pero ¿se ha ahogado? —preguntó Stephen.

—No, no sé si ha sido suerte o no, pero el chico cayó sobre los bloques de piedra desprendidos del dique, esos que están justo debajo del McQueen. Si hubiera caído un par de metros a un lado u otro, quizás solo se hubiese llevado un chapuzón o se hubiese ahogado, quién sabe.

—Santa madre de Dios. ¿Han informado a sus padres?

—Su padre está allí con él; llegó tan solo unos segundos después; eso dicen los testigos. Desconozco si la madre está al tanto. Hay un poco de confusión al respecto.

—¿Pero qué mierda está pasando?! —bramó el capitán mientras se ocultaba el rostro con las manos. Esa misma mañana había recibido el permiso del juez para tomar declaración a Jasper en condición de investigado. De hecho, había pasado unas cuantas horas reflexionando acerca de cómo proceder de la mejor manera para que aquello no se convirtiera en una batalla campal entre abogados: intuía que los Price no se iban a tomar bien la noticia.

—¿Se sabe algo más? —preguntó el capitán desesperado.

—Todo indica que fue un intento de suicidio. Al menos eso dicen los testigos que lo vieron y llamaron después a los servicios de emergencia. El joven caminaba por el puente y de repente... ¡Plof!

—Esto se está yendo de las manos. El caso de Ruby Morris está afectando demasiado a Oak Valley. Tenemos que cerrarlo cuanto antes —dijo Stephen buscando el informe del caso que debía estar sobre su mesa.

—Estoy con usted, señor —dijo John Ramsey—. Hay suficientes evidencias como para establecer la muerte de Ruby Morris como accidental; hagámoslo y cerremos el caso de una maldita vez. Ese chico pertenece a una buena familia y la presión está acabando con él. Si continuamos insistiendo solo conseguiremos enfrentarnos con los Price, ya sabe a lo que me refiero. Podemos lamentarlo con creces.

El capitán negó con la cabeza con cierta decepción por el razonamiento del agente Ramsey. Sin saber por qué, pensó que la inspectora Guzmán jamás le habría planteado algo así.

—Las cosas no son tan fáciles. La fractura en la parte trasera del cráneo puede ser un signo de violencia, por no hablar de que no conocemos el motivo por el que la joven estaba en el bosque. Estamos a kilómetros de poder cerrar el caso. Además, a todo esto, hay que sumar el curioso hecho de que el hijo de los Price haya intentado suicidarse.

John Ramsey sonrió con ironía antes de contestar.

—Si antes ya era complicado acceder a Jasper Price, ahora lo será mucho más. En caso de que se salve, pueden pasar semanas antes de que pueda mantener una conversación con él. Por no mencionar que sus padres no permitirán ni que le moleste la luz del sol.

En ese momento, Stephen abrió el cajón y sacó un par de documentos.

—Está la orden judicial que nos permite citar a Jasper para tomarle declaración. Tenemos a la justicia de nuestro lado, por el momento. Parece que los Price no han sacudido el árbol todavía o si lo han hecho, no han caído las manzanas.

John Ramsey, que no sabía nada de la orden, borró la sonrisa del rostro poco a poco. No era común que el capitán mantuviera noticias como esa en secreto. Ramsey estaba acostumbrado a que Stephen fuera un libro abierto con él, pero el hecho de que no le comunicara desde el primer momento la decisión del juez, respecto al pequeño de los Price, revelaba lo contrario.

—Si el chico fallece... —sugirió el agente Ramsey.

—Creo que ese es el menor de nuestros problemas. Si por desgracia Jasper no sale de esta, dejaré en paz a los Price, pero si se recupera haré cumplir el poder que el juez me ha concedido.

—Son buenas noticias, supongo —dijo Ramsey.

El capitán encogió los hombros.

—Tal y como están las cosas, desde luego. No tengo nada en contra de los Price, ni mucho menos contra el chico, pero quiero dejar las cosas claras.

Ramsey lanzó la pelota al aire y la cogió al vuelo con un movimiento ágil, llamando la atención del capitán.

—Sigues en forma, por lo que veo.

—Deme una rodilla nueva y volveré al campo —dijo Ramsey guiñando un ojo.

Habían pasado dos horas desde que Jasper se tirara por el puente McQueen. Estaba en el quirófano. El traumatismo en la cabeza había sido brutal y se temía que se hubieran producido daños cerebrales irreparables. También había sufrido fracturas en piernas y brazos. Su estado, en el momento de la llegada de la ambulancia al hospital, era crítico y no podían hacer un pronóstico con garantías.

Landon fue el encargado de avisar a Nora, aunque no le dio la noticia hasta que la recogió en

el auto en la cafetería del centro. Sufrió un ataque de pánico e igualmente tuvo que ser ingresada a su llegada al hospital. Pese a que le recomendaron que guardara reposo, no hubo forma de que se quedara en la habitación que le habían asignado, decidió acompañar a su marido, a Landon y a Evelyn en la sala de espera.

Solo estaban ellos. Cada uno estaba sentado en un extremo, procurando llevar la situación de la mejor manera posible. Por el momento, lo único que sabían era que había que esperar al resultado de la operación para conocer el futuro de Jasper.

—¿Cómo hemos podido llegar a esto? —dijo Evelyn. Sus palabras fueron puñales en los oídos de Nora. Esta, pese a la fuerte sedación que le habían suministrado, se mantenía consciente, aunque un poco aletargada y con los párpados caídos.

—No lo sé, mamá —declaró Matt mirando fijamente a Landon—. Pero el culpable pagará por esto.

—Ahora no es momento de venganzas, Matt —dijo Landon, despreciando el tono helado de su hermano. Obviamente, este no olvidaba la conversación que había mantenido con el joven solo unos días antes de que intentara suicidarse—. Lo que tenemos que hacer es permanecer unidos y estar con Jasper para que salga de esta.

—Landon tiene razón —afirmó Evelyn. Matt asintió y volvió a centrar su mirada en su hermano. Quería suicidarse y la carta era su despedida.

—¿Puedo leer la carta? —preguntó Nora con la voz adormecida por el efecto de los calmantes. Su marido se acercó y se sentó junto a ella.

—La he dejado en el auto, Nora. Tampoco creo que sea el mejor momento para leerla; no es necesario que pases por ello.

Landon asintió en la distancia.

—Matt tiene razón. Más vale esperar. Es por tu bien, Nora.

—Pero ¿qué decía? Necesito saberlo.

Matt cogió aire. Sus labios comenzaron a temblar.

—Explicaba lo mucho que estaba sufriendo y que quería quedarse en paz para siempre. Todo lo relacionado con el caso de Ruby Morris le ha afectado demasiado.

Al escuchar las palabras de su marido, Nora comenzó a estremecerse y a llorar sin consuelo. El profundo dolor que experimentaba por pensar que su hijo se había visto abocado a la muerte, a arrojarse por un puente, le resultaba insoportable.

—No te tortures más, Nora. Saldrá de esta. Estoy seguro —dijo Matt intentando consolarla.

—Tal vez los últimos hechos no fueran los más indicados, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraba Jasper —dijo Evelyn mirando a Nora, pero esta apenas le prestó atención.

Landon se levantó y comenzó a pasear con las manos en los bolsillos.

—Es evidente que Jasper nos ha sorprendido a todos. Es cierto que debía soportar mucha presión, pero tenía más salidas que el suicidio. Estoy conmocionado, no sé qué se le puede haber pasado por la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —dijo Matt incorporándose de un salto.

—Oh, vamos, Matt. Reconoce que la actitud de Jasper los últimos días no era normal.

Matt no contestó, tan solo miró a su hermano con un rostro de sincero desprecio.

—Mi hijo —sollozó Nora— está debatiéndose entre la vida y la muerte en este momento. Ahí, al otro lado de esas puertas. ¿Pueden mantener sus putas bocas cerradas por una vez?

El hecho de pronunciar esas palabras, sin apenas gritar, la dotó de una fuerza increíble. Los dos hermanos se sentaron en silencio y Evelyn exageró su indignación, aunque también en silencio. Por una vez, los Price supieron cuál era su posición.

Las noticias que salieron del quirófano fueron positivas. Había posibilidades reales de que Jasper se recuperara plenamente, aunque también podían quedarle secuelas por los fuertes traumatismos. No estarían seguros de ello hasta que lo despertaran del coma y vieran cómo reaccionaba a los diferentes estímulos.

—Habrà que esperar un poco; un par de días como mínimo. Solo así podremos saber el alcance de las lesiones —les explicó el doctor que había encabezado la operación. Este salió de quirófano justo en el mismo momento en el que los dos hombres entraron en la sala de espera, sorprendiendo a los Price. Sin embargo, la llegada del médico los había dejado en un segundo plano—. Dentro de un par de horas llevaremos a Jasper a la planta de cuidados intensivos. En esa zona del hospital, las visitas están restringidas, por lo que solo podrán entrar a visitarlo de uno en uno y por un espacio máximo de quince minutos al día.

—¿Quince minutos? ¿Es una broma? También soy médico y jamás he visto un protocolo tan estricto —dijo Landon.

El doctor lo miró de arriba abajo sin disimular el gesto.

—¿Es médico?

Landon asintió como si resultara evidente.

—¿En qué hospital trabaja?

—En mi propia clínica privada, Beauty Med, mi especialidad requiere algo diferente a todo esto —respondió mirando el lugar.

—¿Medicina estética? Claro que es distinto. Pero debió pasar por hospitales públicos en algún momento, y debería saber cómo son los protocolos —añadió el doctor para dejarle claro a Landon que no tenía idea de cómo funcionaban los hospitales. Esto último acabó con la paciencia de Landon.

—Oiga, doctor, estoy seguro de que esto podemos arreglarlo con par de estos, eh. ¿Qué le parece?

Landon sacó dos billetes de cien dólares de la cartera y se los mostró al doctor, que los observó con desdén. El intento de Landon había sido un rotundo fracaso. Sin embargo, el médico de Jasper decidió pasarlo por alto y enseñarle cómo actúan los profesionales.

—Quince minutos y ni uno más —dijo el doctor recalcando cada una de sus palabras—. Cada vez que una persona entra o sale, corremos el riesgo de exponer al muchacho a una infección que tendría consecuencias fatales en él: un resfriado, una infección de garganta o una simple conjuntivitis podría significar su final. Si quiere ponerlo en riesgo por doscientos dólares, adelante, compañero.

Landon se quedó sin saber qué responder ante las palabras del médico. Azorado, volvió a guardar los billetes en la cartera y se alejó simulando que contestaba un mensaje de suma importancia en su móvil, aunque la realidad era que sentía vergüenza, era una situación en la que no sabía desenvolverse.

Se alejó del grupo y salió al pasillo con la intención de calmarse un poco, aunque allí se topó de nuevo con una sorpresa. Los dos hombres que habían entrado antes a la sala de espera se encontraban allí, expectantes. En cuanto lo vieron, se dirigieron hacia él.

—¿Señor Price? —dijo uno de ellos.

—¿Quién lo pregunta? —respondió a la defensiva. No estaba dispuesto a dejarse avasallar de nuevo, aunque la verdad era que no se esperaba la presencia de aquellos hombres.

Uno de ellos metió la mano en el reverso de su chaqueta y sacó una placa.

—Detective Johnson. Él es mi compañero, el detective Tomalli. Estamos investigando la desaparición y muerte de Ruby Morris. Sabe de lo que hablamos, ¿verdad?

Landon abrió los ojos de par en par.

—¿De la oficina del Sheriff de San Diego? —preguntó.

—Así es —contestó Johnson—. ¿Es usted familiar de Jasper Price?

—Soy su tío.

—¿Dónde están sus padres? —preguntó el detective Tomalli. Landon, aturdido, les dijo que estaban reunidos con el médico.

—¿Puede decirnos qué le ha ocurrido? —indagó Johnson.

—Supongo que ya estarán al tanto. Mi sobrino está soportando una gran presión a causa de la muerte de Ruby Morris. Es un chico normal, no entiendo cómo ha podido llegar a esto. ¿Quién los ha enviado? ¿No habrá sido Martin? Ese viejo cascarrabias debe aburrirse desde su último ascenso.

Landon se refería en Timothy Martin, un decrepito burócrata cuya influencia no iba más allá de la mesa de su despacho.

Los dos agentes se miraron brevemente. Se conocían lo suficiente como para no tener que pronunciar palabra para comunicarse.

—Sabemos que es un momento complicado —dijo el detective Johnson—. Por ello vamos a dejarles un tiempo hasta que asimilen lo que les ha ocurrido. Mientras tanto continuaremos la investigación y estaremos al tanto de la salud de Jasper. Volveremos a vernos.

Landon asintió, sin embargo, su cerebro tardó unos segundos en procesar lo que acababa de escuchar. Para cuando lo hizo, los dos agentes habían comenzado a bajar las escaleras.

—¿A qué se refiere con estar al tanto de la salud de Jasper? —preguntó Landon, acercándose a la escalera.

Johnson se giró y se dio unos breves golpes en el pecho.

—Tenemos una orden del juez para tomar declaración a Jasper en calidad de investigado. Fue solicitada por el capitán Stephen Crew, pero el caso, ahora está en nuestras manos.

—Pierden el tiempo con mi sobrino. Con un par de llamadas puedo solucionar todo esto. ¿De verdad les merece la pena?

El detective se tomó bien la opinión de Landon.

—Sabemos lo que tenemos que hacer, señor Price. Es más, le aseguro que el caso está estancado y no sabemos por qué no lo han cerrado. Todo indica una muerte accidental, pero los nuevos eventos hicieron que el caso pase a la Policía del condado. Suponemos que no hay mucho que esclarecer. Eso es una buena noticia, ¿no es así?

No tuvieron que esperar mucho para que las buenas noticias llegaran a la familia Price. De a poco comenzarían a reducirle la sedación, para ver cómo reaccionaba. Aunque podían pasar semanas antes de que recuperara todas sus capacidades, al menos esto era un comienzo alentador de cara a su futura recuperación.

Sin embargo, las visitas seguían restringidas a tan solo quince minutos al día, por lo que finalmente pudieron convencer a Nora para que se marchara a casa a descansar. En ese intervalo de tiempo, Nora se alimentó a base de cafés y barritas energéticas de la máquina expendedora del hospital. Por nada del mundo dejaría a su hijo solo.

—Aquí no podemos hacer nada, Nora —le había insistido Matt—. Vendremos todos los días en el horario de visita, pero no podemos pasarnos todo el día en la sala de espera del hospital.

Más que el razonamiento lógico de su marido fue la extenuación, lo que terminó por convencer a Nora de que lo mejor era regresar a casa. Una vez allí, se pasó la mayor parte del tiempo acurrucada en el sofá, junto a su móvil y el teléfono de casa, preparada para recibir cualquier noticia que proviniera del hospital.

—Tienes que comer algo —le decía Matt. Nora ni siquiera lo miraba, se limitaba a contestar: —Estoy bien.

No obstante, lo poco que pudo dormir después de salir del hospital, al contrario de lo que normalmente ocurría, le añadió claridad a su cabeza. Sus pensamientos oscilaban en torno a un hecho muy concreto: su hijo se había arrojado por el puente McQueen; había intentado suicidarse. A partir de ahí, todo era un dolor lacerante que se extendía por todo su cuerpo. Poco a poco fue capaz de ir más allá y añadir un poco de frialdad a sus reflexiones. «¿Qué había llevado a Jasper a tirarse por el puente?». Pero, sobre todo, le inquietaba el motivo, la razón que había hecho creer a Jasper que esa era la mejor opción.

El recuerdo de las palabras que le dedicó Evelyn, acerca de las dudas de la inocencia de su hijo, retomó fuerza. «¿Qué llevaría a Jasper a tomar una decisión así?». La duda era como un ácido para Nora, que ansiaba cada vez más encontrar respuestas a las preguntas que se iban acumulando día tras día. En cuanto a Matt, este se había refugiado en un silencio solemne y austero que rara vez rompía. Nora se fijó en que cada vez consumía más calmantes, al igual que incrementaba la dosis de alcohol que ingería con ellos. Una práctica que no tardaría mucho en llevarle al colapso. Tras el intento de suicidio de Jasper, el invierno había anidado en la familia Price.

Además, algo debía haber ocurrido entre Landon y su marido, ya que el primero apenas pasaba por casa.

Finalmente, el paso de los días y la estabilización de Jasper acabó por templar los ánimos de

Nora y le hizo retomar una especie de rutina pese al delicado estado en el que se encontraba su hijo. Sin embargo, el destino le iba a ofrecer una oportunidad para empezar a arrojar algo de luz sobre todo lo que estaba ocurriendo.

Bryan Smitter no se atrevió a ir al hospital. Cuando supo lo que le había ocurrido a Jasper, se encerró en su habitación y rompió a llorar durante horas. La misma voz que le decía que debía ir, le insistía que debía mantenerse alejado, que no conseguiría nada yendo hasta allí.

Sin embargo, necesitaba ir a alguna parte. Se puso un grueso abrigo y comenzó a caminar sin rumbo por Oak Valley. Su mente iba a la deriva, pero sus pasos sí tenían un destino. Casi sin darse cuenta se acercó al puente McQueen. Todavía había restos de la cinta policial en torno a una zona concreta, el lugar exacto desde donde habría saltado Jasper. Se acercó a la barandilla y puso las manos sobre el metal frío. Después, lentamente, se asomó y miró hacia las inmensas piedras sobre las que había impactado su amigo. Podía apreciarse un trozo ligeramente más oscuro que los demás, debía tratarse de su sangre. El agua, ajena a todo lo que había ocurrido, continuaba su discurrir nervioso río abajo, bordeando las piedras y formando una breve espuma a su alrededor.

Algunas personas que pasaban por allí se detenían en ese mismo punto y señalaban hacia el río. El viento que soplaba evitó que Bryan pudiera escuchar sus opiniones al respecto.

Días antes, supo que la operación a la que habían sometido a Jasper fue exitosa, dentro de lo que cabía, y que se encontraba en coma inducido para minimizar posibles daños cerebrales. La mayoría de sus compañeros propagaban las noticias con un fervor y un morbo descontrolado. Esa noche recibió una veintena de mensajes, todos con la misma información o muy parecida acerca de lo que ocurrió o estaba ocurriendo en ese momento. Jasper caminó hasta el punto más alto del puente McQueen y desde allí saltó al río Santo.

Bryan sabía que no fue una caída accidental, no fue un salto sin más. Jasper lo había hecho justo donde se encontraban las grandes piedras desprendidas del dique, el punto donde, sin lugar a dudas, podía hacerse más daño. La actitud de su amigo los días anteriores cobraba un nuevo sentido y explicaba en parte la sensación que Bryan tenía al respecto. Desde que apareció el cuerpo de Ruby Morris, Jasper había caído en picado y ni siquiera él había podido evitarlo.

Luego de dar muchas vueltas, reunió la entereza necesaria para ir hasta el hospital y preguntar en la recepción cuál era su habitación. Sin embargo, debido a que la Policía del condado había hecho suyo el permiso para tomarle declaración a Jasper, lo consideraban un sujeto de máximo interés y querían estar al tanto de todas las personas que acudieran a visitarlo. Los agentes dejaron unas instrucciones y una serie de preguntas que tenían que hacerle a esa persona que quisiera entrar.

Por ello, cuando Bryan preguntó por la habitación de su amigo, la mujer que había al otro lado se puso nerviosa y fue a llamar a su superior repitiendo a media voz:

—Hay que hacerle las preguntas al chico. Lo dijo la policía.

El revuelo que se originó alertó a Bryan, que creyó que lo más conveniente sería marcharse cuanto antes, cosa que hizo en ese preciso momento. Atravesó corriendo la zona reservada a las ambulancias y no se detuvo hasta que se mezcló con los transeúntes que caminaban por la acera; solo entonces se sintió más tranquilo.

Estaba decepcionado consigo mismo, ya que deseaba saber de primera mano cómo se encontraba Jasper. Fue entonces cuando se le ocurrió una idea. Sacó el móvil y buscó en su

agenda: ¡bingo!

—¿Quién es? —contestó una hoz gangosa al otro lado.

—¿Señora Price? Soy Bryan Smitter, soy amigo de Jasper —contestó. Nora podía sacarlo de dudas.

—Oh, hola, Bryan. Es una alegría escucharte. ¿En qué puedo ayudarte?

—Solo quería saber cómo está Jasper —dijo Bryan.

Un breve silencio indicó que aquello no resultaba fácil para Nora.

—Está mejorando. No está fuera de peligro, pero es un chico muy fuerte. Lo conseguirá.

«Claro que lo conseguirá», pensó Bryan emocionado. La idea de que Jasper finalmente falleciese era inconcebible para él.

—Estoy seguro, señora Price.

—Llámame Nora si no te importa.

—Sí, claro.

—¿Necesitas algo más, cielo? —preguntó Nora. Era evidente que no tenía muchas ganas de continuar la conversación, pero Bryan quería seguir hablando con ella, tenía la necesidad de ello. Trató de pensar. Por suerte, cuando hablaba por teléfono, la tartamudez no hacía acto de presencia.

—Cuando todo esto comenzó, lancé una campaña para mantener limpio el nombre de Jasper. Puede que no sea el momento más indicado, pero me gustaría mostrarle los cientos de mensajes de apoyo a su hijo. Estoy seguro de que le dará fuerzas.

Nora respondió con un suspiro. Había bastantes posibilidades de que lo rechazara. No obstante, sabía que Bryan Smitter era el mejor amigo de su hijo y quizás también necesitaba un poco de apoyo en esos momentos tan duros que estaban viviendo. No había coincidido mucho con él, pero por lo poco que había visto, intuía que era uno de esos jóvenes que no destacaban, ni mucho menos, por tener muchos amigos. Sin embargo, ninguna razón tenía tanta fuerza como la posibilidad de preguntarle por las pastillas que había encontrado en la habitación de Jasper antes de que sucediera lo del puente McQueen.

—Me parece estupendo, Bryan. ¿Cuándo te viene bien?

—Ahora mismo estoy libre.

—Me pillas también en buen momento. ¿Puedes pasarte por casa? —dijo Nora.

—Estaré allí dentro de diez minutos.

Nora y Bryan se saludaron con un emotivo abrazo. Pese a que no habían coincidido en muchas ocasiones, el hecho de que sus sentimientos hacia Jasper fuesen muy parecidos los unía en el dolor. A ambos se les saltaron las lágrimas de la emoción.

—Vayamos al jardín. Da el sol y es muy agradable —dijo Nora señalando hacia el lugar en cuestión. Bryan asintió y se dejó guiar por Nora. Mientras lo conducía hacia afuera, se fijó en que Jasper tenía los mismos andares de su madre, sin duda los había heredado de ella.

Nora le ofreció a Bryan un refresco, pero este se conformó con un vaso de agua.

—Aquí tienes —dijo Nora poniendo el vaso sobre la mesa—. En fin, ¿cómo llevas todo lo que está pasando?

Bryan agachó el rostro.

—Por momentos no me creo que todo esto le esté ocurriendo a Jasper. Es como una pesadilla de la que no puedes despertar —dijo el joven. Por el momento estaba siendo capaz de controlar su tartamudeo, lo que le hizo sentirse cómodo y ganar en confianza.

—Creo que no hay mejor manera de definirlo. Bryan, ¿Jasper te comentó algo de sus intenciones? ¿Sabes si habló con alguien antes de... de tomar esa decisión?

El chico movió la cabeza de un lado a otro.

—Jasper estaba más apático de lo normal, aunque era lo lógico. Yo tenía mis sospechas de que sufría más de lo que aparentaba, pero jamás pensé que llegaría a hacer una cosa así.

Las lágrimas retornaron a los ojos de Nora. Eso puso un poco nervioso a Bryan.

—Antes de que sucediera, él y yo discutimos. Lo abofeteé, algo que jamás había hecho. El solo pensar que eso pudo empujarle a tomar el paso se me hace insoportable —explicó Nora. En el fondo, la visita del muchacho era una gran oportunidad para desahogarse, para hablar como no podía hacerlo con su marido.

—Jasper era más fuerte de lo que aparentaba —dijo Bryan. Sin embargo, había algo extraño en sus palabras, una especie de mensaje cifrado que Nora advirtió al vuelo.

—¿A qué te refieres?

El rostro del joven cambió de repente.

—No es nada.

—¡Bryan! —espetó Nora encarándolo, situando su rostro a escasos centímetros de él—. Vas a decirme ahora mismo qué le ocurría a mi hijo, ¿de acuerdo? No te vas a marchar de aquí sin hacerlo.

Bryan observó con nerviosismo los ojos desbocados de Nora, su tez enrojecida dejaba claro que hablaba completamente en serio. Sin embargo, lo que tenía que decir no era nada fácil y Jasper le había insistido mucho en que debía mantenerlo en secreto.

—Al parecer a Jasper le gustan los chicos —soltó Bryan pronunciando las palabras a una velocidad vertiginosa, como nunca lo había hecho. Había tomado la decisión de contarlo, aunque Jasper se enfadara. No tenía opción.

Nora abrió los ojos de par en par y se dejó caer sobre el respaldo de la silla.

—¿Cómo dices?

Era lo último que esperaba escuchar en ese momento. Bryan asintió, pero esta vez le fue más complicado llevar las palabras a su boca una vez las había escuchado. El poder que evocaban era inmenso.

—¿Jasper es homosexual? —preguntó Nora. Bryan movió la cabeza de arriba abajo y luego de un lado al otro.

—Ambos lo advertimos hace poco más de un año. Pero no es algo seguro, él tenía dudas.

La sorpresa de Nora fue a más.

—¿Tú estás con él?! ¿Eres su pareja? —Nora recordó las pastillas que había encontrado en la habitación de Jasper y la relación que tendrían con lo que Bryan le acababa de confesar.

—No es que seamos novios —contestó cabizbajo e incómodo—. Amigos especiales o algo así. Tampoco teníamos ningún tipo de obligación el uno con el otro. Como dije estábamos en un proceso de descubrir qué pasaba y por qué nos sentíamos así.

Nora se pasó las manos por el pelo, intentando asimilar cómo afectaba todo eso a lo que estaba pasando Jasper. Que este fuera homosexual no le preocupaba en absoluto, serían los Price los que se echarían las manos a la cabeza, aunque eso era secundario en un momento en el que Jasper se debatía entre la vida y la muerte.

—No sé qué decir, Bryan. Disculpa mi reacción, pero comprende que no es nada fácil lo que estamos viviendo. Pero respóndeme. ¿Eran pareja?

—¡No hemos hecho nada de eso! Ya sabe a lo que me refiero —exclamó Bryan sonrojado. Nora le quitó importancia con un gesto de mano. Advirtió la inmadurez tanto de Bryan como de Jasper, al menos en cuanto a relaciones se refiere. Por lo que Bryan le había comentado, eran amigos íntimos, pero nada más. En un fugaz planteamiento, Nora intuyó que quizás Bryan sí

quería una relación de mayor envergadura con Jasper.

—Eso no es asunto mío, Bryan. Además, puedo asegurarte que eso es lo que menos me preocupa.

—Jasper quería contártelo todo. Me decía muchas veces que tú eras la única persona de su familia que lo entendería y apoyarías. Yo lo animaba. Casi estaba convencido cuando ocurrió lo de Ruby Morris.

Las lágrimas comenzaron a caer por el rostro de Nora. Estaba confusa. La nueva información respecto a su hijo, si lo pensaba bien y en calma, no era ninguna sorpresa para ella. No es que le resultara evidente, pero desde hacía años lo veía posible. Sin embargo, lo que la dejaba totalmente confundida eran las malditas pastillas. Su presencia alteraba toda la ecuación.

—Bryan, lo que voy a preguntarte no es sencillo, pero necesito respuestas, ¿de acuerdo? Hace unos días encontré unas pastillas en la habitación de Jasper. Son para estimular la erección, ¿me comprendes?

El joven se sonrojó de nuevo.

—Sé que es una pregunta incómoda —añadió Nora.

—Yo mismo se las di.

La respuesta del joven dejó a Nora petrificada. Las sórdidas ideas que pasaban por su cabeza la estremecieron.

—¿Por qué? —exclamó ella.

—Jasper no aceptaba del todo su condición o quizás tenía dudas al respecto. No lo sé. El caso es que me dijo que necesitaba con urgencia esas pastillas; insistía en que tenía que descubrir por sí mismo quién era. No sé a qué se refería, pero yo vi esas pastillas en la habitación de mis padres. Cogí unas pocas y se las di.

—¿Por qué hiciste algo así? —preguntó Nora—. Esas pastillas son peligrosas para el corazón y tienen que ser recetadas por un médico.

Bryan agachó todavía más el rostro. Sabía que había cometido un error.

—No sé... Quería que Jasper tuviese claros sus sentimientos y si esas pastillas lo ayudaban... Nora se levantó de manera repentina y comenzó a pasear por el jardín.

—¿No te dijo qué iba a hacer?

—No me contó nada.

—¿Cuándo se las diste? —indagó Nora con ansia.

—No lo recuerdo bien. Puede que fuera después de las fiestas de fin de año.

Nora se quedó quieta, situando esa nueva información en la tormenta de hechos que tenían lugar en su cabeza.

—¿Antes de que desapareciera Ruby Morris? —preguntó.

El joven, con el ceño fruncido, asintió.

Eva Guzmán se sirvió su quinto café del día. La investigación paralela y extraoficial que llevaba acerca de la muerte de Ruby Morris apenas le dejaba descansar. Su último gran hallazgo fue la extraña visita de Aaron Morris a aquella granja abandonada a las afueras de Oak Valley. Hasta dónde ella pudo ver, no hizo nada, ni dejó nada. Fue un viaje estéril.

Comprobó la información acerca de la propiedad de la granja abandonada, pero al parecer había pertenecido a una tal familia Higgins, de la que no quedó constancia de herederos en vida, pasando la granja, después de unos determinados años, a ser propiedad del ayuntamiento de Oak Valley. Este a su vez cedió los terrenos a la aserrería High Pines, los cuales pasaron a ser parte del sistema de producción. Esta era la única y débil relación con Aaron Morris.

En cuanto a su otro caso, el de los robos de paquetes de mensajería, cada vez tenía más dudas al respecto. No había testigos, o si los había no coincidían en las declaraciones, lo que las hacía inútiles. No obstante, manejaba una teoría que ganaba cada vez más fuerza: todos los vecinos se robaban entre sí. Cívicamente, esta opción era complicada de demostrar, pero era la que más sentido tenía. Eso sí, desde que Eva comenzó a investigar el caso y merodeó haciendo preguntas, no se habían producido más robos, lo cual era también destacable.

Incluso intentó, un poco a la desesperada, hacerse pasar por repartidora y dejar un cebo en uno de los buzones, pero no surtió efecto. O el ladrón consideró que tenía más que suficiente o estaba alerta frente a las pesquisas de la inspectora.

La actividad en la comisaría se detuvo cuando se supo del intento de suicidio de Jasper Price, no por el hecho del suceso en sí, sino por cuál podía ser el origen del mismo: la muerte de Ruby Morris.

Además, el que el chico se tirara desde el puente había transcendido de Oak Valley y la noticia se había extendido por los pueblos y ciudades colindantes, lo que finalmente había llamado la atención de la oficina del sheriff del condado, que en ese preciso momento mantenía al capitán Stephen Crew pegado al teléfono. Este vociferaba a la par que bajaba el tono y parecía casi suplicante. A ningún policía le gustaba que otros se entrometieran en sus asuntos. Aquello le hería el orgullo; él tenía a los hombres y la experiencia suficiente para resolver el caso de Ruby Morris.

Finalmente, cuando este colgó el teléfono media hora después, y con la excusa de informarle acerca de los robos de la paquetería, la inspectora Eva Guzmán tocó la puerta del despacho del capitán, que le dio permiso para entrar.

Stephen Crew estaba cabizbajo, agotado y enfadado al mismo tiempo. Una mezcla explosiva que la inspectora sabía que podía recaer sobre ella. Sin embargo, por primera vez desde que llegara de Los Ángeles, el capitán la sorprendió para bien. La tendencia que había advertido los

días previos en Stephen se estaba destilando en aquel momento en sus palabras.

—Supongo que sabrás con quién he estado hablando los últimos cincuenta minutos. No ha sido una conversación apacible que digamos —dijo el capitán frotándose los ojos.

Eva asintió.

—Ha sido imposible no escucharlo. Las paredes del despacho no son muy gruesas.

Stephen posó sus dedos sobre sus cejas y cerró los ojos con fuerza.

—La Policía del condado se ha hecho con el caso de Ruby Morris. Me han solicitado toda la información, la cual tengo que enviar en los próximos diez minutos si no quiero buscarme más problemas. Al parecer consideran que la muerte de la joven ha trascendido demasiado y quieren saber qué demonios está ocurriendo —dijo Stephen dudando si había sido una buena idea contarle sus dudas a la inspectora. Tomó aire replanteándose su repentina sinceridad—. Eso es; necesitaba contárselo a alguien.

La inspectora no daba crédito del voto de confianza de su superior.

—¿Ha sido por lo del muchacho? —preguntó Eva con cuidado de no romper el embrujo.

—Eso parece. Demasiado ruido y pocos avances del caso. Ellos se harán cargo a partir de ahora. Les importará una mierda si el chico vive o muere, le tocarán las pelotas todo lo posible a los Price hasta que se demuestre la inocencia o culpabilidad de Jasper. Puedo asegurarle que esa mierda nos salpicará a nosotros. Somos parte del reparto de la película, aunque nuestro papel se haya terminado por el momento.

Por un instante, la inspectora Guzmán pensó en revelar la información que había descubierto acerca de Aaron Morris: su visita a la granja abandonada. Por ley, debía informar de todos los detalles del caso, sin embargo, su investigación era “ajena” a la ley, un curioso paréntesis legal en el que la inspectora sabía moverse muy bien. La espontánea sinceridad del capitán le había despertado a la inspectora el compañerismo que creía perdido desde que dejara Los Ángeles: Stephen había sido sincero, ahora le tocaba a ella.

—¿No se puede hacer nada? —Eva contuvo el impulso. Si confesaba que estaba investigando el asesinato de la joven por su cuenta, podría pagarlo caro.

—No. La muerte de una joven, donde todo indica que fue accidental, no es tema para ellos, pero el intento de suicidio de otro, relacionado con la muerte de la primera, no ocurre todos los días y menos en este pueblo.

—¿Van a hacerse cargo también de lo que le ha ocurrido a Jasper?

Stephen asintió decepcionado.

—Por el momento lo engloban todo como un único caso. Esos bastardos nos informarán cuando consideren necesario, si es que lo consideran. En fin, no vale la pena lamentarse, ¿has hecho algún avance en el tema de los paquetes?

El repentino cambio de conversación descolocó a la inspectora. Quería seguir hablando del caso de Ruby Morris.

—¿Sabe si Aaron Morris va a ser investigado? —La pregunta transformó el rostro del capitán. La frustración dejó paso a unas facciones serias e inexpresivas que no auguraban nada bueno. Sus ojos se afinaron y observaron a la inspectora con recelo.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Bueno, con el historial de los Morris he pensado que no sería una opción muy descabellada.

—La muerte de Stella Morris fue un desgraciado accidente. Nada más —exclamó el capitán. La inspectora asintió en silencio. El embrujo se había roto—. Si Jasper Price se recupera pronto, aguardarán para interrogarlo. Si no es así, cerrarán el caso y declararán accidental la muerte de

Ruby Morris. De todas formas, aunque hablen con el chico, no conseguirán nada. Al menos eso pienso yo.

La inspectora no daba crédito. Desde el primer momento había pensado que la investigación no avanzaba por culpa de los propios agentes que se encargaban de ella. Que la policía de condado quisiera intervenir, le dio esperanzas de que se profundizara más en el caso, pero resultaba que ellos tampoco estaban avanzando.

—Pero usted no quería cerrar el caso todavía. Hay indicios de violencia, jefe —dijo Eva poniendo las manos sobre la mesa—. ¿Y si fue un psicópata o un agresor sexual? Podrá volver a actuar.

El capitán miró con resignación a la inspectora. El caso ya no estaba en sus manos.

—No podemos hacer nada. Eres una buena inspectora, lo llevas en la sangre. No lo eches todo a perder enfrentándote a ellos. No merece la pena.

Eva Guzmán estaba sentada en su mesa. Sobre esta estaba desplegado el informe que ella misma había elaborado del caso de Ruby Morris y un plano detallado de Oak Valley.

El curso del río Santo atravesaba la ciudad, separando la parte más antigua de las frustradas ampliaciones que se llevaron a cabo a finales de 2010, dejando a merced del bosque las estructuras a medio terminar. Unos cien metros más adelante, el curso viraba hacia el interior de la ciudad, punto en que fue reconducido de manera artificial. Era ahí justo donde se levantaba el puente McQueen. Las grandes piedras que formaban un islote se habían desprendido del antiguo dique que evitaba, antes de que desviaran el curso, que el centro de Oak Valley se convirtiera en un cenagal en los meses de primavera.

Sobre el puente, la inspectora puso una cruz con un rotulador rojo.

—Jasper Price —dijo a media voz.

Después puso el dedo índice sobre el plano y siguió el curso del río en dirección contraria, justo hasta la pista forestal que se extendía un centenar de metros por la orilla y que fue donde el guardabosque descubrió el cuerpo de Ruby Morris. Había comprobado sus datos: el guardabosque se llamaba Walter Cruz y en su declaración afirmaba que realizaba un paseo rutinario cuando halló el cuerpo. Eva pudo obtener también sus datos de contacto; hablaría con él más adelante.

De nuevo marcó con el rotulador el punto exacto donde encontraron a Ruby Morris. Estaba a seis kilómetros del McQueen, aunque no importaba mucho, ya que había bastantes probabilidades de que el cuerpo de la joven hubiera sido arrastrado por el río. Por tanto, lo crucial era averiguar dónde había caído al agua.

Aprovechó que tenía acceso al ordenador y revisó las pautas seguidas por los equipos de búsqueda. Por entonces, había bastante más nieve acumulada a orillas del río Santo y no se encontró nada que llamara la atención.

Una vez tuvo claro su siguiente paso, la inspectora lo recogió todo y lo guardó en los bolsillos de su abrigo. Se había producido otro robo en Colorado Street, por lo que tenía la excusa necesaria para mantener una nueva conversación con Aaron Morris. De hecho, cuando ya se marchaba, pasó frente al despacho del capitán y este la llamó sin levantar la mirada de la mesa.

—Sé que han vuelto a robar en Colorado Street. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte —dijo Stephen. Eva se quedó en el umbral.

—Haré lo correcto —contestó.

—Eso es lo que me preocupa, inspectora.

Eva se despidió con media sonrisa. Las palabras de Stephen la desanimaban, sus gestos recriminaban su actitud, pero, casualmente, había enviado al correo electrónico de Eva una copia de toda la información recopilada del caso de Ruby Morris. Minutos después se había acercado a su mesa pidiéndole que borrara toda información no esencial que hubiera recibido por error y que siguiera trabajando en la investigación. No aclaró en cuál, si en el de los paquetes o en el de Ruby Morris. Parecía una estupidez, incluso una paranoia esperanzadora con la que la inspectora se sentía menos culpable de poner en riesgo su vida profesional e incluso la propia reputación del capitán.

Sin embargo, en otra breve conversación que mantuvieron después del episodio del correo electrónico, acordaron tácitamente que toda la responsabilidad sería única y exclusivamente de ella, aunque lo hicieron de una forma peculiar. Las palabras no giraron en torno a la cuestión; los dos hablaban sin especificar nada en concreto.

—¿Cómo va el asunto de los paquetes? —preguntó Stephen entrando en la sala de descanso de la comisaría: donde había una cafetera y dos mesas con sillas. En la pared del fondo había una diana de dardos imantados de los que no quedaba ni uno.

—Estoy segura de que caerá pronto.

Stephen asintió mientras se servía un poco de café.

—Es un caso más complejo de lo que parece. Muchas personas involucradas, una acumulación de hurtos importante, esperemos que la Policía del condado se mantenga al margen —dijo el capitán con sorna. Eva se limitó a esbozar media sonrisa—. ¿Has trabajado alguna vez con esos cabrones de este condado? —preguntó Stephen.

—No, siempre estuve en Los Ángeles.

—Son buenos, saben lo que hacen, aunque a veces pecan de obstinados. Se les mete una idea entre ceja y ceja y arrastran el caso hasta esa dirección. ¿Sabes a lo que me refiero?

Eva miró fijamente al capitán, captando sus intenciones. Stephen Crew se había mostrado reacio a cerrar el caso sin más, estaba dispuesto a seguir la investigación. El resto de los agentes estaban de acuerdo en cerrar el caso, él no. Sin embargo, el intento de suicidio de Jasper y la aparición de la Policía del condado de San Diego, detuvo su investigación. Lo último que quería era que lo cerraran como muerte accidental, pero estaba atado de pies y manos.

—Me hago una idea.

—Espero que no se equivoquen —dijo Stephen—. Y si es así, ojalá que haya alguien que averigüe lo que le ocurrió realmente a Ruby Morris.

Los dos guardaron silencio y bebieron de sus tazas de café.

—Esa persona tendrá que correr un gran riesgo. A los de la oficina de San Diego no les gusta que metan las narices en sus asuntos. Nadie en la estación podría echarle un cable si las cosas se complicaran.

—Ojalá se descubra la verdad —dijo Eva.

—Eso espero, inspectora. Quizás... haya una nueva alerta de hurto cerca de la casa de los Morris. Si es así, tendrá que investigar.

La inspectora dejó atrás la comisaría y fue en busca de su auto. El sol de principios de abril era agradable, aunque el viento húmedo que salía del bosque dominaba el ambiente. Pese a que no se habían producido otros robos, iba a ir al supuesto problema del paquete de Colorado Street, dirigiéndose directamente a la residencia de los Morris. Esperaba que Aaron estuviese más calmado.

Supo que después del intento de suicidio de Jasper, en la aserrería le dieron un par de semanas de vacaciones. Era un negocio tranquilo y familiar que no quería verse inmiscuido en asuntos que no les incumbía.

Cuando llegó y aparcó frente a la casa de Aaron. Su furgoneta estaba estacionada unos metros más adelante. Eva cogió aire y salió del auto pensando cómo era la mejor manera de abordar a Aaron para que este colaborara. Tocó el timbre y esperó.

Al otro lado de la puerta sonó una voz ronca que preguntó quién era.

—Detective Eva Guzmán, de la comisaría de Oak Valley.

La puerta se abrió rápidamente y Aaron apareció al otro lado. Una incipiente barba le crecía en el rostro. Le hacía más delgado.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

—Antes de que me cierres la puerta en las narices, he de decirte que estoy aquí para averiguar lo que le ocurrió a Ruby, ¿de acuerdo? Quiero ayudarte, pero para ello tienes que responder a mis preguntas.

Aaron soltó una carcajada que no expresaba alegría alguna.

—La Policía del condado lo ha declarado muerte accidental. Me han telefoneado hace unos minutos avisando que podría retirar el cuerpo de mi hija.

Eva abrió los ojos de par en par.

—No es posible.

—No hay nada que hacer. Ahora déjeme en paz, tengo que organizar un funeral.

Aaron dio un paso hacia atrás y empujó la puerta para que se cerrara, pero la inspectora lo impidió.

—De eso nada, Aaron. Me importa una mierda lo que digan. Yo voy a seguir investigando hasta que descubra la verdad. Puedes ayudarme o no; tú decides.

Las palabras de la inspectora sorprendieron a Aaron, que la miró con un atisbo de emoción en sus ojos. Por primera vez desde que desapareciera su hija, había sentido que alguien más se preocupaba por descubrir lo que le había ocurrido a Ruby.

—Pero el caso está cerrado —titubeó Aaron.

—Podemos reabrirlo si encontramos evidencias que contradigan la versión oficial.

Aquello fue más que suficiente para que Aaron invitara a la inspectora a entrar en su casa. Con cierto nerviosismo recogió el desorden del salón y le ofreció un café. Eva pensó en rechazarlo en un primer momento —había ingerido tanto café que comenzaba a sentir su corazón latiendo más deprisa de lo normal—, pero era una manera de reforzar el vínculo con Aaron y ganarse su confianza.

—Dígame en qué puedo ayudarle —dijo Aaron mientras se ponía un cigarrillo en los labios.

—¿Me vio la pasada noche? —preguntó Eva sin preámbulo alguno. Era una de las tácticas que solía utilizar para estudiar la reacción de la gente. En ese intervalo de tiempo, que solía durar varios segundos, podía descubrir más que en una larga conversación. No obstante, Aaron asintió con suma tranquilidad.

—Esperaba que me visitara antes, si le soy sincero.

—Oficialmente no estoy investigando nada relacionado con su hija; deberíamos estar hablando de los paquetes robados. Lo de Jasper ha precipitado todo.

—¿Sigue con vida? Llevo varios días sin salir de casa —explicó Aaron.

—Ha tenido suerte y parece que no ha tenido daños graves. Pero ahora centrémonos en esa noche en la que nos vimos sin vernos. ¿Qué hacía allí?

Aaron dio una calada al cigarrillo y lo apagó en una lata de cerveza que le servía de cenicero. Después se echó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Esto no lo sabe nadie, inspectora.

—Tutéame, por favor. Olvidemos las formalidades —pidió Eva.

—Un día después de que apareciera el cuerpo de mi hija, recibí una llamada. Era un número desconocido. Decía que sabía lo que le había ocurrido a Ruby; que había pasado por lo mismo.

Eva frunció el ceño.

—¿Por qué dijo esa mujer que pasó por lo mismo?

—No lo sé. El caso es que estuvimos hablando. No me dijo su identidad, tan solo que tuvo que huir para salvar su vida. Hacía mucho hincapié en la discreción, no podía hablar de esto con nadie. Esa noche, cuando me seguiste hasta la granja abandonada, había quedado allí con ella para que me mostrara unas pruebas que podía indicar quién estaba detrás de la muerte de Ruby. Fue ella la que se citó conmigo en ese lugar, por lo que debía conocer Oak Valley. Llegué a mi hora y esperé. Pasado un tiempo me escribió un mensaje diciéndome que un auto me había seguido hasta allí y que se escondía a un lado del camino. Por supuesto, el encuentro se había cancelado. Cuando regresé y la reconocí opté por disimular para que no pensara que estábamos coludidos, creo que fue lo más inteligente.

—¿Has hablado más con ella?

—Me ha enviado mensajes, pero desde entonces desconfía de mí.

—¿No tienes ninguna fotografía o descripción que me puedas facilitar?

Aaron movió la cabeza de un lado a otro.

—No tengo nada y aunque lo tuviera, lo mantendría en secreto. Esa mujer quiso ayudarme cuando otros no lo hicieron y lo único que me pedía era que la mantuviera en secreto, que nadie supiera de su existencia. Lo mínimo que puedo hacer es cumplir mi palabra.

—Lo veo justo —dijo la inspectora con decepción. Esa mujer podría tener la clave para descubrir lo que le había ocurrido a Ruby, pero mientras se mantuviera en el anonimato y rehuyera de todo contacto, no podía hacer nada. Sin embargo, si el testimonio de esa desconocida era cierto, había, al menos, una mujer que había sufrido una agresión equiparable a la de Ruby, lo que desechaba por completo la teoría de la muerte accidental.

—En ese caso —continuó la inspectora—, intente contactar con ella otra vez. Si tiene miedo

a posibles represalias, dile que la policía puede brindarle la protección que sea necesaria.

La visita de la inspectora Guzmán había dejado inquieto a Aaron Morris. Por primera vez sentía que había alguien más que deseaba averiguar la verdad de lo que le sucedió a su hija y eso le insuflaba un vigor hasta entonces desconocido.

Cuando recibió la llamada para informarle de que habían declarado que Ruby falleció de forma accidental, perdió toda esperanza, pero la aparición de Eva Guzmán lo había cambiado todo.

Durante las horas que siguieron, Aaron permaneció en un estado reflexivo a la par que nervioso, centrado en recordar cualquier detalle que pudiera ser útil para Eva. A medida que pasaban los minutos, su cuerpo le exigía con más insistencia que se echara un trago a la garganta: whisky, cerveza o hasta ese licor a granel que sabía a detergente. Esta necesidad se tradujo en sudores fríos y un temblor intenso de sus manos. Sin embargo, no iba a beber ni una sola gota de alcohol. Más que nunca deseaba estar sobrio y con todas sus capacidades intactas.

Tras pensarlo fríamente, lo único que podía aportar al caso era el contacto de esa mujer que aseguraba haber sufrido lo mismo que Ruby. Sabía que las probabilidades de que se tratara de un embuste eran muy altas. Pero, por otro lado, la excesiva precaución de esa mujer le aportaba veracidad. Cuando se citaron en la granja abandonada, ella debía estar por allí porque vio el auto de la inspectora. Este era el débil equilibrio que le hacía dudar de su próximo paso.

Cada vez estaba más alterado. Sacó el teléfono móvil y llamó al número de esa mujer. No contestó.

Suspiró. Debía actuar cuanto antes, ya que podían pasar días o semanas antes de que esa mujer volviera a ponerse en contacto con él, si es que lo hacía. Pero ¿qué opción tenía?

—La inspectora Guzmán —dijo para sí mismo.

Sin perder más tiempo, se cambió de ropa, cogió las llaves del auto y salió casi corriendo de su casa. Su furgoneta estaba aparcada justo enfrente. De repente, se detuvo. Estaba jadeando y su pecho se inflaba y se desinflaba de manera pesada. Había vivido una situación similar hacía mucho tiempo. Por entonces, también atravesaba el jardín para dirigirse a su furgoneta, solo que en esa ocasión corría tras Stella y la pequeña Ruby para que su esposa no cometiera una estupidez.

26 de diciembre de 2002

En aquel tiempo, la casa de los Morris lucía un mejor aspecto. El jardín estaba cuidado y los setos que crecían junto a la fachada formaban un simétrico muro verde.

Aquella noche la lluvia arreciaba y el viento sacudía los árboles, escupiendo hojas y ramas por doquier. Partes del alumbrado público de la ciudad se habían desconectado a causa de la tormenta y muchas calles estaban cortadas al tráfico por peligro de desprendimiento de árboles. Aquel tiempo no era común en Oak Valley, había sido fruto de una serie de coincidencias meteorológicas que iban a dejar uno de los registros de lluvia más elevados de la historia de la ciudad.

Sin embargo, Stella y Ruby, atravesaban el jardín a toda velocidad.

—¡Stella! —gritaba Aaron. Su esposa, le había ganado un par de metros de distancia y ya abría la puerta de su coche—. No hagas ninguna estupidez.

Pero las palabras de Aaron se perdían en el estruendo del temporal. Justo cuando llegó a la

altura del auto en el que se había subido su esposa, esta pisó el acelerador y se alejó patinando sobre el agua. Él sabía que, si quería volver a verlas con vida, debía ir tras ellas.

Los años de consumo de drogas le habían pasado factura y habían convertido a Stella en una persona débil, sin capacidad alguna para luchar contra la adicción. Además, le habían afectado el cerebro, trastocando su personalidad y sumiéndola en una depresión permanente de la que solo se recuperaba al consumir, agravando su situación. Sin embargo, era plenamente consciente del daño que le estaba haciendo a su marido y a su hija, siendo eso lo que la llevó a tomar la última decisión de su vida.

Esa noche discutió con Aaron, había llegado a casa unos minutos antes con una botella de vodka a la mitad, venía alterada y dispuesta a discutir. Le dijo que ya no aguantaba más la miseria y que esa no era la vida que había soñado. Recién habían pasado la navidad y ver su escueta cena y solo algún regalo de parte de Aaron para Ruby, la mantenían en un estado de histeria.

De un momento a otro dijo que no quería esa vida ni para ella ni para su hija. Sacó de un cajón un par de gramos de cocaína, los vertió sobre la mesa del salón y los esnifó allí mismo. Fue entonces cuando se despidió.

—Así puedes vivir en paz, porque solo somos un problema para ti. Los demás... nunca me van a tratar como corresponde. —Fueron sus últimas palabras.

Aaron intentó detenerla, pero Stella ganó el tiempo suficiente. Solo necesitaba montar en su auto y huir, sabía que su marido la perseguiría en la furgoneta, pero esta era una tartana que no superaba los ochenta kilómetros por hora.

Con lágrimas en los ojos, Aaron vio como el auto que conducía Stella ganaba cada vez más distancia. A lo lejos notó que seguía bebiendo de la botella que se había llevado. Se dirigía a la interestatal, estaba seguro. De camino hasta allí había una larga recta que quizás podría utilizar para acortar camino, pero aun así era consciente de que acercarse era casi imposible.

Llegaron hasta las afueras de Oak Valley, donde pasaron frente a una patrulla de la policía que estaba acordonando un árbol caído que cortaba parte de la carretera. Al esquivarlo, Stella perdió el control y comenzó a patinar de un lado a otro de la carretera. Aaron lo estaba viendo desde la distancia.

Stella no levantó el pie del acelerador en ningún momento. Su estado le hacía despreciar cualquier amenaza. A lo largo de cuatrocientos metros, el vehículo zigzagueó a gran velocidad, levantando una cortina de agua a su paso. Aaron había conseguido acercarse, pero solo lo suficiente para ser testigo de la muerte de su esposa. Stella perdió el control definitivamente. Al no pisar el pedal del freno, el auto no encontró resistencia en un asfalto empapado de agua. Finalmente, un brusco giro la llevó hasta la primera línea de árboles del bosque, a tan solo un par de metros de la carretera. El impacto fue directo en el lado del conductor. Por suerte, Ruby iba en la parte trasera del asiento del copiloto.

El grosor del tronco era tal, que ni siquiera se vio afectado por el impacto, pero el vehículo estaba totalmente convertido en un amasijo de hierros. La patrulla, que estaba a menos de un kilómetro, no se demoró en llegar. Aaron estaba estático, no se atrevía a avanzar. El auto podría explotar en cualquier momento.

De la patrulla que recién había llegado, bajó un policía de mediana edad, quien sin dudarlo fue hacia la parte posterior del automóvil.

—Mi hija está en el asiento trasero —gritó Aaron, temiéndose lo peor. Ningún sonido emanaba de los restos retorcidos del auto.

El policía pidió ayuda a su compañero, pero este no se quiso acercarse por miedo a que el

vehículo explotara. Aaron corrió para ayudarlo y con algo de esfuerzo lograron sacar a Ruby, que apenas tenía algún rasguño: respiraba, pero no reaccionaba.

—Está viva, llévala y yo veré si puedo sacar a tu esposa —dijo el policía que en ese momento reconoció como el agente Crew, a quien había conocido cuando refaccionaron la comisaría.

Aaron corrió con su hija en brazos, dejando atrás la furgoneta, mientras el policía que se mantenía en la patrulla se acercaba para tranquilizarlo y decirle que la ambulancia y los bomberos ya venían en camino.

De pronto vieron como Stephen Crew corría hacia ellos segundos antes de que una explosión envolviera al vehículo en llamas. La lluvia no evitó que el coche que conducía Stella se convirtiera en una bola de fuego que iluminó la carretera que conducía desde Oak Valley hasta la interestatal.

Después de visitar al padre de Ruby, la inspectora Guzmán regresó a la estación. En cuanto entró a vestíbulo, el capitán clavó su mirada sobre ella, pero la inspectora respondió con un leve gesto de negación. Lo de esa mujer que decía haber sufrido lo mismo que Ruby era interesante, pero no tenía más prueba de ello que la palabra de Aaron Morris, la cual no sabía hasta qué punto era verídica.

Se sentó en su mesa y respiró hondo. La tensión y el cansancio se estaban cebando con su cuello, que estaba cada vez más tenso y dolorido. Lo estiró a un lado y a otro y cerró los ojos para aliviar el dolor, pero en ese momento el sonido de una pelota de beisbol al pasar de una mano a otra le privó de su descanso.

—¿Cómo van las cosas, inspectora? Voy a comprarme un set nuevo de cuchillas de afeitar. Lo recibiré en casa sin problemas, ¿verdad?

Era John Ramsey el que se había detenido frente a ella y era su pelota la que pasaba de una mano a otra con un sonido sordo.

—¿Quién sería tan estúpido para robarle a un poli? —contestó Eva cerrando los ojos de nuevo.

—Qué graciosa. Por cierto, ya sabrás que la Policía del condado ya ha cerrado el caso de Ruby Morris: muerte accidental. ¿Has trasladado ya tus quejas?

La inspectora sonrió. Pensó por un momento en contarle al imbécil de Ramsey las concesiones que le había hecho el capitán los últimos días; disfrutaría diciéndole que Stephen y ella compartían opinión respecto a la muerte de Ruby Morris. Pero debía contenerse.

—Tal vez les escriba un email.

—Seguro que se ponen a tus pies. —Ramsey estaba regocijándose, saboreando cada palabra. Lanzó la pelota al aire, pero calculó mal y cerró los dedos antes de tiempo. La pelota de beisbol rebotó en ellos y salió rodando—. ¡Maldita sea!

Eva se rio a conciencia.

La pelota rodó con cierta velocidad en dirección a la puerta, pero Ramsey no fue tras ella, sino que se quedó mirando al hombre que había aparecido al otro lado de la puerta al mismo tiempo que se hacía el silencio en el vestíbulo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Ramsey.

Aaron Morris, levantó las manos, desafiante.

—¿Acaso no puedo venir a la estación de policía de mi ciudad?

—¡No te pases ni un pelo!

—Pero ¿qué está pasando? —La voz del capitán llegó desde el interior. Se acercaba a ellos con el rostro serio, malhumorado, actitud que arrastraba desde hacía días. John Ramsey se había

percatado de ello, aunque pensaba que era por la intromisión de la Policía del condado. No erraba del todo, pero Stephen Crew tenía más motivos y estos solo los había compartido, más o menos, con la inspectora Guzmán.

—Por mi parte no hay ningún problema —dijo Aaron Morris. El capitán se situó entre los dos.

—¿Qué pasa, Aaron?

Este miró al agente Ramsey con desconfianza.

—Quería hablar con la inspectora Guzmán.

Stephen ocultó su sorpresa y con total normalidad señaló hacia la mesa de la inspectora.

—Allí la tienes.

Aaron asintió y se dirigió hacia ella ante la mirada incrédula de John Ramsey, que no comprendía lo que acababa de pasar.

—Y tú, Ramsey, guarda de una puta vez la pelota. Hay cosas que hacer.

Aaron caminó hasta la mesa de Eva Guzmán, que se había puesto de pie para recibirlo. Se dieron la mano y se saludaron como si fuera la primera vez que se veían aquel día. No fue nada acordado entre ambos, sino que surgió así, de la misma manera que el agua de lluvia toma un camino y no otro. El resto de los agentes los observaban ceñudos, extrañados de la aparente cordialidad entre dos personas que se habían conocido cuando una redujo a la otra. No obstante, era John Ramsey el que los observaba con total descaro.

—He intentado contactar con esa mujer —dijo Aaron mostrando el teléfono móvil—. Pero es imposible. Ni siquiera le llegan los mensajes.

—Si ella pasó por lo mismo, ¿por qué no confiesa quien está detrás de todo esto? Puede hacerlo en el más absoluto anonimato.

Aaron encogió los hombros.

—No sé qué decirte. Las conversaciones que mantuve con esa mujer fueron muy breves. Y al parecer no confía en la policía.

—¿Fueron conversaciones telefónicas?

—Sí. Dos o tres en total. Ni siquiera sé cómo consiguió mi número. Me aseguraba que quienes habían acabado con mi hija eran los mismos que un día abusaron de ella. Supuestamente, la única diferencia entre Ruby y ella es que pudo escapar y alejarse de Oak Valley.

—¿Escapar de Oak Valley? —La inspectora no se daba cuenta, pero poco a poco bajaba el tono de voz—. ¿Era una vecina de aquí y se marchó?

—Esa puede ser una posibilidad.

—¿Qué le hizo creer en ella, Aaron? Por lo que me está diciendo, a mí me resulta complicado dar credibilidad a la supuesta historia de esa mujer.

—Había algo en su voz, no sé cómo explicarlo; algo que me hacía saber que me estaba diciendo la verdad. Sé que puede sonar a padre desesperado, pero es lo que sentí. Y no me venga con estupideces de si estaba borracho y cosas por el estilo. Si fuera así, no estaría aquí; no soy estúpido ni me gusta hacer el ridículo.

Eva asintió para dejar claro que comprendía la situación en la que se encontraba Aaron.

—Ahora yo soy el que tengo que hacerle una pregunta y le pido total sinceridad —dijo Aaron—. La Policía del condado se hizo cargo del caso y en menos de una semana declararon la muerte de mi hija como accidental. Sin embargo, vienes a mi casa y me dices que vas a seguir investigando el caso. ¿Qué demonios está pasando? ¿Han reabierto el caso? Creo que debería estar informado del proceso.

—Podríamos resumirlo todo a un problema de jurisdicción, Aaron. También le diré que en

ciertas ocasiones hay que saltarse los protocolos para llegar a un buen puerto. Nos encontramos en una de esas situaciones.

—Me importa una mierda donde nos encontremos mientras me ayude a descubrir la verdad.

—Cuenta con ello, Aaron. Solo le pido una cosa: discreción, ¿de acuerdo? Es la única manera de poder llegar a algo.

Aaron asintió con gravedad. La inspectora no le pedía mucho a cambio de averiguar lo que le ocurrió a su hija.

—Otra cosa más, el hijo de los Price, Jasper, ¿saben ya por qué se intentó suicidar?

—Ese asunto no está claro todavía. Sin embargo, si la mujer que contactó contigo está diciéndolo la verdad, no tendría mucho sentido pensar en Jasper.

El padre de Ruby cabeceó, no estaba muy convencido.

—No podemos descartar nada, ¿no?

La inspectora esbozó una mueca tensa.

—Tampoco podemos perder el tiempo, Aaron. Estoy contigo y vamos a llegar hasta el final, pero lo haremos con sentido común. El muchacho está en coma inducido, por lo que se queda fuera de la ecuación por el momento.

John Ramsey estaba cada vez más iracundo. Conocía muy bien al capitán. Habían estado en la academia juntos y llevaban más de treinta años sirviendo en Oak Valley. Se consideraban uña y carne, cada uno era la extensión de la sombra del otro. No les hacía falta las palabras para comunicarse, una simple mirada o un gesto era más que suficiente para entenderse.

Aparte de sorprenderle la llegada de Aaron Morris había revelado que la relación entre ambos había cambiado, al igual que no era igual entre la inspectora y el capitán. Ramsey no estaba seguro de lo que estaba ocurriendo, pero sentía que él se estaba quedando al margen.

No le quitó ojo a Morris. La conversación con la inspectora duró menos de diez minutos. Transcurrido este tiempo, Aaron se marchó y Eva Guzmán permaneció centrada en su ordenador, como si nada hubiera ocurrido. Pero Ramsey no podía dejar las cosas de esa manera. Sin ocultar su molestia, se dirigió al despacho del capitán y cerró la puerta bruscamente.

—¿Qué mierda ha sido eso? —La pelota de beisbol seguía en sus manos.

Stephen, que en ese momento comprobaba los planos de los festejos del 4 de Julio, que eran un quebradero de cabeza, soltó el bolígrafo y se recostó sobre la silla.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos, Stephen. ¿Aaron Morris y la inspectora chiflada? ¿A qué están jugando? ¿Y por qué lo permites?

—La inspectora Guzmán lleva el caso de los robos de los paquetes de mensajería y en la calle donde vive Aaron Morris se han producido unos cuantos. Habrá venido a hablar de ese asunto —contestó el capitán llevando su atención de nuevo hacia el plano. El alcalde estaba empeñado en poner una montaña rusa ese año en pleno centro de la ciudad y el dispositivo era como un puzzle de piezas diminutas.

—¿Así que robos de paquetes? No me lo trago, Stephen.

—¿Por qué no le preguntas a la inspectora?

El desdén de Stephen le confirmaba que estaba al margen. Todavía alterado, salió del despacho y se acercó a la mesa de la inspectora, que lo observó con escaso interés.

—¿Qué quería ese? —preguntó Ramsey.

La inspectora hizo un gesto de indiferencia a la vez que volvía a centrarse en la pantalla.

—Ha venido a pedir disculpas por su comportamiento el pasado día, cuando estuvo a punto de agredir a Jasper Price.

—¡Y una mierda! No juegues conmigo y dime la verdad.

—Bueno, si quieres que sea totalmente sincera, te diré que estoy investigando distintos robos de paquetes que se han producido a lo ancho y largo de Oak Valley y sí, también en Colorado Street. ¿Satisfecho, Ramsey?

No lo estaba. La comisaría de Oak Valley era su coto privado, así lo llevaba siendo los últimos treinta años y no le hacía ninguna gracia que una inspectora tachada de desequilibrada fuera por ahí haciendo y deshaciendo a su gusto.

Ramsey no contestó. Se alejó farfullando de la mesa de la inspectora mientras se pasaba la pelota de una mano a otra con fuerza.

Nora cerró el grifo de la ducha. El agua caliente, casi hirviendo, había llenado de vapor el cuarto de baño, empañando todo a su paso. Incluso respirar hondo resultaba incómodo, aunque ella insistía en cada bocanada. La sensación de angustia no se había desprendido de su pecho, persistía como una herida incapaz de curar.

Aún desnuda, caminó hacia el espejo, igualmente blanquecino por el vapor y donde su cuerpo no era más que una mancha. Arrastró la mano sobre el espejo y su figura fue definiéndose poco a poco. Así se quedó unos minutos, observándose como si se tratara de una desconocida.

Nunca había tenido problemas de peso, pero en esa ocasión se veía más delgada de lo normal, consumida por todo lo que les estaba ocurriendo. Las curvas de su cuerpo se habían transformado en amplificaciones de sus huesos, su tez era cetrina y en su melena habían aparecido las primeras canas.

—¿Quién eres? —susurró.

Justo en ese momento, escuchó el sonido sordo de la puerta de casa al cerrarse. Matt debía haber llegado del hospital. Jasper continuaba en pronóstico reservado. Landon y Evelyn lo habían acompañado, razón por la que Nora prefirió quedarse en casa.

Terminó de secarse totalmente abstraída, ajena a lo que estaba haciendo en ese momento. La conversación que había mantenido con Bryan el día anterior la mantenía en vilo y la había dejado más confundida todavía. A todo lo ocurrido tenía que sumarle la supuesta homosexualidad de Jasper y el hecho de que este le pidiera a su amigo esas pastillas para estimular la erección. Todo formaba parte de un cóctel extraño, de cosas que creía que nunca le tocaría experimentar de cerca.

Tras vestirse salió de su habitación y pasó frente a la de su hijo. Una lámpara, que permanecía encendida las veinticuatro horas del día, aportaba una luz cálida y tétrica al mismo tiempo. Si hacía un esfuerzo, Nora podía creer que nada había ocurrido y que su hijo estaba ahí mismo, tumbado en la cama y escuchando música en sus auriculares. Tal vez por esa cruel ilusión, se acercó a la puerta y la empujó levemente. La habitación estaba como Jasper la dejó: el tiempo se había detenido entre esas cuatro paredes.

Poco a poco, como si avanzara por una selva salvaje y peligrosa, Nora se acercó hasta la estantería. Allí, en la parte superior, metida en una de esas cajas, se encontraban las pastillas que Bryan le había entregado. Pese a todo, lo tenía como un buen chico, quizás un poco raro, pero nada del otro mundo. Era obvio que quería mucho a Jasper, sin embargo, y aunque agradecía su sinceridad, a Nora le costaba confiar del todo en sus palabras. No porque este no le hubiera contado la verdad, sino porque era su verdad más bien.

Este planteamiento aceleró los latidos de su corazón hasta tal punto que llegó a pensar que se

encontraba en la antesala del infarto. Levantó el brazo para alcanzar de nuevo la caja en la que había descubierto las pastillas. Bryan le había dicho que se las pidió antes de la desaparición de Ruby Morris. Eso no podía significar nada o podía significarlo todo. Su instinto le gritaba que había mucho más, que tras lo evidente se escondía una grotesca realidad que estaba a punto de absorberla.

Dejó las pastillas en su sitio y se centró en un antiguo cuaderno escolar de su hijo, debía ser del año pasado. Esbozó una sonrisa al ver el orden con el que Jasper redactaba sus apuntes. Todo estaba estructurado y medido, con la combinación de colores justa que hacía destacar las partes más importantes del texto sin aborrecer la vista. Solo sus faltas de ortografía rompían aquella redacción. Pese a que le gustaba leer y era buen estudiante, esos errores lo acompañaban siempre. Aunque a ella no le importaba, había oído que los grandes genios cometían errores o fallaban en cosas que para gran parte de la población eran evidentes. Simplemente, no se preocupaban por ellos.

—Volverá —dijo Matt desde el umbral. Nora se sobresaltó y la libreta cayó de sus manos.

—No sabía que estabas ahí —contestó. Temía que su marido la hubiera visto en el momento en el que comprobó si las pastillas seguían en su sitio.

—Te he visto entrar.

—No había entrado en su habitación desde antes de que sucediera. Quería comprobar si era capaz.

Matt asintió y dio un par de pasos hacia delante.

—Nuestro hijo es inocente —dijo Matt, que esperaba que Nora reafirmara sus palabras. Sin embargo, esta se mantuvo en silencio.

—Esto me está superando. Cada día que pasa es una vuelta de tuerca más; ya no sé lo que pensar.

—Tal vez esto te ayude. —Matt sacó de su bolsillo una hoja de papel doblada cuidadosamente.

—¿Qué es esto?

—Es la carta que dejó Jasper antes de dirigirse al puente. Te la tenía que haber entregado antes, pero quería que fuese lo menos traumático posible.

Nora, sin embargo, apenas escuchó las palabras de su marido. Este ya le había mencionado la carta cuando se encontraban en la sala de espera del hospital, pero la cantidad de analgésicos que le habían suministrado y la angustia del momento le habían hecho olvidarla por completo. La leyó allí mismo, derrumbándose poco a poco, experimentando cómo la herida fresca que dividía su alma en dos se abría de nuevo.

Espero que sepan perdonarme.

No sé quién tuvo la culpa ni tampoco sé por qué todo ha recaído sobre mí. Supongo que así es la vida. La abuela dice que siempre le pasan cosas malas a la gente buena. Yo no le he hecho nada a nadie y, sin embargo, me hacen sentir como un asesino, como alguien que tuviera que pagar por el simple hecho de ser quien soy. Todo lo que está sucediendo me está superando con creces.

¿Me hubiera sucedido todo esto si no hubiera sido un Price? Pienso que no, pero eso ya no importa. ¿De qué sirve pensar en que no sucedió? Tampoco tiene

sentido dar vueltas a la cuestión de que Ruby Morris me llamara esa maldita noche. ¿Por qué a mí? Ya no importa...

Estoy cansado. Nadie puede hacerse una idea de lo que estoy pasando. Es lo mejor para todos. No se puede vivir así. Soy inocente, pero no puedo soportarlo más.

Te he perdonado, mamá. Pese a lo que me hiciste delante de la abuela...

Para Nora fue devastador leer esas líneas, y más en la habitación de su hijo, donde le daba la sensación de que las palabras escritas alcanzaban un eco que trascendía el papel.

—Sé que es complicado —dijo Matt para consolarla. Ella asintió a la par que continuaba leyendo. Toda la carta oscilaba en torno a la muerte de Ruby Morris y cómo la presión asfixiante había terminado por vencerlo. No era muy extensa, no ocupaba más de una cara, pero tenía la extensión suficiente para hacer un breve repaso de sus sentimientos desde la noche en la que el capitán vino en su busca.

—¿Cómo no pudimos ver todo esto? Lo dejamos solo, Matt —soltó Nora, aunque todavía no había leído más que tres cuartos de la carta. A medida que continuó, leyó cómo Jasper describía la bofetada que recibió de ella como un punto de no retorno. En su mensaje dejaba claro que a partir de entonces se sintió sin fuerzas para seguir luchando.

Matt dibujó una mueca en sus labios al intuir que su esposa estaría leyendo esa parte de la carta, donde Jasper dejaba muy claro cuál había sido su último empujón hacia el puente McQueen. Nora, en cambio, se quedó mirando el papel, petrificada, sin que su cerebro fuera capaz de dar una respuesta lógica.

—Puedes quedarte la carta si quieres, es una copia. La policía tiene la original —explicó Matt antes de marcharse.

Nora leyó la carta por decimotercera vez. En cada ocasión el dolor era más intenso, más lacerante, pero de algún modo una parte de ella se sentía reconfortada de ser parte de ese sufrimiento; estaba convencida de que se lo merecía.

Pero si leer la carta se equiparaba para Nora a que pisotearan su corazón, el último párrafo, donde Jasper hacía hincapié en la bofetada que recibió de ella, le producía un dolor incapaz de medir, desolador.

Mi propia madre. ¿Por qué yo merecía algo así? ¿Qué he hecho yo? Se me hace muy difícil continuar. Sé que esto no mejorará, sino que irá a peor.

Se encontraba sola en su habitación. Landon y Matt estaban en el despacho, discutiendo acerca de las mejores clínicas de rehabilitación neurológica. Continuaban adelante y parecían querer arrastrar la vida consigo. Landon aseguraba que lo mejor era trasladarse a Los Ángeles, donde podría conseguir plaza para Jasper en una de las clínicas más exclusivas del país, a razón de unos cuantos miles de dólares por semana. El dinero no era problema para los Price, pero para Nora sí

lo era el hecho de que su hijo seguía en coma. Los largos hilos de la muerte seguían acariciando su cuerpo y para ella planificar un futuro más allá de un par de días le parecía tentar a la suerte.

Estaba dispuesta a comenzar de nuevo la carta, a leerla como si aún le faltara extraer parte de su mensaje, pero de repente, se quedó abstraída, mirando al vacío. «¿Realmente yo soy la culpable de la situación en la que se encuentra mi hijo?». Esa pregunta supuso una brisa de aire fresco. Era cierto, le había abofeteado, puede que incluso con todas sus fuerzas, pero hubo un motivo para ello: Jasper la empujó antes. Estuvo a punto de tirarla al suelo. Por tanto, la bofetada no fue un hecho aislado, sino una consecuencia. Su reacción no fue la correcta, pero desde su punto de vista no pudo ser tan determinante como aseguraba su hijo.

—No tiene sentido —susurró. De repente vinieron a su cabeza todos los hechos incongruentes que recordaba; sus constantes silencios. Se le vino a la cabeza la noche en la que Jasper regresó a casa cubierto de barro, la noche de las cervezas, la extraña conversación que había mantenido con Evelyn, las pastillas para la erección y la revelación de Bryan acerca de su supuesta homosexualidad. Sin embargo, centrada en recordar los días pasados, trajo a su memoria la publicación que mencionaba, en referencia a la muerte de Ruby, de que los estaban engañando a todos.

Esta compleja reflexión le aceleró el pulso. Algo no iba bien, pero no sabía el qué. Para no olvidar ni un solo detalle, apuntó todo en su teléfono móvil por orden cronológico. Mientras lo hacía, sus manos comenzaron a temblar, llegando incluso a tener que detenerse para respirar hondo. «¿Qué hago con todo esto?», pensó. Porque la realidad era que toda esa información era inútil si no la usaba. Pero sabía que preguntar a Matt y Landon por ello solo le causaría más problemas, además, estaba segura de que ambos desconocían lo referente a la sexualidad de Jasper. ¿Qué opciones tenía? En ese momento fue consciente de que estaba sola.

Buscó en la agenda de su teléfono y se esperanzó en encontrar una persona en la que confiar. Desechó la opción de Bryan, ya que no dejaba de ser un adolescente y podía resultar inestable. Terminó de anotar todo. En el último apunte rezaba lo siguiente: «5 de abril; se declara la muerte de Ruby Morris como accidental».

No conocía más datos del caso, a excepción del pésimo estado en el que había aparecido el cuerpo. Por un momento creyó estar jugando a los detectives, pero desechó rápido el pensamiento. No eran suposiciones suyas ni desvaríos causados por el estrés emocional de los últimos días. Debía estar satisfecha de que Jasper no guardara relación alguna con la muerte de Ruby, de que todos los fantasmas acerca de su posible implicación desaparecieran para siempre, pero experimentaba una ligera decepción. La pantalla de su teléfono mostró entonces el número del capitán y una luz se encendió en su cabeza.

Stephen Crew había intentado mantener una nueva conversación con su hijo, lo que indicaba que tenía sus dudas al respecto o confiaba en poder conseguir más información. Él sabía los problemas que los Price podría ocasionarle, pero aun así hizo el intento.

Casi sin darse cuenta, su dedo índice se posó sobre el nombre del capitán y el teléfono accionó de manera automática la llamada. En el silencio de la habitación, el sonido telemático de los tonos la puso muy nerviosa.

Stephen contestó la llamada sin saber quién era, pues era su móvil personal y no lo tenía registrado. Se encontraba en su despacho, bañado por la luz anaranjada de una lámpara. Los remordimientos por no haber llevado correctamente el caso de Ruby Morris se había convertido en una sensación muy incómoda.

Nora se mantuvo en silencio durante unos segundos. De nuevo, los hechos se habían precipitado y había perdido el control.

—¿Hola? ¿Hay alguien al otro lado? —demandó Stephen.

—Sí. Perdona, capitán —contestó por fin—. Soy Nora Price.

Hablaba en voz baja y esta se quebraba en algunas palabras.

—¿Sucede algo? —La voz de Stephen expresaba su sorpresa.

—Quería hablar con usted acerca de mi hijo.

—¿Cómo se encuentra Jasper? —preguntó Stephen.

—Los médicos dicen que hay muchas posibilidades de que se recupere, aunque tenemos que ser cautos.

—Es una buena noticia. Tuvo suerte de que hubiera testigos que pudieron avisar rápidamente a la ambulancia. De lo contrario...

—Quisiera hacerle una pregunta, capitán —interrumpió Nora.

—Adelante.

—Han cerrado el caso de Ruby Morris. Por lo que he podido escuchar, la joven pudo haber caído accidentalmente al río.

—Así es. Eso exonera de todo a su hijo. Puede estar tranquila en ese aspecto. —El capitán hablaba con sinceridad. En secreto, la inspectora Guzmán seguía indagando en el caso, pero este tenía pocas esperanzas de que pudiera llegar a buen puerto.

De repente, la presión se hizo insoportable en el pecho de Nora. Era como si su corazón no tuviera el espacio suficiente para latir.

—Era... era todo lo que necesitaba escuchar.

Y colgó.

El capitán soltó lentamente el teléfono sobre la mesa. El ceño fruncido reflejaba lo extraña que le había parecido la llamada que acababa de recibir de Nora Price.

Además, tenía un pálpito. Sus instintos más básicos de policía se habían despertado en aquel momento. ¿Para qué le había llamado? Estaba seguro de que Matt ya habría hablado largo y tendido con la oficina del sheriff. ¿Acaso no iban bien las cosas en el matrimonio Price? ¿No había comunicación entre ellos?

Stephen era consciente de que las evidencias apuntaban hacia otra dirección. Descolgó el

teléfono y pulsó la desviación 31. Apenas un segundo después sonó el teléfono de la inspectora Eva Guzmán.

—Detective Guzmán —respondió ella.

—Soy Stephen. Me acaba de llamar Nora Price. Tenía un tono de voz peculiar, no sé, si le digo la verdad parecía que quería decirme algo.

—¿Está seguro? —dijo Eva dando un ligero sobresalto.

—En un ochenta por ciento. La conversación no ha tenido ningún sentido. Quiero que la llames. Puede que tenga algo que contar.

—Ahora mismo.

—Bien. Por cierto, inspectora, ¿cómo ha ido la conversación con Aaron Morris?

Eva miró a un lado y a otro antes de contestar. No quería oídos indiscretos.

—Creo que el caso de Ruby Morris va mucho más allá de lo que pensamos en un principio. Es un resumen adecuado.

El capitán respiró hondo.

—En ese caso, siga insistiendo. Sé que dispone de recursos limitados y que está arriesgando mucho en todo esto, pero es la única que puede sacar la verdad a la luz.

Nora se sintió como una estúpida cuando finalizó la llamada con el capitán, ¿qué se supone que había intentado hacer? Por un momento, se imaginó a Matt, Landon y Evelyn recriminando su debilidad y su incapacidad de no empeorar las cosas.

—No tenías suficiente con provocar que tu hijo se intentara suicidar, no, ahora pretendes que lo arresten —le decía la Evelyn imaginaria de su cabeza, que no solía ser tan cruel como la real.

Seguramente, si los Price se enteraban de lo que acababa de hacer, eso le costaría su matrimonio con Matt, lo cual veía inevitable de todas formas. En el peor momento de su vida se había sentido marginada, alejada de las riendas que encaminaban su futuro y el de su hijo. Ese puesto lo había ocupado Landon, que a su vez había mantenido varios momentos a solas con Jasper. Las posibilidades que pasaron por su cabeza le dejaron más confusa todavía.

En el trance en el que se encontraba, el sonido del teléfono la pilló por sorpresa. Supuso que sería el capitán. Si la llamada que había hecho anteriormente la hubiera realizado con el caso aún abierto, podía haberse metido en problemas e incluso su hijo podía haber pagado las consecuencias. Sin embargo, no se trataba del capitán. No conocía el número que se reflejaba en la pantalla.

—¿Quién es? —preguntó con temor.

—Soy la detective Eva Guzmán. ¿Hablo con Nora Price?

Las consecuencias de su llamada no se habían hecho esperar.

—Así es. Sé que antes llamé al capitán, pero ya he solucionado todas mis dudas —dijo con urgencia, intentando finalizar la llamada cuanto antes.

—Eso es fantástico, señora Price, pero me gustaría hablar con usted. ¿Dispone de unos minutos? —No obstante, Eva sabía que debía seguir presionando. No concederle ni permitirle tiempo para pensar demasiado—. Tan solo me gustaría preguntarle acerca de sus dudas, ¿qué le preocupaba exactamente?

Nora dudó. Las palabras de la inspectora la habían arrinconado.

—Nada en concreto.

—Comprendo que son días muy complicados para usted y su familia.

—Me temo que sí.

—Por ello, si quiere compartir cualquier cosa conmigo, puede hacerlo. No tiene que salir de nosotras, ¿sabe a lo que me refiero?

Nora arqueó las cejas.

—¿Qué me está queriendo decir? —preguntó tratando de imprimir un tono de indignación a sus palabras que no consiguió.

—Es usted la que ha llamado al capitán, señora Price. Puede que sea usted la que tenga que decir algo.

—Mi única intención era asegurarme de que todo ha terminado y que puedo centrarme únicamente en la recuperación de mi hijo. Ha sido todo inspectora. ¡Gracias!

Cuando Nora colgó, Eva se quedó mirando el teléfono con una leve decepción. Sin embargo, era evidente que estaba confundida; por tanto, ella misma se había incluido como persona de interés en la investigación.

La reacción de Nora fue apagar su teléfono móvil y lanzarlo al otro lado de la habitación, como si este tuviera la culpa de lo que había ocurrido los últimos diez minutos. Después se asió la melena y comenzó a respirar más aceleradamente. ¿Qué había querido hacer exactamente? Estaba convencida; había perdido el juicio.

Desesperada, con la desorientación propia de quien se ha dejado vencer por los nervios, fue a buscar de nuevo su teléfono y lo prendió con impaciencia. No iba a llamar a nadie más, al menos no por el momento. En vez de eso, repasó de nuevo las notas de los hechos relacionados con la muerte de Ruby Morris.

Al leerlos de nuevo, la posibilidad de que estuviera loca se reducía a lo mínimo. La necesidad de actuar, de aclarar todas las dudas y descubrir la realidad tras ellas se había convertido en una necesidad, al igual que lo era respirar. Debía hacerlo; estaba dispuesta a asumir las consecuencias.

Llamar fue un gesto casi involuntario, una acción que provino de alguna neurona más rebelde que tenía más agallas que ella. Esto le causó una profunda indignación consigo misma. Su vida había sido una continua retirada, un repliegue hacia ninguna parte. Lo fue cuando dejó su trabajo a petición de Matt —sí, era camarera, pero era independiente— o cuando abandonó sus estudios. Lo último había sido la estúpida conversación que había mantenido tanto con el capitán como con la inspectora. Esa vez no tenía excusas: era una maldita cobarde.

Todo era confuso cuanto menos, pero Nora comenzaba a rechazar esas dudas; quería enfrentarse a ellas y vencerlas.

Su adrenalina se disparó. Necesitaba actuar, avanzar en aquel entramado. Bajó con las llaves del auto. Sin embargo, en los últimos peldaños de la escalera vio la figura de Evelyn junto al recibidor, como si hubiera adivinado sus intenciones.

—¡Nora, qué sorpresa! ¿A dónde vas con tanta prisa? —preguntó la anciana.

—Solo quiero despejarme. Daré una vuelta en el auto.

—¿Podría acompañarte? Me vendrá bien —dijo Evelyn con una agradable sonrisa que no ocultaba las intenciones.

—Lo siento mucho, Evelyn, pero me gustaría ir sola.

Evelyn quiso replicar, pero Nora avanzó tan rápido que no tuvo tiempo para reaccionar. Cuando al fin se percató de la negativa de su nuera, esta atravesaba el jardín.

—Espero que no hagas ninguna tontería —le gritó.

Nora ni siquiera se giró. Apretó más aún las llaves del auto y pensó a dónde demonios iba a dirigirse.

Aaron Morris rechazó beber una vez más, nada más llegar a casa después de hablar con la inspectora. Había brotado algo en su interior, era una sensación extraña, una especie de esperanza, una sensación de calidez que le hacía sentirse reconfortado; algo que, por cómo había transcurrido los últimos años de su vida, no estaba acostumbrado.

De hecho, por primera vez en mucho tiempo, al entrar en casa, sintió una sensación repulsiva por el desorden que reinaba y el olor rancio que dominaba el ambiente. Parecía haber despertado de un largo sueño. «Las horas de abstinencia», pensó, sin embargo, estaba convencido de que debía tratarse de otra cosa. De repente, estaba en medio del salón preguntándose cómo había podido vivir así.

Buscó una bolsa vacía y comenzó a llenarla de latas de cervezas, envases de patatas fritas, colillas y demás restos, todos en el mismo nivel nutritivo.

«Fue cuando murió Stella», pensó en silencio. Hacía mucho tiempo que no pensaba fríamente en lo que le ocurrió a su esposa. Ruby era un clon, una copia idéntica de su madre que acabó por consumir la poca fuerza de voluntad que le quedaba por entonces.

—No siempre fui un borracho —dijo en el silencio de la habitación, mientras sonreía con nostalgia.

Llevaba razón. Los vecinos de Oak Valley relacionan la muerte de Stella con el declive de Aaron. El paso del tiempo arrastra la memoria popular hacia el suceso más grandilocuente, como si se tratara de un embudo por donde el agua se viera obligada a caer. Pero no fue así. Aaron Morris no se dejó arrastrar por el alcohol el día después de la muerte de su esposa, ni siquiera al año siguiente. Vivió sumido en una depresión constante, pero lo dio todo por sacar a su hija adelante. Fue cuando esta creció, cuando su cuerpo y sus gestos, reflejos de los de su madre, comenzaron a torturar a Aaron. El pasado volvía a por él y lo castigaba mediante Ruby. Finalmente, la rebeldía intrínseca de la joven y la propia debilidad de Aaron lo hicieron desistir, dejándose arrastrar por el alcohol y relegando más todavía a su hija a que siguiera los pasos de su madre, tal y como ocurrió. Un círculo vicioso de final trágico para todos.

Con la bolsa a medio llenar, Aaron comenzó a llorar. Frente a sí tenía una fotografía en la que Stella tenía a Ruby en brazos, apenas recién nacida. Ahí lo tenía todo, pero tan solo diecisiete años después, lo había perdido. La casa, que había comprado como punto de partida de una vida próspera, se había convertido en una cueva, en un montón de desperdicios que eran el mejor símbolo de su vida.

Pero entonces, ocurrió algo que no esperaba: sonó el timbre.

Enseguida, todos los sentimientos y reflexiones llevadas a cabo segundos antes se habían esfumado. Con un brusco manotazo acabó por secarse las últimas lágrimas y se acercó a la

puerta. No esperaba visita, razón de su desconfianza.

—¿Quién es? —preguntó a varios metros de la puerta.

Hubo varios segundos de silencio. Por un momento pensó que debía tratarse de algún gracioso.

—Soy Nora Price. —Esas dos palabras estallaron en los oídos de Aaron. No podía ser cierto. Estaba tan desconcertado que fue incapaz de contestar o de moverse—. Comprendo que no quiera hablar conmigo, pero no estoy aquí para reprocharle nada. Solo quiero hablar.

La débil voz de Nora atravesaba la puerta con cierta dificultad, aunque Aaron podía escucharla sin mayores problemas. Puso la mano sobre el pomo de la puerta y abrió. Efectivamente, era Nora Price. Esta retrocedió un paso ante la presencia de Aaron, fornido y alto. Los Price eran por regla general delgados.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo Aaron con voz grave.

—Si le soy sincera, no sé muy bien qué estoy haciendo aquí, pero tengo muchas preguntas acerca de todo lo que está ocurriendo y he pensado que, no sé...

—Han cerrado el caso, señora Price. Su hijo, tanto si ha tenido algo que ver como si no, está libre. No me debe nada, ni yo a usted.

A Nora no le sorprendió el tono frío de Aaron. A decir verdad, lo esperaba mucho más inaccesible y afectado por algún tipo de sustancia. Pero eso no le importaba. Hizo el ridículo cuando llamó al capitán Crew, la cobardía se apoderó de ella entonces, pero no estaba dispuesta a que se repitiera frente a Aaron Morris. Si había aspectos confusos alrededor de la muerte de su hija, él tenía derecho a conocerlos, aunque eso significase poner de nuevo en riesgo a Jasper.

—Sé cosas que nadie más sabe. —Las palabras de Nora fueron como granizo en una noche de verano. Hasta el rostro de Aaron se transformó.

—¿De qué cosas está hablando?

Nora sintió cómo los latidos de su corazón oprimían su garganta. Una corbata invisible la asfixiaba. Era incapaz de articular una palabra.

—¿Señora Price? ¿Se encuentra bien?

Nora asintió pese a que su rostro tenía cada vez más un color purpúreo. Justo en ese momento, su cuerpo se desmoronó, aunque Aaron pudo alcanzarla a tiempo para evitar que cayera al suelo. «Maldita sea, ahora dirán que he asesinado a esta mujer», pensó mientras la llevaba en volandas hacia el interior de su casa. Lo último que quería era que alguien viera esa escena y le buscasen más problemas.

Llevó a Nora al sillón. Estaba semiinconsciente.

—¿Señora Price? ¿Hola?

Llamar a una ambulancia era sinónimo de tener que dar un sinfín de explicaciones y quizás —muy probable con los Price de por medio— pasar la noche en los calabozos de la comisaría de Oak Valley, pero tampoco estaba dispuesto a que esa mujer falleciese en su salón. Sacó su teléfono móvil y le lanzó una última mirada antes de llamar a emergencias. Fue tras marcar los dos primeros números, el nueve y el uno concretamente, cuando Nora comenzó a reaccionar. Las primeras bocanadas de aire le borraron el tono morado del rostro.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Aaron acercándose a ella, aunque manteniendo cierta distancia. La piel de Nora brillaba de sudor frío.

—Ha sido... hacía mucho tiempo que no sufría una crisis parecida. Son los nervios, no es nada —dijo ella mientras recuperaba el aliento.

—Puedo llamar un taxi para que la lleve al hospital.

—No, estoy bien. Son muchas cosas, demasiadas.

Aaron asintió preocupado. Una Price convaleciente en su casa era lo último que necesitaba. No obstante, antes de desmayarse le había asegurado conocer *cosas que nadie más sabía* y eso le era suficiente para darle otra oportunidad. Quizás todavía existía alguna posibilidad de averiguar qué le ocurrió a su hija.

—Sé que todo esto le parecerá muy extraño. Yo también lo vería así, pero no me ha quedado más remedio que hacer las cosas de esta manera.

—¿Qué es lo que quiere? —La paciencia de Aaron estaba llegando a su límite y el tono de voz lo reflejaba, lo que incrementó la presión que sentía Nora. Tenía muchas cosas que decirle, pero no sabía por dónde empezar.

—Mi hijo... ¿Sabía si Jasper y Ruby eran amigos?

En cualquier otra situación, Aaron ya la hubiera echado de su casa. Pero las promesas de la inspectora junto con esa inesperada visita le hacían creer realmente que había algo más allá de la versión oficial. El qué no lo sabía, pero era cuestión de tiempo.

—Jamás había oído hablar de su hijo hasta la noche en la que Stephen Crew se lo llevó a la estación para interrogarlo. El resto ya lo conoce usted. Fue la última llamada que hizo mi hija antes de desaparecer; no llamó a nadie más. Resulta complicado no pensar que su hijo sepa algo más de lo que le ocurrió, ¿verdad?

Nora agachó la mirada. Aaron tenía razón, una razón que pesaba toneladas sobre sus hombros. En ese instante le vino a la cabeza el recuerdo de Evelyn diciéndole: «Los jóvenes son impulsivos. ¿Crees que pudo tener algo que ver?».

—No tengo la verdad de lo que ocurrió, señor Morris, pero me gustaría llegar hasta ella, sea cual sea. Tanto por mi hijo como Ruby.

Aaron respiró hondo para controlarse. No soportaba que ningún Price pusiera el nombre de Ruby en sus labios.

—Mi hija no se suicidó, ni murió de forma accidental. La mataron y el culpable, tarde o temprano, pagará por ello.

Nora asintió en silencio.

—Cuando la recibí me dijo que sabía cosas, señora Price. ¿A qué se refería? ¿Están relacionadas con la muerte de mi hija? —preguntó Aaron con impaciencia.

Nora quiso armarse de valor y confesarle todo lo que sabía, pero de nuevo el miedo selló sus labios. Sus dudas levantaban un muro infranqueable a su alrededor. Sin embargo, se lo había dicho a Aaron y este estaba ansioso de escuchar esas *cosas*. Tenía que hablar.

—En los últimos días, he descubierto aspectos de la vida de mi hijo de los que no sospechaba siquiera. Consumía medicamentos sin prescripción —prefería referirse así a las pastillas que encontró; le era más sencillo y, sobre todo, menos doloroso— y hasta donde he podido saber tenía dudas respecto a su sexualidad. No sé si todo esto hubiera tenido importancia en la investigación, pero he creído que debería saberlo; no me pregunte el motivo porque no sabría qué contestarle.

Aaron observó a Nora como si esta hubiera perdido el juicio. Fue entonces cuando se percató de la debilidad de esa mujer y de la desesperación que la estaba consumiendo a cada segundo. Había perdido el rumbo por completo, lo que le ablandó un poco el corazón. Le resultaba imposible no empatizar con el dolor de Nora, que debía ser desgarrador. Solo eso podía explicar que hubiera decidido hacerle una visita.

—Criar a los hijos no es fácil. A veces olvidamos que son personas que escapan de nuestro control, que piensan de una forma y actúan en consecuencia.

—Dudo de todo, señor Morris. Hay momentos en los que me es complicado reconocer la

realidad, supongo que será el cansancio o los nervios. Desde que Jasper intentó suicidarse me pregunto qué sentido tiene todo esto.

Aaron torció los labios.

—Sé lo que ocurrió cuando llegué a la comisaría la noche que arrestaron a su hijo. Si no hubiera sido por la inspectora Guzmán se habría llevado un par de puñetazos. Pero, fríamente, estoy casi seguro de que su hijo no tuvo nada que ver en la muerte de Ruby.

La seguridad con la que pronunció aquellas palabras llamó la atención de Nora.

—¿Por qué?

No estaba muy seguro, pero Aaron creyó que esa información le vendría bien a Nora. Sacó su teléfono móvil del bolsillo y lo alzó levemente.

—Una mujer contactó conmigo después de que se confirmara el fallecimiento de mi hija. Aseguraba que, por lo que había oído del caso, ella también fue víctima de las personas que la asesinaron. Me dijo que ella tuvo la suerte de escapar.

—¿Quién es ella?

—No lo sé. No me dio mucha más información, pero supongo que esto exculparía a su hijo. Pues el hecho fue hace un par de años.

El rostro de Nora reflejaba su desconcierto. «¿Una mujer que había sufrido lo mismo que Ruby?». Sabiendo que su última llamada fue a Jasper, eso podía interpretarse de muchas maneras y algunas eran desconcertantes. Su corazón se volvió a acelerar.

—En fin, creo que lo mejor será que me vaya. Quiero pedirle disculpas también por las faltas de respeto hacia su hija, especialmente por parte de mi marido. No lo reconocerá jamás, pero creo que se ha pasado.

Evelyn Price contemplaba la calle desde el ventanal principal de la casa de su hijo Matt: eran los ojos de una reina posándose sobre sus dominios. El barrio de Newsand había sido en sus días el más exclusivo de Oak Valley, por no decir de todo el condado de San Diego. Allí habían tenido sus segundas o terceras residencias algunos actores de Hollywood, deportistas, empresarios que buscaban un lugar tranquilo en el que pudieran hacer cosas terrenales como sacar al perro o recoger el correo sin nadie que les pidiera autógrafos ni les fotografiara y vendiera la instantánea a la revista del corazón que más pagase.

Pocos sabían que el promotor de aquel barrio había sido William Price, el marido de Evelyn, cuya casa fue la primera que se levantó en esa zona del término de Oak Valley. Al percatarse de la oportunidad de convertir esa zona de bosque en una residencial, William Price se hipotecó hasta la coronilla para comprar todos los terrenos que años después darían forma al barrio de Newsand. La cosa le fue bien. La voz corrió entre gente pudiente y famosos, consiguiendo vender las tierras en un tiempo récord. Un golpe de suerte que salvó las maltrechas arcas de los Price tras años de decadencia y despilfarro.

Sin embargo, William quiso aprovecharse también de la situación cuando famosos y empresarios cambiaban el recóndito Oak Valley por Beverly Hills. Comenzaban a vender y estaban llegando personas que no eran tan adineradas al lugar. Por lo tanto, empleó toda su fortuna para adquirir parte de las colinas de Oak Valley, quería volver a atraer a los millonarios, con un paisaje en las alturas. No obstante, las cosas no le salieron tal y como esperaba. Le resultó imposible vender los terrenos, ya que todos prefirieron quedarse en la zona costera donde el invierno duraba poco más que un suspiro.

El nuevo comprador estándar de esa zona eran familias jóvenes con ingresos medios, por lo que, de a poco, comenzaron a demoler las grandes mansiones y dividir los terrenos en otros más pequeños con casas a un precio mucho más asequible. William Price falleció de un infarto al poco tiempo, momento en el que la cuenta familiar recibió un gran incentivo debido al seguro de vida.

Tras la muerte de su marido, Evelyn pensó que todo volvería a la normalidad, pero su asesor le aseguró que o vendía lo que quedaba o en un plazo de cinco años se quedaría sin un centavo, pues los impuestos derivados de las propiedades eran altísimos. Sin más opciones, se vio obligada a malvender los terrenos y, bajo su juicio, permitir que su ciudad se llenara de muchedumbre. Fue por esos años cuando su obsesión por el apellido Price alcanzó niveles insospechados. De alguna manera, quizás inconsciente, era la única forma que tenía para mantenerse a flote frente al descalabro económico que sufrió.

Por ello, Evelyn aborrecía todas esas familias que ocupaban un terreno que debía ser suyo.

Incluso la casa de Matt —el único Price que vivía en el barrio de Newsand— había sido usurpada por una vulgar camarera.

La desembocadura de sus pensamientos le provocó un hondo malestar que dibujó en el rostro. Por primera vez estaban siendo la comidilla del pueblo. Siempre habían mantenido los problemas en privado, incluso en ese momento tan complejo financieramente, donde casi todo saltó por los aires.

No obstante, ahora todos los ojos de Oak Valley estaban puestos en su familia. Las cosas estaban cambiando y ella no estaba dispuesta a tolerarlo.

De pronto vio aparecer el coche de Matt y su mueca se convirtió en una sonrisa. Se dirigió al sillón más cercano y se sentó con la espalda recta y las manos apoyadas sobre las rodillas. Mantenía tal tensión que el respaldo le era del todo inútil.

—Ya estoy en casa —dijo Matt al cerrar la puerta.

—Nora no está. —Fue el saludo de Evelyn.

Matt sintió un escalofrío al oír la voz de su madre y, sobre todo, la intención que escondían sus palabras.

—¿Dónde está?

Evelyn levantó las manos con la expresión de: «Tú deberías saberlo».

—Voy a llamarla —dijo Matt sacando el teléfono.

—Quería despejarse, Matt. Quise acompañarla, pero rechazó la invitación. Algo inaceptable. —Evelyn sentía que estaba perdiendo el control. Nora se le escapaba y no se sometía a sus controles.

Matt escuchó los tonos de llamada uno tras otro mientras su madre hablaba. No contestaba. Colgó y lo intentó de nuevo.

—No contesta. Mala señal —dijo Evelyn.

—¿No dijo a dónde fue?

—A despejarse, ya te lo he dicho. Eso sí, se fue en su coche.

Las palabras de Evelyn eran dardos que impactaban en la paciencia de su hijo, que se resquebrajaba poco a poco. Nora jamás había salido a “despejarse”, le era suficiente pasear por el jardín o pasarse un par de horas leyendo esas estúpidas novelas. Pensó que quizás la carta de despedida de Jasper le estaba afectando demasiado; al parecer no fue una buena idea entregársela.

—Contesta Nora... —susurró.

—Nora no está bien —continuó Evelyn—. Desde lo de Jasper se pasa el día encerrada con la carta en sus manos; solo Dios sabe cuántas veces la habrá leído.

Matt colgó de nuevo. Los incipientes nervios se habían convertido en un sudor frío. Tenía que llamar a Landon. Este apenas tardó un segundo en contestar.

—¿Qué ocurre? ¿Es Jasper? —contestó Landon.

—No. Sigue estable y recuperándose. Te llamaba por si sabes algo de Nora.

—¿Cómo que si sé algo de Nora? ¿A qué te refieres? ¿Se ha marchado?

—No lo sé, Landon. No tengo ni la menor idea de lo que está ocurriendo.

Luego de un par de horas, Nora aparcó su auto frente a la casa y apagó el motor. Aún le costaba creer que viniera de mantener una conversación con Aaron Morris. Se sentía sucia, como si hubiera traicionado a su hijo. Su marido le había exigido que no hiciera nada más para empeorar

las cosas, pero ella estaba segura de haber hecho todo lo contrario.

Bajó del auto y se dirigió hacia la puerta de casa. Observó con cierta decepción la luz amarillenta que atravesaba las ventanas, señal de que seguramente la estarían esperando. Evelyn insistió en acompañarla y ella se negó rotundamente, acción cuyas consecuencias iba a sufrir en cuestión de segundos.

Cuando entró en casa vio el resplandor del televisor destacar en la oscuridad del salón. Pensó que Matt y Evelyn estarían allí, por lo que se dirigió tranquilamente hacia la escalera. Sin embargo, Matt surgió desde el otro lado, desde el pasillo que conducía hasta la cocina.

—Ni siquiera saludas al llegar —dijo Matt con una presencia fantasmal. Había aparecido de la oscuridad del pasillo. La estaba esperando.

—Pensaba que estabas arriba.

—¿Dónde has estado, Nora?

En ese momento, Evelyn surgió a la espalda de Nora, silenciosa como una serpiente. Nora no se percató de su presencia.

—Necesitaba despejarme. Se lo dije a tu madre antes.

—No sé cuántas veces te he llamado al móvil. Podrías haber contestado.

Nora buscó una excusa con urgencia. Había escuchado todas y cada una de las llamadas, pero las había silenciado mientras conversaba con Aaron.

—Podría haber tenido noticias de Jasper —insistió Matt— y tú estabas por ahí...

—¿Qué estás insinuando, Matt?

—Dímelo tú. ¿Dónde has estado?

—Paseando sin más en el auto, yendo de un lado a otro. ¿Estás contento?

—¿Cómo puedes hablarle así a Matt? —irrumpió Evelyn causando que Nora se sobresaltara—. Estamos viviendo unos días terribles, pero a ti no parece importarte. ¿Por qué no me has dejado acompañarte? Intentamos apoyarte, pero no haces más que comportarte como una extraña.

Nora se giró y la miró con rabia. A punto estuvo de gritar que había estado en la casa de los Morris y que la razón que la había llevado a tomar esa decisión era la cantidad de puntos oscuros que había en todo lo relacionado con Jasper y Ruby. Pero ¿de qué serviría? Lo único que conseguiría sería complicar la situación.

—No sé lo que te está pasando, Nora. Intento ponerme en tu lugar, pero me es imposible.

—¿Mi lugar, Matt? Has leído la carta que dejó Jasper, ¿verdad? ¿Cómo crees que me siento?

—Eres una egoísta, Nora. Jasper no es solo tu hijo...

—¡Es suficiente! —gritó Nora—. ¡No puedo soportarlo más!

—¿A dónde vas? —dijo Matt cuando su esposa se dirigió a la puerta.

—¡Quiero estar sola!

—Vuelve a huir, Matt. Es lo único que sabe hacer.

Matt fue tras ella, pero se detuvo pasado el umbral de la puerta, convencido de que no podría detener a su esposa. La observó hasta que el coche de Nora desapareció al final de la calle.

Las lágrimas le caían por el rostro y salían disparadas cuando pasaban por sus labios. Estaba tan alterada, que respirar le resultaba complicado. Dejó atrás el barrio de Newsand y condujo sin rumbo por Oak Valley. Los nervios no le dejaban pensar con claridad.

Sin darse cuenta sacó el teléfono móvil y llamó al hospital. Hacía horas que no sabía nada de Jasper. Landon había utilizado sus contactos para establecer una línea directa con el hospital, quedando ese teléfono abierto veinticuatro horas para que pudieran saber de Jasper en cualquier momento. Algo positivo de pertenecer a la familia.

—La situación de su hijo continúa estable. Hoy hemos reducido la sedación para comprobar el nivel de la actividad cerebral. Los resultados han sido positivos, no obstante, hay que esperar a los próximos días para confirmar la tendencia.

Las palabras de la enfermera consiguieron calmar un poco a Nora. Su única intención era descubrir la verdad, aclarar todos esos puntos dudosos que había en el caso. El que hubiera otra mujer que hubiera sufrido lo mismo que Ruby le transmitía seguridad, al igual que las redes que sitúan bajo los equilibristas. Si la existencia de esa mujer implicaba que Jasper era inocente de su muerte, podría tomar más riesgos.

Poco a poco se estaba calmando. Era tarde, quizás demasiado para estar dando vueltas sin destino. Pensó a dónde dirigirse y se acordó de la cafetería donde trabajaba. El negocio había cambiado mucho desde entonces y tanto el dueño como los empleados ya no eran los mismos.

Tardó pocos minutos en llegar. Tan solo había un par de clientes repartidos en las mesas como si se trataran de estatuas. El televisor que había sobre la barra mostraba el canal de noticias con la habitual cascada de información que mermaban el optimismo de los televidentes. Nora se sentó en la mesa más apartada y pidió un café; ya tenía claro que no pegaría ojo esa noche.

Sacó el teléfono móvil y apuntó lo que le había comentado Aaron Morris: la existencia de esa mujer que decía haber sufrido lo mismo que Ruby. Cuando terminó de actualizar su informe particular, buscó entretenimiento en las redes sociales, ya con el café sobre la mesa.

Fue entonces cuando se percató de que había sucedido algo lamentable. Un vídeo comenzó a circular en las redes.

En el otro lado de la ciudad, Stacy Crapton sonreía sinceramente por primera vez en muchos días. Si la supuesta relación de Jasper con Ruby le había afectado, el que intentara suicidarse le había devastado. Sin embargo, esa noche estaba feliz, sentía que estaba ayudando de alguna manera a Jasper.

Desde su infancia lo había idealizado. El paso de los años había convertido ese cariño en una obsesión que iba mucho más allá. Había intentado salir con él en varias ocasiones, pero en todas fue rechazada. Sin embargo, ella sola se convencía de que la negativa constante de Jasper no significaba que ella no le gustara, sino que él esperaba el momento idóneo. ¿Cuándo sería esto? Cuando él quisiera, ella estaba dispuesta a aceptar esa condición y a ser todo lo paciente que hiciera falta.

Por ello, cuando salió a la luz la supuesta llamada de Ruby a Jasper la noche en la que esta desapareció, Stacy sufrió un ataque de celos. Su reacción fue la de atacar a Ruby en todas las redes sociales a través de perfiles falsos, donde su identidad quedaba a salvo. Pero el intento de suicidio de Jasper requería medidas más extraordinarias, por nada del mundo quería que todos pensaran que existía una relación entre Jasper y Ruby. Ella, Stacy Crapton, era quien iba a pasar el resto de su vida junto a Jasper y estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para ello.

Por eso sonreía, porque había encontrado la manera de acabar de una vez con el recuerdo de esa joven drogadicta, de esa desvergonzada de Ruby Morris. Sí, lo tenía en su mano. Puso el dedo sobre la pantalla; ya no había vuelta a atrás. Todos en Oak Valley iban a descubrir cómo era Ruby Morris en realidad, lo iban a ver con sus propios ojos a través del video que se haría viral en cuestión de minutos.

—Yo cuidaré de ti, Jasper. Nadie más volverá a hacerte daño.

El turno de Eva Guzmán había terminado desde hacía más de una hora, pero ella seguía sentada frente a la computadora. Los agentes del turno de noche, que eran menos de la mitad que de los de la mañana, hacían cuenta de la cafetera y preparaban el televisor para matar las horas de aburrimiento. Las noches de Oak Valley eran sinónimo de tranquilidad, por lo menos hasta que llegara las noches de verano, en la que algún turista problemático podía acabar durmiendo en el calabozo.

Mientras tanto, el trabajo de los agentes del turno de noche solía consistir en pasar informes, realizar patrullas de reconocimiento alrededor de la ciudad —que eran más bien para justificar gastos— o montar un control de alcoholemia cerca de los bares de carretera.

—¿No tiene sueño, inspectora? —preguntó Dawson, un joven agente recién salido de la academia y que contaba los días para marcharse de un lugar tan aburrido como Oak Valley.

—No es bueno dormir tanto —dijo Eva. Dawson era simpático y estaba revestido con un aura de inocencia, señal de que todavía no se había adentrado en los aspectos más desagradables de la condición humana. Eva, por el contrario, lo había hecho en bastantes ocasiones.

—Creo que la falta de sueño es peor —insistió el agente.

—Estoy ocupada, Dawson. Si no te importa...

El joven asintió con una ligera vergüenza y se alejó para otorgar a la inspectora la tranquilidad que demandaba. Ella fue consciente de la brusquedad de sus palabras, pero el cansancio y la ausencia de avances en el caso de Ruby agriaban más todavía su carácter.

Cuando recuperó la concentración, reflexionó acerca de la mujer que se había puesto en contacto con Aaron Morris. Le llamaba mucho la atención que fuera capaz de afirmar que había pasado por lo mismo que Ruby sin apenas tener información al respecto. Es por eso que se centró en anotar cómo fluyó la información desde que se descubrió el cuerpo de Ruby.

—Hallada en el río Santo —susurró mientras escribía la frase en la hoja. No tenía manera de averiguar si esa mujer tenía un acceso privilegiado o algún tipo de informante. Eva supuso que no debía ser así y continuó. Era arriesgado armar una línea de investigación sobre una suposición, pero no le quedaba más remedio.

—Estado de descomposición muy avanzado. Aparte de unos pocos tejidos, el cuerpo de Ruby Morris estaba irreconocible. La fractura en la parte trasera del cráneo era lo único que podía revelar qué le ocurrió.

Esta era la información que circulaba por los periódicos cuando esa mujer contactó con Aaron Morris, por lo que uno de esos datos debía tener un nexo de unión con ella. «¿Río Santo?» El río nacía en las montañas que había más al este de Oak Valley y su caudal era fruto casi por completo del deshielo. Buscó en la computadora un mapa de la zona y siguió el curso del río con

la punta de un bolígrafo. Después abrió un documento donde se mostraba los patrones de búsqueda llevada a cabo tanto por los agentes como por los grupos de voluntarios y los comparó. Había una amplia zona más alejada a Oak Valley que había quedado fuera de la búsqueda. Un sector de bosque denso que era atravesado por un antiguo sendero forestal, ya en desuso y casi devorado por la naturaleza.

—¿Cómo pudieron ser tan inútiles? —farfulló la inspectora.

Después buscó casos que pudieran asimilarse a que le ocurrió a Ruby: secuestro, violación, agresión... Un amplio rango que arrastró atrás en el tiempo todo lo que pudo. Las agresiones sexuales en Oak Valley podían contarse con los dedos de una mano, aunque los informes de cada investigación no eran muy extensos. En la mayoría se hacía especial hincapié en ciertas sustancias que las víctimas había consumido o en el hecho de haber estado en la calle a altas horas de la madrugada. De todas las víctimas, tres fueron halladas sin vida, otra falleció al cabo de unos años en un accidente de tráfico y otra se marchó de Oak Valley al poco tiempo de denunciar la agresión, cerrándose el caso como falsa denuncia. Los cargos se retiraron poco después.

—Sarah Melway.

Así se llamaba la mujer que huyó de Oak Valley, pero apenas había más información al respecto. Los pocos datos que describen los pormenores del caso la definen como una chica con problemas con las drogas. Prácticamente, un calco de Ruby Morris.

De repente, como si se tratara de un acto reflejo, descolgó el teléfono y se lo pegó a la oreja. Marcó el número personal de Stephen Crew, el cual se había marchado hacía más de una hora.

—¿Qué sucede?

—Sarah Melway —dijo la inspectora asegurándose de que nadie más la escuchaba.

—¿Quién es Sarah Melway? —preguntó el capitán.

—Una joven que fue agredida hace años, aquí, en Oak Valley. Denunció que habían abusado de ella, pero se marchó de la ciudad sin previo aviso. Creo que es la mujer que está hablando con Aaron Morris, la que asegura haber sufrido lo mismo que Ruby.

—¿Qué le hace pensar algo así?

—Vamos, Stephen. En los informes describen a la joven poco más que como una drogadicta. Le dieron más importancia al hecho de que consumiera marihuana que a la propia agresión. La equivalencia con Ruby Morris es notable.

—Esa chica, ¿dónde se encuentra ahora?

—Estoy buscando en los registros del sistema, pero no hay ni rastro de ella. Hablaré con Aaron. Tal vez si le aprieta las cuerdas a esa mujer conseguimos que hable.

El capitán esperó unos segundos antes de contestar.

—¿Quién llevó el caso de Sarah Melway? Debe aparecer el nombre del agente que encabezaba la investigación. ¿Quién era?

Eva dobló el cuello y apretó el teléfono contra su hombro para tener libres las manos. Sus dedos volaron sobre el teclado.

—Teniente John Ramsey. Tiene que ser una broma. No creo que tenga dos neuronas dentro de la cabeza.

—Ahora no vale de nada lamentarse. Enfóquese en esa mujer. Yo hablaré con Ramsey para que me cuente todo lo que recuerde del caso. Mientras tanto, siga siendo discreta. Tal vez tengamos una oportunidad para averiguar lo que le ocurrió a Ruby Morris. No la cagues.

El capitán Crew miró el reloj que había sobre la mesilla. Las agujas marcaban las diez y media de la noche. Por eso dudaba de llamar a John Ramsey. Según le había comentado, esa noche retransmitían un partido entre los Toronto Blues y los Mets.

El descubrimiento de la inspectora no implicaba nada, ya que el caso había sido cerrado. Además, sabía que el mero hecho de preguntarle a Ramsey por un caso tan antiguo como el de Sarah Melway provocaría que el agente lo acribillara a preguntas. Pero se sentía en la obligación de hacerlo, era una deuda que había contraído consigo mismo.

—¿Stephen? —dijo Ramsey—. Si los del sindicato descubrieran que mi superior me telefonea fuera del horario del servicio, te caería una buena.

—Confío en tu discreción.

—Ya lo veo. ¿En qué puedo ayudarle, jefe? —preguntó sarcástico.

Llegaba el momento más complicado.

—Quería hacerte una pregunta. Es una tontería, pero si no recuerdo mal tú estabas a la cabeza de una investigación.

Si Stephen hubiese tenido la oportunidad de ver la reacción de John Ramsey, habría visto como el agente se incorporaba bruscamente, dejando caer al suelo la bolsa de patatas fritas que segundos antes descansaba sobre su barriga.

—¿De qué caso se trata?

Su tono de voz era el mismo, pero en su rostro se dibujaba una mueca inexpresiva.

—Se trata de Sarah Melway, ¿la recuerdas?

—Vagamente. ¿No puedes decirme nada más?

—Era una joven que denunció una agresión, pero se marchó de Oak Valley antes de que ni siquiera pudiera ponerse en marcha la investigación. Levantaste cargos contra ella por falso testimonio, pero la cosa no fue a más.

—Ah, Melway, sí. Fue hace muchos años. ¿Qué ocurre con esa mujer? ¿Ha vuelto a aparecer por Oak Valley?

—No que sepamos. Simplemente he recordado que se trataba de un caso similar al de Ruby Morris. Creo que lo hemos pasado por alto, ¿cuál es tu opinión?

Al otro lado del teléfono sonó una carcajada difusa.

—¿Me lo dices en serio? Lo único que podemos extrapolar de ambos casos es que las dos jóvenes no eran un ejemplo de civismo y que pagaron las consecuencias de un estilo de vida nada recomendable para una adolescente.

—Ya.

—No entiendo esto, Stephen. ¿A qué viene sacar ahora el caso de Sarah Melway? Ya han cerrado el caso de Ruby Morris.

Stephen reflexionó durante unos segundos. No estaba seguro de lo que estaba haciendo, pero sí tenía muy claro qué pretendía conseguir. «A veces la única manera de conseguir manzanas es agitando las ramas».

—Que quede entre nosotros, John.

—Puedes estar seguro de ello. Ahora habla —pidió Ramsey

—Es posible que Sarah Melway haya regresado a Oak Valley —mintió el capitán.

La discusión con Nora obligó a Matt a ingerir un par de calmantes y un trago de whisky. No lo advertía, pero las mismas pastillas que tomaba desde hacía semanas y que le servían para alcanzar un sueño más o menos decente, ya no le hacían más que procurarle una breve sensación de alivio. Conseguía las recetas mediante Landon, que tampoco parecía advertir el consumo exacerbado que había alcanzado su hermano.

Al entrar en la nebulosa de calma producida por los calmantes y el alcohol, creyó que sería una buena idea ir en busca de su esposa. Le dijo a su madre que no tardaría y se marchó en el coche. Evelyn lo espoleó diciéndole que ya era hora de que controlara a Nora. Al cabo de unos quince minutos, la idea de enfrentarse de nuevo a su esposa le pareció la peor del mundo, optando por dirigirse a su oficina, donde seguro estaría tranquilo. Allí podría entretenerse adelantando un poco de trabajo o buscando nuevas oportunidades de inversión en granjas del Medio Oeste. O también podría relajarse con un par de tranquilizantes más.

Con ese reconfortante pensamiento condujo hasta su oficina. Una vez estacionó el auto y apagó el motor, permaneció unos segundos sentado en el interior. El efecto de los barbitúricos lo alejó de Oak Valley e incluso del mundo, todo era calma a su alrededor. La repentina somnolencia convirtió sus párpados en dos pesadas hojas de plomo difícil de sostener. Apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. Los problemas carecían de importancia en aquel estado.

Por ese motivo no se percató de la furgoneta que se dirigía hacia él. Cuando el rugido del motor lo despertó, ya era demasiado tarde. La camioneta impactó con el parachoques trasero del auto de Matt, que salió despedido antes de impactar contra el volante. Un pequeño crujido llenó de dolor su nariz y un chorro de sangre cayó sobre sus perneras.

—¡Mierda!

Quiso girarse rápidamente para ver qué había sucedido, pero un intenso dolor en el cuello le hizo retorcerse. No le dio tiempo a más. Una sombra se situó junto a la puerta y rompió el cristal con un puñetazo.

—¡No tengo dinero! —gritó Matt, aunque eso no detuvo al agresor, que golpeó el rostro de Matt varias veces antes de abrir la puerta, sujetarle por la camisa y tirarlo al suelo como si se tratara de un peluche. Matt intentó levantarse rápidamente, pero una patada en las costillas le hizo estremecerse contra el asfalto. La oscuridad del estacionamiento y su propia sangre salpicada por los ojos le impedía ver.

—¿De dónde sacaste el vídeo? —Era la voz de un hombre, pero los oídos de Matt pitaban a causa de los golpes. Por supuesto, no tenía la menor idea de a qué se refería. Él no sabía nada de ningún vídeo. Con mucho esfuerzo se puso de rodillas. Tenía el rostro ensangrentado y la nariz

retorcida de una manera imposible. Pero ese breve respiro por parte de su agresor le dio la oportunidad de identificarlo.

—Aaron Morris.

En efecto, el padre de Ruby estaba enfrente de él. Tenía el rostro encendido y sus poderosos puños apretados, preparado para golpear de nuevo.

—¿Creías que ibas a salirte con la tuya? Tu puto apellido no te valdrá de nada.

Matt levantó las manos para protegerse.

—No es lo que piensas —balbuceó. También se había llevado un fuerte golpe en los labios.

—¿Y qué es lo que pienso? —dijo Aaron levantando a Matt, sacudiendo su cuerpo y dejando su cara a la misma altura que la suya. Para sorpresa de Aaron, Matt le dio una patada en la entrepierna que lo dejó extenuado durante unos segundos. Quiso escapar, pero estaba aturdido. Se incorporó y trató de alejarse de Aaron, pero este lo alcanzó y lo derribó de un empujón.

—No eres más que un cobarde.

Matt creía que era el final, que Aaron lo mataría a golpes. Pero justo en ese momento, el sonido de sirenas llegó a sus oídos. Venían desde el fondo de la calle. La policía venía en camino. Aaron lo advirtió y se montó a toda prisa en el auto, pero ni siquiera le dio tiempo a arrancar el motor cuando varios autos de la policía le habían cortado el paso.

—¡Alto! ¡No se mueva!

Aaron, consciente del error que había cometido, comenzó a golpear el volante con furia. Mientras tanto, Matt se arrastraba por el suelo. Rápidamente, los agentes rodearon el vehículo, pistolas en mano. El padre de Ruby no opuso resistencia.

—¡Aaron! —Era la inspectora Guzmán.

—¿Por qué siguen persiguiendo a mi hija? —gritó Aaron mientras lo esposaban sobre el capó. Otros agentes se encargaban de auxiliar a Matt. Estaban llamando a la ambulancia.

—Un momento —dijo Eva—. Aaron, ¿qué has hecho?

—El vídeo de Ruby. Los Price lo han colgado en internet.

La inspectora sabía a lo que se refería. Hacía cosa de una hora, un vídeo de Ruby Morris había sido subido a varias redes sociales, extendiéndose por toda la ciudad. En la grabación podía verse a la joven en una fiesta, con un cigarrillo de marihuana en una mano y una cerveza en la otra. Estaba recostada en un sofá, entre varios jóvenes que la manoseaban sin ningún reparo. Quien subió el vídeo se había encargado de ocultar el rostro de los jóvenes para que solo Ruby fuera la protagonista. Lo había conseguido.

—¡Han sido ellos! ¡Los Price! —insistió Aaron. Eva comprendía cómo debía sentirse, pero no tenía sentido alguno que los Price estuvieran detrás de aquello. El caso se había cerrado.

—¡Tranquilízate, Aaron! Si no te calmas no podré ayudarte.

—De momento se viene a comisaría —dijo uno de los agentes mientras señalaba al maltrecho Matt Price. Eva observó su lamentable estado.

—Déjame hablar con Aaron antes de llevártelo a la comisaría —pidió Eva.

El agente no parecía muy convencido, pero una mirada de la inspectora fue suficiente.

—Mi teléfono está en el auto. Cójalo e intente conectar con esa mujer —dijo Aaron en un susurro. Solo la inspectora podría ayudarlo.

Eva miró hacia el auto con disimulo. La norma establecía que todas las pertenencias del arrestado quedaban en custodia desde ese momento, lo que implicaba que el teléfono no podría manipularse hasta que se formalizara el arresto y los cargos que seguramente iban a caer sobre Aaron.

—Sarah Melway, ¿la conoces? —dijo Eva casi sin mover los labios.

Aaron torció el gesto.

—Creo que nunca antes he oído hablar de ella. ¿Quién es?

Eva observó a los agentes y a Matt, que se había incorporado y la observaba con fijación.

—Haré lo que me has pedido. Hablaremos en la comisaría.

El capitán Stephen Crew llegó a comisaría cerca de la medianoche. En ese momento, Aaron Morris ya estaba en el calabozo. La inspectora Guzmán estaba en su mesa. Levantó la cabeza cuando llegó su superior y se saludaron con gesto sutil. Por su parte, John Ramsey también se encontraba allí. Había llegado justo en el momento en el que procedían al arresto de Aaron Morris, por lo que se enteró de lo que estaba ocurriendo allí mismo. Vestía de civil, con unos tejanos gastados y una camisa abierta a la altura del pecho. Iba de un lado hacia otro, atravesando a todos con su mirada.

Stephen se preocupó en primer lugar por el estado de salud de Matt Price. Le habían quebrado la nariz y un par de costillas, el resto eran heridas superficiales. En ese momento se encontraba en el hospital, acompañado de Landon, Evelyn y Nora.

—Quiero saber quién ha subido el maldito vídeo. Recurran a quien sea —gritó el capitán en la puerta de su despacho.

—Tengo que hablar contigo —dijo Ramsey.

El capitán miró el reloj que coronaba el vestíbulo.

—¿Qué haces aquí? No estás de servicio hasta mañana a primera hora.

—La situación se está complicando un poco, ¿no te parece?

Pasaron al interior del despacho. Stephen observó a Ramsey. Así vestido resaltaba más todavía su prominente barriga.

—¿Qué quieres? —preguntó el capitán.

—Estoy confuso, Stephen. ¿A qué viene eso de Sarah Melway?

El capitán asintió en silencio mientras fingía poner orden sobre su mesa. Le sorprendió —y no de manera grata— que John Ramsey estuviera más preocupado por un caso de hace más de tres años que por lo que había ocurrido esa misma noche.

—He oído rumores, gente que dice que la joven ha podido regresar debido a lo ocurrido con Ruby Morris. Por eso te pregunté. Nada más. Ahora dime, ¿has visto ese vídeo?

—Es difícil que alguien en Oak Valley no lo haya visto. No entiendo mucho de esas cosas, pero lleva miles de reproducciones.

Stephen se asió el rostro. Todavía se sentía un poco aletargado. Hacía veinte minutos se encontraba en el sofá, en pijama y con planes de adormecerse con alguna película.

—Matt Price ha tenido suerte de que Aaron Morris le embistiera con el auto. Eso alertó a los vecinos y llamaron a la policía. De no ser así hubiera ocurrido una desgracia.

Mientras hablaba, el agente Ramsey se acercó a la cristalera que conformaban las paredes del despacho. A través de ella observó a Eva Guzmán.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Stephen? No te lo tomes a mal.

—Dime.

—¿Qué te traes con la inspectora chiflada?

—¿A qué te refieres? —dijo el capitán sin levantar la cabeza de los papeles que iba moviendo por la mesa.

—Eso tienes que decírmelo tú. Llevo varios días observándola. No me trago que esté

dedicando tanto tiempo a esa mierda de los robos de los paquetes.

—Es lo que está haciendo, John. Es abnegada e incluso presenta cierta obsesión por su trabajo. Nada que deba preocuparte —respondió el capitán intentando quitarle importancia, mientras apilaba varios documentos. John Ramsey estaba visiblemente enojado.

—Cualquiera vería que se está metiendo donde no debe. Estás siendo demasiado blando con ella. Pronto te van a agarrar de las pelotas, cuando haga una cagada como la de Los Ángeles.

—No seas paranoico, John. ¿Por qué te sientes intimidado por una cría? No va a venir a quitarte tu lugar —intentó tranquilizarlo Stephen.

—No sería nada nuevo —apuntó John sarcástico—. Ya debería estar acostumbrado a que me quiten el lugar. ¿No es cierto... jefe?

Stephen levantó la mirada para detenerla en el rostro de Ramsey. Nunca le había mencionado nada al respecto, pero ahí estaba una espina que sabía que John llevaba hacía casi quince años. Cuando sorpresivamente él fue nombrado jefe de la estación y no Ramsey, que llevaba más casos importantes a cuestas y gozaba de cierto prestigio entre los policías de entonces. Si bien, sus formas nunca fueron las más recomendadas, lo natural hubiese sido que él asumiera el cargo, pero el rescate de la pequeña Ruby Morris fue lo que situó a Stephen en la mejor posición. Fue algo ajeno a él, ya que jamás solicitó el ascenso.

Stephen caminó hasta la puerta y la abrió sin decir nada, invitándolo a salir.

—Vamos, no te lo tomes a mal, pero parece que quieres salvar dos veces a la misma niña. Ruby Morris está muerta y el caso cerrado. La primera vez fuiste un héroe, ahora estás tomando malas decisiones al darle tanto espacio a la chiflada —dijo Ramsey sonriendo.

—Fuera —pidió el capitán casi en un susurro.

John Ramsey alzó las manos para dejar claro que se largaba y salió del despacho.

Cuando Stephen se quedó a solas, sacó su teléfono móvil y vio que había recibido un mensaje. Era de Eva Guzman:

Tengo el teléfono de Aaron Morris. Voy a intentar contactar con la mujer. Borra este mensaje en cuanto lo leas.

La agresión de Aaron Morris a Matt Price se había propagado casi con la misma velocidad que el vídeo de Ruby Morris, lo que provocó que Stacy Crapton no estuviera del todo satisfecha por el resultado. Por un lado, estaba convencida de haber mostrado la verdadera cara de Ruby, pero por otro había causado que todo el tema salpicara a los Price. Además, el vídeo había provocado que muchas personas que antes criticaban a Ruby comenzaran a defenderla; incluso había una persona que aseguraba que la joven no falleció de muerte accidental. En otros términos, si escuchara, aunque fuera por un segundo, la parte más racional de su conciencia, esta le diría que se había pasado de la raya.

Afortunadamente, nadie hizo la mínima insinuación de que hubiese sido ella la que subió el vídeo. O eso creía cuando Bryan Smitter la llamó por teléfono. Jasper era quien actuaba como nexo entre ellos dos, aunque no se consideraban amigos. En el fondo compartían un deseo de exclusividad sobre Jasper, razón por la que mantenían una relación difusa y extraña; eran rivales.

—Me llamas por lo del vídeo, ¿verdad? ¿Estuvimos en esa fiesta? Todavía no me lo creo.

—Eres una rastrera, Stacy. ¿Cómo has podido hacer algo así?

—¿Perdona? No sé de qué me estás hablando.

—¡Estás perdida, Stacy!

La afirmación de Bryan y el hecho de que gritara, inusual en él, causó impresión en la joven, aunque estaba decidida a defender su inocencia.

—Yo no he sido.

—Sé que odiabas a Ruby —le recriminó Bryan.

—¿A ti te caía bien? Solo Jasper hablaba con ella de vez en cuando y después ella comenzó a acosarlo y mira cómo está, en coma en el hospital y todo porque esa bruja lo llamó antes de caerse al río. Espero que con el vídeo haya quedado claro cómo era Ruby realmente; era una persona tóxica, Bryan.

—Estás como una cabra.

—No te permito que me hables así. No he hecho nada.

—¿De verdad, Stacy? ¿Crees que la policía no podrá rastrear desde qué dispositivo se subió el vídeo? Pueden tardar un par de días, o quizás semanas, pero lo descubrirán. ¿Eres inocente? Genial, no tienes de qué preocuparte. ¡Que duermas bien!

La sonrisa que Stacy mantenía hasta ese momento se fue diluyendo, poco a poco, mientras asimilaba las palabras de Bryan. ¿Rastrear el dispositivo? Eso no le gustaba en absoluto. Rápidamente, eliminó todas las cuentas y borró cualquier rastro que pudiera tener en su teléfono.

Bryan no necesitaba que Stacy se lo confirmara. Sabía que ella había subido el vídeo. Desde que la desaparición de Ruby se hiciera oficial, Stacy la atacó abiertamente, pero nada comparado

con su actitud después de que Jasper fuera llevado a comisaría. A partir de ahí, Stacy moderó su discurso, pero casualmente aparecieron perfiles que cargaban contra Ruby de manera cruel. Esa persona se expresaba de la misma manera que Stacy.

En cuanto al vídeo, Bryan recuerda esa fiesta. La celebró Mick Hannigan en la casa de campo de sus padres, a las afueras de Oak Valley. Él acudió con Jasper. No estuvieron mucho rato, pero sí el suficiente para que se le quedara grabada la imagen de Ruby en el sofá, totalmente colocada. También vio cómo, a escondidas, Stacy grababa la escena con su teléfono móvil.

Stacy estaba obsesionada con Jasper. Bryan había perdido la cuenta de las veces que le pidió salir; en todas ellas Jasper la rechazaba dándole falsas esperanzas en un futuro que no tardaría mucho en llegar. Sin embargo, Bryan temía que finalmente, si Jasper no aceptaba su sexualidad, acabara por ceder ante la insistencia de Stacy. Pertenecía también a una buena familia. De cara al público sería un matrimonio perfecto.

Pero todo cambió cuando Ruby Morris se entrometió en el particular triángulo de amistad, aspiraciones frustradas y apariencias. Bryan y Stacy se encelaron del nuevo rival. Después, Ruby simplemente desapareció.

Las heridas que había sufrido Matt lo mantendrían internado un par de días. Apenas se podía mover por las fracturas en las costillas, tenía un par de contusiones en los pómulos y una contractura que se extendía del cuello hasta la espalda. Varias plantas por encima, Jasper permanecía estable.

—Ese cerdo de Aaron Morris va a pagar por esto. De eso puedes estar seguro —espetó Landon. Matt, que empezaba a acusar las molestias, especialmente en el tabique nasal, asintió.

—¿Hasta cuándo va a durar esta pesadilla? —preguntó Evelyn con dramatismo. Nora permanecía en silencio. Había visto el vídeo de Ruby Morris en la cafetería. En su conversación con Aaron mencionó las continuas faltas de respeto de Matt hacia su hija. Después apareció el vídeo.

—Ese desgraciado piensa que he subido a internet el vídeo —afirmó Matt con la voz gangosa.

Landon volvió a tomar el protagonismo con un largo discurso. Nora apenas escuchó un par de palabras antes de abstraerse. Pensó en si Aaron Morris comentaría en la estación acerca de su visita. De ser así, podía significar el fin de su matrimonio y de todo lo relacionado con los Price. En el fondo sabía que eso tendría que ocurrir tarde o temprano, la extraordinaria situación que estaban viviendo le había dejado claro que no podría envejecer junto a Matt. Pero no podía abandonar a su hijo. Seguiría soportando lo que hiciera falta por Jasper. Era lo mínimo que podía hacer.

Ajena a la conversación que mantenían los Price, todos se quedaron en silencio cuando sonó su teléfono móvil. Era Bryan.

—Bryan, ¿en qué puedo ayudarte?

Los ojos de Landon, Matt y Evelyn se clavaron en Nora como si esta hubiera cometido un sacrilegio. Ella se mostró tranquila, aunque estaba angustiada ante lo que Bryan pudiera decirle. Quizás la había visto entrar en casa de Aaron Morris...

—¿Cómo está Matt? Me he enterado hace poco —preguntó Bryan.

—Está bien, dentro de lo que cabe.

—Fue a causa del vídeo, ¿verdad?

Nora se levantó y se dirigió a la puerta. No podía hablar con la presión asfixiante de los Price sobre ella.

—Eso parece, Bryan. Aaron pensó que había sido Matt quien subió el vídeo y optó por tomarse la justicia por su mano.

—Sé quién subió el vídeo. —Bryan pronunció aquellas palabras, como si le estuvieran abrasando la lengua—. Fue Stacy Crapton.

Nora frunció el ceño. Sabía que era compañera de Jasper y poco más.

—¿Estás seguro, Bryan?

—Completamente. Stacy lleva muchos años intentando salir con Jasper, pero siempre le dio largas. Está obsesionada con él.

—Entonces las pastillas que le diste a Jasper podrían ser para... ya sabes.

—De ese tema sé tanto como usted. Nunca me dijo para qué quería las pastillas.

Nora caminaba por el solitario pasillo del hospital. Era tarde y el trasiego de pacientes era nulo.

—Tengo que dejarte —dijo Nora antes de colgar.

Landon había salido al pasillo. Bajo la luz blanquecina, su presencia podía asimilarse a la de un fantasma.

—¿Qué sucede, Nora?

—Era Bryan, el amigo de Jasper. Se ha enterado de lo que le ha ocurrido a Matt y quería saber cómo se encontraba.

—¿Bryan Smitter? —preguntó Landon en voz baja. Nora no supo interpretar si la conversación continuaba o si era una reflexión propia de su cuñado. No obstante, no dejó de sorprenderle el hecho de que Landon lo conociera hasta el punto de saber su apellido.

—Voy a por un café. ¿Quieres algo? —ofreció Nora sacándolo de su trance.

Landon miró a Nora con curiosidad.

—Estamos bien.

Nora se giró y se alejó por el pasillo. Necesitaba pensar. Pero apenas había dado un par de pasos cuando sonó el teléfono de Landon. Por un instinto reflejo, se giró y observó a su cuñado. Ya había contestado. Quien fuera que hubiera al otro lado de la línea no le estaba diciendo nada bueno. Sin embargo, Landon se marchó caminando en dirección contraria y Nora continuó su camino.

La cafetería del hospital estaba cerrada a aquellas horas, pero en su detrimento había una pequeña sala con varias máquinas expendedoras, tanto de comida como de bebida.

De camino, Nora se preguntó quién habría llamado a Landon y, sobre todo, qué le habría dicho, ya que su expresión se había transformado por completo. ¿Estaba asustado? No recordaba una expresión así en él, jamás.

La sala estaba desierta, ocupada tan solo por el ruido que hacían los motores de las tres máquinas que ocupaban la pared del fondo. Nora sacó un par de monedas del bolsillo y pidió un café. Tenía la certeza de que la noche iba a ser larga. Se sentó en una de las sillas y le echó un vistazo a la información que había recopilado hasta entonces, añadiéndole el dato de que Stacy Crapton estaba obsesionada con su hijo y estaba detrás del vídeo de Ruby Morris. Al observar toda la información se le hacía más difícil pensar que no estuviera ocurriendo algo a sus espaldas. No sabía el qué, pero estaba convencida de que así era.

Extrajo también de su bolso la carta de despedida de Jasper. La llevaba consigo a todas partes como un amuleto maldito, un cruel recordatorio de que su hijo deambulaba entre la vida y la muerte. «Espero que sepan perdonarme», era la primera línea de la carta. Las letras estaban

apretadas entre sí; el bolígrafo había provocado profundos surcos en el papel.

Nora pensó lo mucho que debió sufrir escribiendo esa maldita carta.

«Todo lo que está sucediendo me está superando con creces».

Con creces. Era la primera vez en las muchas veces que había leído la carta, que se fijaba en aquella palabra. *Con creces.* Jamás había oído a su hijo usando *con creces*. De repente, todo su universo giraba en torno a esas dos palabras. Continuó leyendo, aunque la expresión compasiva había desaparecido del rostro de Nora.

«Te he perdonado, mamá. Pese a lo que me hiciste delante de la abuela».

Delante de la abuela. Los dedos de Nora comenzaban a deformar la fina hoja. *Evelyn.* Desde muy pequeño, Evelyn obligó a Jasper a que la llamara por su nombre de pila, dejando claro que el tiempo y el transcurso natural de la vida jamás la alcanzarían. Por eso, Jasper no tuvo abuela, tuvo a *Evelyn*: *Evelyn* le hacía regalos por Navidad; *Evelyn* lo llevaba al club Rashford con sus amigas.

Volvió a leer la frase y había escrito *Te he perdonado*, con H, su mayor problema. Nunca escribía bien las palabras con H, por la disortografía que acarreaba desde niño.

La sensación de vértigo se incrementó en el pecho de Nora.

A Nora se le hizo imposible estar en el hospital ni un segundo más, no con la terrible sospecha que horadaba en su interior. Se despidió de Matt con la frialdad de quien se despide de un desconocido y después tomó el elevador para visitar la planta en la que se encontraba Jasper. En el mostrador de acceso le dejaron claro que no aceptaban visitas a aquellas horas, aunque no pusieron inconvenientes en mostrarle el último informe.

—Evoluciona favorablemente, lo que es positivo teniendo en cuenta su estado.

Aquello supuso un soplo de aire fresco y positivo que la llenó de energía. Después de todo, su hijo podía recuperarse y volver a ser el que siempre fue o quién él quisiese ser. No le importaba. Lo único que tenía claro es que, si su hijo salía adelante, lo seguiría hasta el fin del mundo.

«El fin del mundo», pensó. Seguramente allí no encontraría a ninguno de los Price, ni siquiera a Matt. Imaginarse un mundo sin ellos le hizo sentirse más reconfortada, como si fuera una especie de meta que tenía que alcanzar sí o sí.

Cuando llegó al auto, antes de arrancar, sacó de nuevo la carta que había dejado Jasper antes de arrojarla por el puente McQueen. La imagen de su hijo escribiendo esa carta se desvanecía hasta tal punto que era incapaz de visualizarlo. Condujo a casa pisando el acelerador, quería llegar cuanto antes. Una vez allí, subió corriendo las escaleras, en dirección a la habitación de Jasper. Fue directa a la estantería y cogió una de sus libretas. La abrió sobre la mesa y después puso la carta justo al lado. Ella se quedó de pie, apoyada sobre sus manos, mirando atentamente a un lado y a otro. Pasados unos segundos, un ligero temblor se extendió por su cuerpo.

—Esto no lo ha escrito Jasper.

Escuchar esas palabras salir de ella le causaron una gran impresión. Rompió a llorar de tal manera que tuvo que taparse la boca con las manos para evitar que ningún vecino se alertara. Arrancó una hoja de la libreta, cogió la carta y fue al despacho de Matt. Sin embargo, se sorprendió al encontrar la puerta cerrada con llave. Echarla abajo no entraba en sus planes, ya que era de madera maciza, por lo que fue hacia el dormitorio y rebuscó por sus cajones. Matt era precavido y muy cuidadoso en ciertos aspectos, pero nunca había cerrado con llave la puerta de

su despacho, lo que alteró más todavía a Nora. Quería entrar; necesitaba entrar para coger un documento manuscrito de Matt y compararlo con la carta. La sospecha, que había brotado en el hospital, la estaba torturando.

Rebuscó por toda la habitación, pero no encontró ninguna llave. Si la llevaba consigo, debía tenerla en el hospital. Era posible que Landon tuviera una copia, pero pedírsela quedaba descartado. Tenía que entrar en el despacho.

Regresó al pasillo e intentó inútilmente girar el pomo, pero la puerta continuaba cerrada. Entonces recordó que Matt siempre solía dejar abiertas las ventanas. Era una manía que ya tenía cuando lo conoció. Era curioso. En verano solía cerrarlas para que no entrase el calor ni los mosquitos, pero en invierno le encantaba dejarla abierta como medio palmo. Le gustaba sentir el frío y el olor a humedad del bosque. Por tanto, había bastantes probabilidades de que la ventana estuviera abierta. Fue de nuevo a la habitación, se guardó los papeles en el bolsillo y se asomó a la ventana: no se había equivocado, la ventana del despacho estaba ligeramente abierta. Si conseguía llegar hasta ella, podría abrirla del todo y colarse en el despacho.

Para ello tenía que avanzar como unos tres metros sobre la cornisa que separaba en la fachada la planta baja de la primera. La caída no tenía más de tres metros, pero aun así podía hacerse bastante daño si no tenía cuidado.

—Esto es una locura —dijo mientras se veía a sí misma como uno de los personajes de las novelas que leía.

—Siempre suele acabar bien —afirmó. Después, levantó la pierna y se puso a horcajadas sobre el marco. La ventana del despacho de Matt no quedaba muy lejos. No era más que un par de pasos sobre la cornisa y estaría de nuevo a salvo.

Respiró hondo y sacó la otra pierna. Una racha de viento frío la recibió, provocando que se aferrara con todas sus fuerzas.

—Puedes hacerlo, puedes hacerlo...

Entonces, con sumo cuidado, se dejó caer hasta que las suelas de sus zapatillas se posaron lentamente sobre la madera de la cornisa. Esta crujió un poco con la nueva carga, pero Nora no percibió debilidad alguna en la estructura y confió todo su peso. Comenzó a avanzar lentamente, arrastrando sus pies y sujetándose en cualquier resquicio de la pared.

El viento hizo acto de presencia de nuevo, como si quisiera ponérselo más difícil. Se detuvo para serenarse y con el rostro pegado a la pared, observó la ventana del despacho. Estaba prácticamente al lado, pero a cada segundo que pasaba percibía que la cornisa era más inestable, como si se estuviera desprendiendo poco a poco. Arrastró el pie izquierdo para avanzar. Sus manos estaban a poco menos de un metro de la ventana. Fue entonces cuando sonó un crujido que no auguraba nada bueno. En una reacción casi animal, Nora cogió impulso con la pierna derecha y se abalanzó sobre la ventana del despacho de Matt, mientras el trozo de cornisa sobre el que descansaba antes caía al jardín.

—¡Mierda!

Estaba colgada, literalmente. Sus manos se aferraban al marco de la ventana con desesperación. Tenía que subir, impulsarse de algún modo para tener una oportunidad de entrar al despacho. Parte de la cornisa se había caído, por lo que no podría volver a intentarlo. Hizo una mueca de esfuerzo y tensó los brazos con todas sus fuerzas. Poco a poco, fue elevándose hasta ver su propio reflejo en el cristal medio abierto de la ventana. Le costó reconocer su pelo enmarañado y la expresión compungida que tenía en ese momento. Consiguió descargar parte de la carga de sus brazos apoyando sus pies contra la pared, lo suficiente para emplear su mano izquierda en empujar la ventana hacia arriba. Esta no opuso resistencia y se abrió fácilmente. Por

fin, echó el cuerpo hacia delante y se dejó caer al interior del despacho.

Las agujas del reloj marcaban las dos de la madrugada. Aaron Morris se miraba las heridas de las manos, tanto las producidas por los cristales del auto como por los dientes de Matt. Era consciente del error que había cometido y más cuando la inspectora Guzmán había prometido ayudarle a descubrir la verdad acerca de la muerte de su hija. Pero no había podido soportar ver esas imágenes de Ruby y que todos en Oak Valley la vieran en ese estado. ¿Matt estaba detrás de todo aquello? No lo sabía, pero necesitaba desahogarse con alguien y ese Price le venía como anillo al dedo.

Sonaron pasos que provenían de las escaleras que llevaban hasta la planta superior. Alguien bajaba por ella a un ritmo lento y pesado, casi obligado dedujo Aaron. Se trataba de Stephen Crew. Lo saludó con un ademán y se sentó frente a la celda, en un banco de madera desgastada en el que el agente de turno solía vigilar a los detenidos con un crucigrama entre las manos. Esa noche, no obstante, solo Aaron Morris debía rendir cuentas con la justicia, por lo que el capitán no vio necesario una vigilancia permanente.

—Ya sabes que no voy a poder ayudarte, ¿verdad? Hay testigos, todo está grabado y vapuleaste a un Price.

—No soy estúpido.

—No creo que te caiga mucho tiempo, pero con tu historial sí es probable que pases una temporada en prisión. Seis meses con suerte. Depende en parte de las ganas de sangre que tengan los Price.

—Van a conseguir borrar a los Morris del mapa —dijo Aaron con una macabra sonrisa. El capitán pilló la indirecta, pero no quiso entrar en el juego. Aaron pensaba que solo la inspectora Guzmán lo apoyaba, y así debía seguir siendo. Era vital que aquella investigación permaneciera en el secreto más absoluto, si no se echaría encima a los Price, a los de la policía de condado, a todos... De momento estaba todo controlado, tan solo John Ramsey intuía que ocurría algo anómalo.

—¿Necesitas algo, Aaron?

Este no contestó. Por lo que el capitán decidió dejarlo solo. Aaron era consciente de lo que había hecho y no intentaba defenderse. La única razón de haber bajado era para saber cómo estaba.

De vuelta en el vestíbulo, Stephen comprobó de mala gana que Ramsey permanecía en la comisaría, atento a todo y a todos, pero en especial a él. Ese principio de obsesión no le gustaba en absoluto, al igual que tampoco comprendía del todo sus preguntas acerca de Sarah Melway.

—¿Hay algún agente con los Price? —preguntó Stephen.

—Robster está allí, pero se irá dentro de pocos minutos. Dawson lo sustituirá, se quedará en

una patrulla frente a la puerta del hospital.

El capitán asintió. La inspectora Guzmán también estaba allí, con el teléfono de Aaron Morris sobre la mesa.

—Guzmán —dijo el capitán—. Parece que le ha caído en gracia a Aaron. Quiero que bajes y le tomes declaración. No quiero tenerlo encerrado mucho tiempo. No es un tipo peligroso.

Eva aceptó la orden y se levantó rauda de la silla. Sin embargo, John Ramsey intervino.

—No está de servicio, jefe.

—Me importa una mierda. Solo quiero terminar con todo esto cuanto antes.

—¿Y la mandas a ella? Esa mujer solo sabe atraer los problemas.

—Pero ¿qué mierda pasa contigo? —gritó Eva, regresando sobre sus pasos, dispuesta a encararse con Ramsey.

—Eh, tranquilízate, ¿de acuerdo? —espetó John.

—Vete a cascártela a casa, Ramsey. Puto inútil.

—¡Es suficiente! ¿Me has escuchado? No voy a tolerar ni una sola falta más en esta comisaría. Inspectora Guzmán, baje y tómeme declaración a Aaron Morris; y tú, Ramsey, vete a casa. Tienes que estar aquí dentro de un par de horas y quiero que estés fresco.

—Pero...

—¡No hay discusión posible! ¡Maldita sea!

Se hizo un silencio absoluto en el vestíbulo de la comisaría. Los agentes se miraban los unos a los otros sin saber cómo reaccionar. Nunca el capitán le había hablado a John Ramsey de esa manera y, por supuesto, jamás lo había mandado a casa. Por ello, el propio Ramsey era incapaz de ocultar su perplejidad. No terminaba de creerse que Stephen hubiera puesto por delante de él a la inspectora Guzmán. Asintió con gravedad y se retiró portando la humillación en sus hombros. Cuando atravesó la puerta de la comisaría, cerró con tanta fuerza que el cristal se resquebrajó.

—¿Tienen fiesta ahí arriba? —preguntó Aaron en cuanto vio aparecer a la inspectora. Tenía una sonrisa lúgubre.

—Más o menos. ¿Cómo pudiste hacerlo, Aaron? Teníamos un trato.

—Es difícil controlarse cuando ves algo así —explicó encogiendo los hombros, con la sinceridad del que ya no necesita esconderse.

—Esto lo complica todo, aunque me imagino que lo sabrás.

Sin embargo, Aaron movió la cabeza de un lado a otro. No parecía estar muy preocupado.

—Tengo algo que decirle, inspectora. Antes de que sucediera todo lo de Matt, Nora Price vino a visitarme.

Los ojos de la inspectora se abrieron de par en par.

—¿Nora Price? ¿Te refieres a...?

—La madre de Jasper. No creo que haya otra Nora Price en Oak Valley. Me contó que había descubierto hacía poco que Jasper consumía drogas y que tenía dudas al respecto de su sexualidad. Si era marica o no me la trae sin cuidado. Lo único que me importa es saber qué relación tenía con mi hija y por qué ella lo llamó.

—Nora... Hablé con ella esa tarde. Había telefoneado al capitán.

—Me resultó muy extraño que viniera a mi casa. La percibí mentalmente agotada, exhausta. Me dijo también que tenía muchas dudas.

—¿Dudas acerca de qué?

Aaron encogió los hombros.

—No lo sé. Estaba muy alterada.

La inspectora sacó el teléfono y comprobó la hora.

—Son más de las dos. Hablaré mañana con ella. Ahora soy yo la que tiene algunas preguntas. ¿Qué puedes decirme de Sarah Melway? ¿Te resulta familiar?

—Lo recuerdo. Desde que me lo dijera antes de que me llevaran arrestado he tenido tiempo para pensar. Fue una chica que agredieron hace algunos años. Falleció, ¿no es así?

—No, o al menos no se tiene constancia de su muerte. Esa joven, Sarah, denunció una agresión sexual y desapareció ese mismo día. En cuestión de horas nadie sabía nada de ella. Creo que es la mujer que contactó contigo.

—Tienes mi teléfono móvil. Envíale un mensaje o llámala.

—No contesta. Tampoco tengo forma de saber si ha leído los mensajes.

Aaron se ocultó el rostro con las manos.

—No lo entiendo. Si realmente es ella y sufrió lo mismo que Ruby, podría señalar a los culpables y terminaríamos con todo esto.

—Puede que esté asustada, Aaron. Puede que tema las represalias.

—No lo sé, pero ella es la única que puede sacarnos de dudas. Rastrearón el número. Pueden hacer esas cosas, ¿verdad?

—Según el código de ciudad, pertenece al condado de Clark, en el Estado de Nevada. Lo más probable es que sea un teléfono desechable, que utilice solo para esto —respondió la inspectora Guzmán. Aaron permanecía con las manos en la cabeza mirando el piso—. Ya pedí que lo rastrearán. Al menos sabremos donde lo compraron.

Stephen Crew estaba sentado en su despacho. Con los dedos índices se masajeaba las sienes en un intento de que la presión que sentía en la cabeza se diluyese, método que estaba resultando inútil.

Era tarde, pero la hora le preocupaba más bien poco. Hacía pocos minutos que la inspectora Guzmán había pasado por el despacho después de haber conversado con Aaron Morris. El móvil de la agresión quedaba claro: Aaron había creído que Matt había subido a internet el vídeo de su hija. Sin embargo, le había revelado a la inspectora un hecho desconcertante: Nora Price le había visitado esa misma tarde, poco después de que llamara a comisaría.

—Debe tener un motivo de consideración —le había dicho la inspectora—. Para los Price, Aaron Morris era un hombre agresivo e inestable. Nora se arriesgó mucho al ir a su casa.

—Además, estoy seguro de que su marido no está al corriente. Conozco bien a los Price. El orgullo es vital para ellos, casi más que el aire que respiran.

Eva no había valorado esa opción y la relevancia que podría tener.

—¿De qué hablaron? —preguntó el capitán.

—Aaron dice que estaba muy alterada y que tenía dudas acerca de algo. También comentó acerca de la sexualidad de Jasper y sobre el consumo de medicamentos. El chico tenía sus secretos.

—Hay que hablar con Nora Price cuanto antes. No podemos arriesgarnos a que de repente decida volverse más reservada.

—Estoy de acuerdo —contestó la inspectora.

Pero eran las dos cincuenta de la madrugada, además de que era bastante probable que Nora

estuviera en el hospital con su marido. El capitán sabía que la inspectora no tendría opciones de hablar con ella mientras hubiera un Price cerca. Sin embargo, el agente Dawson, que se hallaba de guardia en la puerta del centro sanitario, le dio una esperanzadora noticia al capitán. Nora Price se había marchado hacía algún rato; ella sola, sin nadie más. Stephen le preguntó al agente si estaba seguro, pero este le confirmó que sí porque era la única persona que había salido del lugar en lo que llevaba de noche.

—Nora se ha marchado del hospital sola. Puede que tengas una oportunidad.

—Pero ¿a dónde ha ido? —preguntó Eva.

—No creo que haya muchos sitios a donde ir a estas horas. Ve a su casa. No nos queda otra opción. Si no se encuentra allí, tendremos más motivos para sospechar.

Eva asintió y se giró para marcharse cuanto antes, pero Stephen todavía no había terminado. Le preguntó qué opinaba acerca del agente Ramsey. Eva solo hizo una mueca, el capitán sabía lo que ella pensaba del idiota de Ramsey.

—Cuando le he mencionado a Sarah Melway ha reaccionado de una manera extraña —dijo Stephen.

—¿Qué quieres decir con extraña?

—No me ha dado buena espina. Sé que no estoy siendo conciso, pero es lo que siento. En fin, puede que esté cansado, ahora ve a buscar a la señora Price. Estoy seguro de que tiene algo que decirnos.

Habían pasado treinta minutos desde que la inspectora se había ido en busca de Nora, pero todavía no había tenido noticias al respecto, lo que sin duda era buena señal. El barrio de Newsand no se encontraba muy lejos de la comisaría. Si a esto le añadía el inexistente tráfico, era probable que Eva no tardara más de cinco minutos en llegar hasta allí. Por el momento tocaba esperar que se comunicara con él.

Aaron Morris no estaba dando problemas en el calabozo. Seguramente se había quedado dormido. Pensó en bajar para asegurarse, pero finalmente optó por quedarse en el despacho. La cuestión de John Ramsey lo seguía torturando.

En la pantalla de su computadora tenía la documentación de caso de Sarah Melway, la que no era muy extensa, así como otros casos de agresiones sexuales a los que la inspectora Guzmán le había hecho referencia. La vergüenza que sentía hacia sí mismo en ese momento era casi insoportable. Hasta el agente más inepto se habría volcado en la investigación de la desaparición de Ruby Morris teniendo en cuenta los precedentes de los casos de agresiones en la ciudad. Pero él, el capitán Stephen Crew, se limitó a decirle a Aaron Morris: «Ya sabes cómo es tu hija».

Se preguntaba una y otra vez cómo pudo estar tan ciego y cómo había podido ser una recién llegada a su ciudad, la inspectora Guzmán, la que le mostrara los casos anteriores.

—¿Qué diablos me ha ocurrido? —dijo para sí mismo. Se esforzó en encontrar un motivo que explicara su inoperancia, su negativa a hacer su trabajo de manera correcta y la conclusión de todo ello confluía en un mismo punto: John Ramsey. Al que siempre le dio más poder y atención, por sentirse culpable de haberle quitado el puesto de jefe de la estación que, hasta el momento del accidente de Stella Morris, le pertenecía a él.

Siempre era Ramsey quien lo aconsejaba y él seguía sus teorías. No entendía cómo no había sido consciente de su actitud, al que casi se sentía obligado a escuchar, como si fuese una manera de disculparse por su nombramiento como jefe. Casi podía oír su voz jactándose de que Ruby Morris estaría divirtiéndose minutos después de que Aaron acudiera a la comisaría a denunciar la desaparición, o asegurándole que era inútil realizar grandes partidas de búsqueda, o incluso afirmando que el día menos pensado tendrían noticias de ella desde San Diego o algún antro de

Chula Vista.

Pero la conclusión había sido bien distinta. Ruby Morris había aparecido entre las ramas y las piedras que se acumulaban en las orillas del río Santo. Parte de su cuerpo estaba casi deshecho por estar sumergido tanto tiempo. Tuvieron que sacarlo entre cinco o seis agentes para que los miembros no acabaran de desprenderse.

Cogió aire y trató calmarse. En torno a la figura de John Ramsey se había extendido una nebulosa oscura. La hipótesis comenzaba a brotar, pero Stephen se negaba a aceptarlo. Sin darse cuenta, buscó en el sistema el primer caso de agresión del que se tenía constancia. Leyó la fecha mientras un sudor frío bajaba por su espalda.

—Me estoy volviendo loco —musitó como si realmente deseara perder la cabeza. Alcanzó el teléfono móvil y pensó en llamar a Eva, aunque no sabía qué decirle exactamente. Su opinión respecto a la inspectora había cambiado radicalmente los últimos días, pero era consciente de que seguía sufriendo un ligero desequilibrio que la podía llevar a hacer una estupidez.

La razón de que estuviera en el pueblo fue un castigo y una última llamada de atención.

En Los Ángeles se desempeñaba como la mejor detective. Tenía métodos poco ortodoxos en general, pero sabía moverse con habilidad en la fina línea entre lo legal y lo ilegal. Sin embargo, todo cambió cuando liberaron, bajo fianza, a un pederasta. La indignación que sintió fue terrible: no solo lo había apresado ella, sino que estaba convencida de haber aportado las suficientes pruebas como para que ese monstruo fuera condenado a cadena perpetua.

Pocos días después de que fuera puesto en libertad, unos padres denunciaron que un hombre había intentado raptar a su hijo, pero que al descubrirlo se había dado a la fuga. No lo relacionaron con el pederasta que había salido en libertad días antes. No obstante, Eva estaba segura de que había sido él. Intentó por todos los medios que lo arrestasen de nuevo, pero, curiosamente, no tenía pruebas suficientes que lo relacionaran con la última agresión. Su problema fue que no iba a permitir que otro niño cayera en sus manos.

Lo estuvo vigilando muy de cerca hasta que una noche se encontró a solas en un callejón con él. No hubo testigos de lo que ocurrió, tan solo algunos vecinos escucharon los disparos. Según la versión de la inspectora, el hombre intentó agredirla y ella se defendió. Eva presentaba una puñalada en el hombro derecho, mientras que el hombre falleció a causa de seis disparos.

En los días siguientes, en los cuales se llevó a cabo la investigación, el sheriff intentó mediar por Eva, pero su situación era muy delicada. La familia del fallecido demandó al departamento del policía de Los Ángeles y la acusó de asesinato y abuso de poder. Afortunadamente, los cargos no salieron adelante, pero desde asuntos internos instaron a sacar a Eva Guzmán de las calles.

Por eso la enviaron al lugar más tranquilo del estado de California: Oak Valley, donde nunca ocurría nada o, al menos, esa era la teoría. El objetivo era que Eva recapacitara durante una temporada y aprendiese la lección.

Pero todo esto quedó en un segundo plano tras las consecuencias de la muerte de Ruby Morris. El capitán era consciente de que había puesto en riesgo la carrera de la inspectora y la suya propia. Las órdenes eran concisas: debía mantener a Eva Guzmán haciendo trabajo de oficina antes de reinsertarla a las calles. Pero esto entraba en confrontación con su vocación como policía, con averiguar qué le sucedió a Ruby Morris. Además, si a eso le añadía la tensa relación entre la inspectora y el agente Ramsey, el desastre estaba asegurado. Tampoco podía encargarles a otros agentes que vigilaran a Ramsey. Primero porque no era legal y segundo porque no tenía más evidencias que suposiciones. Si quería seguir adelante, tenía que hacerlo solo.

Comprobó qué hora era y después se centró de nuevo en el teléfono. Lo que estaba a punto de hacer traería consecuencias imprevisibles. Marcó las teclas del teléfono lentamente.

—¿Lo he despertado, Ramsey?

Landon Price se acababa de guardar el teléfono en el bolsillo. Entró en la habitación serio, un poco pálido y con los ojos exageradamente abiertos, mostrando perplejidad y confusión al mismo tiempo.

A Evelyn no le hizo falta preguntar nada para saber que le ocurría algo. Matt, acostumbrado a la locuacidad de su hermano, también lo notó extraño.

—¿Qué ocurre? ¿Es Jasper? —preguntó Matt.

—Nada de eso. Son asuntos míos. Nada de lo que debas preocuparte —dijo Landon mientras se dejaba caer sobre uno de los sillones.

Un silencio anómalo se interpuso entre los tres. Entre ellos siempre había fluido fácilmente las palabras, una especie de siseo entre serpientes que podía escucharse en cualquier parte. Así lo definía Nora: un cruel e incesante siseo. Pero esa noche, mientras acompañaban a Matt en el hospital, ninguno quería hablar. Lo normal hubiera sido que lo achacaran a que eran las pasadas las tres de la madrugada, pero en el fondo sabían que el motivo de su silencio era bien distinto.

—¿Habrás llegado Nora a casa? —preguntó Evelyn.

Landon no levantó la mirada del suelo.

—No lo sé —contestó Matt, contagiado por el ánimo de su hermano.

—Deberías llamarla, hijo. Me preocupa que haga una estupidez. Ningún Price jamás pensó en quitarse la vida y hemos vivido tiempos difíciles. Eso me hace pensar que quizás sean en los genes de Nora donde está implícito el suicidio.

Matt tragó saliva.

—Creo que no es momento para tus teorías, mamá.

Landon permanecía en silencio, abstraído, lo que añadía más tensión al ambiente.

—Tan solo me preocupo por ti y por tu esposa.

—Te lo agradezco.

—Harías bien en llamarla. Es lo que pienso —dijo Evelyn.

Finalmente, Evelyn le alcanzó su teléfono móvil. Buscó el número de Nora y se lo puso en la oreja. No hubo respuesta.

—No contesta, ¿verdad?

—Puede que esté dormida.

—No hace mucho rato que se ha marchado, no creo que le haya dado tiempo a quedarse dormida, Matt —insistió Evelyn.

—¿Con quién habló antes? —Las palabras de Landon los sorprendió. Su voz era profunda y oscura. Sus ojos seguían clavados en el suelo.

—Dijo que la había llamado Bryan, el amigo de Jasper —dijo Matt.

Evelyn miraba a uno y a otro. Por la manera de hablar parecía que escondieran un mensaje oculto en sus palabras.

—Llámalas otra vez —exigió Landon. Matt le hizo un gesto de aprobación a su madre, quien volvió a marcar el número de teléfono de su esposa. Daba señal, pero nadie contestaba. No hizo falta que nadie dijera nada, Landon insistió en que lo intentara de nuevo.

—Debe estar dormida —susurró Matt, aunque ni él mismo se creía sus palabras. No habían dormido cuatro horas seguidas desde que Jasper fuera llevado a comisaría por el capitán Crew.

—Voy a asegurarme de que todo va bien. Te avisaré en cuanto la localice —dijo Landon incorporándose del sillón.

—¿A dónde vas, hijo? —preguntó Evelyn.

—Voy a pasarme por casa de Matt.

La anciana asintió dejando claro que apoyaba su decisión.

—Ten cuidado.

Eva pisó el acelerador para llegar cuanto antes a casa de los Price. La posibilidad de que Nora se encontrara a solas era una oportunidad que no podía dejar escapar. Incluso si estaba durmiendo.

Se recreó conduciendo por la ciudad y tan solo redujo la velocidad cuando se adentró en el barrio de Newsand, que era residencial y donde no quería llamar la atención. Estaba claro que Nora optaba por la discreción, tanto cuando llamó al capitán como cuando se presentó en la casa de Aaron Morris. La curiosidad por saber qué escondía esa mujer, se traducían en una ansiedad incontrolable.

No obstante, a medida que se acercaba, observó algo extraño. La casa completa estaba a oscuras, salvo una ventana que se encontraba en la fachada principal. Pero eso no era lo más raro. Cuando finalmente estacionó el auto vio que una línea oscura que no era más que los restos de la cornisa desprendida. Eso de inmediato despertó su instinto.

Se bajó rápidamente del auto y cruzó el jardín de los Price pistola en mano. Miró hacia la ventana que despedía la luz y comprobó que estaba abierta y, bajo ella, en el césped, el trozo de cornisa que se había desprendido. Pese a la penumbra pudo distinguir varias huellas sobre la madera. Seguramente de la persona que caminó sobre ella para llegar hasta esa ventana. Se dirigió a la puerta y la empujó levemente, no quería hacer ruido. Sin embargo, esta estaba cerrada. Comprobó también las ventanas más cercanas, pero tampoco se podía acceder al interior.

«Tengo que entrar de alguna manera».

Regresó a la puerta y palpó la cerradura con la yema del dedo índice. Después, buscó en sus bolsillos un ganchillo. Solía tenerlos repartidos por todas partes. Sacó uno y lo estiró para convertirlo en una varilla que a continuación introdujo en la cerradura. Mientras la trasteaba pensó vagamente si el agente que montaba guardia en el hospital no habría visto salir a alguno de los Price acompañando a Nora. Si la sorprendían intentando abrir la puerta con un ganchillo, adiós a su carrera.

Movió la varilla con precisión y al cabo de unos segundos, la puerta se abrió, mostrando el lóbrego interior. Alzó la pistola y puso sus pies sobre el vestíbulo. No escuchaba ningún ruido que indicara que un ladrón u otra persona había asaltado la casa. Todavía estaba a tiempo de marcharse o de cerrar la puerta y tocar el timbre como si nada, pero aquello era como una adicción para Eva. «La luz venía de la ventana del segundo piso. La cornisa está desprendida»,

pensó. Eso era su comodín por si las cosas se ponían feas.

Caminó lentamente hacia la escalera, tratando de que el parqué resonara lo menos posible bajo sus pies. Controló su respiración entreabriendo la boca y retiró el seguro de la pistola. Subió con cautela, atenta a cualquier ruido, ya viniera desde la planta de arriba o desde la calle. Cuando al fin llegó, no era capaz de situarse. Todo eran pasillos oscuros y puertas cerradas, por lo que durante un minuto estuvo visualizando la imagen de la fachada con la luz encendida y la posición relativa de esa habitación desde donde se encontraba en ese momento.

No estaba convencida del todo, pero más o menos calculó que la luz se encontraba al otro lado de una puerta robusta, que era ligeramente diferente a las demás. Se acercó y vio un finísimo halo de luz que se filtraba por la parte inferior. Aproximó su oreja y aguantó la respiración. Por un momento no escuchó nada más que sus propios latidos, pero después creyó escuchar unos sollozos, como si alguien se lamentara.

Sujetó con firmeza la pistola y respiró hondo. Intentó girar el pomo, pero la puerta estaba cerrada desde dentro. De nuevo, una oportunidad para retirarse, pero Eva sabía que llegado hasta ese punto no le quedaba más remedio que continuar.

Cerró los ojos, se confió al destino y golpeó la puerta con todas sus fuerzas.

Unos minutos antes, Nora había conseguido saltar al interior del despacho de Matt, se incorporó y encendió la lámpara que había sobre la mesa. Una claridad amarillenta se extendió por toda la estancia, formando amplias sombras que la desafiaban. Sin embargo, esa luz era más que suficiente para lo que había ido a hacer. Sacó de su bolsillo la supuesta carta de despedida de Jasper y una hoja de uno de sus cuadernos y las puso sobre la mesa. Después rebuscó entre los papeles de Matt, pero la gran mayoría habían sido hechos en el ordenador. Necesitaba uno que hubiera sido escrito de su puño y letra.

Abrió sus cajones, rebuscó por todas partes sin importarle nada el desorden que dejaba a su paso, cuando, de repente, sintió vibrar su teléfono en el bolsillo. Con las manos temblorosas lo sacó y vio que era Matt. Estuvo a punto de contestar, temerosa de que hubiera cámaras en el despacho y su marido hubiera visto la escena. Le costó no responder y más cuando se produjo la segunda llamada. Pensó en Jasper y en la posibilidad de que le hubiera ocurrido algo, pero cerró los ojos y dejó el teléfono sobre la mesa.

El futuro de Jasper no estaba en su mano, por lo que poco importaba si contestaba o no. Además, lo que estaba haciendo en ese momento lo hacía por él. Solo cuando la verdad saliera a la luz, todos podrían descansar.

Volvió a la búsqueda con ánimos renovados. Casi todas las hojas eran estudios financieros y de rentabilidad, gráficas y números que no le valían para nada. Sin embargo, en medio de un estudio de viabilidad de una granja de maíz de Wisconsin, Nora halló una hoja manuscrita. Era una especie de artículo que Matt había estado preparando para mandar al periódico local. El texto era una mezcla entre una declaración de inocencia de Jasper y la exaltación del apellido Price. Nada más leerlo, Nora advirtió que Matt mezclaba ideas sin relación, dando lugar a frases muy difíciles de entender. Pero todo esto no le importaba a Nora. Leyó cada palabra fijándose en la ortografía, en qué palabras solía utilizar su marido y dónde las utilizaba.

—No puede ser...

El dolor la había cegado. No existía otra explicación posible. Desde el primer momento, Nora vio que la letra de la carta de Jasper era ligeramente distinta a como solía ser. Sin embargo,

la psicóloga del hospital le dijo que, en algunas ocasiones, las personas que ya tienen decidido suicidarse experimentaban una tensión que les complicaba hacer ciertas actividades como escribir o abrir una cerradura. Esto fue suficiente para Nora, que no quería imaginarse la estampa de su hijo apoyado sobre la mesa, escribiendo la carta mientras visualizaba su final con una sonrisa de alivio. Pero en ese momento, con el escrito de Matt delante de sus ojos, supo lo que había ocurrido.

La carta de despedida de Jasper era una mezcla entre la letra de Jasper y la de Matt, que había cometido el error de incluir palabras que acostumbraba a usar en sus informes, demasiado formales para un joven de diecisiete años. Por si no fuera poco, olvidó que su hijo cometía algunas faltas de ortografía. De repente, todo el tiempo que había llorado frente a esa carta, todos esos sentimientos se habían desvanecido como si nada, como si no hubiera hecho otra cosa que perder el tiempo.

Pero lo que más le dolía era que Matt se hubiera atrevido a hacer algo así, ¿por qué le había dado esa carta? Nora esperaba que, conocer la verdad al respecto, le transmitiera algo de paz, pero, por el contrario, no había conseguido más que aumentar el sufrimiento y las dudas. En ese momento no tenía certezas de que Jasper hubiera escrito realmente una carta y si la había escrito, ¿por qué Matt se la había ocultado?

Comenzó a llorar. Ira, frustración y pena se repartían a partes iguales en su corazón. Se dejó caer al suelo y simplemente lloró hasta que un repentino y atronador golpe la levantó como si tuviera resortes en vez de piernas.

—Soy la inspectora Eva Guzmán, de la comisaría de Oak Valley. ¿Hay alguien aquí? —Nora se quedó perpleja—. ¿Hola? Si no contesta, sea quien sea, echaré la puerta abajo. Voy armada, así que no se arriesgue.

—Es mi casa —dijo Nora.

—¿Señora Price?

—¿Por qué ha entrado a mi casa?

La inspectora cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la puerta. Por suerte, podría utilizar la cornisa como excusa. Una mentira que podría salvarla.

—Hemos recibido una llamada. Han visto a una persona encaramada a la cornisa de la fachada. Por eso estoy aquí. ¿Sabe de lo que estoy hablando?

Nora apretó los labios. La situación, con cada una a un lado de la puerta, tenía un toque absurdo. La abrió, encontrándose con la inspectora y una reluciente pistola en sus manos que llamó toda su atención.

—No sabía si había un delincuente dentro. En la comisaría pensábamos que se encontraba en el hospital —continuó Eva.

—Las cosas... —Pero los labios de Nora se sellaron hasta formar una mueca plana, sin expresión alguna. Llegados a ese punto, qué opciones le quedaban. En las notas de su teléfono tenía guardada toda la información recopilada del caso y en su mano izquierda, apretada, tenía el manuscrito de Matt que había utilizado para compararlo con la falsa carta de despedida de Jasper. Podía hacer creer a la inspectora que todo estaba bien, que no ocurría nada e instarla a abandonar su casa de inmediato, pero no tenía sentido.

—¿Qué cosas? —insistió Eva.

Nora respiró angustiada y decidida a contar lo que sabía, entró de vuelta al despacho, cogió varios papeles y las dos bajaron hacia el salón principal. Nora ofreció a la inspectora un café y aunque Eva estaba ansiosa por conocer lo que quería decirle, no pudo rechazar la invitación. Los dos minutos que esperó a solas le parecieron mil años.

—Espero que le guste. A Matt le gusta el café más fuerte de lo normal.

—No se preocupe. A estas horas es más que necesario.

Las dos mujeres se sentaron junto a la mesa principal. Durante un breve espacio de tiempo no hicieron otra cosa que dar tragos a las humeantes tazas de café en un silencio incómodo e imposible de descifrar para ambas. La inspectora fue la primera en dar el paso.

—Quiero que sepa que estoy para ayudarla, ¿me comprende? Puede hablarme con total franqueza.

—Se lo agradezco. Todavía me pregunto cómo hemos podido llegar a esto. Mi hijo intentó suicidarse, Matt está en el hospital, pero podía haber muerto a manos de Aaron Morris. No sé, es como si la muerte de esa chica hubiera vuelto a todos locos; quizás hasta yo misma esté loca.

—¿Por qué piensa eso?

La inspectora estaba al tanto de la visita que Nora había hecho a Aaron Morris esa misma tarde, pero prefería guardar esa baza para más adelante.

—Desde que el capitán viniera por Jasper he visto cosas a las que no les encuentro sentido.

—¿Esas cosas están relacionadas con la muerte de Ruby Morris?

Nora asintió.

—Permítame aventurarme. Recuerde que son solo palabras, por lo que si no estoy en lo cierto no tiene nada más que decírmelo. Bien. Ya sabe que, tras el incidente de su hijo, la Policía del condado se hizo cargo del caso de Ruby. Se les entregó toda la información que había y dilucidaron que la joven había fallecido en un accidente. Encontraron en los bolsillos unos envoltorios de plástico que podían indicar que había consumido drogas, lo que podría explicar su caída al río. Sin embargo, usted sospecha que las cosas no ocurrieron así, ¿verdad? Desconozco qué sabe y qué no, pero estoy convencida de que es lo suficiente para crearle un insoportable conflicto en su interior.

Nora dejó escapar una risa nerviosa.

—¿Es psicóloga aparte de inspectora?

—No, pero he tratado mucho con psicólogos. ¿Puedo tutearla, Nora? No soporto hablar de usted.

—Sin problema.

—Gracias. Ahora, Nora, dime, ¿estoy en lo cierto?

Los ojos de Nora se llenaron de lágrimas. Apretaba los labios en un desesperado intento de contener el llanto.

—No es tan fácil para mí —dijo.

—Lo entiendo, Nora. No pretendo avasallarte. Por eso quiero compartir contigo algo que muy pocos en Oak Valley saben. Seguimos investigando la muerte de Ruby Morris, aunque de una forma extraoficial. Tenemos indicios para pensar que la joven fue asesinada.

—Pero mi hijo...

—Hasta este momento —interrumpió Eva— no tenemos nada que señale que Jasper tuvo algo que ver. Estoy dispuesta a compartir toda la información contigo, pero a cambio quiero que me digas todo lo que sabes. Tal vez tengamos todas las piezas del puzzle y podamos cerrar el caso esta misma noche.

Nora se secó las lágrimas, cogió aire y comenzó a contárselo todo desde el principio. Le habló de la noche en la que supuestamente Matt había descubierto a Jasper bebiendo con sus amigos, y que era la misma noche que desapareció Ruby Morris; le comentó también cuando descubrió las pastillas para la erección y la confesión de Bryan acerca de la posible homosexualidad de Jasper y la obsesión de Stacy Crapton. Pero lo que le resultó más complicado

fue relatar todo lo relacionado con la carta de despedida de Jasper, en el engaño de Matt y la peculiar forma en la que los Price habían llevado el caso. Más que compartir información, aquello se asimilaba más a vomitar todo lo que no había sido capaz de digerir en las últimas semanas.

—Aaron me contó lo de la visita, Nora. No tienes que esconder nada —dijo la inspectora.

—Todavía no sé bien a qué fui allí. Supongo que necesitaba hablar con alguien. Me contó que una mujer se había puesto en contacto con él, una mujer que decía haber sufrido lo mismo que Ruby.

—Sarah Melway. ¿Te resulta familiar?

Nora frunció el entrecejo. No era la primera vez que lo escuchaba.

—¿Esa es la mujer?

—No lo sabemos con seguridad, pero Sarah denunció una agresión antes de desaparecer de Oak Valley. En la ciudad ha habido algunos casos de agresiones que podríamos incluir bajo un mismo patrón, pero las demás aparecieron muertas o fallecieron poco después. Sarah Melway es la única que puede estar con vida y encaja con la mujer que está escribiendo a Aaron.

—Si esa mujer confesara, podrían arrestar a los culpables.

Eva asintió mientras bebía un poco de café.

—Aaron intentó reunirse con ella. Iban a encontrarse, pero mi intromisión lo echó al traste.

—No lo entiendo —dijo Nora.

—Seguí a Aaron hasta una granja abandonada. La mujer me vio y canceló el encuentro. Deme un minuto, Nora. Me está llegando información del hospital.

—¿Qué pasa, Dawson?

—Inspectora, sigo las órdenes del capitán. Me dijo que le informara de cualquier movimiento en el hospital. Landon Price acaba de salir, puede que no sea nada y solo vaya a su casa, pero cumplí con avisarle.

—¿Se fue solo?

—Así es, inspectora. Si hay algo más que informar, vuelvo a llamarla —finalizó Dawson.

Eva dejó su teléfono en la mesa y tomó otro sorbo de café.

—Landon ha dejado el hospital, seguro que ha ido a su casa —dijo Eva mirando a Nora. No sabía si estaba bien involucrarla si los que ella creía sospechosos eran su propia familia—. No sabemos dónde fue, pero eso es lo más lógico.

Nora intentó decir algo, pero Eva levantó el teléfono para marcar nuevamente.

—Antes de seguir me gustaría llamar a mi jefe —dijo Eva. Nora abrió los ojos asustada—. No te preocupes, el capitán está al tanto de todo y creo que podemos confiar en él. Quiere descubrir la verdad.

Stephen Crew se había marchado de la comisaría. Se despidió de sus agentes diciéndoles que iba a dormir un par de horas. Insistió en que nadie hablara con Aaron Morris hasta que él regresara.

Sin embargo, una vez montó en el auto no se dirigió a su casa. Hacía cosa de veinte minutos había llamado a John Ramsey para obligarlo a tomarse unos días libres. La razón que le había dado era que se iba a reabrir el caso de Sarah Melway, ya que la mujer había regresado a Oak Valley y se había puesto en contacto con ellos.

—Es probable que también reabran el caso de Ruby Morris —le había dicho. Todo era mentira e incluso podía carecer de algo de sentido, pero estaba seguro de que John Ramsey no se lo cuestionaría. Efectivamente, comenzó a hacer preguntas y a despotricar contra Sarah Melway. Insistió en saber dónde se encontraba incluso, aunque el capitán le aseguró que no tenía esa información.

Cuando colgó el teléfono, Stephen estaba más convencido de que la teoría que flotaba por la nebulosa de sus pensamientos podía ser cierta. Cada vez sospechaba con más fundamentos acerca de la posibilidad de que Ramsey estuviera relacionado, de una manera que no podía imaginarse, con los casos de Sarah Melway y Ruby Morris. La base de sus sospechas era su actitud crítica y desconfiada hacia las víctimas, sobre las que recaía la culpa de lo sucedido. A esto le sumaba la reacción del propio Ramsey cuando volvió a escuchar el nombre de Sarah Melway. ¿Qué tenía que esconder? ¿Acaso no hizo las cosas como tenía que hacerlas? El aderezo final de la sospecha era la animadversión hacia la inspectora Guzmán. ¿Temía lo que podía descubrir? ¿O simplemente se trataba de la misoginia que lo caracterizaba?

Todo eso era suficiente para que el capitán decidiera poner a prueba a Ramsey. La llamada lo había dejado iracundo, por ello, Stephen esperó unos minutos antes de dirigirse a su casa. No pensaba hablar con él, sino tan solo observarlo. Ver cuáles eran sus movimientos ahora que sabía que debía tomarse unas pequeñas vacaciones.

Vivía en la parte antigua de Oak Valley, conocida como Rails debido a que allí se encontraba la vieja estación de ferrocarril que conectaba el por entonces pueblo con el resto del condado. Era una zona humilde, de casas pequeñas que convivían con edificios de baja altura. Stephen no tuvo muchos problemas en aparcar el auto en la entrada de un estrecho callejón. Desde allí podía observar la casa de Ramsey sin ser visto. De momento, las luces estaban encendidas, lo que era señal de que dormir no entraba en los planes del agente.

En ese momento sonó el teléfono del capitán. Era Eva Guzmán. Olvidó que la inspectora había ido a buscar a Nora Price, que se marchó apresuradamente del hospital.

—Inspectora, ¿has dado con ella? —preguntó Stephen.

—Sí, estoy con ella, estamos en su casa. Está ocurriendo algo, capitán.

—¿Qué quieres decir?

—Landon Price ha salido del hospital, lo más probable es que se haya ido a su casa, o puede que esconda algo y sea el momento de saber qué tiene que ver con todo esto.

El capitán resopló. Nunca había visto con buenos ojos a Landon, a quien consideraba un cretino y un narcisista de primer orden, pero, sobre todo, jamás había pensado en él como alguien que pudiera estar relacionado con la muerte de Ruby.

—No nos adelantemos, inspectora. Estás con Nora Price. ¿Está cooperando?

—Totalmente. A cada segundo que pasa estoy convencida de que Ruby Morris no falleció de manera accidental. ¿Sigues en comisaría? Puedo mandarte toda la información.

—Estoy en Rails. Creo que tenemos un sospechoso.

—¿De qué está hablando? ¿Capitán?

—Enseguida la llamo.

—Pero...

El capitán colgó la llamada, pues escuchó un ruido. Junto a él, al otro lado de la puerta del auto, estaba John Ramsey. Había golpeado el cristal levemente con los nudillos y sonreía de oreja a oreja como si se alegrara del feliz encuentro.

—Vaya sorpresa. ¿Qué estás haciendo aquí, Stephen?

Al capitán no le quedó más remedio que bajar la ventanilla. Había poco espacio. El callejón era estrecho y si abría la puerta, Ramsey tendría que dar varios pasos hacia atrás.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —insistió Ramsey con su peculiar sonrisa. Su aliento dejaba claro que había pasado la última hora bebiendo. Stephen intentó actuar con naturalidad, pese a lo tenso de la situación.

—He parado a hacer una llamada, Ramsey.

—¿Una llamada? ¿A quién llamabas, capitán? Debía ser alguien importante para detenerse en un sucio callejón a las tres de la mañana. ¿Algo relacionado con Sarah Melway?

Los ojos de Ramsey lanzaron un destello.

—No puedo decir nada por el momento. Todo está en manos de la Policía del condado y ya sabes que no suelen compartir mucha información.

El agente asintió.

—¿Sabe qué, capitán? Es demasiado tarde o demasiado temprano para dormir. Te invito a un café, ¿qué me dices?

La primera intención del capitán era negarse, pero, por otro lado, no quería desconcertar más a Ramsey. Pensó que sería una buena oportunidad de sonsacarle información.

—No me vendría mal.

—Estupendo.

Stephen no volvió a contestar. La inspectora lo llamó en tres ocasiones más, pero no hubo respuesta. Antes de que dejara de responder le había comentado que se encontraba en Rails, que tenía un sospechoso. Podía dirigirse allí y comprobar qué estaba ocurriendo, pero sabía que tenía que estar centrada. Nora se había convertido en una pieza fundamental de la investigación y, además, lo ocurrido con Landon la obligaba a centrarse en él.

Tenía que averiguar dónde se encontraba el hermano de Matt, por lo que llamó el agente de guardia en la puerta del hospital.

Cuando Eva terminó de hablar con Dawson, echó la cabeza hacia atrás y torció el gesto.

«No había vuelto al hospital». El pensamiento se repetía una y otra vez en la cabeza de la inspectora. Nora estaba junto a ella, apoyada en la pared y con el rostro devorado por las ojeras, que se asimilaban a dos grandes manchas de carbón bajo sus ojos. Por cómo reaccionó la inspectora, supo que las cosas no iban del todo bien.

—¿Qué sucede?

Eva encogió los hombros.

—Landon no ha regresado al hospital y no sé cómo averiguar si fue a su casa —respondió Eva. Luego miró a Nora—. ¿Dónde vive?

—En un apartamento, en el centro: en Buchard 47.

Eva miró hacia la ventana con un gesto de impotencia. No quería dejar sola a Nora, pero debía ir tras la pista de Landon.

—¿En qué apartamento exactamente? —insistió Eva.

—En el ático. Es un edificio pequeño que fue remodelado. Pertenece por completo a los Price y creo que es el único que vive allí.

Dicho esto, la inspectora sacó de nuevo su teléfono móvil y marcó un número a toda velocidad. Carraspeó antes de comenzar a hablar.

—¡Hola! ¡Están robando al lado de mi casa! Sí, en Buchard 47. ¡Oh, Dios! —La voz de la inspectora se había convertido en la de una anciana aterrorizada. Aportó los últimos datos y colgó. Nora la observaba sorprendida.

—En un par de minutos llamaré a la comisaría y sabremos si Landon se encontraba allí —dijo Eva recuperando su voz—. No sabía que ese edificio pertenecía a los Price.

—Tienen varias propiedades. A Landon y Matt les va bien, pero gran parte del dinero proviene del patrimonio de la familia. La mayoría son terrenos y una cabaña en las montañas de Oak Valley.

—Entiendo. Ahora hágame de la carta. Me has dicho que tu marido la falsificó, ¿estás segura de ello?

—Completamente. Jasper tiene disortografía y aunque con el tiempo ha ido mejorando, hay algunas reglas ortográficas que se le escapan. Sin embargo, la carta de despedida está impoluta. Además, su letra es ligeramente diferente y forzada, no sé si me explico. Es como una mezcla entre la suya y la de Matt.

—¿Cuál crees que fue el motivo?

—No sé si Jasper dejó una carta, pero, si lo hizo, estoy segura de que a Matt no le convenía que alguien la leyera.

Eva asintió mientras asimilaba cada palabra. Los hermanos Price se habían convertido en elementos discordantes en la historia. Si la teoría de Nora era cierta, significaba que Jasper estaba involucrado en algo que concernía también a Matt y quién sabía si a Landon.

Belch fue uno de los agentes que respondió a la llamada de la anciana alertando de un robo. Mientras conducían hacia allí, su compañero le mencionó que el edificio pertenecía a Landon Price, por lo que era posible que algún ladrón quisiera probar suerte.

No obstante, no vieron señales de que hubieran intentado entrar en el edificio. La puerta principal estaba completamente cerrada y no tenía indicios de haber sido manipulada. Las ventanas de la planta baja estaban todas cerradas y con los cristales intactos. Dentro no se

apreciaba que ninguna luz estuviese encendida. Lo más curioso de todo es que ni siquiera había nadie en casa.

—Habría que avisar al propietario. ¿Quién dio el aviso?

—Una anciana. Estaba histérica —contestó Belch.

—Pues aquí no veo nada.

Ambos agentes apuntaban con sus linternas hacia la fachada y las ventanas. Terminaron de hacer el reconocimiento y subieron de nuevo al auto.

—Da el parte, muchacho. Tienes que rodarte.

Belch asintió y cogió el micrófono con entusiasmo. Sintonzó el canal que comunicaba con la comisaría y se lo acercó a los labios.

—Aquí W3A, no hay indicio de asalto. Puertas y ventanas bien, cambio.

—Aquí central, quédense en la zona; vigilancia dinámica, cambio.

—Recibido. Cambio y corto.

—En fin, en dinámico; son las órdenes —dijo el agente arrancando el motor.

—¿Vigilancia dinámica? ¿Qué es eso? —preguntó Belch.

—Pero ¿qué les enseñan en la academia? Vigilancia dinámica, vigilar en movimiento. Dar vueltas durante horas alrededor del edificio y del barrio por si vemos algún sospechoso.

—Debí suponerlo.

—Ahora vayamos a por un café para no perder dinamismo.

Matt no podía dormir. Aparte de las molestias por los golpes que había recibido de Aaron Morris, experimentaba una sensación de intranquilidad, una certeza de que las cosas no iban bien ahí fuera. Miró el reloj y comprobó que eran las tres cuarenta y cinco de la mañana. Después se centró en la ventana, suplicando que amaneciera y que ese vértigo que estaba experimentando desapareciera de una vez por todas.

A su lado, Evelyn dormitaba, con bruscos virajes de su cabeza de un lado a otro. Se esforzaba por permanecer despierta, pero a esas alturas de la madrugada era prácticamente imposible.

Habían discutido y Matt ya no quería seguir con esa farsa, todo se estaba escapando de las manos y se dio cuenta de que había cometido una estupidez al seguir las indicaciones de su hermano. Cometieron un error, pero nada que no pudieran demostrar.

Evelyn, con su particular visión del mundo, tampoco le ayudaba a aclarar las ideas.

—Ya no pareces un Price y menos tu hijo, a quien debimos enderezar hace mucho —le había dicho.

En ese momento, Matt sintió una repentina tristeza, como si su alma hubiera tropezado y caído a un pozo oscuro y frío. Palpó con la mano y alcanzó con los dedos el teléfono móvil. Quería hablar con Nora, temía que lo hubiera descubierto. Estaba perdiendo a su familia.

El monitor que controlaba las constantes de Matt comenzó a emitir un pitido casi constante mientras las gráficas que reflejaban sus latidos iban de arriba abajo. Justo en ese momento, entró una llamada de Landon.

—Me ha llamado la policía. Al parecer han visto a una persona intentando entrar en mi casa.

—¿Crees que ha sido Nora? —preguntó Matt incorporándose de un salto.

—No lo creo, pero les dije que yo estaba en el hospital contigo. Me avisarán si encuentran a alguien, mientras debo ir a otro lugar.

—¿Qué está ocurriendo, Landon?

—No lo sé, pero voy a acabar de una vez por todas con estos ineptos. No permitiré que ningún Price sufra durante un segundo más.

—¡Landon!

—¿Seguro que la carta está bien escondida, Matt? —preguntó Landon que no se fiaba de su hermano—. Necesito leerla cuando todo esto se calme y después la quemamos.

—Claro que sí. No sé por qué no quisiste que la quemara. No estarías preguntándome a cada momento.

—Necesito saber qué opinión tiene de lo sucedido el imbécil de tu hijo. Y saber cómo podemos actuar si le ha dicho algo de su versión a alguien más.

—Ya te conté todo, Landon.

—¡Quiero leerla! Quiero analizar sus palabras para actuar de manera coherente si se ha ido de la boca con alguien. Necesito verla con mis propios ojos.

Matt no tuvo oportunidad de replicar. No le quedaba más remedio que obedecer a su hermano, aunque fuese por última vez.

Por primera vez en mucho tiempo, Stephen se arrepintió de dejar su arma en el auto. Las malas sensaciones acerca de John Ramsey no hacían más que aumentar a medida que pasaban los minutos.

Ramsey le había ofrecido tomar un café. Esperaba que fueran a una cafetería, pero el agente insistió en que estarían más cómodos en su casa. El desorden era generalizado. Por todos lados había revistas de beisbol y periódicos deportivos. En algunas paredes había bates de beisbol y pelotas firmadas por algún jugador famoso. Por otra parte, la moqueta estaba repleta de restos de comida y manchas de dudoso origen. Cuanto menos, no era un espacio acogedor.

—Perdona el desorden. No esperaba visita —dijo Ramsey.

—La limpieza tampoco es lo mío, no te preocupes.

Stephen sonrió mientras miraba donde podría sentarse en aquel putrefacto hábitat. No hacía mucho que había estado en la casa de Aaron Morris, pero esa se podría considerar un palacio en comparación con la pocilga en la que vivía Ramsey. Echó la vista atrás y repasó rápidamente la vida del agente. Se casó poco después de ingresar en la comisaría de Oak Valley, pero el divorcio no tardó mucho en llegar. El capitán intentó recordar cómo se llamaba su esposa, pero fue incapaz. Desde entonces, Ramsey pareció renunciar a mantener cualquier relación formal con una mujer.

Al cabo de un par de segundos, el agente apareció en el salón con dos tazas de café.

—Al mío le he añadido un poco de whisky. Aumenta el efecto de la cafeína. ¿Quieres un poco?

—Lo prefiero solo.

—Como quieras, capitán. ¿Te has enterado de lo último?

Stephen dio un trago al café para ganar unos segundos, cuyo sabor dejaba mucho que desear. No tenía la menor idea de a qué se refería Ramsey. Además, continuaba con esa mueca en sus labios, esa sonrisa inexpresiva que empezaba a considerar estúpida. Optó por ser cauteloso.

—¿Qué ha ocurrido? Las cosas andan revueltas en Oak Valley últimamente.

—Y que lo digas. Es algo inaudito. En fin, han intentado robar en la residencia de Landon Price. ¿Qué te parece? Alguien tiene a los Price entre ceja y ceja.

—No estaba al tanto. —Las alarmas se encendieron en la cabeza del capitán. Cuando Ramsey lo sorprendió en el auto, él estaba hablando con la inspectora. Esta le dijo que buscaría a Landon. ¿Acaso Eva había ido hasta la residencia de Landon en busca de algo?—. ¿Ha habido detenidos?

—No por el momento. Están patrullando por la zona. La plataforma policial de Oak Valley lo mantiene a uno al tanto de todo lo que ocurre en la ciudad.

—Voy a pasarme por allí —dijo el Stephen al tiempo que se incorporaba. Sin embargo, su impulso se encontró con el freno de la mano de Ramsey que, apoyada con fuerza sobre su hombro, le hizo sentarse de nuevo.

—Está todo controlado, capitán. Disfruta del café. Dígame, ¿a quién ha llamado ahí fuera?

La actitud de Ramsey dejó sorprendido al capitán; nunca antes le había puesto las manos encima de esa manera. Quiso levantarse de nuevo, pero una sensación extraña comenzó a extenderse por su cuerpo; un repentino cansancio.

—A nadie... importante —respondió con un tono voz meloso, arrastrando sus palabras sin percatarse de ello.

—Yo no detengo mi auto en plena madrugada para hablar por teléfono, capitán. Dígamelo.

La insistencia de Ramsey se convirtió en una fuerte presión en su cabeza. Este levantó la taza y dio un nuevo trago al café para espabilarse, pero su estado fue a más.

—¿Con quién hablabas en el auto, capitán? —insistió con un tono melódico. Stephen luchaba por mantener la cabeza erguida sobre su cuello.

—Con la inspectora Guzmán.

En el fondo, Stephen sabía que estaba cometiendo un gran error, pero no podía hacer otra cosa. La debilidad fue a más y la taza de café cayó de entre sus dedos.

Ramsey comenzó a caminar de un lado a otro, tranquilo, saboreando su café. Mientras el capitán apoyó las manos sobre la mesa para evitar caer al suelo. La realidad se iba desvaneciendo a su alrededor.

John Ramsey se rio a carcajadas cuando miró al capitán, que había conseguido incorporarse y echar la espalda hacia atrás.

Stephen miró a Ramsey, que se había convertido en una silueta amorfa que se movía de un lado a otro. Estaba hablando, pero a sus oídos no llegaba más que un rumor confuso que no podía traducir. «El café», pensó con gran esfuerzo. Tenía la sensación de que su masa cerebral se había transformado en cemento y que cada neurona se había quedado incomunicada del resto. Ramsey continuaba hablando. Debía estar diciendo algo gracioso, porque entre el ruido gris que eran sus palabras intercedían algunas carcajadas acompañadas de su grotesca sonrisa.

—...en cuanto llegue, veremos qué hacemos contigo... el frasco de la arpía nunca falla... no quería que las cosas acabaran de esta manera... somos amigos después de todo.

Stephen Crew perdió la capacidad de hablar. Se hallaba en un estado de semiinconsciencia y si no se había desplomado era simplemente porque su cuerpo se hallaba en un delicado equilibrio. Un ruido ajeno lo sacó de su letargo por un instante. Parecía el ruido de una puerta azotada por el viento, aunque supo que alguien más había llegado a la casa de Ramsey.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—Todo controlado. Nos encargaremos de él ahora mismo.

La preocupación de Eva Guzmán había ido en aumento en los últimos minutos. Después de hacerse pasar por una anciana y dar un falso aviso de robo en la residencia de Landon Price, llamó a comisaría y preguntó acerca del mismo, ya con su propia voz. Tal y como esperaba, le confirmaron que no había indicio alguno de que hubieran asaltado la residencia, ni tampoco de Landon en su apartamento, pero que sí lo habían localizado por teléfono. Él les confirmó que se encontraba en el hospital, junto a su hermano Matt.

Eva no tardó en llamar al agente Dawson para preguntarle si Landon Price había regresado.

El agente le contestó que no.

—Esto es como un yermo, inspectora. Aunque supongo que es algo positivo —dijo el agente Dawson.

—¿Hay otra entrada?

—El guardia me ha dicho que a las nueve de la noche cierra las puertas secundarias. Estas solo pueden abrirse desde el interior y, en el caso de que se abriera una, le saldría un aviso. Por el momento todas permanecen cerradas.

—Está bien, Dawson, pero no es suficiente. Quiero que subas a la habitación de Matt Price, bajo cualquier pretexto, y compruebes quién lo acompaña, ¿de acuerdo? Llámame en cuanto lo sepas.

Al agente no le dio tiempo a contestar, ya que la inspectora colgó de súbito. Permanecía en la casa de los Price, conversando con Nora al mismo tiempo que procuraban saber lo que estaba ocurriendo ahí fuera.

—Mi marido me ha llamado otra vez —dijo Nora. Había parado de llorar, pero en sus ojos relucía todavía un brillo acuoso—. También me ha enviado varios mensajes pidiéndome que lo acompañe en el hospital; que me necesita.

—Puedo dejarte en el hospital si quieres —dijo Eva. Sin embargo, Nora movió la cabeza de un lado a otro.

—La única razón por la que quiere que esté con él es para tenerme controlada. Matt no es tonto e intuirá que está ocurriendo algo. No soy policía ni nada de eso, pero tengo la sensación de que pronto se va a acabar todo. La presión va a hacer que todo estalle por los aires. No se puede vivir así.

La inspectora no supo qué contestar a eso. Encogió los hombros y se centró de nuevo en su teléfono. Le había enviado siete mensajes al capitán, pero él no le había contestado. Lo último que le había dicho era que tenía un sospechoso y que se encontraba en Rails. Oak Valley era una ciudad pequeña, pero en cierto modo era variopinta, ya que podían encontrarse zonas muy distintas entre sí. Rails era una de ellas. Era uno de los barrios más antiguos de la ciudad, pero al mismo tiempo, uno de los peor conservados. Un treinta por ciento de las casas estaban abandonadas y el tejido empresarial era prácticamente inexistente.

—¿Qué puede decirme de Rails? —preguntó Eva.

—¿El barrio de la estación? Es la parte trasera de la nevera. Creo que mi suegro estuvo interesado en adquirir parte de los terrenos para levantar grandes edificios, pero el terreno es inestable. Al parecer, hace más de setenta años, había un lago que ocupaba toda esa parte. Por eso casi no se puede construir ni realizar grandes infraestructuras. ¿Por qué me preguntas por Rails?

La inspectora torció el gesto. Había prometido ser sincera con Nora.

—La última vez que hablé con el capitán me mencionó que estaba en Rails tras la pista de un sospechoso. Sin embargo, cortó la llamada de manera repentina y no he vuelto a contactar con él.

—¿Un sospechoso del caso de Ruby Morris? —Eva asintió en silencio—. ¡Vayamos hasta allí!

El sonido del teléfono de la inspectora llenó sus corazones de esperanza, aunque esta se esfumó: era el agente Dawson.

—Ese maldito Price casi me tira un vaso, por no hablar de la vieja que lo acompañaba.

—¿Has estado en su habitación?

—Sí. Y espero no acabar en la oficina de desempleo al finalizar la semana.

—Tranquilo, queda bajo mi responsabilidad. ¿Quién estaba acompañando a Matt?

—Una anciana; creo que era su madre.

—¿Landon Price no estaba allí?

—Ya le he dicho que Landon Price se marchó hace como una hora y no ha regresado. ¿Es que no me escucha?

—Gracias, Dawson.

Eva colgó y miró a Nora, que estaba expectante.

—¿Qué sucede?

—Landon no está en el hospital y tampoco en su casa. Cuando le han comunicado el aviso del robo, ha mentido.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Eva se pasó las manos por el rostro. Necesitaba ideas, pero estas se escondían a kilómetros de distancia.

—Recapitemos. Me has dicho que la noche que desapareció Ruby Morris, Jasper llegó a casa cubierto de barro y que según Matt lo había pillado bebiendo cerveza con sus amigos. ¿Estoy en lo correcto?

—Así es —reafirmó Nora.

—Bien. Hay que avanzar casi tres meses, hasta cuando el capitán vino en busca de Jasper. Dices que la actitud de tu hijo cambió de manera radical.

—De la noche a la mañana. Sé que debió de impactarle mucho verse en esa situación, pero en ese momento comencé a sospechar que quizás había algo más.

—Vale, la carta de despedida de Jasper, ¿cuándo te la dio Matt?

Nora se tomó la frente. El ritmo con el que la inspectora le exigía recordar era frenético.

—Fueron momentos confusos. No lo recuerdo muy bien, pero supongo que sería aquí en casa. Un par de días después de que saltara por el McQueen.

—Eso quiere decir que Matt tuvo tiempo para escribir otra carta y hacerla pasar por la original.

—Absolutamente.

Al final de toda esa información, la inspectora vislumbraba una luz, una forma de armar todos los datos en torno a una posibilidad.

—Por otro lado, tenemos esas pastillas para la erección. Se las dio Bryan, el cual te aseguró que Jasper podía estar confundido respecto a su sexualidad.

—A eso no le encuentro ningún sentido.

—Tal vez sea más sencillo de lo que parece —dijo Eva.

—¿A qué te refieres?

—Supongamos que Jasper era homosexual. De ser así, no se sentiría atraído sexualmente por una chica, no sé si me entiendes.

Los ojos exageradamente abiertos de Nora reflejaban que sí captaba la idea de la inspectora, aunque no podía evitar estremecerse de que su hijo estuviese involucrado en aquella peculiar teoría.

—¿Crees que Jasper utilizaba esas pastillas para tener sexo con chicas? —dijo Nora en voz baja.

—Puede que solo con una, Nora. Es posible que fuera Ruby Morris esa chica.

La cara de Nora Price palideció de repente. Aquellas palabras habían horadado en su interior de una manera brutal. De alguna forma, habían tenido el poder suficiente de convertir a su hijo en una persona que ella era incapaz de reconocer.

—Pero... —sollozó.

—No estoy culpando a Jasper de la muerte de Ruby, Nora. Pero no puedo decir lo mismo de tu marido y Landon. No con todo lo que me has contado y he visto. Añade también el testimonio de esa mujer, de Sarah Melway, si es que realmente es ella. Le dijo a Aaron que había sufrido lo mismo que Ruby.

El cuerpo de Nora temblaba.

—¿Qué vamos a hacer?

Eva trató de reconfortar a Nora cogiéndole las manos.

—Tenemos que hablar con el capitán Crew, pero no contesta.

—Vayamos a buscarlo.

—Puede ser peligroso. Eres una civil. No puedo...

—¡No me jodas! Me acabas de decir que mi marido y mi cuñado pueden estar involucrados en la muerte de Ruby Morris. ¿Qué pretendes que haga? ¿Quieres que me quede aquí esperando?

—No te quedarás esperando —dijo la inspectora con una sonrisa—. Serás clave en todo esto.

—¿Cómo?

—Eres la única que puede entrar al círculo de los Price, debes estar ahí, pendiente de todo lo que hagan. Si hay algo anormal, cualquier cosa, comunícamelo —dijo Eva.

Nora asintió. No sabía cómo iba a fingir frente a su familia, pero un sentimiento más fuerte que ella se adueñó de su cuerpo. Se sentía valiente y valorada. Capaz de enfrentarse a lo que el destino le pusiese delante.

Stephen Crew yacía inconsciente. La boca entreabierta, por donde escapaba un hilillo de saliva, aspiraba y expulsaba aire a un ritmo acompasado. Esto indicaba a Ramsey que no se había excedido de dosis, dándole un par de horas hasta que el capitán volviera a recuperar el conocimiento.

Sin embargo, era consciente de que la situación no era favorable. Junto a él, Landon Price mantenía la mirada fija en el cuerpo del oficial.

—Esto se te ha ido de las manos.

Ramsey le quitó importancia al asunto con un leve gesto mientras se llevaba un cigarrillo a los labios.

—Estaba vigilándome. ¿Qué querías que hiciera?

—Otra cosa, maldita sea —dijo Landon señalando al teléfono del capitán. Habían leído los últimos mensajes de la inspectora Guzmán y estaban al tanto de la información que compartían—. ¡Esa zorra está a punto de descubrirnos!

—Pues habrá que encargarse de ella y mejor hacerlo cuanto antes.

—¿En qué estás pensando?

Ramsey encogió los hombros.

—Todavía quedan unas horas para que amanezca. Tenemos el teléfono de Stephen. No sería muy complicado citarnos con la inspectora.

Los ojos de Landon relucieron ante la idea después de una fugaz duda.

—Puede funcionar.

—Oh, pues claro que funcionará. Si no es así, estamos jodidos. La inspectora chiflada se cree muy lista. Tal vez le enseñe cómo se hacen las cosas en Oak Valley —Ramsey terminó la frase pasándose la mano sobre la entrepierna y sacando la lengua de manera lasciva.

—Déjate de estupideces —dijo Landon apuntándole con el dedo—. Se trata de librarnos de una maldita vez de toda esta mierda.

—¿Quién ha dicho lo contrario? Pero si puedo divertirme un poco, no pienso desaprovechar la oportunidad.

—¿Dónde lo haremos?

—En el bosque, junto a la cabaña. Me queda algo de droga de la última vez. La meteré en los bolsillos del capitán. En cuanto a la inspectora, parecerá que ha sido la pobre víctima. Relacionarán la droga de Stephen y la agresión con Ruby Morris: ¡Stephen Crew violador oficial de Oak Valley! Toda esta mierda habrá pasado en un abrir y cerrar de ojos.

—Habrá un nuevo jefe de policía en la ciudad —dijo Landon. Ramsey sonrió con malicia.

—Carguemos a este desgraciado en su auto. Yo conduciré y después lo dejaremos allí.

Esto no le hizo mucha gracia a Landon, pero comprendió que cada uno debía tener su coartada. Él había hablado hacía pocos minutos con la comisaría y había afirmado encontrarse en la habitación de su hermano Matt, a donde regresaría en cuanto terminaran todo el asunto.

—El hijo de puta me llamó hace un rato para darme un par de días libres. Las vueltas que da la vida —dijo Ramsey.

—¿Por dónde iremos? —lo cortó Landon

—Mierda, Landon. Parece que sea la primera vez. Tú irás por el viejo camino de la fábrica. Está medio asfaltado y los neumáticos no dejan marcas. Aparca a uno o dos kilómetros y ve andando hasta la cabaña. Yo iré directo con el capitán por el camino del río. Allí esperaremos a la inspectora.

Eva convenció a Nora de que era de más ayuda dentro del círculo de los Price, sin embargo, ambas concluyeron que podrían sospechar de ella si reaparecía en el hospital de manera repentina. Por tanto, las dos mujeres salieron de la residencia de los Price rumbo al barrio de Rails.

Cada pocos segundos Eva comprobaba el teléfono.

—Stephen continúa sin responderme. Ha pasado demasiado tiempo. Esto no me gusta.

—¿Crees que le habrá ocurrido algo? —preguntó Nora. La inspectora encogió los hombros.

—Quiero pensar que no. El problema es que no sabemos exactamente qué estamos buscando. No sé si me explico.

—Te comprendo. Por lo que te dijo, tal vez el sospechoso viva por aquí —dijo Nora.

Circularon en silencio los siguientes minutos, atentas cada una a un lado de las oscuras y solitarias calles de esa parte de la ciudad. Tal y como le había explicado Nora, muchas casas y edificios estaban en estado de total abandono. Pasaron junto al viejo edificio de la estación, que habían transformado en una galería comercial que igualmente había quebrado y estaba casi en los cimientos. No fue hasta esa noche cuando la inspectora se fijó en las peculiaridades de esa parte de la ciudad. Era como si todo allí se estuviese descomponiendo.

—Esto no sale en las fotografías de Oak Valley que vi antes de venir.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Nora.

—Algo más de dos meses. Antes trabajaba en Los Ángeles.

—¿Un cambio de aires?

La inspectora inspiró profundo antes de dejar escapar el aire por sus labios.

—En cierta manera. Cometí un error que no me dejó más remedio que el traslado y la degradación de mi cargo.

—¿Qué ocurrió?

—Maté a un hijo de puta —dijo con evidente dificultad.

—¿Le disparaste?

—Lo dejé como un colador.

Eva tragó saliva. Estaba incómoda. Nora se percató de ello.

—¿Ves algo que te llame la atención? —dijo. Nora captó su intención y volvió a centrarse en la calle.

—Nada.

Pasaron junto a una zona de pequeños edificios que formaban un entramado de estrechos callejones. Eva aminoró para observar bien a través de ellos. Al fondo de uno, vio la silueta de

un auto que le resultó familiar, lo que la hizo detenerse.

—Creo que ese auto es el del capitán. No puedo asegurarlo desde aquí. —Eva abrió la puerta y se bajo, Nora la imitó.

—¿A dónde vas? —preguntó Eva.

—No voy a quedarme en el coche mirando.

La inspectora sabía que no era una buena idea, pero no le quedaba más opción que aceptar que esa noche iba a tener una compañera. Las dos se pusieron en marcha. Caminaban despacio, esquivando los pestilentes charcos del suelo, invisibles en la penumbra que reinaba entre los edificios. Había tanta humedad que por sus bocas salían nubes de vapor blanquecino.

Poco a poco se acercaban al vehículo del capitán. Estarían como a unos quince metros cuando un hombre, que no era Stephen Crew, apareció en la entrada del callejón. Eva y Nora se quedaron petrificadas, sin mover ni un músculo, creyendo que las había visto. Quien fuera esa persona, se quedó durante unos segundos de pie junto a la puerta del coche, observando la oscuridad de la calle. Después sacó un manojo de llaves del bolsillo. Fue entonces cuando la inspectora reconoció a John Ramsey. Pero eso no era lo que más le preocupaba.

—Los faros —susurró Eva. En cuanto Ramsey arrancara el auto y se prendieran los faros, las dos mujeres aparecerían en el espejo retrovisor como por arte de magia. Tenían que esconderse.

—¿Qué sucede? —preguntó Nora casi sin mover los labios. Por su tono de voz, Eva supo que ella no había reconocido a Ramsey.

—Las luces de los faros traseros pueden delatarnos. Escóndete en ese hueco —dijo la inspectora señalando hacia un resquicio oscuro; la puerta de servicio de algún negocio arruinado de Rails—. Yo me iré hacia el otro lado.

El lugar en cuestión era tras los restos de un contenedor devorado por el óxido.

Mientras tanto, Ramsey seguía manoseando las llaves. En ese intervalo, la inspectora confirmó que se trataba del auto de Stephen Crew.

Al fin, el agente encontró la llave del auto. Abrió la puerta y arrancó el motor.

—¿A dónde irá?

El auto avanzó lentamente, giró a la derecha y salió de la protección del callejón para rodar apenas unos veinte metros y detenerse de nuevo. Nora y Eva salieron de sus escondites y recorrieron el último tramo del callejón pegadas a la pared para evitar ser vistas.

Llegaron a la esquina de la calle y se detuvieron. Eva estaba delante y Nora iba justo tras ella.

—¿Ves algo? —preguntó Nora.

—Era John Ramsey.

—¿Y el auto de Stephen?

—Estoy segura. Aquí está pasando algo.

Ramsey bajó del auto y se acercó a la casa más próxima mirando con desconfianza a su alrededor. Se detuvo junto a la puerta y la golpeó varias veces. La puerta se abrió lentamente.

—¡Es Landon! —exclamó Nora.

—¿Qué están haciendo?

Susurraron unas palabras antes de que Ramsey regresara al auto y maniobrara para aparcarlo frente a la puerta del garaje, la cual había abierto previamente el propio Landon.

—Están cargando algo. Parece... —Las palabras de la inspectora se silenciaron a medida que sacaba su teléfono móvil y comenzaba a sacar fotografías disimuladamente. No se apreciaban bien los detalles, aunque en varias sí que podía identificarse sin problema tanto a Landon como a John Ramsey.

—Oh, Dios mío. —Nora se ocultó el rostro con las manos. Sin embargo, la inspectora no

quitó la mirada ni un segundo. Desde su posición no tenía una vista despejada, pero no le quedó ninguna duda de que Ramsey y Landon estaban cargando un cuerpo en el maletero del auto. Las posibilidades de que se tratara del capitán eran muy elevadas. De manera innata, Eva situó su mano sobre la funda de la pistola, la cual abrió con un movimiento ágil de dedos. Una parte de ella quería irrumpir entre los dos hombres y averiguar qué estaba ocurriendo, pero su parte más racional le instaba a esperar.

—¿No vamos a hacer nada? —preguntó Nora.

Eva movió la cabeza lentamente de un lado a otro. Analizaba la escena mientras pensaba en el próximo movimiento: procuraba pensar como ellos.

Mientras tanto los dos hombres cerraron el maletero e intercambiaron instrucciones entre sí. Se desplazaban hacia otro lugar. Eva frunció el ceño. Ni siquiera había amanecido y el tráfico era inexistente, por lo que seguirles era una opción casi imposible. Ramsey se montó en el coche del capitán, con el cuerpo en el maletero y Landon se alejó caminando hasta su auto, que se encontraba en el otro lado de la calle.

—Tenemos que seguirlos —dijo Nora. La inspectora no contestó, simplemente se echó a andar hacia la oscuridad del callejón.

—Va a ser muy complicado.

A medida que avanzaban fueron ganando velocidad hasta que echaron a correr. Se montaron en el coche y doblaron la manzana. Cuando llegaron a la calle donde se encontraban antes Ramsey y Landon, vieron a lo lejos las luces de los otros dos vehículos. Automáticamente, Eva apagó las luces del suyo y se detuvo. Confiaba en la que la distancia fuera suficiente para pasar inadvertida. Nora se mostraba tranquila, pero sus manos temblaban sin parar.

—No tienes por qué venir, Nora. Esto es asunto mío.

Nora dejó escapar una carcajada triste, apática.

—Mi hijo está en el hospital después de que intentara suicidarse. Mi marido me engañó como una estúpida y mi cuñado se dedica a cargar cuerpos en plena madrugada. Mi vida y la de mi hijo se han ido a la mierda. ¿Que si tengo miedo? Te diré que me falta poco para cagarme en los pantalones, pero no pienso parar hasta llegar al final. Estoy cansada de vivir al margen de todo. Si ese Ramsey y Landon tienen algo que ver en lo que le ocurrió a Ruby Morris y por ende a mi hijo, quiero que lo paguen.

Landon tomó su teléfono para comunicarse con Ramsey, al cual comenzaba a despreciar por sus imprudencias. Desde hacía un tiempo le traía más problemas que soluciones y ahora estaba hasta el cuello al meterse con el capitán. Esto no estaba ni por asomo en sus planes, pero debía colaborar con Ramsey si quería salir indemne de aquella situación. Hacía mucho tiempo que no había vuelto a llevar chicas a la cabaña, pero ante la necesidad de enderezar a Jasper, lo vio como una oportunidad. Desde el incidente con Sarah Melway se había portado como un santo. No esperaba que intentarlo otra vez le volviese a causar problemas.

El teléfono dio el tono y Ramsey contestó. Landon quería saber el siguiente paso con exactitud.

—¿Avisaste a la inspectora? —preguntó Landon.

—Tranquilo, vaquero —dijo Ramsey—. Lo haré cuando estemos llegando. Tenemos que hacerle un buen recibimiento, ¿no te parece?

Landon no estaba de acuerdo.

—Estamos de mierda hasta el cuello, Ramsey. Solucionemos esto de una puta vez y así podremos pasar página. Tendremos que esperar un tiempo hasta que las aguas vuelvan a su cauce.

—¿Se te han caído los cojones o qué? Con Crew fuera de juego es bastante probable que yo sea el nuevo jefe de policía. Podremos hacer lo que queramos.

Landon se dejó llevar un momento por esa idea, pero enseguida esbozó una mueca de disgusto.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Ramsey ante el silencio de Landon.

—No estaré tranquilo hasta que no hayamos acabado con esa inspectora.

—No te preocupes por ella. Le enviaremos el mensaje y acudirá a nosotros como una mosca a la miel. Dentro de un par de horas, la esposa del capitán denunciará la desaparición y por la tarde los encontrarán. En cuanto a las coartadas, oficialmente tú estás en el hospital con tu hermano y yo estoy de vacaciones. Lloraremos su pérdida.

Landon no estaba muy convencido, pero sabía que no le quedaban muchas más opciones.

—Pues acabemos de una vez. ¿Has cogido la droga?

—El capitán ya las tiene en los bolsillos. Recuerda tomar el viejo camino de la fábrica. Le enviaré el mensaje a la inspectora en cuanto deje atrás la carretera que lleva a la interestatal. Estamos en contacto.

Habían pasado como cuarenta minutos desde la última vez que Matt había hablado con Landon. «Voy a arreglarlo todo», le había dicho. Sin embargo, no sabía a ciencia cierta qué iba a arreglar y cómo iba a hacerlo. Para peor, había intentado contactar con Nora una veintena de veces, sin éxito.

Evelyn también se había desvelado y llevaba un buen rato frente a la ventana, contemplando la tranquilidad y el silencio de las calles vacías de Oak Valley.

—¿Por qué crees que vino ese policía? —preguntó Evelyn sin girarse. Matt vio el reflejo de su rostro en el vidrio. Estaba serio y ausente al mismo tiempo.

—Querría comprobar que todo estaba en orden.

—¿En plena madrugada, Matt? Creía que eras más inteligente, aunque ya debí suponer tus capacidades al casarte con esa mujer.

Matt se quedó perplejo ante las palabras de su madre. Nunca la había escuchado hablar de esa manera, con un rencor aletargado que bañaba de ácido sus palabras y, sobre todo, una lejanía indescriptible, un desapego despiadado.

—¿De qué estás hablando?

—¿Crees que no sé lo que está pasando? Sé lo que ocurre en esa cabaña, siguiendo el curso del río, en el bosque.

Matt palideció más todavía.

—No sé a qué te refieres.

—Oh, Matt. Eso no te valdrá de nada. Se les ha ido de las manos... Los Price lo perderemos todo. Tendré que arreglarlo yo, como siempre.

Evelyn no habló más. Regresó a su butacón, se sentó y cerró los ojos como si su existencia en el mundo finalizara en aquel momento. En esa posición, extrajo un diminuto frasco del bolso y lo apretó entre sus manos.

Matt no dijo nada. Se limitó a llamar a Landon.

—¿Está todo solucionado? —preguntó.

—Ha habido imprevistos, pero pronto habrá pasado todo.

Miró de reojo a Evelyn. Permanecía con los ojos cerrados.

—¿Estás seguro? No hace mucho ha venido un agente a la habitación. Quería asegurarse de que me encontraba bien...

El sonido estridente de los neumáticos provocó que Matt se separara el teléfono de la oreja.

—¿Ha entrado en la habitación?

Matt tragó saliva. El tono de Landon no auguraba nada bueno.

—Abrió la puerta directamente.

—¿Vio que yo no estaba allí?

—Obviamente. Estas habitaciones no son muy grandes...

Landon respiraba de manera agitada. Hacía como un minuto que él y Ramsey se habían separado para tomar caminos distintos para llegar a la cabaña. Pero las cosas habían cambiado. Si un agente había subido a la habitación, adiós a su coartada. Los pensamientos negativos que había tenido antes regresaron, aunque esta vez con mucha más fuerza. Colgó a su hermano y llamó a Ramsey.

—Tenemos problemas. —La voz entrecortada alertó al agente.

—¿Qué ocurre?

—¿Has avisado a la inspectora?

—Por supuesto. Estoy avanzando río arriba. Esa idiota no ha tardado ni un minuto en contestar. Pondré ahora al capitán sentado en el asiento del conductor y nos esconderemos para

darle la sorpresa. Será coser y cantar. Ahora dime, ¿qué es lo que pasa?

Landon tragó saliva. Tenía la garganta seca.

—Un agente ha subido a la habitación de Matt. Ha visto que no me encontraba allí. No tengo coartada.

—Eh, tranquilízate, ¿quieres? ¿El agente te iba buscando?

—No lo sé. Me lo acaba de decir Matt. Lo extraño de todo esto es que el agente subiera hasta la habitación y entrara a ella en plena madrugada. Tú eres policía, dime, ¿es eso normal?

Ramsey emitió un leve gruñido.

—No es lo común. Pero eso no debe preocuparte. Puedes decir que te encontrabas en tu casa comprobando si realmente había entrado alguien o no. De todas maneras, no tienen por qué relacionarte con todo esto.

Pero Landon sabía que eso no era del todo cierto. Había dos personas que podían ocasionarle serios problemas.

—Esa inspectora... ¿Y si avisa al resto de la comisaría? ¿Y si se huele lo que está sucediendo?

—Tengo la radio de la policía y la plataforma en mi teléfono. Ante cualquier aviso, podremos reaccionar y desaparecer a su debido tiempo. Eva Guzmán estará neutralizada antes del amanecer —dijo Ramsey con un convencimiento absoluto

—¿Y qué pasa con Jasper? ¿Qué pasará si despierta?

John Ramsey comenzaba a cansarse de las dudas de Landon.

—Es tu sobrino. ¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó Ramsey. Se produjo un silencio entre ambos.

—Esperaremos. No le quitaré el ojo de encima y descubriré qué tanto recuerda o si quiere hablar del tema.

—¿Eres consciente de lo que nos estamos jugando? —insistió Ramsey. El tono de su voz arrastraba sus intenciones como una brisa venenosa.

—Es el hijo de mi hermano...

Landon calló de nuevo. Comenzaba a vislumbrar los límites en el horizonte de sus actos. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar? Stephen Crew iba inconsciente en un maletero; era el jefe de la Policía de Oak Valley, no una persona cualquiera. ¿Jasper debía ser el siguiente? Bajo su punto de vista eso era demasiado. Pero esa duda comenzó a crecer en su pecho.

—Ramsey, volveré al hospital. Encárgate de todo.

—Siempre debo hacer el trabajo sucio.

—Para eso te pago y recuerda que muchas de las cosas que han pasado han sido por tu culpa y falta de control.

—¡Falta de control, maldito hijo de puta! Yo te diré lo que es falta de control. No aguantarse al ver una jovencita, follársela cuando está drogada y después arrepentirse. ¿Quién fue al rescate? Un verdadero hombre como yo. Porque al parecer eres tan maricón como tu sobrino. Estoy harto de seguir las órdenes de los Price y cuidado con hablar más de la cuenta porque los tengo cogidos por los huevos.

John Ramsey cortó la llamada y Landon cambió de dirección hacia el hospital. Estaba asustado, perdiendo el control. Nunca pensó que haber instigado a Matt para que su hijo dejase de ser tan marica, le pesaría tanto.

El día que le llegó el rumor que su sobrino no se despegaba de un compañero de escuela, comenzó a seguirlo. No vio nada particular, solo que no era normal que rechazara continuamente a Stacy Crapton y que también esquivara los acercamientos que Ruby Morris intentaba todos los

días. Ruby era atractiva y de fácil acceso... igual que su madre.

Luego de unas semanas habló con su hermano. Quería que Matt se diera cuenta del problema que tenía su hijo y que, si no lo remediaba a tiempo, todo lo que era su familia se iría a la basura. «¿Cuándo se ha visto un Price maricón?», gritaba.

Ese día Matt estaba ocupado en su oficina. Una serie de repetidas tormentas había elevado el precio del cereal y las ventas se habían desplomado.

—¿Acaso no ves raro a Jasper? —preguntó Landon intentando captar la atención de Matt. Este lo miró y se encogió de hombros.

—¿Cómo raro? Ahora los chicos son distintos a nuestra época, no les gustan las mismas cosas.

—No se trata de eso. ¿Le has conocido a alguna novia?

Matt se centró de nuevo en los documentos que tenía sobre la mesa.

—Muchos chicos no presentan las novias a sus padres —dijo despreocupado. Landon movió la cabeza de un lado a otro.

—No esperaba que estuvieses tan ciego. De verdad. Me sorprendes, Matt.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

Landon levantó los brazos como si quisiera pedir calma.

—Es tu hijo de quien hablamos, ¿de acuerdo? Solo te estoy diciendo que deberías observarlo más detenidamente. Quizás te llesves una sorpresa —dijo Landon saliendo del despacho. Matt no se tomó muy en serio las palabras de su hermano, pero no pudo evitar observar cada gesto de su hijo. En un principio no veía nada extraño. Jasper era un joven normal, algo sensible, pero nada que le hiciera sospechar de su sexualidad.

Sin embargo, todo cambió una tarde. Mientras regresaba a casa se encontró a Jasper acompañado de un amigo. Ambos caminaban tranquilamente por la acera. Matt recordó las palabras de su hermano y aminoró la velocidad del auto para observarlo desde la distancia. Esperaba que los próximos minutos fuesen suficientes para descartar toda la paranoia de Landon, pero, para su sorpresa, sucedió todo lo contrario.

Jasper y el otro joven se mostraron, a ojos de Matt, demasiado cariñosos, jugando con sus manos e incluso abrazándose en algún momento. Esto se unió a lo que había observado los últimos días, lo que fue suficiente para que Matt encendiera todas las alarmas y avisara de inmediato a su hermano.

—Te lo dije, Matt. No has prestado la suficiente atención a tu hijo y ahora es un desviado.

—¿Cómo no he podido verlo antes? —se recriminaba—. Es un Price, por el amor de Dios.

—Ahí es justo donde quería llegar. Tenemos que solucionarlo antes de que la cosa vaya a peor. Me entiendes, ¿verdad?

Matt tensó el rostro.

—Claro. Tenemos que hacerlo. Por su bien.

—Yo me encargaré, Matt. Confía en mí.

«Confía en mí», pensó Landon mientras conducía a toda velocidad. Se lamentó de haber tomado decisiones impulsivas, sobre todo con haber elegido a Ruby Morris para aquello.

Su mente viajó hasta ese preciso momento en el que Ruby se le acercó a la salida de su clínica. La chica era igual a Stella y al parecer con los mismos vicios. Ella le dijo que quería ponerse implantes mamarios, pero que no sabía si podía por su edad y que seguro que su padre no la dejaría. Él, movido por algo que despertó en ese momento, la invitó a que se pasara por su consulta y lo hablarían mejor. A la semana siguiente, ella lo visitó y él la inspeccionó, pero no había mucho para poner implantes, la chica estaba bien proporcionada. Sin embargo, él se

resistía a perder la oportunidad de reunirse con ella otra vez.

—Si quieres puedes volver y vemos qué otras opciones tenemos, podría aumentar un poco, para darle un perfil más alto —sugirió Landon. Ruby sonrió.

—No lo sé, ahora no estoy muy segura —dijo comenzando a ponerse la camiseta. Luego pasó su mano por su hombro y le sacó algunas pelusas de su camisa—. ¿Puedo ir al baño? —preguntó.

Landon se hizo a un lado y sonrió. Luego le indicó con la mano la puerta del fondo. Después de unos minutos, Ruby salió y se despidió de forma acelerada.

No la volvió a ver hasta un par de meses, cuando surgió el problema de Jasper. Y cuando notó que Ruby lo seguía e intentaba acercársele. Fue ahí cuando vio la oportunidad de proponerle que fuera a una fiesta privada en la que estaría su sobrino.

Ruby caminaba por el parque cuando Landon se topó con ella deliberadamente.

—Hola, ¿cómo estás? Nunca volviste a la clínica. —la chica se quedó quieta sin saber cómo reaccionar.

—Ah, no te había visto, me asustaste —respondió—. Finalmente desistí, me di cuenta de que no lo necesitaba.

—Una buena decisión. —Landon comenzó a caminar a su lado—. ¿Eres amiga de Jasper?

Ruby se paró y comenzó a mirar hacia los lados, estaba nerviosa.

—Lo conozco de la secundaria, compartimos algunas clases —Ruby le sonrió.

—¿Quieres ir a una fiesta? Habrá de todo. —Esas palabras las arrastró levemente—. También irá Jasper.

Ruby hizo una mueca y luego sonrió. Para ella era una oportunidad.

—¿Quién más estará?

—Jasper, mi hermano y yo...

—Perfecto. Dime cuándo y dónde —respondió Ruby entusiasmada.

La luz ámbar del semáforo trajo a Landon de vuelta a la realidad. Enseguida, pisó el freno y los neumáticos chirriaron hasta que el auto quedó detenido justo debajo del semáforo.

La oportunidad que se le presentó en ese momento fue como un caramelo para un niño. Era cierto que había prometido no volver a hacerlo, pero ¿qué probabilidades había de que volviera a salir mal? Lo de Sarah Melway había sido un desastre, pero ya habían pasado años de eso. Tenían el lugar, esa vieja cabaña donde podía satisfacer sus deseos y una joven que se adaptaba a sus necesidades. Era demasiado fácil. Sin embargo, todo salió de la peor forma posible.

El corazón le latía con fuerza. Pese a las palabras de Ramsey, Landon no sentía que nada estuviese bajo control. Por el contrario, cada vez estaba más convencido de que todo se acabaría derrumbando.

—Necesito la carta —dijo para sí mismo, refiriéndose a la verdadera carta de despedida que había dejado Jasper. En cuanto el semáforo se puso en verde, pisó el acelerador y se dirigió hacia el hospital. No tenía ni un segundo que perder.

Matt y Evelyn se sobresaltaron cuando Landon apareció al otro lado de la puerta de la habitación. Tenía el rostro cubierto por una fina capa de sudor.

—¿Qué sucede, Landon? —preguntó Evelyn sujeta con fuerza a los reposabrazos de la silla.

—Nada relevante. ¿Ha estado aquí la policía? —preguntó. Matt se incorporó como pudo, con gesto de dolor.

—Solo un agente. Apenas hemos cruzado un par de palabras. Parecía que quisiese comprobar algo.

Landon asintió con gravedad. Dio un par de pasos hacia delante, pero, fruto de los nervios, comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿La carta está a buen recaudo? —preguntó.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Landon? ¿Qué está pasando?

Landon se pasó las manos por la cabeza y suspiró, mientras que su hermano lo miraba con cierto temor en el rostro. Por su parte, Evelyn observaba con preocupación a sus dos hijos. Se incorporó y lanzó una mirada inquisitiva a Landon, que agachó la cabeza como un animalillo asustado. Después de eso, Evelyn salió de la habitación como si necesitase estirar sus piernas por el pasillo. Landon dio un par de pasos confusos hacia la cama donde se encontraba Matt y se detuvo de nuevo. Su hermano respiraba cada vez más agitado.

—Necesito la carta, hermano. Hay que terminar con esto cuanto antes.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? —exclamó Matt.

—Lo que estoy haciendo es por el bien de todos.

—¿Y qué demonios estás haciendo? Por cierto, mamá me dijo que sabía lo que pasaba en la cabaña. Ni sé de qué hablaba, yo no iba desde que éramos jóvenes y hacíamos alguna fiesta. ¿Sabes a qué se refería? ¿Sabe lo de esa noche? —preguntó Matt.

En ese momento, Landon experimentó una falta de oxígeno real e incluso sintió como un par de latidos de su corazón se salían de lo común, produciéndole una sensación angustiosa. Cerró la boca y apretó los labios, que palidecieron al instante. Fue consciente de que, lejos de salvarse, su futuro dependía de otras personas y eso acabó por hacerlo colapsar.

—Todo lo hice por ayudar a tu hijo —dijo Landon acercándose a Matt.

—Lo único que has hecho es arruinarlos la vida a todos.

Las palabras de Matt encolerizaron a Landon que, sin pensarlo, se abalanzó sobre el cuello de su hermano.

—¿Así es cómo me agradeces que me preocupe por tu familia? —Landon estrujaba el cuello de su hermano con tanta presión que pronto el rostro de Matt se tornó rojizo. Las lesiones de su cuerpo le imposibilitaban cualquier resistencia por su parte. Al ser consciente que dependía del

arrebato de su hermano, experimentó miedo por primera vez; un miedo frío y real hacia Landon.

Este, al cabo de unos segundos, casi a la par que el medido de pulso de su hermano se disparó, le soltó el cuello y dio varios pasos hacia atrás. Se miró las manos horrorizado y se dejó caer sobre una silla.

—¿Qué nos está pasando? —dijo Landon como si su hermano hubiera actuado de la misma manera que él. En cambio, Matt respiraba agitado tratando de reponerse del medio minuto que estuvo privado de oxígeno. Sus ojos lagrimeaban por la falta de aire y en su rostro lucía un gesto de dolor.

—Te has vuelto loco, Landon —dijo Matt con la voz entrecortada—. Nunca debí hacerte caso. Todo esto es por tu culpa.

Para su sorpresa, Landon, mirando hacia el suelo, soltó una leve carcajada.

—¿Tengo también la culpa de que tu hijo sea maricón?

Los ojos de Matt brillaron de furia. En ese instante hubiera golpeado a su hermano hasta matarlo, pero no podía moverse. Ante su silencio, Landon continuó.

—No es mi culpa, Matt. Ni siquiera intentó follarle a la zorra esa. ¿Recuerdas lo que hizo tu machote? Salió corriendo. Eso es lo que hizo.

Matt cogió aire con esfuerzo y lo señaló.

—Eres un desgraciado. No sé cómo me dejé convencer. No era más que una niña y estaba asustada. ¡Los dos eran unos putos niños! Solo querían marcharse de allí.

—Y eso hicieron —dijo Landon con tranquilidad. Matt afinó la mirada.

—¿Sabes lo que me dijo Jasper cuando lo alcancé en el bosque? Que regresara por Ruby; casi me lo suplicó. Pero no le hice caso. Lo único que quería era sacarlo de allí.

—Hiciste bien. Como mucho habrían jugado a las muñecas —dijo Landon con desprecio. Matt, aunque enfadado, comenzaba a creerse que su hermano realmente se había vuelto loco.

—¿Qué hiciste con ella, Landon? Cuando Jasper se marchó corriendo, tú fuiste tras ella.

Landon se incorporó de un salto.

—Obviamente fui tras ella, Matt. Quería que la chica se tranquilizase para que no hablara de aquello con nadie. Pero no la encontré. Fin de la historia, hermanito.

—No te creo, Landon —dijo Matt.

—Piensa lo que quieras. Después avisé a Ramsey y me dijo que él se haría cargo. Fue la puta llamada que ella le hizo a Jasper lo que hizo que todo saltara por los aires...

Landon fue bajando paulatinamente el volumen de su voz hasta que sus palabras se perdieron en sus labios. De repente, se quedó en silencio mirando hacia ninguna parte, como si viera algo terrible que le acechaba. Un mecanismo se había activado en su cabeza, transmitiéndose por su cuerpo una sensación de angustia tan real que se le erizó la piel. Un vértigo que le hizo sentir náuseas.

—Tenemos que arreglar esto, Matt —dijo con la frente cubierta de sudor frío—. O acabará con todo.

Su hermano, más pálido si cabía, contestó:

—¿De qué estás hablando ahora?

Landon giró la cabeza lentamente. Matt abrió los ojos de par en par y miró hacia la puerta de la habitación. No vio que Evelyn estaba tras la puerta.

—El fondo de inversión, Matt. Tenemos acumulada las deudas en empresas ficticias. Llegarán hasta nosotros si tiran de la manta. Tus putos negocios están a punto de hacer sucumbir a esta familia. —Landon quería desviar la atención de Matt asustándolo con los problemas de sus empresas, era lo único que se le ocurrió decir para que su hermano no quisiese ahondar en lo que

él y Ramsey hacían en la cabaña—. Así que si quieres que todo siga como hasta ahora necesitamos cubrirnos las espaldas, ¿lo has entendido? —Landon se levantó para acercarse a Matt—. Y uno de los cabos sueltos es la carta que escribió Jasper. Dime dónde está.

Matt miró a su hermano expresando sus dudas al respecto. Fue un gesto tan evidente que Landon se lo recriminó.

—La carta, Matt. No perdamos más tiempo.

—No es el momento. No ahora, Landon. Además, ¿eso qué tiene que ver con las empresas?

—¿Cómo dices? —dijo este con una sonrisa tensa.

—No quiero seguir con esto, Landon. No creo que con el asunto de la carta nos investiguen las deudas —dijo Matt incorporándose despacio en su cama—. Por nada del mundo voy a poner esa carta en tus manos. Estoy cansado y quiero terminar con este malentendido.

—¿A qué te refieres?

—Esa carta puede sernos útil...

—¡Mientes! —interrumpió Landon. El cansancio y la tensión comenzaban a afectarle—. Sé lo que pretendes hacer. Quieres inculparme para salir indemne de todo esto, pero no lo vas a conseguir.

—No seas estúpido. La carta...

Esta vez Landon calló a su hermano de una bofetada. El golpe no fue muy contundente, pero debido al delicado estado de Matt, este sintió que el golpe se lo había dado el mismísimo Hércules. Quedó tumbado sobre la cama y luchando contra un desagradable mareo.

—No quería llegar a esto, Matt, pero me lo estás poniendo muy difícil. —Landon se acercó y cogió a su hermano del pelo—. Ahora dime dónde está la carta o te prometo que tu esposa será la próxima que se pudra en el río Santo.

Las palabras de Landon le hicieron reaccionar a medias, aunque el malestar seguía siendo demasiado intenso. Sin embargo, sí había comprendido en las últimas horas que su esposa siempre tuvo razón acerca de su familia, al menos las pocas veces que la escuchó. Años de ceguera se derrumbaron en ese momento, cuando su hermano le amenazó con acabar con Nora.

—Habla ya, Matt. No tienes mucho tiempo.

—En la oficina —musitó—. En uno de los cajones de mi mesa.

Landon lo soltó.

—¿Lo ves? No ha sido tan difícil. Pronto estará todo solucionado, hermanito.

—No vuelvas a llamarme hermano. Esto ya no es una familia. Ya no me interesa esta puta familia.

Se miraron durante unos segundos antes de que Landon se marchase apresurado. Nada más salir, Evelyn entró la habitación expresando su preocupación.

—¿Han discutido?

Matt miró a su madre, pero no le contestó. No tenía fuerzas.

Eva y Nora seguían el auto en el que iba Ramsey, aunque no era más que dos destellos de luz rojiza al final de Main Street. El auto de la inspectora avanzaba con los faros apagados.

De pronto sonó su teléfono y Eva le mostró la pantalla del teléfono móvil a Nora. Esta leyó el escueto mensaje y después la miró con preocupación.

—Es un mensaje del capitán —dijo Nora.

—No es de él. Stephen está muerto o inconsciente en el maletero de su propio auto. —A Nora le sorprendió la frialdad de la inspectora—: Seguro que es Ramsey. Habrán deducido que sigo investigando el caso de Ruby Morris y quieren silenciarme, al igual que han hecho con el capitán. Cada vez estoy más convencida de que el sospechoso que mencionó Crew no era otro el agente John Ramsey.

—¿Qué le vas a contestar?

—Dice que va a enviarme la ubicación en unos minutos. Le diré que allí estaré y esperaremos. Voy a aparcas, no tiene sentido que lo sigamos.

El auto aminoró la marcha hasta detenerse junto a la acera. En las noches de abril predominaba el frío pálido de la luna, que se asomaba entre las nubes. Pronto los primeros rayos de sol despuntarían por el horizonte.

—¿Qué va a pasar cuando lleguemos? —preguntó Nora.

Eva la miró fijamente y le dijo que todavía estaba a tiempo de regresar a casa, aunque ella se negó.

—No voy a dejarte sola. Solo te lo he comentado por si tienes una especie de plan o algo por el estilo. Después de todo, ellos no se esperarán que vaya contigo.

La inspectora asintió en silencio. En cierta manera, la compañía de Nora le suponía un problema, pero, quizás, podía revertir la situación para conseguir una ventaja, algo con lo que sorprenderlos.

—Lo pensaré cuando me envíe la ubicación. Iban en dirección a las afueras, por lo que seguro que se trata de un lugar apartado.

—¿Crees que será donde mataron a Ruby Morris? —Nora había dado por buena esa teoría: Landon y Ramsey debían estar implicados en la muerte de la joven.

—Es probable.

El teléfono de la inspectora sonó de nuevo. Un nuevo mensaje del capitán en el que le especificaba el lugar donde debían reunirse. Insistía en que había descubierto lo ocurrido con Sarah Melway y su relación con Ruby Morris.

—Es como un caramelo; un caramelo gigantesco con el que pretenden atraerme.

—¿Por qué no avisas a más agentes? Si le han hecho algo al capitán, no tienen manera de

escapar. Los pillaremos con las manos en la masa.

La inspectora sonrió brevemente.

—Estoy seguro de que Ramsey ya ha pensado en eso. Lo más seguro es que esté atento al canal de la comisaría. Si es así, reaccionará en consecuencia y puede que perdamos la oportunidad. Además, no quiero involucrar a nadie. Es arriesgado, lo sé, pero al menos tenemos una posibilidad.

Esta asintió. El miedo no abandonaba su rostro. Cogió aire y ensanchó su pecho tratando de atemperar los latidos de su corazón.

—¿Dónde tenemos que ir?

—No es muy lejos. Tenemos que seguir el curso del río Santo en dirección noreste. —La inspectora amplió el mapa con las yemas de los dedos—. Según Google Maps es una zona boscosa, no veo nada especial, aunque tampoco sé cuándo se tomó la fotografía.

—Es en las montañas. Creo que esto perteneció a los Price o todavía les pertenece, por ahí está una cabaña a la que iban cuando eran jóvenes.

—¿Cómo dices? —dijo la inspectora frunciendo el ceño—. ¿Una cabaña?

Nora asintió como si reafirmara una obviedad. Mientras tanto, la inspectora fijó la mirada en ningún punto en concreto. Recordaba las zonas de búsqueda tras la desaparición de Ruby Morris. Ramsey estaba al mando del grupo de voluntarios que peinó la sección norte, más o menos el lugar desde donde la había enviado la ubicación.

Esa información fue suficiente para la inspectora. Por primera vez desde que comenzara a investigar el caso de Ruby Morris, tenía la sensación de que el círculo de posibilidades se hacía cada vez más pequeño.

—¡Belch! ¿Estás en comisaría? —dijo la inspectora a través del manos libres.

—Inspectora Guzmán. Acabó de llegar. Hemos respondido a un supuesto robo en la residencia de Landon Price, pero estoy seguro de que se trataba de una falsa alarma o una confusión...

—No tengo tiempo, Belch —interrumpió Eva—. Quiero que compruebes la propiedad de unos terrenos. Están en el bosque, al noreste de la ciudad, siguiendo el curso del río Santo.

—Deme un segundo, inspectora. ¿Por qué necesita esta información a estas horas?

—Por el momento no es asunto tuyo y quiero máxima confidencialidad, ¿de acuerdo? Que nadie sepa nada de esto.

—A sus órdenes, inspectora.

Belch accedió de inmediato, era otro de los agentes jóvenes que sentían admiración por Eva Guzmán y verse involucrado en un caso con ella, era lo mejor que podía pasarle.

Mientras Nora y Eva se miraban expectantes, de fondo sonaban las teclas del ordenador.

—La mayoría de la zona es de uso público; pertenecen al condado de San Diego. Sí que hay otra zona que está a nombre de *Investments & CO*, una empresa de la que no hay mucha información al respecto. Eso sí, está en bancarrota y acumula unas pérdidas de varios millones de dólares.

La expresión que se había adueñado del rostro de Nora hizo saber a la inspectora que no era la primera vez que escuchaba el nombre de *Investments & CO*.

—Gracias, Belch. Estamos en contacto —dijo Eva colgando antes de que el agente pudiera despedirse.

—Esa empresa era una de las filiales de Matt. Creo que él y Landon pretendían consolidar una gran firma de inversión. Nunca me interesaron sus planes. Se creen grandes empresarios cuando en realidad no han hecho más que dilapidar la fortuna que les dejó su padre.

—¿Estás diciendo que los Price están arruinados?

—No arruinados como lo entendería una familia de clase media, pero sí si lo comparamos con lo que eran hace treinta años más o menos. Viven de las rentas del pasado. Pese a que se vendan como hombres de éxito, yo sé que es todo pura fachada.

Eva asintió y miró de nuevo el lugar exacto donde “el capitán” le había citado. Toda esa información no hacía más que fortalecer los nexos entre Landon, Matt y John Ramsey. Poco a poco, acumulaba pruebas que podría utilizar para justificar acciones legales; ¿cuáles? Todavía no las sabía, pero era cuestión de tiempo. No quería cometer ningún error, ya que no sabía qué iba a ocurrir ni lo que iba a encontrarse en aquel lugar recóndito en mitad del bosque. Pasara lo que pasara, lo único que tenía claro era que debía recoger las pruebas suficientes.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Nora.

En ese momento, comenzó a sonar el teléfono de Nora, era del hospital. Pensó de inmediato en Jasper.

—Hola, ¿señora Price?

—Sí. Dígame.

—Disculpe la hora, pero su marido ha sufrido un ataque al corazón. Lo han ingresado al quirófano.

John Ramsey se asomó por una de las paredes de la cabaña y visualizó la luz que atravesaba el bosque, acercándose poco a poco. Oak Valley destacaba a lo lejos como un nido de luciérnagas.

Frente a él estaba el auto de Stephen Crew con el propio capitán recostado sobre el volante, inmóvil.

Ramsey había dedicado la última media hora en pensar cómo iba a proceder. Esperaría a que la inspectora se bajara del auto y se acercara al capitán para encargarse de ella. Landon había insistido en que lo mejor era ser rápidos y discretos, aunque Ramsey quería sonsacarle todo respecto a sus pesquisas y, principalmente, si lo había comentado con alguien más... Un cabo suelto era suficiente para buscarse problemas.

—Después la mataremos, Landon. Lo prepararemos todo para que parezca que fue el capitán el que intentó silenciarla —le comentó.

En la conversación que tuvieron hacía menos de una hora, Landon había aceptado su plan, porque era consciente de que no tenía más remedio. Estaba a expensas de Ramsey y sabía que él era capaz de ciertas cosas; no le importaba mancharse las manos. ¿Qué pedía a cambio? Dinero. Miles de dólares en efectivo que Ramsey decía guardar en una cuenta corriente en Nuevo México: «A diferencia de otros, yo sí tengo que pensar en mi jubilación», le dijo.

Sin embargo, Landon cada vez estaba más convencido de que algo más que lo económico motivaba al agente. Llevaban colaborando muchos años. La historia de Ramsey y los Price se remontaba a los tiempos de William Price, cuando este se metió en problemas con Stella Morris. Desde entonces, la relación de dependencia entre ambas partes había ido en aumento.

Ramsey nunca fue honesto y siempre estaba dispuesto a prestar sus “servicios” a cambio de unos dólares, pero con el paso del tiempo, la crueldad de Ramsey fue en aumento. Landon lo toleraba porque era eficaz después de todo, o al menos lo era hasta el incidente de Sarah Melway. Era cierto que fue Landon el que insistió en dejar con vida a la joven, pese a que Ramsey se negaba. El resultado fue que todo aquel asunto les explotó en las manos y estuvo cerca de salpicarles. Aquel imprevisto dio alas a Ramsey para actuar como le venía en gana. En otras palabras, se había convertido en un monstruo sin barrera moral que refrenase sus actos. Landon prefería mantenerse ignorante al respecto. Consideraba su relación con él como una simple transacción. Cuando él terminaba, lo único que le pedía a Ramsey era que lo sucedido no saliera a la luz.

Sin embargo, Ramsey volvió a fallar. Cuando Ruby Morris desapareció, Landon le preguntó qué había hecho con ella; qué había ocurrido después de que la hubiera perseguido por el bosque.

—Nada que deba preocuparte. —Fue la respuesta de Ramsey durante semanas. En cambio,

poco después de la aparición del cuerpo de la joven, el agente cambió su discurso.

—Puede que tengamos que rematar la faena —le dijo sin el menor atisbo de preocupación.

Landon sabía que, en el fondo, eso significaba más dinero para Ramsey y que este tenía plenas garantías de poder manejar al capitán para que la investigación no les diera quebraderos de cabeza. Cuando la Policía del condado se entrometió, creyeron que el asunto estaba solucionado, ya que no había evidencia alguna que condujera hasta ellos.

Pero todo lo que sucedió después no hizo más que complicarlo todo hasta llegar a donde se encontraban: el capitán dejó de confiar de Ramsey hasta el punto de ir a vigilarlo a su casa. Pero, lo peor de todo, era la intromisión de Eva Guzmán. Los problemas parecían multiplicarse a cada minuto que transcurría. Por eso Landon no estaba tan seguro de que acabar con la inspectora pusiera fin a todos los problemas. ¿Tantas muertes no llamarían la atención?

Lo que más temía Landon era que por culpa de Ruby Morris el pasado saliera a la luz. Ese que tan bien habían podido guardar por años.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Landon cuanto todavía estaban en casa del agente.

Ramsey sonrió y señaló con su cabeza a un lado.

—Llevaré a un amiguito conmigo.

Landon se giró y observó el bate de beisbol que descansaba sobre la pared. Tenía la pintura desconchada y el escaso brillo demostraba que había perdido el barniz por completo. Estaba repleto de muecas y el mango estaba muy gastado.

—Me acercaré por detrás sigilosamente y la golpearé en el hombro. Con suerte le partiré el brazo. Después esa zorra nos contará todo lo que pidamos. En cuanto tengamos suficiente, le pegaré un tiro con el arma del capitán. La lleva en la guantera, lo he visto. Es un plan perfecto, Landon. No tienes de qué preocuparte.

Eva se adentró en el camino que seguía el curso del río, que no era más que una línea embarrada que serpenteaba junto a la orilla. En el margen izquierdo, el bosque se alzaba como un gigante oscuro que se hubiera arrojado al suelo para dormitar. Los faros del auto rompían ese sueño y herían a la oscuridad reinante con una luz concentrada y amarillenta que revelaban la posición de los mosquitos y otros insectos.

Vislumbró la cabaña y a un lado, el auto del capitán. Al detenerse frente a él, vio el cuerpo inerte de Stephen Crew sobre el volante. Su primer impulso fue bajarse y acudir a su auxilio a toda velocidad, pero tuvo la suficiente sangre fría como para no moverse del asiento. «Eso es lo que quiere», pensó. Desenfundó la pistola y apagó el motor. La oscuridad regresó al bosque, fundiéndose con la cabaña.

Dio un par de pasos y comprobó que el suelo estaba embarrado. Sus zapatos se pegaban a él como si fuera pegamento. «Jasper apareció lleno de barro». Toda la información que había recopilado hasta entonces se dispuso frente a ella, preparada para hilarse con todo lo que sus sentidos percibieran a continuación.

—¿Capitán? —preguntó al silencio del bosque. Stephen no se movió. Su cuello caía sobre el volante de una forma casi grotesca, estirando la piel de su rostro que miraba hacia una de las ventanillas.

Se acercó cautelosa, midiendo sus pasos sin perder detalle de todo lo que había a su alrededor.

—¿Stephen? —insistió. Pero no obtuvo respuesta. Alguna alimaña debía haberse asustado

porque sonó movimiento de ramas a su alrededor.

Alzó la pistola y dio un giro a su alrededor. Las nubes ocultaban la luz de la luna y la brisa que mecía los árboles confundía los sonidos. A su alrededor todo era oscuro e imprevisible. Se acercó a la ventanilla del auto para averiguar si el capitán estaba muerto. Golpeó la ventana con la pistola varias veces, pero todo lo que consiguió fue un leve movimiento del cuerpo reaccionando a sus golpes, de la misma manera que se agita una gelatina. Fue a abrir la puerta del coche cuando un claro de las nubes permitió que notara un leve destello de luz que dibujó un reflejo sobre el cristal.

Entonces lo vio.

Tuvo el tiempo justo para agacharse, aunque sintió una ráfaga de aire pasando junto a la parte superior de su cabeza. Intentó reaccionar, pero al dejarse caer, sus pies se habían clavado en el barro y todo lo que consiguió es avanzar a duras penas. En esa ocasión, un golpe brutal le arrebató la pistola de la mano, sintiendo un intenso dolor en la misma. Era un bate; la habían golpeado con un bate de beisbol.

—Eres una mujer muy irritante, inspectora Guzmán. —Era Ramsey quien la había golpeado. Más que la mano, lo que realmente le dolía era haberse dejado desarmar tan fácilmente.

—Siempre supe que estabas metido en esto —dijo Eva.

—Oh, pero qué lista nos has salido. Es tu día suerte, chiflada, porque estoy dispuesto a escuchar todo lo que sabes. Así que empieza.

—¡Vete la mierda!

Esta vez no la golpeó con el bate. No quería matarla ni hierla de gravedad, no por el momento. Le lanzó un puñetazo que la derribó al barro nuevamente.

—Escúchame, aunque no lo creas, todavía tienes una posibilidad de salir de esta, de verdad. Solo tienes que contarme todo lo que sepas acerca de Ruby Morris. Es sencillo, incluso para ti.

Eva se incorporó como pudo, apoyando la espalda sobre el auto del capitán.

—¿Le dijiste lo mismo a Stephen antes de matarlo?

—¡Cueeeek! Respuesta incorrecta. Aún no está muerto.

Otro puñetazo lanzó a la inspectora al suelo, aunque pudo encajarlo mejor.

—La paciencia se me acaba, bonita. Cuéntamelo y acabaremos con todo esto.

Eva esbozó una mueca al observar el bate.

—Así mataste a Ruby Morris, puto animal.

Ramsey comenzó a reírse a carcajadas mientras practicaba con su bate el aire.

—Yo no maté a esa zorrita. Nunca di con ella, si la hubiera pillado la hubiera cabalgado con mucho gusto, sobre todo después de que a esa nenaza de Jasper ni siquiera se le levantara la polla.

—¿De qué estás hablando?

Las carcajadas de Ramsey resonaron en el bosque.

—Vamos, inspectora. A Jasper le hubiera gustado más que le metiera este bate por el culo antes que follarle a Ruby Morris. Maricón de mierda. Su padre y su tío lo organizaron todo, pero se marcharon cuando el joven se alejó lloriqueando. En cuanto a Ruby, la muy puta se vendió por un puñado de drogas, al igual que hicieron todas las demás.

Sarah Melway vino a la cabeza de la inspectora. La joven también tenía problemas de adicción. Ramsey continuaba hablando, pero a medida que lo hacía sacudía el bate cada vez más cerca de ella. Estaba claro que revelar toda esa información tenía un precio. Estaba a punto de matarla a golpes.

Eva decidió aprovechar el discurso para actuar. Aprovechando la oscuridad, rebuscó un arma

que llevaba escondida en la pernera, detalle que había aprendido en Los Ángeles. Comenzó a quejarse y se encogió de dolor, para alcanzar el arma. Debía hacerlo rápido. Ramsey era un imbécil, pero uno muy astuto.

—Hijo de puta. Me has roto la mano —dijo Eva. Ramsey sonrió satisfecho.

—Eso es la primera parte. Pretendo cobrarme los malos ratos y divertirme un rato contigo. ¿Qué me dices? Sé que te gustará. Además, si colaboras no será tan horrible como te lo imaginas.

En ese instante, Eva recordó que le habían comentado que Ramsey había estado a punto de debutar en la liga profesional de beisbol, pero que una grave lesión de rodilla acabó con su carrera. Justo lo que necesitaba. Cogió aire, sacó el arma, apuntó a la rodilla derecha de Ramsey y disparó. Solo tenía una oportunidad. Si fallaba, Ramsey la mataría a golpes.

Pero acertó.

El agente cayó al suelo gritando de dolor, sujetándose la pierna mientras veía incrédulo cómo su rodilla se había hecho pedazos. La bala le había atravesado la articulación y se había hundido en el barro.

Eva se quedó varios segundos con el arma en la misma posición, como si hubiera errado el tiro y quisiera intentarlo de nuevo. Mientras tanto, Ramsey vociferaba todos los insultos posibles y se retorció en el suelo.

—Te lo mereces. Es poco para todo lo que has hecho.

Ramsey clavó sus ojos en Eva. Su rostro estaba enrojecido y las venas de su cuello infladas como cables de alta tensión.

—¡Vas a pagar por esto!

De manera innata, Eva levantó la pistola dispuesta a disparar de nuevo. Hizo una mueca de dolor, debía tener una fractura en la mano. Pero se dio cuenta de que matándolo no conseguiría nada. Lo tenía y ni el mejor abogado del mundo lo libraría de la cadena perpetua.

Sin embargo, no era suficiente para ella. Avanzó hasta Ramsey y le dio una fuerte patada en la misma pierna que le había disparado. El agente se retorció en el suelo, empapado en barro y sudor, dejando escapar el aire entre sus dientes apretados.

—Cuéntamelo todo —gritó Eva.

Ramsey no respondió.

—¡He dicho que me lo cuentes todo!

Eva, fuera de sí, le dio una patada en la cara que provocó una copiosa hemorragia.

—¡Quiero saberlo todo!

—Pregúntale al cobarde Landon Price.

Ramsey gemía y reía al mismo tiempo, quizás consciente de que no iba a salir con vida de allí, fruto de la conmoción o intentando ganar tiempo. Sin embargo, esto provocó la ira de la inspectora que volvió a golpearle. Había caído en la trampa de Ramsey.

Este sabía que tenía muy pocas opciones de salir de aquello, por lo que tenía que jugárselo todo a una carta. No dudaba de que la inspectora le daría otra patada, así que esperó a ese momento para devolvérsela. En cuanto Eva lanzó su pierna, Ramsey se adelantó, bloqueó el golpe y tiró de ella con todas sus fuerzas. Totalmente sorprendida, Eva se vio arrastrada hacia el suelo. De manera innata puso sus manos para amortiguar el golpe, pero todo lo que consiguió fue sentir un dolor tan intenso en la mano que estuvo a punto de perder el conocimiento.

Ramsey aprovechó para arrebatarse la pistola y golpearle en la cabeza. Un solo golpe fue suficiente para que Eva quedara totalmente inconsciente.

—Ahí lo tienes, puta —dijo mientras se arrastraba. Se ayudó del auto del capitán para levantarse y se acercó a la ventanilla del conductor—. Lo siento, Stephen.

Disparó dos veces a la cabeza del capitán y el cuerpo de este cayó inerte sobre el asiento del copiloto. Ramsey sonrió. El arma homicida había sido la de la inspectora Guzmán, la cual sería culpada de inmediato. Con el capitán muerto, solo él podría dar una versión coherente de lo ocurrido.

—A ver como sales de esta, inspectora.

Landon se mantenía tranquilo en apariencia, aunque en su interior miles de pensamientos lo mantenían al borde de un ataque. Estaba convencido de que Matt lo había abandonado; se había lavado las manos y lo había dejado solo con el desquiciado de John Ramsey. Eso tendría sus consecuencias en el núcleo de la familia Price, por supuesto, pero lo que más le preocupaba en ese momento era leer la maldita carta de Jasper.

Por suerte, era todavía demasiado temprano como para que el tráfico jugara en su contra y pudo llegar rápido a la oficina de Matt. Una parte de él desconfiaba de su hermano, pero, por otra parte, sabía que no tenía agallas para poner en juego a su familia. Además, Landon sabía que jugaba con ventaja: Ramsey estaba en su equipo y eso era suficiente para que Matt no quisiese tentar a la suerte.

En cuanto llegó a la oficina, fue directo a su mesa y la revolvió sin el menor escrúpulo. No podía perder tiempo. Abría los cajones, volcaba su contenido sobre la mesa y después lo arrojaba todo al suelo. Cualquiera que lo hubiera visto desde la calle hubiera pensado que se trataba de un ladrón.

Por fin, después de unos minutos, encontró aquello que tanto ansiaba. Doblada en multitud de pliegues, al fondo de uno de los cajones, se hallaba la carta que Jasper escribió antes del intento de suicidio.

No hay nada como la verdad. No causa dolor, sino alivio. Por eso la voy a dejar aquí escrita, para que al menos tú, mamá, sepas qué sucedió.

No recuerdo bien la fecha en la que todo comenzó, pero fue cerca de acción de gracias. Noté algo extraño cuando Ruby Morris empezó a acosarme casi todos los días. Nunca antes me dirigió la palabra, íbamos por caminos distintos. Por eso me sorprendió. Jamás me imaginé la realidad que se escondía detrás.

Poco después, Ruby te insultó por Instagram. Era inteligente. Quería provocarme, que respondiera a sus continuas llamadas de atención. Cuando fui a reprocharle, me dijo cosas extrañas, cosas que no llegué a comprender en ese momento: «A ti y a mí nos unen muchas cosas, cariño». «Yo no voy a acabar como mi madre». La tomé por una loca.

Al poco tiempo, Landon y mi padre me insistieron para que perdiera la virginidad. Me repitieron hasta la saciedad que debía hacerlo porque era un Price y era lo que me correspondía, ya que casi cumplía los dieciocho. No comprendía las prisas que les tenían. ¿Por qué no me dejaron en paz? No sé cuántos días estuvieron detrás de mí. Incluso me comentaron que, si accedía, no me molestarían más. No me quedó más remedio que aceptar.

No quería. Jamás quise. Yo no soy así. Simplemente me vi obligado a hacerlo. Sabía que no sería capaz, así que le pedí a Brandon que consiguiera una de esas pastillas. Las descubrimos una tarde que jugábamos en su casa. Recuerdo que nos estuvimos riendo durante días. Quién iba a decirme que meses después viera en ella la única manera de salir adelante.

Llegó el día. Mi padre me llevó hasta una cabaña en el bosque. En el bolsillo llevaba la pastilla. Confiaba en ella para salir del paso. De camino hacia allí no abrí la boca, pero creí que habrían contratado a alguien. Por lo que creí que sería algo más fácil lograr lo que me pedían, ya que no la conocería.

Llegamos a la cabaña. El corazón se me iba a salir por la boca, pero no fue nada comparado con el horror que sentí cuando vi a Ruby junto a mi tío Landon. Mi primera reacción fue marcharme, pero papá me sujetó el brazo. Me faltaba la respiración; perdí la noción de la realidad. Miré a papá, le supliqué con la mirada que pusieran fin a todo eso. Lo conozco y sé que él también estaba incómodo. En cuanto a Ruby, era incapaz de mirarla a la cara.

Sin embargo, mi tío estaba dispuesto a continuar. Me dijo que me iba a enseñar cómo follarme a una chica. Esas fueron sus palabras. Se acercó a Ruby y ella reaccionó y se alejó de él. Lo que sucedió fue confuso y me cuesta creer que ocurriera de verdad.

Landon alcanzó a Ruby y la aprisionó contra la pared. Empezó a desvestirla, pero ella tenía más fuerza de lo que aparentaba y se escapó de él con cierta facilidad. Mi tío le pidió a papá que le ayudara, pero papá no se movió de mi lado.

Luego Ruby gritó: «Yo sé que te recuerdo a mi madre, pero cuando sepan la verdad no querrás acostarte conmigo».

Para mi sorpresa, eso afectó a Landon, como si le abrieran una vieja herida. Le dijo a Ruby que su madre no había sido nadie para él, y que se había follado a casi todos en Oak Valley y que acabó con el más desgraciado de todos: Aaron Morris.

No podía reaccionar. Todo ocurría a mi alrededor, a pocos metros de mí, pero me sentía como un espectador lejano. Creo que a papá le ocurrió lo mismo. Landon, en cambio, estaba fuera de control. Se abalanzó de nuevo sobre Ruby y trató de quitarle la ropa. «Tu madre me la chupaba por dos rayas de cocaína», gritaba. Ella luchaba por liberarse. «¿Tu madre no te contó tampoco lo de mi padre? Le encantaba que un Price le jodiese». Ruby, con los ojos bañados de lágrimas, consiguió librarse una vez más asestándole una patada en la entrepierna.

Todo se precipitó. Ruby corrió a mi lado, o quizás fue a la puerta, que estaba justo detrás. Ya digo que no era totalmente consciente de lo que estaba ocurriendo. Papá intentó alejar a Ruby, pero esta lo apartó de un empujón. Fue entonces cuando ella me dijo: «Soy una Price. Ayúdame».

Me quedé en blanco y zarandeado por Ruby, que trataba de hacerme reaccionar. Mi primer movimiento fue girarme a la puerta y abrirla de par en par. No dije nada, pero sí que con un gesto le traté de decir a Ruby que saliera de allí. Landon intentó impedirlo, pero yo me interpose para que ella tuviera el tiempo suficiente. Sin embargo, me empujó con tal fuerza que trastabillé y caí fuera de la cabaña. Luego me levanté y casi sin darme cuenta me encontré en el bosque. No vi a Ruby por ninguna parte y pensé en que logró escapar; yo comencé a correr hacia cualquier parte.

Al poco advertí que sonaban pasos tras de mí. Pensé que se trataba de Ruby, pero era papá que me sujetó por el hombro y me dijo que nos íbamos de inmediato. Yo le dije que volviéramos por ella, que la ayudásemos. Le dije lo que me dijo al oído: que era una Price, pero creyó que me encontraba en shock o algo por el estilo. Insistí durante todo el camino de vuelta, pero papá no me escuchó.

Supongo, mamá, que ahora entiendes por qué discutíamos papá y yo esa noche; la supuesta noche en la que me encontró bebiendo cervezas con mis amigos. Papá no se marchó en busca de mis amigos, sino que regresó a la cabaña para averiguar qué pasó con Ruby.

Cuando desperté al otro día, vi la llamada. Era un número desconocido, pero por alguna razón supe que se trataba de ella. No puedo explicar lo que sentí. Le pregunté a papá muchas veces, pero él solo me decía que estaba todo bajo control.

Cuando se hizo oficial la desaparición de Ruby, papá me dijo que Landon le dio dinero para que se fuera a otra parte. Decía que tenía parientes en Miami. Yo le creí porque pienso que así me era más fácil soportarlo. Saber que formé parte de

aquello, me producía náuseas. Me acordé de la llamada y pensé que quizás quería despedirse de mí o contarme eso que mencionó.

Con el paso de los días asimilé las cosas y fui capaz de preguntarle a papá a qué se refería Ruby con lo de que era una Price. Papá lo achacó todo a que hace muchos años su madre, Stella, fue novia de Landon. Confié en él una vez más.

Todo parecía ser un mal sueño que quedaba atrás. Pero luego, Ruby apareció muerta en el río Santo. Y supe que tarde o temprano pagaríamos las consecuencias. Desde ese día quería contar la verdad, pero me faltó valor. Después, la policía vino a buscarme y me sentí muy culpable.

Fue Ruby la que me llamó. Le insistí a Landon y a papá, pero ellos se negaron a que yo dijera lo que sabía. Me dijeron que si lo hacía sería mucho peor para todos.

Por eso creo que lo mejor para todos es acabar con todo. Al menos, al escribir esta carta, tengo la tranquilidad de que mi familia conozca la verdad; de que tú, mamá, sepas que no tuve nada que ver. Perdóname si en estos días no te traté como debería; perdóname. Te quiero mucho.

Siento el inmenso dolor que estoy a punto de causarte.

Te quiero,

Jasper.

Landon terminó de leer la carta con mal gesto.

—Maricón de mierda —susurró. Le dolía la situación en la que se encontraba su sobrino, pero igualmente consideraba que un Price no podía mostrarse tan débil, tan ajeno a las responsabilidades con la familia. Era la ley natural. Los débiles perecen.

Miró el reloj y supo que debía volver al hospital. Guardó la carta en su bolsillo y salió de la oficina de su hermano, la cual cerró con llave para evitar más sorpresas. De camino a su coche supuso que Ramsey ya debía haber acabado con la inspectora, por lo que decidió llamarlo por teléfono para asegurarse de que todo se iba enderezando poco a poco.

Montó en el vehículo y comenzó a reflexionar acerca de lo que había leído. ¿Ruby Morris una Price?

—Eso es una estupidez —dijo para sí. Sin embargo, a medida que la idea daba vueltas en su cabeza, su rostro se fue poniendo más serio. Su madre, Stella, había mantenido relaciones tanto con su padre, como con él. No pasó mucho tiempo antes de que Stella se casara con Aaron Morris. ¿Acaso era cierto?

Arrancó el motor y bufó como una bestia enjaulada. Solo una persona podía tener respuestas: su madre.

Nora ni siquiera esperó a que el ascensor bajara hasta el vestíbulo. Alarmada por la llamada que había recibido del hospital, subió por las escaleras a toda velocidad. Cuando llegó a la planta donde había dejado a Matt, jadeaba fruto del esfuerzo y los nervios que atenazaban el pecho. La inspectora la había dejado a poca distancia del hospital y ella había acudido corriendo hasta allí.

Llegó a la habitación donde se encontraba antes Matt, pero tan solo Evelyn se encontraba allí. En cuanto la vio, la anciana se echó a sus brazos.

—Se ha ido, Nora. Mi hijo se ha ido —sollozó Evelyn. Nora se dejó abrazar, estaba en shock.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz gangosa.

Evelyn trató de recomponerse.

—Sufrió un ataque al corazón y no pudieron reanimarlo.

En aquel momento, las fuerzas abandonaron el cuerpo de Nora, que se dejó caer hasta el suelo. Por el alboroto acudieron varios enfermeros y se hicieron cargo de ella.

—Su marido ha muerto. ¡Mi hijo! —gritó Evelyn histérica.

Sin embargo, Nora parecía no reaccionar. Era ajena a lo que estaba ocurriendo.

—Solo tenía algunos golpes —musitó.

Uno de los enfermeros la levantó y la sentó en el butacón que había junto a la cama vacía que antes había ocupado Matt. Fue entonces, al mirar el hueco dejado por su marido, que rompió a llorar, consciente de la pérdida. Sin embargo, el dolor no era suficiente para despreciar la vorágine de acontecimientos en la que estaba sumergida. Rápidamente, se le pasó por la cabeza la posibilidad de que lo hubieran asesinado. No había nada que se lo indicara, pero eso no era impedimento para que la teoría fuese ganando peso en su cabeza. De repente, pensó en Jasper. El temor a que su hijo estuviese en peligro le hizo levantarse de un salto y correr hacia su habitación, que se encontraba en el piso superior.

Los enfermeros salieron tras ella, pero no fueron capaces de alcanzarla hasta que llegó a la puerta misma de la habitación.

—¡Quiero ver a mi hijo! —exclamó. No obstante, la enfermera que custodiaba el acceso a la zona de cuidados intensivos le bloqueó el paso con las manos en alto.

—Cálmese, señora. No puede pasar así.

—¿Cómo está?

Los enfermeros que perseguían a Nora se situaron tras ella, pero la otra enfermera les pidió que no la redujeran.

—Su hijo está bien, ¿de acuerdo? Se ha reducido levemente la inflamación del cerebro, lo que son buenas noticias. Debemos esperar un poco más para valorar la respuesta neurológica y comprobar si hay secuelas, pero, a modo de resumen, puedo decirle que estas últimas horas han

sido positivas.

Nora escuchó con atención a la enfermera. Durante unos segundos había creído que Jasper iba a ser el siguiente.

—¿Nadie ha venido a verlo en las últimas horas?

La enfermera cabeceó.

—Nadie, señora Price.

Nora respiró aliviada.

—Puedo restringir las visitas, ¿verdad?

La enfermera, dudando de qué responder, miró a sus compañeros. Uno de ellos se acercó y le susurró al oído la delicada situación que vivían los Price con el fallecimiento de Matt.

—Lamento mucho la pérdida, señora Price.

Sin embargo, a Nora parecía importarle poco. En su mirada se veía que cavilaba alguna idea.

—Se lo agradezco. Pero volviendo a las visitas, quiero ser la única persona que pueda visitar a Jasper. Mi marido... —tragó saliva— ha muerto y soy la única que puedo tomar decisiones por él. ¿Lo ha entendido? Ni Landon Price ni Evelyn Price pueden visitarlo, solo yo.

Landon se quedó de piedra cuando le dieron la noticia del fallecimiento de su hermano. Al igual que Nora, no comprendía qué demonios había ocurrido. Su madre lloraba junto a la cama donde minutos antes había discutido con Matt. Todo lo que estaba pasando empezaba a pesar demasiado, como si se tratara de una pesadilla que se tornara real al abrir los ojos.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Landon sin mirar a su madre.

—Un infarto, no pudieron hacer nada por él —respondió. Landon asintió en silencio y, sin derramar ni una sola lágrima, se sintió culpable por la discusión que habían mantenido antes. No era inmune al dolor, pero la muerte de su hermano le complicaba mucho más las cosas. Aparte de todo el asunto de Ruby Morris, Landon era el principal inversor del fondo de Matt y segundo accionista, lo que significaba que de la noche a la mañana se había convertido en propietario de un entramado ilegal de deudas que estaba a punto de reventarle en las narices. Pese a ese inesperado problema, el asunto de Ruby Morris era el más urgente. A la presión que sentía se sumaba la tristeza por el repentino fallecimiento de Matt. Ambos sentimientos parecían competir por ganar protagonismo.

—Tenemos que hablar —dijo Landon. Evelyn lo miró con curiosidad. Había algo diferente en el rostro de su hijo. Su mirar era distinto y le intrigaba.

—Se ha ido —repetía Evelyn sumida en el llanto—. ¿Qué nos está pasando? ¿Qué clase de maldición pesa sobre los Price para que nos ocurran tantas desgracias?

Pese a los lamentos de su madre, Landon seguía impertérrito. Sus ojos parecían perdidos en un lugar a miles de kilómetros de Oak Valley.

—¿Qué será de Jasper? ¿Cómo reaccionará cuando se despierte? —insistió Evelyn.

—Lo afrontaremos como una familia. Estaremos unidos —dijo Landon, provocando que Evelyn frunciera el ceño ante sus palabras—. Precisamente he leído la carta que Jasper escribió antes de arrojarle por el puente.

El cuerpo de Evelyn se estremeció. Un escalofrío recorrió su espalda. Con suma pulcritud se secó las lágrimas, las cuales habían dejado de brotar en ese preciso momento.

—Creía que Nora no se separaba de ella —dijo la anciana.

—Esa no era la verdadera carta. De haberlo sido, puedes estar segura de que la reacción de

Nora hubiera sido muy distinta.

Evelyn suspiró con angustia.

—¿A dónde quieres llegar, Landon?

—¿Qué sabes de Stella Morris? —preguntó. La anciana abrió los ojos de par en par.

—¿A qué viene preguntarme por esa mujer?

Landon asintió y comenzó a pasear por la habitación.

—Fue mi novia, ¿lo recuerdas? Por entonces se llamaba Stella Atkins. Ni tú ni mi padre la vieron nunca con buenos ojos.

El rostro de Evelyn se transformó por completo. Todo rastro de pena desapareció.

—¿Piensas que es el mejor momento?

No obstante, Landon continuó hablando como si nada.

—Sabían cuál era su debilidad y se aprovecharon de ella. Fue ahí cuando comenzaron a trabajar con Ramsey, ¿no es cierto? Era él quien le facilitaba las drogas a Stella hasta hacer de ella una adicta. Así daría yo el paso para dejarla; así jamás podría reprocharles nada.

Una media sonrisa se dibujó en los labios de Evelyn. Los dos eran conscientes de que sus palabras ocultaban algo mucho más grande.

—¿Te sorprende? Solo queríamos lo mejor para ti.

—Haciendo que la despreciara.

—¡Era una drogadicta! La prueba la tienes en que te cambió por unas botellas de whisky y unos gramos de cocaína. Además, no seas tan dramático. Sé que tú también le ofrecías drogas para beneficiarte. ¿Crees que no lo sé? ¿Es que piensas que soy estúpida?

Landon no se inmutó. Todavía no había llegado al fondo de la cuestión.

—No sabes lo que pone en la carta, ¿verdad?

—Sorpréndeme.

—Jasper dice que Ruby le dijo que era una Price.

Evelyn abrió los ojos de par en par.

—¡Qué barbaridad es esa! ¿Cómo pueden darles valor a las palabras de una furcia? —dijo la anciana con asombro—. ¿Cuánto tiempo pasó desde la última vez que te acostaste con ella y se casó con Aaron Morris? Haz cuentas.

Landon miró más allá de su madre y suspiró. No había posibilidad.

—Tuviste la oportunidad de formar una familia cuando estuviste con esa chica de tu clase, Rachel Thomas, pero la dejaste escapar porque todavía estabas obsesionado con esa desvergonzada —replicó Evelyn.

—¡Eso no es cierto! —gritó Landon.

Evelyn soltó una carcajada.

—Landon, incluso le regalaste un anillo que ella empeñó. Y tú sabes tan bien como yo por qué no volviste con ella. Esa puta de Stella Morris se acostó con tu padre, mi marido, y todo por un par de gramos de mierda. Si no lo hubiera hecho, hubieras vuelto con ella. Te habrías arrastrado como un gusano.

Landon se acercó a su madre y la encaró.

—No estoy tan enfermo como tú —dijo Landon. Sin embargo, al segundo pareció advertir una cuestión en la que no había caído hasta ese momento—. Ruby no tiene que ser hija mía para ser una Price.

Aquella insinuación fue demasiado para Evelyn, que abofeteó a su hijo con todas sus fuerzas. Landon encajó el golpe sin moverse ni un centímetro.

—Que me pegues no cambiará nada —dijo Landon.

—No vuelvas a faltar el respeto a esta familia. ¿Piensas que tu padre era un imbécil? ¿Que dejaría embarazada a una cualquiera? Todo fue una mentira de esa zorra de Stella Atkins, que vio una oportunidad para sacarle el dinero. Pero tu padre no se dejó engañar tan fácilmente; le exigió una prueba de ADN que salió negativa. Por entonces ya estaba saliendo con Aaron Morris. Ese fue el final del cuento de Stella.

Landon continuaba incrédulo. Para él la experiencia y los recuerdos tenían mucho más valor que las palabras de su madre.

—Ruby se lo dijo a Jasper.

Otra carcajada de Evelyn resonó por la habitación.

—¿Quién de Oak Valley no querría ser un Price? Espero que el bueno de Matt pueda dejárselo claro ahora que se verá con ella en el más allá.

Los ojos de Landon se abrieron de par en par. No podía procesar lo que su madre acababa de decir. Su hermano había fallecido recién y su madre era capaz de denigrarlo de esa manera. No parecía importarle en absoluto.

Evelyn, a sabiendas de la reacción que había causado en su hijo, se marchó de la habitación con un gesto orgulloso. Casi al mismo tiempo, Nora aparecía por el pasillo. La oscuridad se cebaba con su rostro, el cual estaba enfocado hacia el suelo. Ver a Evelyn le revolvió las entrañas, pero apenas tuvo tiempo de abrir la boca cuando la anciana le señaló hacia el interior de la habitación. A Nora le pilló desprevenida y casi sin darse cuenta avanzó hacia allí. Evelyn la siguió.

Solo después de atravesar el umbral, Nora vio a Landon. Todo lo que había sufrido hasta ese momento se centró en la figura de su cuñado, brotando de su interior un odio tan puro que fue incapaz de contenerse.

—Nora... —dijo Landon antes de que su cuñada se abalanzara sobre él.

—¡Sé lo que has hecho, hijo de puta! —gritó Nora. Evelyn, que estaba justo tras ella, trató de detenerla mientras pedía ayuda. Landon, sorprendido, se vio arrinconado y protegiéndose la cabeza ante los continuos golpes que le lanzaba Nora.

—¿Es que quieres matar a mi otro hijo? ¡Detente! —gritó Evelyn.

En ese momento, un grupo de enfermeros entraron en la habitación y separaron a Nora.

—Todos van a saber lo que has hecho —gritaba.

—Ha perdido la cabeza —dijo Evelyn—. Su marido acaba de fallecer.

Nora continuaba revolviéndose.

—Una inyección de midazolam —gritó uno de los enfermeros. Estos pudieron reducirla, la resistencia de Nora fue mermando poco a poco. Mientras tanto, Landon continuaba en el rincón, con el pelo agitado por el forcejeo y aterrado por lo que acababa de escuchar. Parecía ajeno a lo que acababa de ocurrir.

—Lleva varios días sin dormir. No se lo tengan en cuenta —dijo Evelyn con una voz tan dulce que sonaba extraña en sus labios.

Ramsey respiró hondo. Alterarse más no valía para nada. Había llamado a Landon una veintena de veces y este continuaba sin responder, lo que le resultaba cada vez más preocupante. Guardó el teléfono en el bolsillo y se apoyó contra la pared. La sangre seguía corriendo por su pierna derecha.

—Vas a pagar por esto —dijo mientras se observaba la maltrecha rodilla—. ¿Me has escuchado, puta? ¡Despierta de una vez!

La inspectora reaccionó a las palabras de Ramsey. Se encontraba sentada en una silla, con las manos atadas al respaldo. Estaba conmocionada debido a la lluvia de golpes que había recibido. Por ello, no pudo más que levantar brevemente la cabeza antes de dejarla caer de nuevo.

—Te mataría si no tuviera la certeza de que te espera una vida de mierda, inspectora. Pronto serás la putita del pabellón de mujeres de alguna prisión estatal. Vas a pasarte los próximos cuarenta años entre rejas, ¿qué me dices? Oh, ¿no sabes por qué? —Eva movió la cabeza hacia un lado. Quería reaccionar, pero le era imposible. Tan solo podía escuchar—. Yo te diré por qué. Has asesinado a sangre fría a un oficial de policía y has herido gravemente a otro. Los casquillos de tu arma están por todas partes.

La cabeza de Eva comenzó a carburar, pero aun así le resultaba complicado comprender lo que estaba ocurriendo. ¿Qué hacía sentada en esa silla y en esa cabaña?

En ese momento, el teléfono de la inspectora comenzó a vibrar sobre la mesa. Con un gesto de dolor, Ramsey se alejó de la pared y se acercó hasta él.

—Tienes bien adiestrado a ese Dawson. ¿Te lo estás follando?

Eva intentó contestar. Los pensamientos iban encendiéndose en su cabeza.

—Será mejor que le digamos al cachorrito que lo deje por hoy, ¿no te parece, inspectora? —dicho esto, Ramsey alcanzó el teléfono de Eva y le envió un mensaje a Dawson: «Eso es todo por hoy. Descanse hasta nueva orden». Ramsey mantuvo la conversación abierta hasta que el agente le contestó con un escueto «ok»—. Bueno, las cosas se van solucionando —concluyó.

Después, cojeando, caminó hasta una pequeña habitación conexas en la que había varios muebles polvorientos. En ellos, Landon y él guardaban todo lo que pudiesen necesitar, desde diferentes tipos de drogas, calmantes, preservativos e incluso algunas bebidas. Entre todo ello había también un botiquín que había dejado allí para “resolver cualquier tipo de incidencia” que pudiera ocurrir. Ramsey lo consideró una estupidez, pero en ese momento, mientras abría un paquete de vendas, valoró la previsión de su socio.

—No va a resultar tan inútil finalmente —dijo mientras se ponía la venda sobre la herida. Un gesto de dolor le deformó el rostro, pero se contuvo de gritar—. Debería pegarte un tiro en la cabeza.

—Y yo debería habértelo pegado en los huevos —susurró la inspectora. Ramsey soltó una carcajada profunda.

—Mira qué graciosa —dijo el oficial mientras se acercaba hacia ella. En sus ojos se veía que matarla era una de las opciones que barajaba. Sin embargo, de nuevo el sonido de un teléfono les interrumpió—. Vaya, el señorito Price se digna a venir. Puede que tengamos un espectáculo y todo.

Dicho esto, lanzó un puñetazo a la inspectora que estuvo cerca de hacerla volcar. La silla se tambaleó de un lado a otro y Eva volvió a perder la conciencia. Al cabo de veinte minutos, Landon llegó a la cabaña. Su primera reacción fue la de sorprenderse por el lamentable estado de la inspectora.

—Lo he hecho por su bien —dijo Ramsey—. Si seguía escuchando sus mierdas ya le habría pegado un tiro.

—Eres un puto inconsciente. Tenemos problemas por todas partes —dijo Landon en un estado de nervios.

—¿De qué estás hablando? Esta conejita era la única que podía causarnos problemas.

Landon miró nuevamente hacia la inspectora, la cual comenzaba a mover la cabeza lentamente.

—Jasper escribió una carta antes de suicidarse; lo contaba todo.

Por un segundo, Ramsey se puso serio y pensó en las consecuencias de lo que acababa de escuchar. Que la verdad estuviera escrita en papel por uno de los implicados cambiaba mucho las cosas.

—¿De qué estás hablando?

Landon asintió en silencio.

—¿Sabes qué le dijo Ruby a Jasper? Que era una Price.

Ramsey se puso en alerta.

—Todos sabemos que podría ser cierto.

—¿Tú formaste parte de eso? —preguntó Landon señalándolo con el dedo.

—Eh, mira, ¿te crees que soy el psicólogo familiar? Hago todo esto por dinero y me importa una mierda quien dé la orden, ¿de acuerdo? Tu madre, Evelyn, era la que más dólares ponía sobre la mesa, por lo que ella era quien mandaba.

Landon se quedó confuso. ¿Qué significaba aquello? ¿Hasta dónde llegaban los tentáculos de su madre? De repente, sintió una fuerte presión en sus sienes. Mientras tanto, Ramsey se giró y miró atentamente a la inspectora.

—Tal vez podamos inyectarle algo para que se quede más tranquila. Como siga durmiéndola a golpes van a tener que reconocerla por la partida dental.

Landon miró a Eva. La inspectora reaccionaba de nuevo.

—No sé si tendré algo en el coche. En la cabaña no hay nada.

Ramsey encogió los hombros.

—En ese caso, siempre podemos terminar por la vía rápida —dijo lanzándole otro golpe a la inspectora. Landon torció el gesto; tenía la sensación de que estaban internándose en un callejón sin salida. No veía nada claro lo que estaban haciendo con la inspectora.

—¿Qué te ocurre? ¿No sabías lo de tu madre? —dijo Ramsey.

—Ella recurrió a ti para acabar con Stella, ¿verdad?

Ramsey se rio.

—¿Acabar con ella? Esa no es la expresión más adecuada. Ya eres mayorcito, Landon, así que seré sincero. A tus padres no les hacía ninguna gracia que estuvieras revolcándote con Stella,

así que recurrieron a su hombre de confianza para esos asuntos —dijo señalándose a él mismo. Sus manos estaban ensangrentadas—. Yo sabía que a Stella le iba la marcha, por lo que me aseguré de que le llegara la suficiente droga como para desestabilizar su vida. Al principio lo pasaron bien, pero las cosas se complicaron, ¿verdad?

—¿Cómo le dabas la droga? —preguntó Landon.

—Oh, a través de sus amigos. No era muy difícil. Se hizo adicta en muy poco tiempo.

Landon tragó saliva. Recordaba esos días.

—Lo que Evelyn quería —continuó Ramsey— era que la chica falleciera de sobredosis, pero no era tan inconsciente para ello. En resumen, sabía lo que hacía. El caso es que tú la dejaste por fin, la misión estaba cumplida. Pero, no sé cómo, fue tu padre el que se la tiró un par de veces.

Landon comenzó a respirar agitado. Ramsey se rio.

—Creo que Stella fue una tarde a tu casa y supo que estabas comprometido con esa Rachel, y se quiso vengar. Ahí el viejo se aprovechó de la situación... supongo. Todo esto se alargó hasta que Evelyn supo que la golfilla seguía inmiscuyéndose en su familia. Obligó a tu padre a que terminara con todo eso al mismo tiempo que me pidió que la atiborrara a drogas. No sé si fue por entonces cuando comenzó a salir con Aaron Morris. El resto de la historia ya la conoces.

—Mi madre mencionó una prueba de ADN —dijo Landon. Ramsey asintió.

—¿Cómo he podido olvidarlo? Al poco de que tu madre se interpusiera entre tu padre y Stella, esta apareció en su casa afirmando estar embarazada. Evelyn la echó a patadas y tu padre olvidó un asunto. O eso creía tu madre.

—¿Cómo dices? —preguntó Landon.

—Después de que naciera Ruby, tu padre le pidió a Stella una prueba de ADN. Para entonces, Stella ya estaba casada con Aaron Morris y había rehecho su vida. En fin, tu padre lo hizo en secreto, pero, no sé cómo, Evelyn se enteró y untó con miles de dólares al laboratorio donde se llevaron a cabo los análisis. El resultado fue negativo.

Landon abrió los ojos sobremanera.

—¿No le dijeron si manipularon el resultado? —preguntó.

—Evelyn quería un negativo. Era lo único que le importaba. Si en realidad Ruby es hija de él o no, eso no hay manera de saberlo.

Un sudor frío brotó de la piel de Landon. La garganta se le secó al instante.

—¿Ahí terminó todo? —preguntó Landon a pesar de que intuía cuál iba a ser la respuesta.

Ramsey se pasó la manga por los labios y escupió.

—No me puedo creer que los Price tengan tantos secretos —dijo entre carcajadas—. En las mejores familias, ¿eh? No, ni mucho menos, Landon. Evelyn no es de las que se detienen; ella continúa hasta el final. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

—¿A qué te refieres?

—Oh, vamos, Landon. Utiliza la cabeza un poco. ¿Piensas que Evelyn iba a quedarse de manos cruzadas después de tener que intermediar en la prueba de ADN? Desde entonces odió a Stella con todas sus fuerzas. Recurrió varias veces a mí para que me deshiciere de ella, pero, joder, la muy puta se había rehabilitado después de todo y parecía feliz con su hija. No soy un monstruo, ¿sabes? Sin embargo, Stella recayó en las drogas y recurrió de nuevo a tu padre para que le diera dinero. Ella solita se metió en la boca del lobo.

Landon tragó saliva.

—Stella falleció en un accidente de tráfico —dijo con un hilo de voz.

—Así es, pero antes tu madre me dio varios frascos pequeños. Me insistió en que los vertiera en una botella de vodka y se la dejara a Stella. —Con media sonrisa, se pasó la mano por la

entrepierna—. Me hizo un buen trabajito a cambio de la botella y un poco de cocaína. Entiendo que estuvieras encoñado, Landon.

Este apretó la mandíbula y respiró hondo. No era el momento de perder los nervios. El dolor que experimentaba tampoco tenía sentido.

—¿Qué eran esos frascos?

Ramsey encogió los hombros.

—Quién sabe. Tu madre siempre ha tenido esas mezclas. Es como una bruja. Lo que sí puedo decirte que apenas un rato después se estrelló en su auto. Hay que joderse, que todo eso se volvió en mi contra. Yo iba para jefe de la estación, pero el estúpido Stephen Crew hizo de héroe y salvó a la cría.

Desde hacía un par de minutos, Eva mantenía los ojos abiertos lo justo y necesario para ver qué sucedía a su alrededor. Igualmente había escuchado la conversación entre Landon y Ramsey. Cientos de preguntas habían sido respondidas en ese momento. No obstante, su mayor preocupación era encontrar una manera de escapar. Muy lentamente había hecho fuerza con sus brazos y piernas para comprobar si tenía alguna posibilidad de liberarse, pero resultaba imposible. Por ello, se concentró en controlar la respiración. Su vida estaba en las manos de John Ramsey y Landon Price.

—¿Qué más hay, Ramsey?

Sin embargo, el agente respondió con un aspaviento.

—Basta de cháchara. Mira mi pierna, mierda. Me estoy desangrando. Terminemos con la inspectora y llévame donde puedan reconstruirme la puta rodilla —dijo Ramsey. Su tez había perdido color en los últimos minutos y brillaba de sudor—. Otro día hablaremos de tu madre.

Landon observó la rodilla. El pantalón rasgado ocultaba a medias una grotesca herida. La pérdida de sangre era evidente. Ramsey se encontraba en una situación mucho más delicada de lo que intuía. Pero eso no era lo que más le importaba.

—¿Acaso tienes más cosas que contar de mi madre?

Ramsey sonrió chulesco.

—Son ciertos los rumores. Los Price se vuelven más estúpidos en cada generación. Pronto estarán pidiendo limosna debajo del McQueen.

—¿De qué estás hablando? —dijo Landon.

—Evelyn es una arpía peligrosa, Landon. Sé muchas cosas de ella, las suficientes para que pasara el resto de su vida encerrada. Pero ya hablaremos de eso.

Dicho esto, Ramsey dio un paso hacia delante, pero Landon se interpuso.

—Habla ahora, Ramsey —dijo mirándolo fijamente. El agente vio que Landon llevaba en su mano derecha una pistola y advirtió su error: la suya la había dejado sobre el armario de la sala contigua.

—Mira, Landon, no quiero problemas. Terminemos con esto, llévame al hospital y nos pondremos al día, ¿de acuerdo? —dijo con un tono frío. Una insoportable tensión se había instaurado entre ambos.

—Es un poco tarde, ¿no te parece? ¿Crees que tu plan iba a salir bien? —En ese momento, Landon le apuntó con la pistola—. Eres el único que puede jodernos, Ramsey.

—Podemos salir ganando todos, Landon. No hagas ninguna tontería.

—No sé qué mierda sabes de mi madre, no me importa lo que haya hecho. Es una Price y su libertad no va a depender de ti.

—¡Hijo de puta! —gritó Ramsey antes de abalanzarse sobre Landon. Sin embargo, apenas se inclinó hacia delante, cayó al suelo rabiando de dolor. Sin darse cuenta, se había apoyado en la

pierna herida—. Así me van a pagar todo lo que he hecho.

Landon continuaba apuntándole. Había estado cerca de apretar el gatillo.

—Te agradecemos tus servicios.

—¡Maldito idiota! Acabarás como tu padre. ¿De qué murió, Landon? —dijo Ramsey con una mueca de dolor.

Landon se estremeció. Nuevamente estaba confundido.

—De un infarto —susurró.

—Claro, Landon, un infarto. Siempre es un infarto.

—¿Qué estás diciendo?

Ramsey se arrastró hasta la pared y se apoyó en ella. Era consciente de que sus probabilidades de salir de allí con vida eran ínfimas.

—Cuando Ruby tenía siete u ocho años, tu padre trató de acercarse a ella. Necesitaba averiguar si realmente era su hija. Evelyn lo advirtió y me pidió que acabara con ella.

—¿Te pidió que mataras a Ruby? ¿A una niña? —dijo Landon con el ceño fruncido.

—¡Te he dicho que es una bruja! Pero tu padre se enteró y me ofreció el doble de dinero para que me negara. Acepté. A los pocos días tu padre sufrió un infarto fulminante.

Landon comenzó a temblar. El sonido metálico de la pistola se extendió por la cabaña. Su hermano Matt había fallecido de un infarto, sin previo aviso, sin que los médicos pudieran explicarse el motivo. Recordó la imagen de Evelyn cuando le recriminaba su actitud, su sonrisa pese a que su hijo había fallecido hacía apenas una hora. Los pensamientos que se extendían por su cabeza lo alejaron de la realidad, su mirada se perdía en el infinito.

Estaba tan abstraído que no vio cómo Ramsey se incorporaba lentamente, ayudándose con las muecas de las paredes de la cabaña. Su respiración entrecortada se asimilaba a la de una bestia. Esta vez calculó las distancias y valoró sus opciones. Contaba tan solo con una pierna, por lo que no podía fallar en su impulso.

Mientras tanto, Landon se sumergía en un pozo de duda e incompreensión que le asfixiaba. ¿Acaso Evelyn...?

No tuvo tiempo para más. Ramsey se abalanzó sobre él y lo tiró al suelo. La pistola salió volando hacia el otro lado de la cabaña. Landon recibió un par de golpes que estuvieron cerca de noquearlo, pero un golpe lanzado a la maltrecha rodilla de Ramsey fue suficiente para que este se echara hacia un lado, retorciéndose de dolor. Landon, ligeramente conmocionado, se levantó y agarró de nuevo la pistola.

—Terminemos con esto —dijo apuntando a Ramsey—. Los mataré a los dos. Creerán que la inspectora se suicidó después de asesinarte. Serás un héroe después de todo, Ramsey.

Sin embargo, este soltó una carcajada que desconcertó a Landon.

—¿De verdad pensabas que me fiaba de los Price? Todas las conversaciones están grabadas, Landon. Si me matas, a poco que investigue la policía, las encontrarán y estarán jodidos. ¿Recuerdas una de tus últimas llamadas? Me pediste que me deshiciera de Ruby Morris. —Se rio de nuevo—. Te lo pasarás muy bien en la cárcel.

Landon bufó de rabia. Verdad o no, no estaba dispuesto a correr el riesgo.

—¿Dónde están esas grabaciones?

—Vete a la mierda. Sácame de aquí antes y te las entregaré. De lo contrario, ya puedes disparar. Te esperaré en el infierno.

—¿Dónde están esas putas grabaciones? —susurró Landon apoyando la pistola sobre la sien de Ramsey.

—Es curioso lo de Ruby Morris. Esa niña va a acabar con todos y cada uno de los Price.

¿Sabías que hablé con Evelyn esa noche? La que desapareció Ruby.

La capacidad de sorpresa de Landon había sido ya sobrepasada. Fue incapaz de contestar.

—¡Mientes! —gritó Landon.

—Evelyn se hizo cargo de Ruby.

—Tú fuiste tras ella y no la encontraste. O la mataste y quieres salir libre de culpa. — Ramsey se puso serio, casi no se mantenía despierto.

—No la encontré ni la maté —dijo respirando con dificultad—. Poco después de que me llamaras suplicando que solucionase el tema de Ruby, llamé a tu madre. Me dijo que ella se encargaba; que me marchara a casa. Al parecer tenían asuntos pendientes.

Landon podría haberle disparado, pero necesitaba más para sacar la ira que sentía en ese momento. De manera innata, le golpeó con la culata y Ramsey cayó hacia atrás. Iba a golpearle otra vez cuando, de repente, el sonido de un motor y una intensa luz atravesó las agrietadas paredes de la cabaña.

En ese instante, Eva abrió los ojos y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Aquí! ¡Socorro! ¡En la cabaña!

Landon y Ramsey no tuvieron tiempo para reaccionar. El primero se levantó y miró hacia el lado opuesto de la puerta. Ahí había una ventana tapiada que podría derribar fácilmente. Desde el suelo, Ramsey intuyó sus intenciones y apenas Landon dio un paso, utilizó su pierna sana para hacerle tropezar. Fue justo cuando cayó al suelo, que la puerta de la cabaña se abrió bruscamente.

—¡Alto, policía!

Primero escuchó un sonido muy intenso, algo atronador, que parecía venir de muy lejos. Cuando el ruido se hizo presente, tan real que podía sentir temblar sus tímpanos, un destello de luz brotó frente a sus ojos. Sabía que había pasado por esa situación un par de veces.

La enfermera reaccionó y se situó junto a Nora.

—Está despertando —dijo en voz baja.

—Eso parece.

Al cabo de unos segundos, Nora abrió los ojos y comenzó a mirar de un lado a otro. Se encontraba en una habitación de hospital, con una enfermera a un lado y un doctor al otro.

—¿Qué ha pasado? —Su voz apenas iba más allá de sus labios.

—Ha estado sedada las últimas horas. Sufrió una crisis nerviosa —dijo el doctor—. ¿Cómo se encuentra?

Nora lo miró, pero no respondió. En vez de eso, palpó su cuerpo con las manos como si quisiera asegurarse de que contaba con todos sus miembros. De repente, todo lo sucedido vino a su cabeza como si se tratase de una cascada de recuerdos. Fue tan abrumador que se incorporó de un salto.

—¿Dónde está Jasper? —exclamó. La enfermera la sujetó por los hombros para evitar que se bajase de la cama. Sin embargo, volvió a tumbarse. Se había incorporado tan rápido que sintió cierto mareo.

—Mantenga la calma —dijo el doctor—. Su hijo sigue evolucionando favorablemente.

Pese a que su cabeza continuaba dando vueltas, esas palabras le transmitieron un poco de calma.

—No ha recibido visitas, ¿verdad?

El doctor movió la cabeza de un lado a otro.

—Tal como usted estableció. Sé que está viviendo unos momentos muy difíciles, pero la seguridad de su hijo está garantizada.

Nora asintió a la vez que iba procesando las palabras del doctor. «La seguridad de su hijo está garantizada». Esa frase le chocaba bastante. Guardó silencio y comenzó a recordar. Por unos instantes no supo si la muerte de Matt era real o había sido cosa de un sueño. El doctor, al comprobar cómo la ansiedad se apoderaba de su rostro, se dirigió a la enfermera.

—Quiero que vaya a cuidados intensivos y nos traiga un informe detallado del estado de salud de Jasper Price. —Después se giró hacia Nora—. Estoy seguro de que así se sentirá más tranquila.

Ella le agradeció el gesto, pero la preocupación persistía en su interior. Poco a poco, todo lo ocurrido antes de que la sedaran regresaba a su cabeza. En la habitación en la que había fallecido

su marido estaba Landon; intentó agredirlo. Evelyn también estaba por allí. Los Price eran como una nebulosa tóxica dentro de su cabeza.

En ese momento, apenas segundos después de que la enfermera se hubiera marchado, alguien golpeó. Nora y el doctor se giraron hacia allí. La puerta se abrió y al otro lado apareció la inspectora Guzmán. Llevaba un brazo en cabestrillo y tenía el rostro amoratado y cubierto de heridas.

—¡Dios santo! —exclamó Nora.

El doctor, que sabía parte la historia, vio conveniente dejarlas a solas. Eva no abrió la boca hasta que el doctor salió y cerró la puerta. Mientras tanto, Nora la observaba como si se tratase de un fantasma. Pese al lamentable estado de Eva, esta lucía una sonrisa, tan solo alterada por la inflamación de sus labios.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Nora. La inspectora encogió los hombros y se sentó sobre la cama.

—Nada grave. Cosas del trabajo.

Nora recordó a dónde se dirigía la inspectora cuando se vieron por última vez.

—¿Qué pasó, Eva? Dime que podemos acabar con esto de una maldita vez —suplicó. La inspectora dejó escapar una carcajada.

—Creo que ya está todo solucionado. Todo gracias a ti.

Nora frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? No hice nada. Me dejaste en el hospital después de que me avisaran del infarto de Matt. Eso fue lo que ocurrió, ¿no? —preguntó Nora poniéndose las manos sobre las sienes—. Mi cabeza no da para más en este momento.

—No te preocupes. Yo te pongo al día enseguida. Lo primero de todo es que Jasper está bien y a salvo. En ese aspecto puedes estar tranquila. Lo segundo es que me salvaste la vida.

—Lo siento mucho, Eva, pero no sé a qué te refieres.

La inspectora sonrió de nuevo. Sacó un clínex del bolsillo y se lo pasó por debajo del ojo de derecho.

—Ese cerdo de Ramsey me dio duro. Disculpa.

—¿Puedes decirme de una vez qué ha pasado y por qué parece que te han atropellado? ¿Cómo te salvé la vida?

Eva asintió.

—Cuando te avisaron del infarto de Matt, nos dirigíamos al punto donde supuestamente el capitán me había citado, ¿lo recuerdas? Antes vimos a Landon y a Ramsey cargando un cuerpo en el auto.

Aquellas imágenes estremecieron a Nora. «Por eso quise agredir a Landon». La muerte de su marido había añadido una pátina de confusión a aquellos momentos.

—Me trajiste hasta el hospital —continuó Nora con la mirada fija en ninguna parte.

—Así es. Estabas muy afectada por la noticia y todo lo que estaba ocurriendo. Casi en shock, diría. Te dejé y me marché a toda velocidad, pero tú no entraste directamente al hospital, ¿verdad? Viste al agente Dawson.

Nora miró a la inspectora como si quisiera confirmar sus propias palabras. No dudaba de ellas, pero le resultaba confuso el no poder recordar con claridad lo que había hecho. Afinó la mirada.

—No sé por qué, pero me acerqué hasta él. Sabía que era de tu confianza y le dije que ibas a citarte con Ramsey a las afueras, en el bosque. Que le había ocurrido algo al jefe Crew. Y que Landon estaba involucrado. Le expliqué como pude a donde te dirigías. No puedo recordarlo

bien.

—Más o menos fue eso. Dawson estuvo dudando durante un rato. Después intentó localizarme, hablar conmigo, pero no lo consiguió. Luego vio salir a Landon del hospital. Fue entonces cuando se convenció de que estaba ocurriendo algo y acudió hasta el lugar que le indicaste. Llegó en el momento justo.

Nora estaba boquiabierta.

—Entonces era verdad. El capitán...

—Ramsey lo asesinó —interrumpió la inspectora afectada. En su interior se sentía culpable, pues podría haberlo detenido cuando lo cargaban en el auto y aún estaba vivo—. A mí me redujo y me ató a una silla. Pretendía inculparme de la muerte del jefe y quedar como un héroe o algo así. El caso es que Landon estuvo allí. Tu cuñado y Ramsey llevaban colaborando muchos años o, más bien, los Price y Ramsey. La historia viene de lejos.

Nora la miró asustada. Nunca lo habría sospechado si no hubiera sido porque ella misma lo vio junto a Landon.

—¿Cómo con los Price? ¿Con todos?

—Según lo que yo escuché, tu suegro William y Evelyn eran los que más le pedían favores. Luego Landon siguió con lo mismo.

—¿Y Matt?

—Creo que Matt sabía que tenían ayuda de Ramsey para algunas cosas, pero al parecer no conocía los trapos sucios del resto de su familia.

Nora comenzó a recordar ciertos episodios y a darse cuenta de que siempre todo estuvo frente a ella.

—Fue Evelyn quien acabó con Ruby —dijo Eva, sacándola de sus pensamientos. Nora la miró extrañada—. Eso dijo Ramsey, que la había dejado con ella en el bosque y que además era culpable de muchos otros crímenes, que incluso había provocado el infarto de su marido, con algo como un veneno.

Nora sintió náuseas por el pensamiento que de pronto inundaba su mente.

—Entonces... es posible, que ella haya matado a su propio hijo... a Matt. —Nora se alteró—. Él tenía solo unos golpes y de pronto murió.

—Los resultados de la autopsia arrojaron altas dosis de alcaloides, específicamente aconitina, la que provoca, entre otras cosas, un infarto. —Eva caminó por la habitación hasta la ventana—. Al parecer la planta que se utiliza se llama acónito o matalobos y crece en lugares elevados, justo como aquí.

Nora recordó el invernadero de Evelyn y como en un sector alejado cultivaba unas flores de color púrpura, a las que no dejaba que nadie se acercase. Muchas veces la vio tocarlas con guantes, pero nunca le prestó atención, pues pensó que se trataba de alguna planta que provocaba alguna alergia, pero no más que eso.

—¿Dónde están ahora?

La inspectora suspiró. Su ojo derecho volvió a lagrimear.

—Bueno, Landon está detenido. Intentó escapar, pero el agente Dawson está en forma y pudo alcanzarlo. En cuanto a Ramsey, ese cabrón sí consiguió escabullirse. No obstante, por las heridas no creo que sobreviviese más que un par de horas. No volveremos a verlo.

Nora miró fijamente a la inspectora.

—¿No regresará a Oak Valley? —preguntó en un susurro.

—Jamás, eso te lo aseguro —sentenció Eva. Nora arqueó sus labios en una media sonrisa. La inspectora cogió aire y lo expulsó con un gesto de satisfacción—. En cuanto al caso, veremos

qué sucede. La mayoría de lo que yo averigüé no es válido e incluso me están investigando también, aunque por suerte, el testimonio de Dawson me exonerará de cualquier responsabilidad. Sin embargo, el núcleo de la investigación gira en torno a Ramsey y los Price, incluida Evelyn. Antes de que Dawson apareciera en la cabaña, Ramsey amenazó a Landon diciéndole que tenía pruebas de todo lo ocurrido en los últimos años; no sé cuánto de verdad hay en eso. Aun así, lo están investigando.

Nora escuchó con atención cada palabra, con temor de que la inspectora le dijera en cualquier momento que todo era mentira y que la realidad era que nada se había solucionado. Antes de que la sedaran, el mundo parecía estar derrumbándose a sus pies

—¿Y Landon? ¿Qué cargos hay contra él? —preguntó.

—No puedo confirmarlo, pero por lo que me han comentado, Landon está hablando con tal de restar tiempo a su condena. Y, por supuesto, culpando a Ramsey de todo. El juez ni siquiera ha puesto una fianza.

—Seguro que Evelyn busca la manera de solucionarlo. Siempre encuentra una manera.

Eva cabeceó con una sonrisa.

—Esta vez lo tienen muy complicado. Al parecer ya estaban investigando a Landon y Matt por una serie de empresas ficticias que acumulaban millones de pérdidas. Tras su fallecimiento, toda la responsabilidad recae en Landon. Además, puede que la policía te requiera para testificar en contra tanto de Landon como de Evelyn.

—Lo haré con mucho gusto. Todo esto ha sido culpa de ellos, ya es hora de que paguen.

—La verdad es que ya están pagándolo. Evelyn ha fingido varios ataques de ansiedad y por su edad la mantienen en casa. En otra circunstancia lo había conseguido sacando la cartera, pero ahora no puede hacerlo. Le queda muy poco y el que le queda, está intervenido —dijo Eva. Nora dejó escapar una sonrisa.

—Mentiría si dijera que lo siento por ella —reconoció Nora.

—Lo sé. Aunque no creo que esa mujer termine pagando por lo que hizo. Además, aún hay una investigación para saber si es cierto todo lo que escuché. Aunque la autopsia de Matt le da fuerza a mi testimonio, pues coincide con las palabras de Ramsey, quien aseguraba que Evelyn envenenaba a quien se interpusiera en su camino.

—Pero, si eso es cierto, ella tiene que pagar...

—Me encantaría decirte que sí lo hará, pero por la edad, quizás no vaya a la cárcel.

Nora no podía emitir ninguna palabra, era por culpa de ella que todo había comenzado, era por culpa de ella que mucha gente había muerto. —Eva comenzó a acercarse a la cama.

—En fin, ahora tengo que irme. Aquí te dejo mi número personal —dijo la inspectora poniendo una tarjeta sobre la mano de Nora—. Llámame si necesitas cualquier cosa.

—Creo que más no puedes hacer por mí —agradeció Nora.

Eva sonrió.

—Por cierto, es posible que también te llamen para testificar en lo referente a mi posición en el caso. Si es...

—No tienes que preocuparte por nada. Les contaré la verdad.

—Iba a decirte que no estás obligada a testificar —añadió Eva.

—Si lo mejor para ti es que testifique a tu favor, entonces, cuenta con ello.

—Te lo agradezco. Bueno, estamos en contacto. Pasaré por aquí en estos días.

Nora se incorporó lentamente.

—Muchas gracias por todo, inspectora.

Eva se detuvo junto a la puerta y le sonrió.

—No hay de qué.

Dawson tenía los ojos cerrados y estaba apoyado sobre el respaldo del asiento cuando la inspectora Guzmán abrió la puerta del auto.

—Ese descanso lo están pagando los contribuyentes, Dawson —dijo Eva.

—Estoy planificando el resto del día. Eso puede considerarse tiempo laboral.

Eva sonrió.

—Lo que tú digas. Ahora vayamos a la comisaría. Quizás pueda llegar al vestíbulo sin que me arresten.

Dawson soltó una carcajada.

—Oh, vamos, inspectora. Se ha convertido en leyenda en la estación. Es cierto que algunos de los agentes más veteranos son un poco más reticentes, no le gustan los cambios, pero el resto está con usted. Yo incluido.

—Eso ya lo veremos —dijo Eva.

—¿Volverá al servicio en Oak Valley? Si es así, quiero trabajar con usted. Tiene instinto.

Eva asintió con una sonrisa por no ser descortés. Era cierto que Dawson era un buen agente y que le había salvado la vida, pero en ocasiones consideraba que era demasiado intenso. Su entusiasmo la desbordaba.

—Tendremos que esperar a ver cómo transcurre el caso. No quiero precipitarme. Pero si necesito hacer un agujero en el bosque y perderle la pista a algún desgraciado, te lo comunicaré.

La sonrisa de Dawson desapareció del rostro, no pensó que la inspectora mencionara aquello. Serio, arrancó el motor y se incorporó a la avenida. El ambiente dentro del auto era totalmente distinto.

—Eso no volverá a pasar —aseveró Dawson. Eva lo miró de reojo. Su voz había envejecido treinta años y su rostro estaba tenso.

—La posibilidad siempre estará ahí, Dawson. Más vale que aprendas a vivir con ello.

Dawson tragó saliva.

—Ese hijo de puta se merecía eso y mucho más. Hicimos lo que teníamos que hacer.

Eva lo miró con cierta preocupación. Oak Valley era como un pequeño remanso de paz. Nada comparado con lo que había vivido en Los Ángeles. Ella estaba curtida en la bajeza humana y consideraba la moral como algo ambiguo que mover según su conveniencia. Por ello sentía cierta culpa por haber involucrado a Dawson en acabar con Ramsey y enterrarlo en lo profundo del bosque.

El silencio dominó el resto del trayecto. Sin abrir la boca salieron del auto y entraron en la comisaría. Eva esperaba ser el centro de atención, pero para su sorpresa no fue así, o al menos no como ella imaginaba.

—¿Qué sucede? —preguntó Dawson al observar cómo la mayoría de los agentes iba de un lado a otro, charlando entre ellos y señalando hacia la antigua mesa de Ramsey.

—La oficina central ha encontrado todo lo que guardaba Ramsey. Lo tenía escondido en el falso suelo de su casa. Además, dicen que también tenía dólares en efectivo —respondió el agente que estaba sentado tras el mostrador del vestíbulo.

Eva miró hacia la mesa de Ramsey. Sobre esta había varias cajas de cartón repletas de cosas.

—¿Y eso? —preguntó la inspectora.

—Desde San Diego nos han pedido que guardásemos todas las pertenencias de Ramsey en cajas. Que vendrán por ellas a lo largo de la tarde. Espero que lo atrapen. Es que todavía no me lo creo. Disculpe mis palabras, inspectora, pero usted los tiene bien puestos.

Eva sonrió sarcástica.

—Nada que disculpar —dijo antes de continuar su camino, exactamente hacia la mesa de Ramsey. En torno a esta había varios agentes que se retiraron en cuanto se acercó la inspectora —. ¿De dónde ha salido todo esto?

Gordon, uno de los veteranos, señaló a las escaleras que conducían hasta el sótano.

—Abajo se encuentran las viejas taquillas del vestuario. Hace muchos años, Ramsey dijo que serían útiles para guardar herramientas y cosas así, pero nadie las utilizaba. Solo él. Estábamos acostumbrados, no sé, guardaba sus cosas y eso.

—¿Todas estas cosas estaban allí?

Gordon asintió.

—Lo recordé después de que nos pidieran que recogiésemos todas las cosas de Ramsey.

La inspectora asintió a la par que miraba hacia las cajas. En un principio le resultó complicado entender cómo Ramsey había podido actuar impunemente durante tanto tiempo, pero lo que acababa de ver le había resuelto todas las dudas.

Gordon, al igual que el resto de los agentes, a excepción de Dawson, se alejó de la mesa de Ramsey. La inspectora se acercó a las cajas y comenzó a observarlas con una mueca desagradable en los labios.

—¿Quién iba a buscar en la comisaría? —dijo Eva levantando la tapa de una de las cajas. Dawson le echó una mano.

El contenido era curioso. Había un par de teléfonos móviles y multitud de pequeños paquetes de mensajería a medio abrir, pero el que más le llamó la atención era uno de un iPad. La inspectora comenzó a reírse.

—Hay que joderse. Era el puto Ramsey quien robaba los paquetes.

—Otro caso resuelto, inspectora. —Dawson comenzó a reírse.

—Otro caso resuelto... supongo. Ahora habrá que averiguar para qué Ramsey revisaba los buzones, no creo que sea un ladrón común. Me imagino que tomaba las cosas para despistar, qué quería encontrar, no tengo la menor idea.

El resto de los agentes le lanzaba miradas de desconcierto, ya que no sabían muy bien cómo dirigirse a ella. El hecho de que hubiera sido la única que había descubierto la realidad de lo que sucedía con Ramsey les hacía sentirse estúpidos.

—Deberíamos alejarnos antes de que lleguen los de la oficina central. No quiero buscarme más problemas —dijo Eva.

—Tiene razón, inspectora. Mejor nos vamos de aquí.

Eva sonrió y miró el reloj.

—Ya sé que es temprano, pero me he ganado una copa.

—Si quiere que la acompañe, termino mi turno en veinte minutos, inspectora.

Eva asintió.

—Te esperaré en el Scottish... y dile a Belch que también está invitado.

Una tormenta de primavera descargaba con furia sobre Oak Valley, borrando consigo los últimos rastros de nieve de las montañas cercanas. Era tarde. Los relámpagos rompían la noche y su luz entraba furiosa por las ventanas, diluyéndose de igual modo.

Desde que todo saliera a la luz, una semana atrás, Evelyn Price no había podido dormir más de un par de horas. Las ojeras se habían adueñado de su rostro y su cuerpo mostraba una delgadez que rayaba lo enfermizo. Apenas se peinaba. Su vida se había convertido en un constante deambular por su casa, en la cual comenzaban a acumularse los avisos de impago. Los Price estaban arruinados.

Sin embargo, a Evelyn no parecía importarle. Estaba convencida de que su apellido sería suficiente para salir del paso. Los Price habían levantado gran parte de Oak Valley, ¿acaso no podía mostrarle un mínimo de gratitud? Todo se solucionaría tarde o temprano.

Sentada en la penumbra de su habitación, Evelyn observaba un puñado de fotografías antiguas. Las sacaba del cajón y después las dejaba caer al suelo, como una cruel metáfora de lo que le había sucedido a los Price.

—Hice todo lo que estaba en mi mano —susurró mientras observaba una fotografía de Matt. En ella, su hijo no tenía más de cinco años y se bañaba alegremente en una piscina. Al fondo, saltando sobre el agua, podía vislumbrarse a Landon.

Un repentino dolor la sacudió. La fotografía cayó al suelo. Después, extendió su mano y alcanzó otra del cajón. Era de Jasper poco después de nacer. Se estremeció. Hacía un par de días supo que su nieto había despertado del coma, que se encontraba bien, pero que su respuesta neurológica se había visto afectada. Evelyn trató de ponerse en contacto con Nora, pero esta no respondió a ninguna de sus llamadas. Respecto a Landon, había sido trasladado a prisión preventiva hasta que se celebrara el juicio. Sus amigas del club Rashford también la dejaron de lado. Prácticamente había dejado de existir.

—Todo lo hice por mi familia —repitió. Esta vez la ira salpicaba sus palabras y se extendió a sus manos, estrujando la fotografía. Después se levantó y caminó hacia una de las mesitas de su habitación. Allí había un pequeño baúl de nácar. Lo abrió y miró sus tesoros, algunos botones, un relicario, un broche. Rebuscó y sacó un anillo, que en algún momento Landon le había regalado a Stella y que Evelyn recuperó cuando ella lo había empeñado.

—Tú lo empezaste todo. Tú fuiste el cáncer de nuestra familia.

Después repitió el gesto, esta vez con un reloj que pertenecía a su marido y lo puso sobre la mesita.

—Inútil, nunca supiste apreciarme.

Después sacó un collar.

Eras igual a tu madre, Ruby. Solo creabas problemas.

Por último, hizo lo mismo con el reloj de Matt.

—Y tú querías traicionar a tu familia. Eso no lo hace un Price.

Observó los dos relojes, el anillo y el collar en silencio. Poco a poco comenzó a retroceder en el tiempo, concretamente a la noche en que su vida y la de su familia cambió para siempre.

El principio del final de los Price.

9 de enero de 2016

Era tarde cuando sonó su teléfono móvil. Demasiado tarde. Evelyn se incorporó y vio el número desconocido en la pantalla y supo que las cosas no iban bien.

—Sus hijos la han cagado, señora Price.

Era John Ramsey.

—Inútiles —exclamó Evelyn.

—Me temo que la cosa no se queda ahí. La chica se ha escapado. Se trata de Ruby Morris.

El corazón de Evelyn comenzó a latir más deprisa.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo pueden ser tan estúpidos? —dijo Evelyn.

Ramsey suspiró.

—Eso mismo me pregunto yo, señora Price. Deberíamos haber estado más atentos. Landon me ha avisado hace unos pocos minutos. Voy hacia la cabaña.

—¡Maldita sea! Esa mujercita puede causarnos muchos problemas. Ya sabes a lo que me refiero.

—Lo sé. —Ramsey se escuchaba preocupado—. Lo solucionaré...

—Es demasiado importante. Voy para allá —dijo Evelyn antes de colgar. Sin embargo, lo siguiente que hizo fue llamar a Landon.

—¿Qué ha ocurrido, Landon? Se supone que esta noche Jasper se iba a convertir en un hombre.

—Nada que deba preocuparte, mamá. He hablado con Ramsey y él se encargará de arreglarlo todo. En una hora como mucho estará todo solucionado.

Evelyn estaba totalmente fuera de sí.

—¿Solucionado? ¿Ruby Morris? ¿No había otra chica en todo Oak Valley? ¿Acaso no había ninguna prostituta toxicómana disponible?

—Yo... fue casualidad. Ella me abordó a la salida de la clínica y después...

—¡No! Escúchame bien, Landon. Sé lo que intentas. ¿Piensas que soy estúpida? Esa Ruby Morris es un clon de su madre, de Stella. Querías follártela tú también, ¿no es así?

Landon no contestó. Evelyn tan solo podía escuchar su respiración al otro lado del teléfono.

—¿Habló con ustedes? ¿Alcanzó a decirles algo?

—No, solo salió corriendo antes de hacer nada.

—Vete ahora mismo de allí, Landon. ¿Me has oído? Ya has avisado a Ramsey. Él se encargará, pero no quiero que te quedes allí como un imbécil y que alguien te vea. Sería el fin, ¿lo entiendes?

—Sí.

—¿Dónde están Jasper y Matt?

—Se marcharon. Creo que iba a llevarlo a casa.

—Muy bien. Pues llámalo y habla con él. Dile que se reúna contigo, que no vuelva a la cabaña y le dices que todo está solucionado.

Después se vistió y puso rumbo hacia la cabaña. Hacía tiempo que no conducía, aunque no le quedaba más remedio. Llamar a un taxi para que la llevara hacia bosque sería la mejor manera de inculparse.

Condujo despacio. Era tarde y no había nadie en la carretera, por lo que en cuanto tomó el desvío que se internaba hacia el bosque apagó las luces. El tímido reflejo de la luna fue suficiente para que Evelyn pudiera mantener las cuatro ruedas del auto en el camino. Al cabo de unos minutos llegó al lugar. Ramsey la esperaba en la puerta, con un cigarrillo en los labios.

—¿Así piensas encontrarla? —reprochó Evelyn.

—He dado una vuelta hace un par de minutos. Según me dijo Landon, la chica va puesta hasta los ojos. No estará muy lejos, si es que todavía está consciente.

Evelyn miró a su alrededor. Después de todo lo que habían pasado con Stella, la historia se repetía con su hija. En cierta medida resultaba irónico.

—Regresa a Oak Valley por el camino que atraviesa la fábrica y vete a la comisaría. No creo que ella se aventure por el bosque, pero tenemos que asegurarnos que no va contando nada de esto por ahí. Si la encuentras, tráemela.

Ramsey asintió. No lo reconocía, pero Evelyn Price era de las pocas personas que le daban escalofríos. Todo su ser transmitía una sensación extraña.

—De acuerdo, señora Price. La mantendré informada.

Evelyn se mantuvo inmóvil hasta que el auto de Ramsey desapareció por una de las curvas del camino. Después giró a su alrededor y observó la cabaña. Se acercó hasta la puerta y se fijó en el suelo, en el cual podían verse algunas huellas.

—¿Dónde estás? —se preguntó. Comenzó a alejarse y se fijó en que había varias ramas partidas de unos matorrales. No estaba segura de que Ruby hubiese huido por allí, pero no le quedaba opción. Atravesó el matorral con sumo cuidado y halló un pequeño sendero que serpenteaba y se acercaba al río. La oscuridad y el reflejo de la luna interrumpido por los árboles distorsionaban el ambiente.

Sin embargo, a los pocos pasos, le pareció ver una luz que no debería estar ahí. Aceleró el paso y comenzó a sonreír cuando vislumbró la silueta de Ruby, sentada sobre una piedra y con el móvil en sus manos.

—¿A quién llamas? —preguntó Evelyn. Ruby se incorporó de un salto y miró a su alrededor para averiguar de dónde provenía la voz. La oscuridad y el efecto de las drogas la mantenían en un estado de tensión absoluto. Por fin, pudo ver que se trataba de una anciana.

Evelyn se acercó un poco más.

—¿Te has perdido? —Ruby no contestó. Todo lo que hizo fue negar con la cabeza y guardar el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—No se acerque —gritó Ruby al fin, afinando la mirada. Estaba segura de que se trataba de Evelyn Price. ¿Acaso sus hijos la habían traído hasta allí?

—¿A quién llamabas? —insistió Evelyn, que se dio cuenta de que estaba lúcida y alerta, aunque podía deberse al tipo de droga que hubiese consumido.

—A un amigo. —Ruby estaba cada vez más confundida.

Evelyn se rio. Al encontrarse más cerca se fijó en que el rostro de la muchacha estaba cubierto de suciedad.

—No deberías estar sola. El bosque no es un lugar seguro.

—Lo mismo te digo —dijo Ruby sujetando una piedra, levantándola de forma amenazante—.

Como te acerques un paso más... ¡Déjame en paz!

Ruby comenzó a caminar de un lado a otro sin quitar la mirada de Evelyn. Con la mano que tenía libre sacó su teléfono y llamó de nuevo, pero había perdido la señal.

—¡He dicho que no te acerques! —gritó. Evelyn asintió y levantó las manos. Conservaba la sonrisa en su rostro.

—Tranquila, Ruby. Sé lo que te ha pasado. No tengas miedo.

Ruby clavó sus ojos en ella.

—¿Qué es lo que sabes tú?

—Todo.

—¿Eres... Evelyn Price? —preguntó Ruby. Una parte de ella estaba convencida de que aquello no era más que fruto de su imaginación; un efecto más de las drogas.

Evelyn asintió.

—Soy yo, Ruby. Estoy aquí para ayudarte.

—No sé lo que estás haciendo aquí, pero no quiero problemas, ¿de acuerdo? Solo he venido para que todos supieran la verdad.

La sonrisa de Evelyn se borró de su rostro.

—¿A qué verdad te refieres? —preguntó la anciana. Ruby estaba alterada, no podía parar de moverse.

—A la verdad de quién es mi padre y quién soy yo.

—¿Y bien?

Ruby afinó la mirada. Estaba tan drogada que no veía lo extraño que era que esa mujer estuviese en el bosque a aquellas horas.

—Creo que soy hija de Landon. Sé que mi madre estuvo saliendo con él.

Evelyn puso los brazos en jarra y suspiró.

—Supongo que hay ciertas cosas que debería contarte. Pero creo que no es el lugar más indicado.

—No pienso ir a ninguna parte —exclamó Ruby.

Evelyn levantó los brazos.

—No tienes buen aspecto. Al menos, déjame ofrecerte un poco de agua. Te vendrá bien para serenarte.

Ruby continuaba en tensión. Evelyn continuó:

—Tengo una botella de agua en el auto. ¿Quieres un poco?

La joven no estaba dispuesta a aceptar, pero era cierto que las drogas que le había dado Landon le habían producido una sed exagerada. Incluso ya antes se había acercado al río para beber un poco, pero había estado a punto de caerse, manchándose por completo de barro.

—Está bien —aceptó. Evelyn asintió y le dijo que la esperara unos segundos. Pasado ese tiempo, regresó con una botella de agua en las manos.

—¡Quieta! —exclamó Ruby—. Lánzame desde ahí.

—Como quieras —dijo Evelyn lanzándole la botella. La joven la agarró al vuelo y se la bebió casi de un trago—. Ahora dime por qué piensas que eres hija de Landon.

Ruby dudaba, pero ante lo mal que había salido su plan, no perdía nada con contar lo que sabía. Quizás la ayudaba o al menos la haría pasar un mal rato.

Evelyn necesitaba tiempo para que su plan surtiera efecto. Necesitaba mantenerla a su lado por al menos unos veinte minutos.

—Hace un tiempo encontré entre las cosas de mi madre una prueba de un laboratorio donde aparecía el apellido Price. El resultado era negativo, pero me pregunté por qué mi madre lo había

hecho.

—Ya tenías tu respuesta, no entiendo qué te motivaba a seguir con todo esto.

Ruby la miró molesta. No se fiaba de la mujer. Quería demostrarle que ella estaba en lo correcto con sus sospechas.

—Al poco tiempo le pregunté a una amiga de mi madre y me dijo que no sabía nada, pero que mi madre había sido novia de Landon. Le pregunté cuándo terminó todo entre ellos y me contestó que como dos años antes de que Aaron se casara con mi madre.

—Era imposible, ¿lo ves? —Evelyn miró el reloj, habían pasado solo cinco minutos.

—¡No era imposible! —gritó Ruby—. Eso no significaba que no se hubieran vuelto a ver, pensé que quizás tuvieron algún reencuentro. No quiero hablar más contigo. Eres igual que ellos. Maldita estúpida.

Ruby sentía que le ardía el estómago, quiso vomitar, pero solo podía hacer arcadas.

—¿Te llevo a casa? —preguntó Evelyn.

Ruby cabeceó.

—No, avisaré a mi padre —dijo sacando el teléfono—. ¡Mierda! No tengo cobertura. Recién cambié el teléfono por la misma razón. Va y vuelve, va y vuelve... Todo es una mierda porque solo tengo dinero para teléfonos baratos. —Ruby se movía por el lugar agitando los brazos.

—Yo le avisaré, Ruby. No te preocupes. Recuerda que estoy aquí para ayudarte.

La joven, más recuperada, no tenía otra opción, por lo que asintió y le dictó el número de Aaron. Evelyn, sin embargo, movió los dedos sin más encima de la pantalla antes de acercarse el teléfono a la oreja.

—Hola, Aaron. Soy Evelyn Price. Te llamaba para decirte que me he encontrado con Ruby y parece que está enferma. Se encuentra mal. Sí, claro, no te preocupes, te enviaré la ubicación. Yo me quedaré con ella hasta entonces.

Ruby terminó por levantarse.

—Gracias.

Evelyn se acercó en un descuido de Ruby y le puso la mano en el hombro.

—¿Puedo preguntarte por qué has venido hasta aquí? Vamos, en confianza.

Ruby se sacudió el hombro para quitar la mano de Evelyn. La miró y dudó en un primer momento, pero al poco comenzó a hablar.

—Quería encararlos juntos, porque si estaban todos, era más fácil saber la verdad, o que alguno quisiera hacerse la prueba. Una vez fui donde Landon y le saqué unos cabellos y un vaso, pensando que con eso sería suficiente, pero no me sirvió. Necesitaba una muestra de saliva o algo así. —Evelyn inspiró con fuerza, pensó en lo estúpido que podía llegar a ser Landon—. Por eso cuando me ofreció lo de la fiesta, no dudé en aceptar. Además, estaba Jasper, él podría ayudarme. Él es distinto.

—¿Podrías habérselo pedido a Landon en esa oportunidad directamente? —dijo Evelyn.

—No lo sé, no sé por qué lo hice de esa forma, ese día estaba nerviosa...

Evelyn vio que la joven comenzaba a tambalearse de un lado a otro mientras el sudor cubría su frente. Una de sus manos la colocó sobre el estómago.

—¿Y solo por una sospecha ahora te encuentras en esta situación? Una lástima que sola te hayas metido en la boca del lobo.

—¡Hay más!—gritó Ruby. Casi no podía hablar, un ardor se apoderaba de su estómago—. De pequeña, recuerdo a su marido hacerme regalos en el parque, pero me decía que no se lo contara a nadie, ni siquiera a mi padre. Jamás supe por qué se comportaba así conmigo. Cuando supe lo de Landon, lo relacioné de inmediato —dijo Ruby mientras se ponía frente a Evelyn—.

Y míreme, me parezco a mi madre, pero tengo mucho de los Price, mi textura es muy diferente a la de los Morris.

Dicho esto, Ruby hizo un gesto de dolor.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Evelyn.

—Es el estómago.

Evelyn le puso la mano en el hombro.

—Oh, aguanta, pequeña. El frío te viene mal. Será mejor que camines un poco para calentarte.

La joven se dejó llevar por los brazos de Evelyn. Sin darse cuenta, avanzaban hacia el río.

—¿Le contarás a Aaron todo esto?

Ruby apretó los labios a causa de un calambre en la cara. Cada segundo que transcurría, la alejaba más de la realidad.

—No quiero hacerle daño. A veces pienso que soy la culpable de todos sus problemas. No quiero darle más motivos. Aaaah, cómo duele.

Evelyn la sujetó con todas sus fuerzas para que no cayera al suelo. Las piernas de la joven habían comenzado a temblar y le costaba respirar.

—Ayúdame... —dijo Ruby con gran esfuerzo, sentía que su corazón se iba a salir por la boca. Evelyn avanzó un poco más y se detuvo junto al río.

—Esto es el final, maldita. Debería haber acabado contigo el mismo día que acabamos con tu madre.

Ruby quiso revolverse, pero el veneno que había en la botella de agua ya se había extendido por todo su cuerpo.

—Adiós, Ruby.

Dicho esto, le arrancó de un fuerte tirón el collar que la joven lucía en el cuello y la empujó hacia el río. Sin embargo, calculó mal y la cabeza cayó en la parte menos profunda de la orilla, impactando con una piedra. Debido a la droga que había consumido, al veneno o quizás a algún nervio que se vio afectado en la caída, el cuerpo de Ruby comenzó a convulsionar. Movimiento suficiente para que se desplazara hacia la zona más profunda y el agua la arrastrase corriente abajo.

A Evelyn se le erizó la piel al recordar el cuerpo de Ruby alejarse. Sin embargo, no tenía duda de que todo lo que hizo fue necesario; tuvo que hacerlo por el bien de su familia. Lo hizo por el bien de todos y aunque las cosas no salieron como ella esperaba, volvería a hacerlo.

La cuestión de su hijo Matt era bien distinta. Estaba perdido y en su egoísmo estaba dispuesto a tirar por la borda todo lo que significaban los Price.

—Hice lo mejor para todos —repitió. Un relámpago iluminó la habitación con una luz blanca—. La culpa de su muerte es de Nora. Si esa mujer se hubiera estado quieta desde el primer momento, ahora no estaríamos...

La interrumpió el sonido de su teléfono: le acababan de enviar un mensaje.

Evelyn, soy Ramsey. Ya no tengo nada, necesito que me des dinero.

Me buscan por todo el país.

Si no lo haces diré todo lo que sé de ti.

Te espero esta noche al lado de la cabaña.

EPÍLOGO

Tres meses después, Vermont.

Había pasado algún tiempo desde que el agente Dawson salvara a la inspectora Guzmán. Desde entonces, todo había cambiado.

Nora y Jasper habían cruzado el país para instalarse lo más lejos posible de lo vivido los meses anteriores, gracias, en parte, al seguro de vida de Matt, el cual el correspondía de manera íntegra a Jasper, pero que quedaba en manos de su madre hasta que este cumpliera la mayoría de edad.

Oak Valley, los Price y todo lo sucedido con Ruby Morris había quedado atrás.

—¿Cómo vas, hijo? —preguntó Nora. Jasper, que se encontraba realizando sus ejercicios de rehabilitación, levantó el pulgar de la mano derecha y le dedicó una sonrisa.

—Estaré leyendo en el porche. Avísame si necesitas cualquier cosa.

Jasper asintió. Aunque había recuperado el habla hacía poco, todavía le requería un gran esfuerzo pronunciar un par de palabras seguidas, razón por la que optaba por comunicarse con señales la mayor parte del tiempo.

En cuanto se sentó fuera, el teléfono de Nora comenzó a sonar. Hacía un rato que esperaba esa llamada.

—Hola. —Se escuchó al otro lado de la línea.

—La verdad creía que me llamarías antes.

—He estado ocupada —dijo Eva—. ¿Has visto el periódico?

—Lo he leído hace un rato. Me alegro de que Landon haya sido condenado. Tiene que pagar por todo lo que ha hecho.

—Y que lo digas. La pena es que solo se pudo demostrar el abuso a las chicas. Tenemos que agradecerle a Sarah Melway que quisiera declarar. También es irónico que toda la información que guardaba el cabrón de Ramsey nos fuera útil.

—Tienes razón. Por cierto, ¿han encontrado a Ramsey? —preguntó Nora. Eva se rio.

—Ni rastro del oficial. Seguro que ya ha salido del país.

—Ya...

—A quien han encontrado ha sido a Evelyn —dijo la inspectora—. Al parecer, Ramsey contactó con ella.

—¿De verdad? —preguntó Nora.

—Pero tú y yo sabemos que eso es imposible, ¿verdad, Nora?

—Yo no sé nada, es curioso lo que me mencionas.

Se produjo un silencio entre ambas.

—En fin, Evelyn ha estado desaparecida más de dos meses, pero nadie lo denunció.

—Qué triste terminar así —dijo Nora.

—Tienes razón. Morir en medio del bosque debe ser una manera horrible, sobre todo si nadie puede oírte. Al menos, el veneno debió acabar con ella en cuestión de segundos.

—Así es el veneno de acónito, inspectora. El simple contacto con la piel puede ser mortal. Evelyn nunca debió acudir a la cita de Ramsey.

Eva suspiró.

—Supongo que hay alguien que sabe más al respecto, ¿no crees?

—Seguramente John Ramsey tenga algo que decir. Debe haber sido él quien la envenenó.

Eva se rio y Nora la imitó. Era un acuerdo tácito del que ninguna hablaría de más.

—En fin, ¿cómo va todo por la oficina? —preguntó Nora.

—Bueno, no me he incorporado hace mucho. Tuve que esperar a que se cerrara la causa. Tuve más problemas con la jefatura de policía, pero tanto tu testimonio, como el de Dawson fueron claves para que me readmitieran.

—¿Te quedas en Oak Valley?

—Por ahora, sí. Creo que me vendrá bien un poco de calma. Además, últimamente me llevo muy bien con los oficiales más jóvenes. No es el momento para marcharme. Creo que les enseñaré algunos trucos que no se aprenden en la academia.

Nora soltó una carcajada.

—Vaya con la detective. Te lo tenías muy callado. Ah, se me olvidaba. ¿Quién es el nuevo jefe?

—¿Te suena Timothy Gordon? Es uno de los más veteranos.

—Creo que sé quién es. ¿Merece la pena?

—Sí, bueno, tampoco había mucho más donde elegir. Después de todo lo que ha sucedido, el círculo más próximo a Ramsey ha sido despedido y ha entrado mucha sangre joven. La jefatura quiere que Gordon mantenga el equilibrio antes de plantear una renovación más seria. Ya sabes, después del asesinato del capitán y un agente corrupto, quieren un poco de calma. Creo que intentan traer al hijo de Stephen Crew para tomar el cargo definitivo.

—¿Qué me dices? —exclamó Nora.

—Así es, comienzan a sonar rumores. Quizás traiga algo bueno.

—Supe que Aaron ya está en libertad. ¿Lo has visto?

—Sí, y sabes, lo veo bien... bueno, lo bien que se puede estar luego de saber que tu hija fue asesinada. —Eva suspiró—. Al final, el pobre hombre tuvo que lidiar con todo esto, además de enterarse de que Ruby no era su hija.

Nora sintió pesar por Aaron, quien sin quererlo pasó a ser otra víctima de los Price.

—Por cierto, ¿cómo evoluciona Jasper? —preguntó Eva rompiendo el silencio que se había instaurado.

—Estupendamente —respondió Nora—. Está trabajando duro en la rehabilitación y ha conseguido recuperar cierta movilidad. La mano izquierda es donde más motricidad ha perdido, pero estoy segura de que saldrá adelante.

—Me alegro mucho por ustedes. ¿Cuánto tiempo se quedarán por allá?

Nora reflexionó durante unos segundos.

—Por el momento no tengo planes para regresar. Aquí estamos muy bien. Además, hace poco vendí la casa de Oak Valley. En cierta manera es triste, pero en estos momentos no tengo nada que me haga querer volver.

Eva carraspeó de manera exagerada.

—Gracias por la parte que me toca.

Nora se rio.

—Ya sabes lo que quería decir.

—Sí, no te preocupes. Además, siempre sabré de ti por Instagram, o al menos lo que estás leyendo.

—Eres la mejor seguidora que puedo tener, comentas todos mis posts —dijo Nora. Ambas se rieron.

—En fin, tengo que colgar, Nora. Es momento de volver al trabajo.

—Entiendo, gracias por llamar.

—Lláname si necesitas cualquier cosa, ¿de acuerdo? —dijo Eva.

—No dudes que lo haré.

—Ah, por cierto, algún día tendrás que contarme los detalles de cómo lo hiciste con... ella.

Nora sonrió. Nada se le escapaba a Eva Guzmán.

—Algún día, Eva... Algún día.

NOTA DE LA AUTORA

Para todos los lectores de *La Sospecha de Nora*.

El pueblo de Oak Valley es ficticio. Sin embargo, si este lugar existiera estaría ubicado en la zona sur de California en el condado de San Diego. Específicamente entre las localidades de Julian, Pine Valley, Descanso y el Bosque Nacional Cleveland.

Traté de mantener las descripciones lo más cercanas a la realidad, pero como en toda obra de ficción me he tomado ciertas licencias para cumplir con las necesidades de la historia. Conozco la zona donde fue inspirada Oak Valley, pues viví muchos años cerca del lugar y lo visitaba con frecuencia. Sin embargo, debo aclarar que cualquier parecido de esta novela con personas reales, vivas o muertas, casos abiertos o cerrados y situaciones que se asemejen a la realidad, es solo una casualidad.

OTRAS OBRAS DE MARIE J. CISA

El Secreto de las Azucenas

El Secreto de Monsieur Durand

La Flor tras el Cristal

Tres Vidas por ti